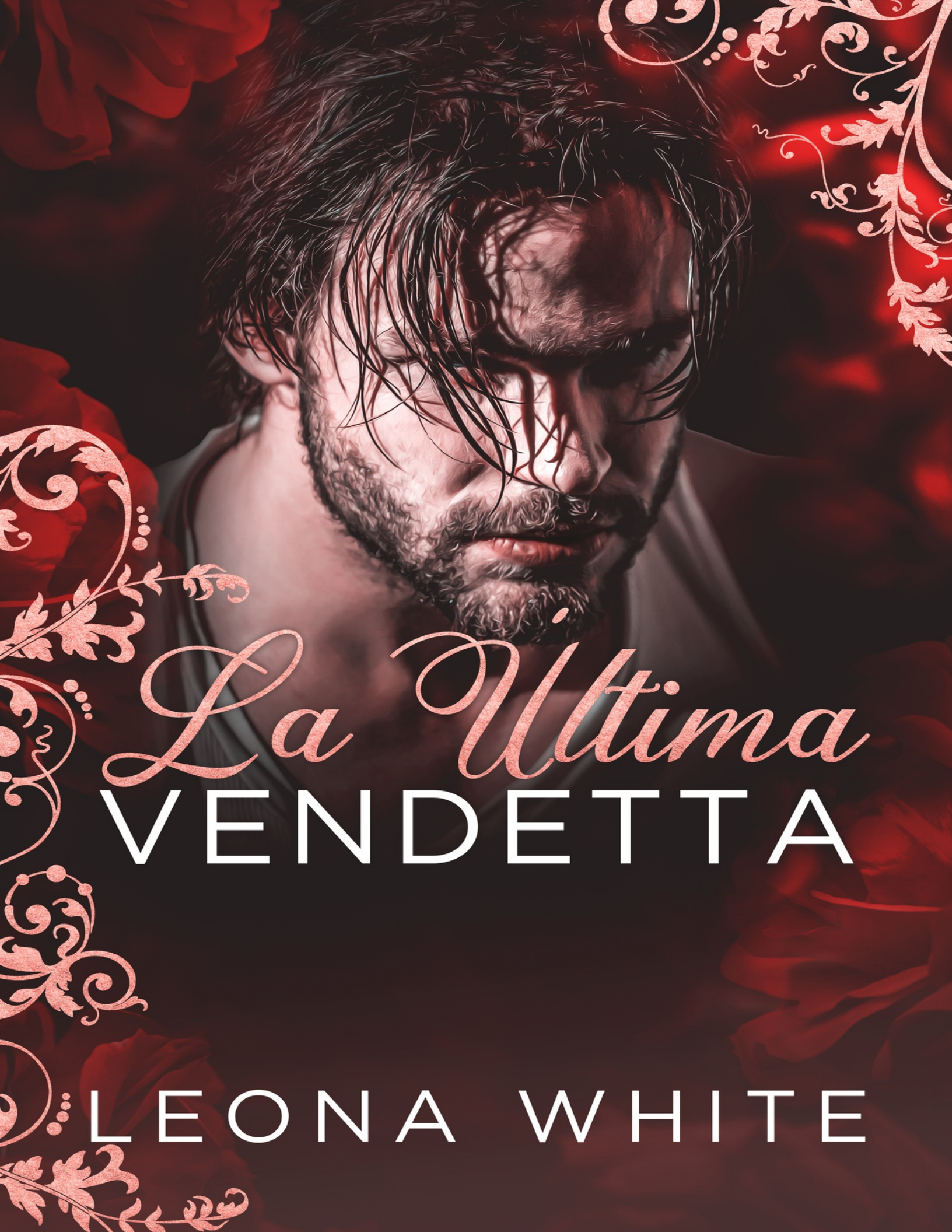




La Ultima
VENDETTA

LEONA WHITE

LA ÚLTIMA VENDETTA

LEONA WHITE

Copyright © 2024 por Leona White

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

 [Creado con Vellum](#)

TAMBIÉN POR LEONA WHITE

Los Jefes de la Mafia Serie

[El acuerdo irlandés](#) || La Última Vendetta

ÍNDICE

[Blurb](#)

1. [Giulia](#)
2. [Renzo](#)
3. [Giulia](#)
4. [Renzo](#)
5. [Giulia](#)
6. [Renzo](#)
7. [Giulia](#)
8. [Renzo](#)
9. [Giulia](#)
10. [Renzo](#)
11. [Giulia](#)
12. [Renzo](#)
13. [Giulia](#)
14. [Renzo](#)
15. [Giulia](#)
16. [Renzo](#)
17. [Giulia](#)
18. [Renzo](#)
19. [Giulia](#)
20. [Renzo](#)
21. [Giulia](#)
22. [Renzo](#)
23. [Giulia](#)
24. [Renzo](#)
25. [Giulia](#)
26. [Renzo](#)
27. [Giulia](#)
28. [Renzo](#)
29. [Giulia](#)
30. [Renzo](#)

BLURB

Comenzó con un beso y terminó en un derramamiento de sangre...

RENZO

Giulia Acardi pertenece a una familia mafiosa rival, lo que significa que tengo que mantenerme alejado a toda costa.

Pero su belleza e inocencia me impiden mantenerme a raya; quiero lo que no puedo tener. Tan solo que Giulia nunca doblará la rodilla ante alguien como yo.

No, a menos que la engañe para que me entregue su flor...

Tan pronto como sea mía una vez, será mía para siempre.

Dicen que nunca olvidas tu primer... Bueno, Giulia de seguro que no lo hará, porque también tengo la intención de ser el último.

GIULIA

Bese a un hombre con el que no debería haberme besado en una boda. Era salvaje, apasionado, y saltaban chispas... hasta que un grito espeluznante nos interrumpió.

Ahora alguien ha muerto, y yo soy culpable de asociarme con el enemigo.

Sé que debería mantenerme alejada de Renzo Bernardi, pero es más fácil decirlo que hacerlo.

Y después de una noche apasionada juntos, no hay forma de huir de lo que he hecho.

Porque acabo de entregar mi cereza a un hombre al que debería odiar.

Y ahora él no me deja ir.

★ ¡Si te encantan las diferencias de edad, los enemigos que se convierten en amantes, el romance oscuro y el amor prohibido, no te pierdas este nuevo lanzamiento! ¡Léelo GRATIS con Kindle Unlimited! ★

GIULIA

Como en cualquier otra fiesta a la que se esperaba que asistiera, la recepción de Luka Bernardi y Cecilia Romano fue un aburrimiento. Lo mismo de siempre. Todas las familias de la mafia reuniéndose. La mía solo vino para mantener las apariencias. Estas reuniones eran oportunidades para vigilar más de cerca a los enemigos y amigos, y esas dos etiquetas a menudo se intercambiaban.

Todo el mundo sabía que los Acardi siempre serían rivales de los Bernardi. Sin embargo, aquí estábamos, actuando como si no fuera igual de fácil provocar algunos problemas por los viejos tiempos.

Si la novia no fuera Romano, las cosas serían más tensas. Como la familia más antigua de este mundo criminal, los Romano tenían el mayor peso, acumulaban la mayor riqueza y ostentaban el mayor poder. Los Romano, nos gustara o no, dictaban que intentáramos comportarnos esta noche.

Sin importar que Nickolas Romano actuara como un idiota en este momento. Rodeado de tres mujeres, todas arregladas y pavoneándose por su atención mientras hablaba con su padre, Marcus. Estaban allí como reyes, dioses entre los inferiores. Hablando libremente sin ninguna preocupación en el mundo.

Mi labio se frunció con disgusto al ver a Nickolas manoseando a una invitada y acercándola más. La muchacha apenas ocultó su estremecimiento ante su brusco toque.

Ugh. No, gracias.

Mi madre esperaba que me dejara manosear y que lo aceptara. Que fuera sumisa, como debería ser una buena hija de la mafia. Que me sometiera y permitiera que los hombres hicieran lo que quisieran.

“No, gracias”, murmuré para mí misma mientras me alejaba de la pista de baile.

Como la hija mayor de mis padres, Rocco e Isabella Acardi, sabía que algún día sería yo la que estuviera allí arriba en la mesa principal. Sería una novia, forzada a un matrimonio arreglado. Cecilia tuvo que pasar por el calvario esta noche, sonriendo y fingiendo que estaba contenta de estar casada con Luka Bernardi. Que ella lo había elegido. Que aceptaba una vida siendo su posesión.

El día en que me tocaría a mí se acercaba cada vez más. Ya tenía veintitrés años, y en nuestro mundo, pronto deberían casarme.

Todo para tener hijos y todo ese drama.

Puse los ojos en blanco, temiendo mi turno. No había forma de evitarlo. *Me casarían.* En

lugar de querer quejarme de mis circunstancias, debería haber pasado la última hora mezclándome y tratando de tener una idea de con qué imbécil me emparejarían.

Mi madre estaba elaborando su estrategia. Sabía que algo estaba tramando y planeando aquí, mirando con qué posible hombre podría casarme y de qué familia podría beneficiarse más. Todos los que importaban se habían presentado para ser vistos en el gran día de Luka y Cecilia. No podría haber tenido una mejor oportunidad para buscarme un marido que esta.

Pero ninguno me atraía. Ni un solo hombre me llamaba la atención. Eran todos iguales, despiadados, codiciosos, y solo se preocupaban por sí mismos.

El amor no sería un factor en la ecuación por el resto de mi vida. La intimidad era una broma. Al mirar a los hombres aquí, sabía que la excitación también sería un motivo de risa.

“Giulia”, dijo mi hermana menor, Mariana, al pasar a mi lado. “Te ves tan...”.

“Oh, no empieces”. Le sonreí con picardía, comprobando que solo estaba agarrando otra porción de pastel para llevarla a la mesa donde se sentaba nuestro tío Dario. Él esperaba, sin duda, que ella le trajera esa segunda porción que sostenía, ya que no podía caminar bien con su bastón.

“Si mamá te viera toda cabreada y gruñona...”, bromeó Mariana.

“Shh”, la regañé juguetonamente. Las cuatro chicas Acardi estábamos sujetas a las constantes críticas de nuestra madre. Yo lo tenía peor, por ser la mayor, pero encontraba algo de humor en la forma en que Marianna podía bromear al respecto.

“¿Qué pasa?”, preguntó.

Me encogí de hombros, sin molestarme en invertir mucho esfuerzo en el gesto. “Nada, en realidad. Simplemente estoy aburrida”.

Y molesta.

Todos aquí estaban tratando de ganarse el favor de los Romano. Y los que no lo hacían, se aprovechaban de la oportunidad para mezclarse y cerrar tratos. Ninguna reunión era nunca “divertida” o “pacífica”. Siempre había algo en marcha. Alguien siempre estaba haciendo planes o tramando problemas.

Saber que mi madre tenía que andar por aquí considerando con quién podía casarme simplemente me revolvió el estómago.

Así es la vida.

“Bueno, ya tienes edad”. Marianna sonrió mientras agarraba una copa de champaña de la bandeja de un camarero que pasaba. Me la ofreció, casi dejando caer el plato de pastel del tío Dario, y me apresuré a ayudarla en el lío. “¿Por qué aburrirse o parecer tan gruñona cuando puedes simplemente beber y hacerlo más fácil?”.

Tomé la copa, lanzándole una mirada severa. “¿Te refieres a lo que hace papá?”.

Marianna se encogió de hombros. Fue su turno de sugerir que *así es la vida*. No tenía derecho a obligarme a beber alcohol. Solo tenía catorce años, pero no era estúpida. Apuesto a que ella deseaba escapar de esta fiesta tanto como yo, pero estaba limitada por ser menor de edad.

Juntas, miramos hacia nuestro padre. Estaba cerca de nuestra madre mientras ella hablaba y hablaba y hablaba, todo sobre ser vista y escuchada. El vaso en sus labios estaba casi vacío, y cuando lo estuvo, lo dejó y suspiró como si inmediatamente necesitara otro.

“Apuesto a que no ayuda, de todos modos”. Marianna frunció el ceño, mirando a todos los invitados que festejaban allí. Ella era la única niña presente, y debía sentirse como la rara. Había discutido con mi madre para que permitiera que Marianna se quedara en casa con Beatriz y Lucía, pero ella había insistido en “revisar las opciones” para Mariana. Si tenía la intención de

intentar casarla tan pronto, cuando apenas fuese una adulta...

¿Qué? ¿Qué puedo hacer al respecto? Apreté los dientes, odiando lo atrapadas que estábamos como hijas de la mafia. No podía evitar que mi hermana fuera emparejada con alguien demasiado mayor para ella, como tampoco podía decirle a mi madre que no cuando me emparejara con algún imbécil abusivo.

Y todos lo eran.

“Oh-oh”. Marianna hizo una mueca. “Ahora pareces más enojada”.

Sonreí rápidamente. “Solo necesito una bocanada de aire fresco”, mentí. Salir afuera no resolvería nada, pero podía tomarme un descanso del perfume empalagoso, la colonia abrumadora y el hedor de demasiado ajo en el aliento de todos mientras intentaban acercarse demasiado para hablar y ser escuchados por encima de la música y la charla.

“Quédate con el tío Dario”, le ordené.

Ella asintió, dirigiéndose ya hacia la mesa donde estaba él. “Él lo está haciendo soportable”.

Levanté las cejas. “¿Cómo?”.

Marianna soltó una risita. “Observando a la gente. Y haciendo historias improvisadas sobre ellos”.

Sonreí y salí con mi champán.

Mi madre no me dejaría esconderme por mucho tiempo. Me rastrearía e insistiría en que tratara de socializar con los hombres, uno de los cuales podría pronto ser mi prometido. Aunque esta noche se suponía que era para celebrar a Luka y Cecilia, todas las madres de la mafia estarían haciendo lo mismo que hacía mi madre.

Maquinando. Planeando. Observando. Juzgando.

Era todo lo que hacía.

No es de extrañar que papá simplemente se haga a un lado y busque el olvido en el alcohol.

Suspiré y luego llevé mi copa a los labios.

Hacía tiempo que había caído la noche, y aquí, en las suaves piedras de la entrada del patio, finalmente recibí una sensación de paz. De retiro. De esa soledad en la que desearía poder confiar.

Qué sereno sería no ser molestada realmente. Sin hermanas que ayudar a criar. Sin una madre a la que complacer y evitar. Sin hombres lascivos a los que temer.

Solo ser.

Respiré profundamente y puse mis manos en la fría barandilla de granito. Mi copa descansaba en lo alto de un poste, sombreada por las abundantes flores que desbordaban del macetero. Sin embargo, la luz brillaba en el borde, reflejando las muchas luces del interior del salón de baile que acababa de abandonar.

La música flotaba en mis oídos sin la dureza de demasiados decibelios con las conversaciones dentro. Más allá de los acordes de la banda, el suave goteo del agua que caía en una fuente me calmaba.

Esto era mucho mejor. Casi como un estado zen. Sola y sin ser criticada o considerada como un peón de alguien.

“Solo por un momento”, me susurré a mí misma. Porque incluso si mi madre no se apresuraba a encontrarme y vigilarme, como una maldita mascota, tendría que volver y salvar la situación con papá. Él bebería más y más. Más rápido y más rápido. Las lenguas sueltas nunca traían nada bueno, y siempre podía contar con que él me escuchara.

“¡Shh! Alguien va a descubrir que estoy holgazaneando”, regañó una mujer. Su tono era ligero y coqueto, insinuando emoción.

Dejé que mi rostro se perdiera en una mirada en blanco hacia el cielo azul marino salpicado de estrellas.

Alguien venía. O una pareja, más bien.

Una risa profunda de hombre siguió al jugueteón regaño de la mujer. Ella soltó una risita inmediatamente después.

Hasta aquí la paz.

Sin girar la cabeza, sin moverme de mi posición en este segundo nivel del patio, me apoyé en la barandilla y miré al cielo. El borde de la columna de piedra junto a mí sostenía mi copa de champán, y la protuberancia de la formación me ofrecía un pequeño escondite.

Por favor, no me vean. Por favor, por favor, no me molesten. Simplemente váyanse, allí afuera, y hagan lo que tengan que hacer sin hacerme abandonar este lugar.

La pareja no se detuvo, escabulléndose de la fiesta para adentrarse en los jardines más abajo. No me vieron, pero pude vislumbrarlos lo suficiente mientras bajaban las escaleras a un lado.

Bernardi. Hice una mueca de disgusto.

Aunque habría sido extremadamente escandaloso ver a Luka Bernardi alejándose de su recepción de boda para liarse con una camarera que trabajaba allí, no me sorprendió ver a su hermano menor persiguiendo a una joven de esa manera.

Renzo Bernardi era el hermano de repuesto. El segundo nacido. En otras palabras, inútil para continuar con el linaje Bernardi. Él también lo sabía, y explotaba su libertad.

Un jugador. Un fiestero. Un hombre rico que no tenía que trabajar ni cumplir con las expectativas de su padre. Imaginé que a Giovanni Bernardi no le importaba lo que hiciera su segundo hijo. Y apuesto a que Luka envidiaba el estilo de vida tranquilo de Renzo, sin obligaciones.

Yo misma estaba celosa. Ser hombre en nuestro mundo era una bendición, autonomía y el permiso para tomar sus propias decisiones. Sonaba como un sueño, y era uno que este vago perezoso daba por sentado.

Siguió a la camarera, con la mirada fija en su trasero mientras ella se apresuraba delante de él. Ella le sostenía la mano, atrayéndolo fuera del área de la fiesta, y él la seguía. No estaba sonriendo ni emocionado como ella cuando lo miraba por encima del hombro. De hecho, casi parecía aburrido. Como si sacar a esta empleada aquí para un rapidito fuera solo otra cosa que hacer. Solo otra forma de pasar el tiempo.

Su traje se estiraba y cubría su musculoso físico, pero bajo la luz de la luna, tenía suficiente iluminación para verlo bien. Alto, pero no voluminoso. Fuerte pero no fornido. Me quedé mirando al hombre sexy que estaba fuera de mis límites. Admitir mi aprecio por Renzo Bernardi sería como decir que me importaba el enemigo. Los Acardi y los Bernardi nunca se mezclarían. Esa regla había estado impresa en mi mente desde que era joven.

Aun así, no había ninguna ley en contra de apreciar a un hombre atractivo. No veía nada de malo en simplemente admirar a un hombre poderoso y guapo, especialmente en este raro momento en el que él no sabía que lo estaba espiando.

Hasta que me encontró.

De repente, miró hacia arriba mientras seguía a la camarera, pero la persecución había terminado. Sus ojos azules se iluminaron bajo el rayo de luz que atravesaba el paisaje nocturno desde las muchas ventanas detrás de nosotros. Más abajo, pero no fuera de la vista, se dio cuenta de que yo lo miraba desde arriba.

Habían llegado al nivel central de la elaborada entrada del patio, un nivel por debajo de mí.

Pero su atención ya no estaba en la pieza fácil de conseguir que había salido a disfrutar.

Una y otra vez, me miraba, sin dejar de sonreírme por haberme escondido de la fiesta.

Maldita sea. Hasta aquí un momento de paz.

“Oh. ¿Quieres detenerte aquí?”, la camarera se rio, alcanzando sus pantalones y besando su cuello. “Está bien”.

Dejó que ella cogiera su hebilla, pero se quedó allí, sin impresionarse por los labios de ella sobre su piel.

Aun así, me miró con algo parecido a una sonrisa traviesa curvando su boca hacia arriba.

Puse los ojos en blanco, irritada de que un hombre tan atractivo tuviera que ser un mujeriego. Sin molestarme en desviar la mirada, le hice una seña obscena con el dedo. *Gracias por arruinar mi momento de tranquilidad y paz.* Corto, como era de esperarse.

Él sonrió, y ahora sí, tomó las manos de la camarera y se apartó de ella. “¿Sabes qué...?, mejor olvídalo”.

“¿Qué?”, ella hizo un puchero, levantando las manos para agarrar la parte trasera de su cuello. “No. Vamos. Aquí mismo está bien para mí”. Sus dedos se cerraron alrededor de su muñeca mientras tiraba de su mano para colocarla sobre su pecho.

“No. No, gracias”. Volvió a dar un paso atrás.

“Pero yo...”.

“No”, repitió con firmeza mientras la giraba y luego empujaba su hombro para que se fuera.

Ella lo miró por encima del hombro. “Pero...”.

“Vuelve al trabajo”, ordenó mientras cruzaba el patio, alejándose de ella y dirigiéndose al otro tramo de escaleras.

Sí, por favor, váyanse. Los dos.

Apreté los dientes, observando cómo la chica se marchaba malhumorada subiendo las escaleras por las que lo había llevado a él. Al mismo tiempo, él subía tranquilamente el otro tramo, como si quisiera acercarse a *mí*.

Me negué a volver la cabeza. Reconocerlo le daría demasiada satisfacción, pero con cada pisada que anunciaba su acercamiento a mí en las sombras, sentía una mezcla vertiginosa de repugnancia y vértigo que se acumulaba en mi interior.

No tenía ninguna razón para emocionarme porque Renzo me estuviera buscando. En el mejor de los casos, éramos enemigos. En el peor, simples conocidos.

Pero ahí estaba él, apoyando los antebrazos en la barandilla, imitando mi postura.

“¿Escondiéndote?”, preguntó, con un tono burlón y lleno de diversión, solo para provocarme.

Entrecerré los ojos hacia las estrellas, decidida a no dejar que viera cómo me afectaba. “Lo *estaba*”.

RENZO

“¿Y por qué necesitarías esconderte de la diversión?”. No me daría la vuelta para mirar a Giulia si ella estaba decidida a evitar el contacto visual conmigo. Esperaría hasta que fuera ella la que cediera primero. Las mujeres siempre lo hacen. No pueden soportar ningún tipo de presión.

“¿A eso le llamas diversión?”. Sacudí el pulgar por encima de su hombro mientras se enderezaba de la barandilla en la que había estado apoyando sus brazos. Aunque solo me mostró su perfil, no me quedé sin una vista agradable. Giulia Acardi, mi enemiga jurada, era una mujer hermosa sin importar cómo se parara, con sus curvas esbeltas, su cabello largo y negro como el azabache, y esos ojos oscuros y profundos. Hice mi mejor esfuerzo por evitar mirarla demasiado tiempo, y solo cuando ella no se daba cuenta. Se sentía mucho como mirar al sol.

Solté una risa burlona, ya no aburrido desde que tenía su compañía aquí, lejos de los demás. Hace diez minutos, mi respuesta hubiera sido simple: *joder, no*. La boda de mi hermano era un aburrimiento, y esta recepción apenas captaba mi interés. Me gustaban las fiestas. Vivir la vida fácil era más mi estilo, pero este gran baile después de la ceremonia no tenía nada de divertido.

Como de costumbre, parecía política. Como si todas las personas allí fueran las mismas de siempre, operando bajo las mismas viejas motivaciones dramáticas y siempre jugando en el mismo terreno.

No estaban allí celebrando genuinamente el matrimonio de mi hermano con Cecilia Romano. Dudaba que a alguno de ellos le importara una mierda. Todos esos señores y líderes de la mafia estaban haciendo negocios como de costumbre.

A mí, desde luego, no me importaba. Estaba aquí porque tenía que estar, y no fue hasta que esa camarera atrevida y coqueta sugirió que ‘la acompañara en su descanso’ que me desperté ante la perspectiva de un rapidito en el patio.

“La verdad es que no”, admití. No me mataría por estar de acuerdo con ella. Esa recepción no fue divertida, no para mí. “Me alegro de que no haya sido yo quien se haya casado hoy”.

Luka podía encargarse de todas las responsabilidades de darle a nuestro padre un hijo para continuar con el nombre de los Bernardi. Yo no. Me libré de tener que estar a la altura de expectativas importantes, y así era justo como me gustaba.

“Apuesto a que eso sí que arruinaría tu estilo”.

Sonreí, aun resistiéndome a mirarla de frente. Ella cedería. Giulia Acardi no podría aguantar contra mí.

“¿Y cuál es mi 'estilo'?”.

Extendió la mano, señalando el lugar donde esa lujuriosa camarera casi me desabrocha los pantalones. “Andar por ahí. Buscando un polvo fácil”.

Me encogí de hombros. “No es como si no pudiera hacer eso también estando casado”.

Su suspiro fue largo y pesado. “Cierto”.

“No me digas que eres una de esas románticas desesperadas que realmente creen en la monogamia”.

“Y no me digas que eres uno de esos idiotas que realmente piensan que pueden hacer que todas las mujeres del mundo lleguen al orgasmo”.

“No me gustaría hacerlas llegar a todas”.

Se giró, apoyando el codo en la barandilla para entrecerrar la mirada. “Por supuesto que no. ¿Por qué un hombre mimado e inútil como tú debería preocuparse por complacer a una mujer?”.

Giré, sonriendo con facilidad ante su expresión altiva. Era tan exigente como las otras amantes, esposas e hijas dentro del salón, pero aun así se destacaba, hermosa desde dentro con ese destello de desafío que siempre ardía en sus ojos marrones.

“¿Dudas que pueda hacer feliz a una mujer?”. Me acerqué más, provocado por su expresión cuidadosamente controlada. Ella no se acobardaría. No se retiraría.

Giulia estaba fuera de mis límites. Pero saber eso no me impidió entrar en su espacio y mirarla desde arriba.

No me interesaba la cantidad de mujeres con las que pudiera acostarme. Se estaba convirtiendo en lo mismo una y otra vez.

Al mirar los ojos oscuros de esta mujer, sentí un destello de algo nuevo. Algo diferente. Y algo tan adictivo que no podía pensar en dar un paso atrás.

Nuestras familias nunca habían estado de acuerdo, pero mirarla a los ojos era como caminar por una cuerda floja de la prueba definitiva.

“Dudo que seas capaz de discernir cuando una mujer está fingiendo”, replicó con sequedad, bajando su mirada velada hacia mi pecho y luego arrastrándola hasta mis labios. “No es que alguna vez lo admitieran”.

Oh, que te den. Sonreí, excitado por su discusión y su intento de menospreciarme.

“¿Qué tal si me enseñas la diferencia?”. Alcancé su cintura, deslizando mi mano a lo largo de su costado y deleitándome con su suavidad. Hacer contacto estaba prohibido, pero no me importó. No podía importarme. Rendirme a la tentación de sentirla era demasiado bueno para resistirse.

Su respiración se entrecortó, pero mantuvo la mirada baja, fija en mis labios e inquebrantable.

“Tú lo admitirías”.

La punta de su lengua se asomó para trazar a lo largo de sus labios. “Lo haría”. Se aclaró la garganta y se acercó a mí hasta que nuestros cuerpos quedaron al ras. “Estaré encantada de decirte lo pésimo que eres”.

Perra. Sonreí más ampliamente, rodeándola con mi otro brazo. “No tanto como me encantaría demostrarte que estás equivocada”.

“¿Como si mis opiniones importaran?”, me respondió mientras ponía su mano sobre mi pecho.

Bajo sus dedos, mi corazón latía salvajemente. Ella era prohibida. Fuera de mis límites. Si mi padre me viera con ella, se enfadaría. Si sus padres se dieran cuenta de lo cerca que estábamos, se volverían locos.

Pero nada podría haberme apartado. Nada. Estaba cautivado, inmóvil, aferrado a ella y

decidido a mostrarle una fracción del placer que era capaz de darle.

La empujé, dejándola sentir el bulto de mi polla endureciéndose bajo mis pantalones. Ella me hizo esto. Su negativa a dar marcha atrás. Ese espíritu y ese fuego para desafiarme de vuelta. Esta mujer me excitó como ninguna otra amante lo había hecho jamás. “No, no importan en absoluto”.

Deslizó su mano más arriba, moviéndola sobre mi hombro, casi para abrazarme. “Entonces, ¿por qué molestarse en probar algo...?”.

“¿Giulia?”.

Se tensó. Quieta y conteniendo la respiración, Giulia se quedó paralizada al oír la voz de su madre desde las puertas más cercanas al salón de baile.

Ya sabía que estaba escondiéndose, pero no sabía cuánto quería mantenerse así.

“Mierda”. Lo exhaló mientras se alejaba. De mí. De las puertas. Retirándose de la amenaza de que su madre la buscara, Giulia comenzó a escapar al siguiente nivel inferior.

“Dudo que esté aquí afuera”, dijo Rocco Acardi, arrastrando ya las palabras.

Viejo borracho tonto.

“¡Pues tiene que estar en algún lugar!”, espetó Isabella. “¡Giulia!”.

Apretando los dientes, se echó hacia atrás. Lentamente, en silencio, y probablemente con la esperanza de que me quedara justo donde estaba para bloquearla.

No. No iba a pasar. No había terminado de coquetear con el peligro. Si Giulia era la fuente de esto, la perseguiría hasta su próximo escondite.

La seguí, asegurándome de bloquearla de la vista de sus padres detrás de mí. Una vez que se dio cuenta de que no estaba huyendo sola, frunció el ceño, tratando de girar y alejarse más rápido.

Al llegar a las escaleras, con las voces de sus padres atenuadas en la distancia, la atrapé antes de que resalara y tropezara en el primer escalón hacia abajo. Manteniéndola dentro de mi abrazo, me apresuré a bajar las escaleras de tres en tres, casi llevándola conmigo.

“¿Qué...?”.

No le di oportunidad de responder, arrinconándola contra la pared en el siguiente nivel.

Cuando llegué aquí, tenía la intención de que esa camarera me la chupara en este nivel de la terraza de piedra lisa con vistas a los jardines.

Ahora que me había encontrado con Giulia, luciendo tan aburrida como me sentía, la acorralé contra la pared en lugar de esa desconocida.

“¿Qué...?”.

De nuevo, Giulia siseó, su mirada afilada quemándome y desafiándome. Su susurro debería haberme advertido. Hablaba a la defensiva, tan hostil como siempre.

Pero en el momento en que acerqué mis labios a los suyos, ella se derritió bajo mi toque.

Si ella quería esconderse, yo la ayudaría. La arroparía en este rincón oscuro y le haría compañía en las sombras.

Y ella estaba totalmente dispuesta. Besándome con más fuerza, me instó a que la sostuviera cerca. Sus atrevidos labios sabían demasiado dulces como para negarlos. Su lengua se deslizó dentro de mi boca y se movió con determinación para explorar. Sobre todo, sus manos ávidas se aferraron a mí, primero en la parte trasera de mi cabeza. Sus uñas rasparon mi cuero cabelludo, haciéndome cosquillas en los nervios mientras me mantenía inclinado hacia ella. Luego, al pasar sus brazos por mis hombros en un abrazo suelto, se entregó a mí.

Esto estaba mal. Era estúpido. Fue impulsivo, precipitado y para nada planeado.

Pero no podía parar. Ni ella podía. Con sus padres llamándola en el nivel superior a nosotros,

se besó conmigo. Aunque sabía que era la última mujer a la que querría follar o abrazar, la devoré y empujé mi cuerpo contra el suyo.

Demonios, sí.

Ahora estaba vivo.

No estaba aburrido.

Ella me incitaba a despertar y me desafiaba al exigir más.

La mayoría de las mujeres se rendían demasiado fácilmente, pero esta... Giulia era demasiado audaz para resistir.

“Te lo digo, ella no está aquí afuera”, le dijo Rocco a Isabella desde arriba. Sonaba casi al borde del llanto, pero dudaba que fuera por la tristeza de no encontrar a su hija. Ese perdedor siempre era tan dramático y emocional, y su afición por el alcohol no ayudaba.

“Entonces tenemos que buscarla en otro lugar”, regañó Isabella.

Giulia se aferró a mí, acercándose más. No sabía decir si tenía miedo de que sus padres vinieran aquí a buscarla o si le gustaba tanto besarme.

El aire ya no importaba. Lo único que importaba era el obstinado empuje de sus labios contra los míos. Solo importaba el peso de su cuerpo y la fuerza de su toque. Nada más tenía importancia.

“Quiero volver a entrar”, dijo Rocco.

“Oh, claro que sí”, los tacones de Isabella lo siguieron, pero ya no me molesté en escuchar más.

Sin sus padres cerca, me concentré en Giulia. Sus suaves maullidos que me endurecían más. Esos gemidos sexys que sentí a través de nuestro beso. Cada centímetro de su cuerpo suave y pequeño estaba al ras del mío.

Después de chuparle la lengua, le mordisqueé el labio inferior y me separé para tomar el aire que tanto necesitaba.

“Trata de no gritar”, la provoqué mientras levantaba su vestido. Respirando con fuerza, la miré a la cara mientras deslizaba mis dedos entre sus piernas y acariciaba su húmeda entrepierna.

Empapada. Ya estaba mojada por mí.

Gruñí, ahogándome en un deseo intenso al pensar que la había excitado tanto.

Ella sonrió, levantando una pierna para apoyar su talón en el escalón más cercano a nosotros. Bloqueados por las escaleras, estábamos escondidos en nuestra pequeña burbuja. Poco importaba dónde estuviéramos, siempre y cuando pudiera mantener mis manos sobre ella.

“¿Gritar?”, replicó ella con aspereza, recuperando el aliento. “No te halagues a ti mismo”.

“Eres una perra tan odiosa y rencorosa”, argumenté antes de besarla de nuevo. Solo una vez que la tuve gimiendo contra mi boca de nuevo, metí mis dedos en su calor apretado y resbaladizo. Inclinéme hacia atrás para susurrar contra sus labios húmedos e hinchados por los besos, la desafié a discutir. “Quieres juzgarme. ¿Quieres tratar de enfurecerme sugiriendo que no puedo complacer a una mujer?”

Apreté mis dos dedos más profundamente, más fuerte, y ella dejó caer la cabeza contra la pared de piedra.

“Cállate”, murmuró débilmente mientras deslizaba mis dedos más adentro de ella. “Solo cállate”.

“¿Quieres que me detenga?”. Froté la palma de mi mano sobre su montículo, acariciando su clitoris un poco.

Ella gruñó, agarrando la parte posterior de mi cabeza y acercándose más para un beso profundo y brutal. Su respuesta también llegó en sus embestidas, y pronto, cabalgó mi mano

mientras estiraba su apretado coño.

“No hagas que toda la noche sea una pérdida de tiempo”, respondió ella débilmente.

Lancé una sola carcajada. “¿Quién te invitó, de todos modos?”.

“La familia de la novia”, susurró, sus respiraciones calientes contra mis labios.

“Seguro que no habríamos sido nosotros”, prometí, asegurándome de frotar más fuerte sobre su montículo. “Pero supongo que debería estar agradecido por esta oportunidad de apiadarme de ti y mostrarte lo bien que un hombre de verdad puede hacer sentir a una mujer”.

“¿Alguna vez te callas?”, replicó ella.

Bajé un brazo para agarrar su trasero. Una vez que tuve su nalga en mi mano, apretando su carne, la mantuve en su lugar para embestir mis dedos en ella con más fuerza.

Ella gimió, cerrando los ojos mientras dejaba caer su cabeza hacia atrás de nuevo, pero no se lo permití.

“Abre los ojos, Giulia. Abre tus putos ojos y mira quién te está haciendo esto”.

Entrecerrando los ojos, me obedeció. Me observó, mirando hacia abajo para ver mi mano bajo su vestido. Me sintió. Sintió mis dedos bombear en su calor apretado.

“¿Quieres insinuar que no sé cómo manejar a una mujer? ¿Incluso a alguien como tú?”, gruñí.

Ella gimió, alcanzando mi cabeza para enredar sus dedos en mi cabello. Sosteniéndome cerca, selló su boca sobre la mía y me besó, de manera intensa y profunda. Incliné mi cabeza y craneé mi cuello para encontrarme con ella a mitad de camino. Entre sostener su culo y meterle los dedos en el coño, estaba limitado en cómo podía sostenerla, pero ella lo compensó. Acercó mi cara a la suya y me besó hasta que los dos nos quedamos sin aire.

“Tú...”, respiraba más rápido, todavía frotándose contra mi mano. “No deberías...”.

“No deberíamos”. Asentí con la cabeza mientras bajaba mi boca hacia su cuello. Justo debajo de su oreja, comencé a dejar besos húmedos y calientes por la delicada piel. “Realmente no deberíamos estar haciendo esto”.

“Oh, mierda, Renzo”, gimió mientras añadía otro dedo. “Oh, mierda”.

Sonreí, besándola en el cuello y preguntándome qué tan ruidosa sería. Empapada y apretando mis dedos, me prometió un duro orgasmo. Uno que disfrutaría como una victoria para siempre. Uno de los cuales...

Un grito cortó el aire.

No el de ella.

Se quedó quieta al oír el sonido.

Me detuve, congelándome con mis dedos en su coño y mi boca abierta sobre su cuello.

Otro grito.

La música se detuvo arriba.

“¿Qué...?”. Giulia tragó saliva y me empujó. Me enderecé, levantando de su cuello mientras liberaba mis dedos. Mirándonos el uno al otro con la boca abierta, esperamos.

¿Qué demonios fue eso?

“¡Está muerto!”. La voz de mi nueva cuñada resonó claramente desde el salón de baile. A través de las puertas abiertas que conducían a la recepción, nos llegaron sus noticias.

“¡Luka!”, gritó de nuevo. “¡Está muerto!”.

Di un paso atrás de Giulia, abriendo los ojos de par en par mientras lo asimilaba. El pánico y la ira reemplazaron la lujuria. Mi corazón retumbaba, y luché por respirar lo suficientemente rápido mientras la adrenalina me golpeaba con fuerza.

Mi hermano había sido asesinado en su propia boda.

GIULIA

Marianna se quedó a mi lado cuando entramos a nuestra casa. No podía culparla por el abrupto final de la recepción hace una hora.

Desde el momento en que Cecilia gritó en el salón de baile, se desató el caos. Nunca olvidaría el terror en el rostro de Renzo mientras corría hacia adentro, y yo lo seguía rápidamente para ver qué había pasado. Esa visión también quedaría grabada para siempre en mi mente.

Giovanni Bernardi miró fijamente a su hijo, rugiendo de rabia y exigiendo saber quién lo había matado.

Tampoco podría olvidar la súplica de ese padre por una respuesta. Tan enfurecido y conmovido al instante, perdió la razón. Desquiciado y con el rostro enrojecido, comenzó a gritarle a todos para saber quién había matado a Luka.

¿Por qué?

¿Cómo?

Pero, sobre todo, repitió sus desesperadas demandas para saber quién había asesinado al novio.

Cualquier padre estaría conmovido y furioso. Herido y perdido. Desconcertado y afligido. Nadie quiere ver a su propio hijo en la tumba. A menudo me sentía como una madre, criando a mis hermanas menores, y no podía comprender esa pérdida profunda.

Las reacciones de mi padre, sin embargo, no tenían sentido.

Había estado de mal humor y triste toda la noche, comportándose como de costumbre deprimido, pero en el momento en que Cecilia gritó que su marido estaba muerto, los guardias de los Romano más cercanos a la mesa principal lo atacaron. Rocco Acardi no tenía ninguna razón para ser golpeado, pero en el calor del momento, fue brutalmente agredido, atrapado en la conmoción que siguió a los gritos de Cecilia mientras Luka yacía muerto, desplomado sobre la tela blanca e impecable de la mesa principal que compartía con su esposa.

“¿Papá va a estar bien?”. Marianna echó un vistazo a los hombres de Acardi que lo ayudaban a entrar en nuestra mansión. Se dejó caer en el sofá, respirando con dificultad, con sangre corriendo por su rostro. Nuestro padre no era el hombre más en forma, pero en ese momento parecía cada uno de sus años, desgastado y magullado mientras gemía y se hundía en los cojines.

Él no tenía buen aspecto, y no podía culparla a ella por haberse asustado. Aun así, él estaría bien. La violencia era algo esperado en esta vida, pero no de esta manera. No todas las bodas terminaban en asesinato. No todas las salidas resultaban con nuestro padre siendo golpeado directamente de una forma tan brutal.

“Por supuesto. Por supuesto”, respondí.

Mamá continuaba enfurecida con él, exigiendo saber por qué no se había defendido. Por qué había permitido que esos guardias de los Romano lo atacaran.

A ella no le importaba que estuviera herido; lo único que le importaba era que permitiera que el nombre de Acardi se viera débil. Le exigía que actuara como un hombre fuerte, como si tuviera la mitad de su edad, y se defendiera, sin importar que estuviera en desventaja numérica.

No le importó que Marianna quedara traumatizada y presenciara tal alboroto de violencia en la boda. Mi hermana solo tenía catorce años, demasiado joven para verse inmersa en tanta violencia. Pero a ella, simplemente, le era indiferente.

Tampoco le importaría que Lucía y Beatriz oyeran el ruido y bajarán las escaleras, asustadas y alarmadas por los gritos.

Mamá no se dio cuenta ni se detuvo en sus quejas contra mi padre, demasiado acostumbrada a que yo actuara como una madre en su lugar.

“Vayan arriba. De regreso a la cama”. Las alejé, tratando de bloquear la vista de la sangre en el rostro de nuestro padre. Lucía la vio de todos modos y frunció el ceño, pero rodeó con su brazo los hombros de Beatrice y la guio para que se diera la vuelta.

“Llévalas de vuelta a la cama”, le dije a Marianna. “Son demasiado jóvenes para preocuparse por esto”.

Tú también lo eres, pensé.

Ella escuchó, guiando a nuestras hermanas menores de vuelta por las escaleras. Papá estaba herido, pero no era como si se estuviera muriendo. Aun así, era un espectáculo sorprendente. Si alguna vez la violencia nos había visitado, era cuando uno de nuestros soldados resultaba herido o muerto. Mi padre rara vez hacía algo en la “primera línea” de cualquier reunión, y una boda no era una escena de guerra.

O no debería haber sido así.

La muerte de Luka Bernardi sacudirá nuestro mundo. Todos se verán afectados de alguna manera, ya sea como un recordatorio de nuestra mortalidad, un ejemplo de lo profundas que pueden ser las rivalidades y el odio, u otra demostración de que nos rodeamos de personas violentas.

Todavía se sentía surrealista, y parte de mi terquedad para dejar que la muerte de Luka se asimilara se debía a dónde estaba y qué estaba haciendo cuando estalló la noticia.

Me había estado escondiendo de mis padres, refugiada por Renzo mientras él...

Detente. No tenía derecho a querer que él me tocara así. Tenía aún menos derecho a exigir que me besara más. Y no era el momento de pensar en eso en absoluto. Su hermano había sido asesinado. Mi padre estaba herido.

No era el momento de pensar en lo que me había tocado dejar atrás.

Exhalé mientras mis hermanas subían las escaleras, echando miradas hacia a mí y luego a mi padre en el sofá.

“Tú también”, dijo el tío Dario. Se acercó a mí lentamente, haciendo una mueca y apoyándose más en su bastón. “Ayuda a tus hermanas”.

Le lancé una mirada y sacudí la cabeza. “No”. Me condenaría si también me apartaban. La noticia de que Luka había sido asesinado en su boda no era algo que se pudiera barrer debajo de la alfombra. Tenía que saber qué había pasado con el hermano de Renzo. Mantenerse al tanto de lo que sucedía con los demás era una necesidad, pero *tenía que saberlo ahora*.

“¿En qué estabas pensando?”, exigió mi madre, gritando a papá. “¿Por qué demonios te metiste?”.

“Yo estuve allí”, respondió tembloroso, haciendo una mueca mientras un soldado le aplicaba una compresa en el corte de la frente. “Yo estaba allí, junto a esa mesa, y pensé que tendría sentido ayudar o defender o...”.

Dario se acercó a ellos conmigo, frunciendo el ceño. “¿Defender? ¿Tú?”.

Mi padre lo miró con desdén. “¿Qué significa eso?”.

El tío Dario no reaccionó a su expresión de enojo. “No eres ningún defensor”.

“Oh, ¿y tú lo eres más que yo?”, espetó Padre.

Me aferré a la parte superior del brazo de Dario, mostrando mi apoyo a este. Papá estaba herido, pero no tenía derecho a atacar de esa manera.

Era una indirecta demasiado cruel a su hermano menor. Dario había quedado discapacitado años atrás en una guerra territorial. Incapaz de usar bien su pierna e infértil, Dario era la mitad del hombre que una vez fue, físicamente.

“Eres un líder. Jefe de la Familia Acardi”, le recordó Dario. “Si alguien necesitaba defensa, no debías ser tú quien la proporcionara personalmente”.

“¿Por qué a ellos?”, exigió madre. Ella estaba furiosa, caminando de un lado a otro y completamente fuera de sí. Su rostro no lo mostraba. Había tenido demasiadas cirugías para revelar verdaderamente cualquier emoción, pero lo escuché en su gruñido.

“Los Romano habrían apreciado la ayuda”, respondió padre débilmente, cambiando de posición para sentarse más cómodamente.

“¿Los Romano?”, gritó, incrédula. “Cecilia Romano no fue asesinada. ¡Luka Bernardi sí! Y Marcus Romano buscará venganza. Tomará esto como un insulto personal. Y tú tuviste que entrometerte y ponerte en medio. Ahora te verá como una complicación en todo esto...”.

“Suficiente”. Me acerqué para interponerme en el camino de mi madre.

“No te atrevas a decirme *suficiente*”, me dijo con desdén. “Marcus Romano no es alguien a quien queramos tener como enemigo”.

Entrecerré los ojos hacia ella, tratando de entender. “Pero estás bien con que Luka haya sido asesinado, ¿verdad? Porque es un Bernardi, ¿no?”.

“Cállate, tonta. No sabes de lo que estás hablando”. Me empujó para pasar a mi lado y volver a gritarle en la cara a mi padre.

No era la primera vez que me hablaba así. Tampoco era la primera vez que le hablaba a él de esa manera. Así era ella, una mujer realmente despreciable.

“Tienes razón”, dijo mi padre, sorprendiéndome con esa defensa. “No te importa que hayan matado a un Bernardi”.

“A ti solo te importa el nombre Acardi”, le recordé.

“Como debería”, gritó ella. “Giovanni estará furioso y también querrá venganza, y no puedo preocuparme por eso”.

“Ya lo estaba”, dijo Dario mientras se sentaba en una silla, haciendo una mueca por el dolor al bajar.

Lo estaba. El padre de Renzo estaba luchando contra sus guardias que lo mantenían apartado de los demás. Otros soldados de Bernardi tomaron el relevo, defendiendo tanto a Renzo como a Giovanni, preocupados de que pudiera venir otro ataque.

No vino ninguno. De hecho, Luka tampoco había sido *golpeado*.

No fue una herida de bala lo que acabó con la vida de Luka, sino un veneno. No se veía nada en Luka exteriormente, pero el médico del personal de guardia de Bernardi concluyó rápidamente que había sido envenenado. Los detalles eran confusos. Todo parecía tan repentino e imposible, lo que lo hacía difícil de aceptar y comprender, pero escuché los murmullos entre

los invitados de que habían deducido que se trataba de un envenenamiento.

“Maldito idiota”, continuó mi madre. “Tuviste que acercarte y arriesgarte a que los Romano pensarán que estabas matando a alguien allí arriba”.

“Cecilia gritó y eso hizo que todos reaccionaran”, argumentó débilmente. Mirando al frente, parecía estar en una especie de trance, como si estuviera atrapado en una concha, observando desde adentro y sin control para hacer otra cosa que presionar el paño contra su herida.

“Nadie más resultó herido”, añadió Dario, como si eso pudiera apaciguar a mamá mientras se paseaba y despotricaba como un toro enjaulado listo para embestir contra cualquier cosa que pudiera identificar como objetivo o irritante. Siempre priorizó su imagen, nuestra imagen, y valoró el nombre y la posición de Acardi por encima de todo. “Una vez que Marcus se calme, una vez que Cecilia se sienta reconfortada por esta pérdida”, dijo tan despacio y con la mayor calma posible, “estoy seguro de que ningún Romano atacará a Rocco por haber estado allí”.

“En el calor del momento”, añadí, “es probable que los guardias de los Romano atacaran a todos y cada uno de los que estaban cerca de Cecilia cuando ella gritaba”. No había estado allí para presenciarlo todo. Para cuando corrí detrás de Renzo al salón de baile, los guardias de Acardi ya estaban haciendo retroceder a mi padre.

Las tres familias se habían dividido. Mientras Giovanni lloraba a Luka y exigía respuestas de los sorprendidos invitados a la boda, todos habíamos sido prudentes al separarnos en el enorme espacio del lugar. Las guerras habían estallado por menos que un asesinato o un atentado, y sin duda las acusaciones comenzarían a surgir por todas partes. Sin embargo, tenía que estar de acuerdo con mi tío. En el calor del momento, sí, Marcus Romano y sus guardias tenían razón en estar sospechosos de que mi padre estuviera cerca del novio asesinado. Una vez que todo se calmara, probablemente querría saber quién había matado a su yerno y buscaría venganza.

“Interrogarán a todo el mundo”, continuó Dario con calma. “Los guardias estaban por todas partes. También había cámaras. La gente hablará. Esto se resolverá algún día, y este asunto de atacar a Rocco será una noticia vieja”.

Mamá resopló, sacudiendo la cabeza mientras retomaba su andar. Cuando giró rápidamente, me clavó la mirada.

“¿Dónde estabas cuando ocurrió esto?”, exigí. Escuché cada nota de desdén en su tono desagradable. Cada palabra reflejaba su disgusto por tener que cuestionarme sobre mi paradero en el momento en que mataron a Luka. Me trataba como si no tuviera derecho a salir de los límites de sus expectativas, como si fuera una mascota encadenada, un objeto que debe ser colocado y ordenado.

Ella se acercó a mí con paso firme, y yo me negué a ceder. Permanecí completamente inmóvil, sin mostrar ni una mínima pisca de emoción mientras ella se acercaba a mi cara.

“¿Dónde estabas, Giulia?”. Me señaló con el dedo a la cara. “Tu padre y yo acabábamos de llegar de buscarte cuando todo esto sucedió. ¿Dónde estabas?”.

Parpadeé, sacudiendo ligeramente la cabeza, como sugiriendo que estaba siendo ridícula al gritarme así. “¿Yo? ¿Por qué importa dónde estaba?”.

Su labio superior se curvó. Entrecerró los ojos y trató de forzar una expresión de repugnancia tan rígida que parecía un dragón gélido a punto de rugirme.

En esta casa no estaba permitido contestar. Sin embargo, antes de que pudiera abofetearme o tratar de castigarme, seguí adelante.

“¿Estás tratando de insinuar que mi paradero importa? ¿Que yo pudiera tener algo que ver con la muerte de Luka?”. No podía sonar más ridícula.

“¿Dónde estabas?”. Ella no se detenía, ignorando cualquier cosa que le respondiera. “¿Eh?”

¿Dónde demonios te escondías?”.

No me molesté en decir que no me estaba escondiendo. Yo lo hacía y las dos lo sabíamos. Esta no era la primera boda o reunión familiar de la que había tratado de escabullirme y tener un momento de paz. En casa, ella me regañaba constantemente. Me acosaba a mí o a mis hermanas o a mi padre. A todos nosotros. No escatimó en nadie su juicio y crítica.

No podía decírselo. Nunca lo haría. Podía ponerme en aprietos todo lo que quisiera, y yo nunca le diría dónde estaba.

“¿Con quién estabas hablando?”, gritó, cada vez más frustrada cuando la miré fijamente.

Nunca lo diré. Yo no era tan estúpida.

Mantenerme virgen era lo esperado. Tenía que permanecer limpia, intocable para cualquier matrimonio que ella arreglara para mí. Mi propio cuerpo no me pertenecía para usarlo como quisiera, y ya había quebrantado esa regla en gran medida. Cuando Renzo me ayudó a esconderme de mis padres en el patio, me mostró tanto placer... o me llevó tan cerca de él. No me había podido venir. Me había llevado cerca del orgasmo, metiéndome los dedos de esa manera, pero los gritos de Cecilia lo habían interrumpido todo demasiado pronto.

De ninguna manera podría decirle la verdad. No me había follado. Permanecí intacta. No era como si me hubiera penetrado para cambiar mi verdadero estado virginal. Mi coño palpitaba mientras recordaba la emoción de su tacto allí, más profundo de lo que mis propios dedos podrían explorar, pero con mucha más fuerza y, de alguna manera, más habilidad.

En ese encuentro único e inesperado, me demostró que sabía cómo dominar mi cuerpo mucho más de lo que yo podría hacerlo.

“¡Giulia!”. Estuve a punto de estremecerme ante su grito, perdida en los pensamientos de Renzo.

Él estaría sufriendo. Su enojo por la muerte de Luka no desaparecería pronto. Casi me parecía mal desearlo, pero con cómo nos habían interrumpido, no podía evitarlo. Estaba enredada, inconclusa, y eso me irritaba enormemente.

“¿Dónde estabas cuando mataron a Luka?”, exigió.

Otros preguntarían. Todos querrían saber quién estaba dónde y qué pasó cuándo. No se contactaría a la policía. Todos éramos nuestros propios jueces y verdugos. Pero tenía que estar preparada.

Mi madre podría exigir respuestas hasta que se pusiera morada. No me importaba. Si alguien más preguntaba...

Contuve la respiración, atónita y ansiosa por lo que Renzo diría cuando le hicieran las mismas preguntas mientras todos intentaban juntar las piezas de quién estaba dónde hasta el momento en que Cecilia se dio cuenta de que Luka estaba muerto.

Tengo que ponerme en contacto con él. Renzo y yo tenemos que hablar. Si pudiera comunicarme con él, podría rogarle que mintiera. No podía estar difundiendo que estaba conmigo. Que yo podría respaldar su coartada.

Llegar a él no sería fácil. No después de la muerte de su hermano. No era un asunto menor.

Tengo que hacerlo.

Y tan pronto como hablara con él para aclarar que nuestras mentiras debían estar en sincronía, tendría que olvidarme por completo de ese momento ardiente que compartimos. Fue demasiado corto. Sucedió tan de repente, de la nada, pero eso era todo lo que podríamos haber tenido.

Lo sabía.

Pero odiaba que un momento privado con él nunca pudiera suceder de nuevo.

RENZO

El salón de baile todavía estaba lleno cuando insistí en llevar a mi padre a casa. Muchos soldados se quedaron, tanto para limpiar la escena como para comenzar a manejar la investigación. Varios líderes dentro de la familia Bernardi supervisarían el proceso. Entre ellos, se recopilarían respuestas. No quedaría ninguna piedra sin mover.

De una forma u otra, tarde o temprano, sabríamos quién se atrevió a matar a Luka esta noche. En su propia maldita boda.

Mientras acompañaba a mi padre a la gran mansión que él llamaba hogar, dejé que todas las emociones me atravesaran. Enojo. Preocupación. Ansiedad. Odio.

Tristeza, también, pero no era un sentimiento tan profundo. Luka y yo nunca fuimos cercanos. Nos separaban dos años, pero bien podrían haber sido veinte.

No quería hablar mal de los muertos, ni siquiera de los recién muertos, pero no había cariño entre nosotros.

Aun así, fue una pérdida. Su muerte fue un crimen impactante y nos golpearía duramente.

Volví a mirar a mi padre mientras aparcaba. Los conductores estaban listos, pero les dije a todos que nos dejaran. Me había preguntado si hablaría durante el camino a casa, pero no importaba cuántas veces mirara por el espejo retrovisor, él permanecía quieto y distraído en el asiento trasero.

Una vez que llegamos a casa, se movió con más esfuerzo. Todavía parecía estar en trance, no completamente consciente después de ver a su primogénito muerto.

“Gio”, dije, llamándolo como él prefería, siempre por su nombre de pila.

Levantó la mano mientras se dirigía a su estudio, impidiéndome hablar.

Sabía que no debía apartarme de su lado. Sin que se dijera nada, esperaba que yo lo siguiera. Después de una noche así, no quería que se enfrentara solo a esta pérdida. Ahora éramos solo nosotros dos, y nos mantendríamos juntos.

Pero yo no tenía nada que ofrecerle. Luka era su hijo. Yo era su repuesto.

O lo había sido hasta esta noche.

Gio y yo nunca fuimos cercanos, y eso se notaba en lo incómodos que estábamos en su estudio.

No supe qué decir. Apenas sabía qué pensar.

¿Quería consuelo? Lo dudaba. ¿Estaba esperando que yo actuara? Nunca lo había hecho antes.

Todo lo que podía hacer era luchar con cada sentimiento que me golpeaba.

Estaba furioso de que alguien se hubiera atrevido a matar a un novio Bernardi en su boda.

Me preocupaba que Gio esperara que yo ocupara el lugar de mi hermano.

Y yo estaba impaciente. Tuve que averiguar dónde golpear, cómo devolver el golpe. Luka y yo nunca fuimos cercanos. Tradicionalmente no éramos sentimentales como hermanos, pero él era uno de los miembros de mi familia. Yo lo vengaría. Pase lo que pase.

“Ahora depende de ti”, dijo con brusquedad mientras se reclinaba en su silla de cuero cerca de la chimenea. Allí no rugían las llamas, no con el calor estival que ahora padecíamos. A pesar de todo, era su lugar. Su trono, solía pensar cuando era más joven. El sitio donde se había sentado en innumerables ocasiones para dar órdenes a Luka.

Ahora me tocaba a mí.

Mi turno, que pensé que nunca tendría. Que nunca quise.

“Eres mi hijo”, Renzo.

Me quedé inmóvil, mordiéndome la mejilla. No agregé *ahora*. Yo era su hijo *ahora*, y me trataría como el siguiente en la línea.

“Tendrás que dar un paso al frente y asumir la responsabilidad que Luka siempre tuvo”.

Exhalé, tratando de mantener la respiración firme. “Solo ha estado muerto un par de horas”.

Golpeó la mesa auxiliar con la mano, haciendo temblar la lámpara. “¿Estás eludiendo lo que se espera de ti? ¿Ya?”.

Respiré hondo. “No. No lo estoy”.

“Espero que encuentres al asesino de tu hermano”. Apretó los labios en una delgada línea.

“Por supuesto”.

“Y lo mates”, gruñó.

“Lo sé”. No puse los ojos en blanco. Yo no era tan estúpido, pero cuanto antes dejara de tratarme como a un imbécil, más rápido podríamos progresar aquí.

No me molesté en preocuparme por sus reacciones. No perdí ni un segundo más pensando en su salud mental o en cómo se lo estaba tomando. Giovanni Bernardi era un líder. Él era el Jefe de la Familia y, por supuesto, querría pasar directamente a la acción. Así era como se vengaba. Con acción. Con decisiones rápidas. No con lágrimas. Si tuviera la capacidad de expresar otras emociones que no fueran la ira o la autoridad, no lo sabría. Nunca lo mostró en público, ni delante de mí.

“Hasta ahora, todos los soldados más cercanos a Luka están proporcionando informes incompletos y dudosos”.

Hizo un gesto con la mano, despidiéndome con indiferencia. “Por supuesto. Acaba de suceder”, gruñó. Aunque levantó las cejas, casi sorprendido de que hubiera estado prestando atención todo el tiempo después de que se anunciara la muerte de Luka. Probablemente asumió que nunca me di cuenta de nada, que estaba demasiado ocupado festejando y viviendo mi vida, pero siempre estuve consciente. Aunque yo fuera el repuesto, era un Bernardi, y nuestros enemigos no eran amables.

“Pero no veo cómo no podría ser Rocco Acardi”, agregué.

Pensar en ese viejo borracho me molestaba porque el primer pensamiento sobre él me llevaba a recordar a su hija. Giulia se sentía tan dulce bajo mis labios, su coño envuelto alrededor de mis dedos. Me habría quedado así, complaciéndola y burlándome de ella hasta que demostrara que su boca descarada estaba equivocada. Que yo no era un amante mediocre.

“No seas imprudente”. Se sentó, suspirando. “Los informes llevarán tiempo. No puedes apresurarte a sacar conclusiones y matar a cualquiera y a todos los que se te ocurran”.

De nuevo, me abstuve de gruñir ante su tono condescendiente. *Sé eso perfectamente.*

“Él estaba justo ahí. Estaba cerca de ellos, en la mesa principal, cuando lo encontraron muerto”, le recordé. Dudaba que lo hubiera olvidado. Él estaba en la habitación cuando sucedió, y yo había entrado corriendo desde el patio.

Los guardias de los Romano se apresuraron a asegurar la situación y, al hacerlo, atacaron a Rocco. No se veía bien, pero yo llegué sin saber mucho. Tenía que obtener más respuestas antes de actuar.

“Si tuviera que señalar con el dedo”, dijo, entrecerrando los ojos y mirando la chimenea, “estaría mirando a los Romano”.

“¿Nickolas o Marcus?”, pregunté, refiriéndome al hijo y al padre.

“Ambos”, Gio frunció el ceño. “Ambos expresaron preocupaciones sobre Luka antes del matrimonio. A Nickolas nunca le agradó desde que aquella puta murió”.

Sabía exactamente de lo que estaba hablando. No podía recordar su nombre, pero tanto Luka como Nickolas la preferían. Había muerto en circunstancias sospechosas, y Nickolas acusó a Luka de tener algo que ver con su muerte, ya que ocurrió en una residencia de los Bernardi.

“Marcus puede ser rico”, dijo, “pero es un bastardo sin escrúpulos en el que nunca confiaré del todo”.

¿Pero confiabas en él lo suficiente como para permitir que tu hijo se casara con su hija?

Durante mucho tiempo, había vuelto la vista e ignorado todas las capas de complicadas leyes y rencores de la mafia. Nunca me había importado antes, y odiaba que ahora tuviera que ser mi mundo.

Discutimos de un lado a otro sobre nuestras sospechas, y me dijo más sobre cuáles de los hombres me responderían ahora.

Al final, estaba demasiado impaciente para sentarme y esperar, demasiado inquieto para hablar y especular. Cosas como esta llevarían tiempo, pero no quería quedarme ocioso.

Rocco Acardi se había comportado de manera sospechosa, y yo quería saltar a la acción ahora. Si hubiera matado a mi hermano, estaría en casa y se sentiría culpable. Actuando de manera extraña. Vulnerable, incluso con ese remordimiento. O tal vez, estúpidamente eufórico por la victoria de haber matado a un Bernardi.

“Lo vengaré”, juré sinceramente antes de despedirme.

Me dispuse a comenzar ese proceso de inmediato. Si Rocco no era culpable, entonces tendría que investigar más a fondo y descubrir quién lo era. No había tiempo para el duelo y el luto ahora. La acción era necesaria. Tenía que demostrarle a mi padre que asumiría el mando, incluso en los momentos más difíciles.

Y por eso llegué a la residencia de los Acardi hasta altas horas de la noche. Después de estacionar un poco más atrás para evitar ser detectado por sus guardias de patrulla, sin duda en alerta máxima con su jefe atacado en la boda, me acerqué cada vez más.

Gio se equivocó al suponer que yo no sabía nada sobre lo que se necesitaba para ser un hombre despiadado de la mafia. Siempre había sido leal a la Familia, aunque nunca tuve que hacer mucho. El sigilo me resultó fácil, pero había perfeccionado ese conjunto de habilidades escabulléndome con mujeres. Metiéndome en camas de mujeres casadas o huyendo de las codiciadas casas de amantes, había aprendido a moverme sin ser detectado, y eso era precisamente lo que hacía en la residencia de Acardi.

Acercarme a la entrada trasera no fue difícil, pero esperé afuera durante un largo rato para calibrar mejor cuándo podría entrar y encontrar a Rocco. La paciencia era la clave de cualquier misión secreta. Cuanto más tiempo me detenía frente a las puertas, mejor podía seguir los movimientos de los guardias y predecir cuándo estaría despejado el camino.

Una vez que me colé, me apresuré por los pasillos y me quedé pegado a las sombras, buscando la suite principal donde Rocco sin duda estaría descansando o preparándose para retirarse.

Tal vez sea demasiado tarde. Había recibido una paliza de los guardias de los Romano en la boda. Rocco Acardi no estaba en forma. Tampoco era tan viejo, pero parecía ser uno de esos líderes que dependían demasiado de sus hombres para hacer todo el trabajo sucio. Gio seguía haciendo ejercicio, pero sus complicaciones de salud parecían persistir e importar más de lo que solían hacerlo.

Encontré a Rocco demasiado pronto. Arriba, en una sala de estar, estaba desmayado en un sofá. Ningún guardia se paró afuera de las puertas del hombre borracho que roncaba. La sangre se había limpiado de su frente. Un vendaje de grasa cubría el corte. Tenía que ser la botella de vino medio vacía que aún sostenía en su mano lo que lo había ayudado a quedar inconsciente.

Dudé, preguntándome si debía matarlo aquí y ahora.

Pude, pero la pregunta seguía en pie. *¿Debería?* Estaba dormido, vulnerable y fuera de sí. Podría acercarme y cortarle el cuello. Fin.

No. No podía. No de esta manera. Tenía que ser capaz de demostrarle a Gio que podía dar un paso al frente y asumir las responsabilidades que ahora recaían sobre mis hombros. Matar a Rocco sin la prueba de que había asesinado a Luka no me serviría de nada.

Si fue él quien envenenó a mi hermano, solo él podía confesar el acto.

Despertarlo sería lo mejor. Cuando me dispuse a hacerlo, a despertarlo y exigirle respuestas, los guardias aparecieron caminando. Ya conocía el sonido de sus pasos. Contundente y pesado. Hombres robustos con botas. Pero una voz de mujer los acompañaba.

“Quiero que se aumenten las patrullas durante la noche”, ordenó Isabella Acardi. “Ese borracho inútil que tengo no pensará en decírselo, pero insisto en ello. En su nombre”.

“Sí, señora”.

Me quedé pegado a la pared hasta que pareció que habían pasado. Si bien el riesgo de que hubiera más guardias haría que fuera más difícil salir, no me preocupaba. Todavía no.

El sonido de una puerta abriéndose en el otro extremo de la suite me molestó. Es probable que Isabella estuviera allí, y si el sonido de pasos ligeros que se acercaban a la sala de estar más abierta donde dormía Rocco era suyo, me encontraría en segundos.

Joder. Lidar con esa vieja insípida no era una de las cosas que tenía que hacer. Rocco era un idiota borracho, pero su esposa era desagradable, cruel y siempre sentenciosa, quería impresionar a todo el mundo, pero se apresuraba a exigir un respeto que no merecía.

Salí de la habitación y escapé al pasillo. Antes de que pudiera encontrar a su marido dormido... o a mí, espiando..., corrí por el largo pasillo y pensé sobre la marcha. Tendría que redirigir mi escape, pero no estaba nervioso. Siempre se podían hacer ajustes. Era ágil, rápido y con mente veloz.

Hasta que abrí un par de puertas al final del pasillo, puertas dobles que podría haber jurado que llevarían a una escalera más allá de un salón de baile en el piso superior. Al menos eso era lo que esperaba por la forma de ese lado de la mansión.

No fue así.

Había cruzado el umbral para entrar en un ala privada.

El ala de Giulia.

Cerré la puerta detrás de mí, en silencio, y aun así, ella no se dio cuenta de que tenía un visitante. Mi llegada me convertía en algo más parecido a un intruso, pero había calculado el mejor momento posible.

Se quedó de pie en medio de su dormitorio, quitándose el vestido. Su piel suave y bronceada se flexionó mientras se retorció para quitarse la prenda que yo había levantado en el patio trasero en la boda. Había deslizado mis dedos bajo esa delgada capa de encaje negro. Mi mano había agarrado esa exuberante nalga, revelada por el alto arco de su tanga.

Al darse la vuelta, arrojando el vestido a un banco acolchado colocado frente a un tocador, se encontró con mi mirada.

Maldita sea.

Todavía no me había recuperado de cómo nos habían arrancado del momento caliente que compartimos en la boda.

Mis labios hormiguearon con un toque fantasmal de su boca seductora y aguda. Recordé con claridad lo fuerte que se había apretado alrededor de mis dedos, palpitando y pulsando, resbaladiza con sus fluidos mientras jugaba con ella.

Y la quería de nuevo.

“¿Renzo?”.

Su voz era solo un susurro, lleno de sorpresa y deseo. Cuando bajó su mirada a mi entrepierna, supe que se había dado cuenta de que instantáneamente me excité de nuevo. Pensar en ella fue suficiente para hacerme pensar en volver a disfrutar de su sumisión. Verla frente a mí casi hacía que mis pantalones no pudieran contener mi creciente excitación.

Mantuvo los brazos abajo, sin rehuir ni apresurarse a cubrirse. Esas enormes tetas estaban altas y llenas, burlándose de mí mientras ella se mantenía erguida con nada más que un sujetador de encaje y una tanga. Sus piernas permanecieron en su lugar, sin llevarla a esconderse cuando la sorprendí desnudándose.

Con la lujuria ardiendo en sus ojos, sin duda reflejando la forma en que la miraba, se lamió los labios y me vio acercarme.

“Renzo, ¿qué haces aquí?”. Al oír un rápido jadeo detrás de ella, giró y descubrió que su hermana se despertaba en un diván cerca de la ventana.

¡Maldita sea! Me dejé caer sobre la alfombra y rodé hacia la cama para esconderme mientras la asustada chica que había estado durmiendo fuera de mi vista en la habitación se despertó por completo y respiró hondo para gritar.

GIULIA

¡R^{enzo!}

Me volví, agarrando mi bata que descansaba a los pies de mi cama.

¿Qué está haciendo aquí?

Tendría que esperar para preguntar. Se apresuró a dejarse caer y esconderse al oír el despertar de Beatrice. Frente a ella ahora, me apresuré a consolarla.

Después de dejar a mis padres en el pasillo, llegué a mi habitación y encontré a mi hermana menor acurrucada en el diván donde le gustaba leer. Solo para estar cerca de mí, siempre decía. Con el susto de antes, no me sorprendió que entrara en mi habitación queriendo una sensación de seguridad. Sin embargo, era medianoche y no había durado mucho con su lector electrónico. Estaba sobre su regazo cuando se sentó, despertándose justo cuando ese maldito Renzo entró en mi habitación.

“Shh”. Me apresuré a calmarla, acercándome a ella y abrazándola.

No quería que gritara asustada al ver a un hombre en mi habitación.

“Vi...”.

La abracé y la insté a que se pusiera de pie. “Un sueño”, susurré. “Era solo un sueño”.

Ella asintió, frunciendo el ceño mientras la alejaba de la tumbona. Asegurándome de bloquear cualquier vista de Renzo en el suelo, extendí mi bata y la empujé hacia la puerta. “Te sentirás mejor en tu propia cama, no en esa pequeña tumbona”.

“Lo sé”, admitió antes de bostezar, parpadeando con los ojos todavía medio somnolientos. “Solo quería esperar despierta a que entraras en tu habitación. No me gusta cuando se pelean”.

A mí tampoco. La acompañé hasta la puerta y le besé la frente mientras la abría.

Por lo que yo sabía, Renzo podría haberse ido de nuevo para cuando yo volviera de ver a Beatrice en su propia cama. Le di aquel beso en la frente, ansiosa por volver y ver por qué demonios ese hombre se había colado en nuestra casa, y mucho más en mi habitación.

Su hermano llevaba muerto apenas unas horas. Así que, mientras caminaba de regreso a mi habitación, abría la puerta y luego la cerraba detrás de mí, me pregunté por qué. ¿Estaba allí para buscar consuelo? ¿Estaba ansioso por terminar lo que empezamos y no pudimos concretar, recurriendo a la intimidación para evitar reaccionar a la muerte de su hermano?

“¿Renzo?”, susurré mientras me arrastraba por la alfombra, con los pies descalzos en silencio.

¿Fue toda mi imaginación? No. Beatrice también lo vio. Sentí cada...

Él salió de detrás de mi tocador, avanzando hacia mí con cautela. De inmediato, reviví esa

conexión instantánea y la oleada de calor que su mirada encendida provocaba en mí. Sentir su mirada recorrerme me encendió por dentro, deshilachando mis nervios en un caos. No lo había soñado. Esta era la segunda vez que sufría por la tensión y la consciencia de su mirada abrasadora.

“Renzo”, repetí, regañándolo lo mejor que podía en esas condiciones. Como estar casi desnuda. Y solo nosotros. En mi habitación. Que él incluso estuviera aquí.

“¿Qué haces aquí?”. Me cubrí con la bata, tratando en vano de cubrirme y al menos parecer que intentaba ser modesta. La alarma se registró en mi mente, atenuando la excitación inmediata que había avivado al mirarme de esa manera.

“Joder, Giulia”, dijo con voz áspera, acercándose a mí e intentando agarrarme por la cintura.

Esquivé sus manos, mirándolo lo mejor que pude mientras resistía mi deseo de abalanzarme sobre él y continuar donde lo habíamos dejado.

No era una cosa nueva y brillante. Nos conocíamos desde que éramos niños, siempre cerca pero nunca amigos. El antagonismo de larga data entre nuestras familias impidió que nos convirtiéramos en algo más que conocidos mutuamente odiados, pero siempre habíamos sido conscientes de que el otro acechaba en el fondo.

Solo ahora, desde que me había encontrado deseando un momento de paz mientras me escondía en esa fiesta, sentí esta necesidad abrumadora y absorbente de estar cerca de él.

Sentirlo.

Y besarlo hasta que gruñera y se aferrara a mí con más fuerza.

Él estaba tan conflictuado como yo. Su mirada se volvió más ardiente, y su rostro se tensó con más arrugas en la frente. Frunció el ceño y entrecerró los ojos, advirtiéndome en silencio que no me echara atrás ni que luchara de nuevo.

Muy mal.

“¿Por qué estás aquí?”, pregunté de nuevo, cruzándome de brazos para sujetar mi túnica.

“He venido a ver a tu padre”, dijo, poniéndome la mano en la cintura.

Su tacto me quemó. Esta delgada túnica no hacía nada como una capa adecuada de protección. No me alejé, demasiado emocionada con la emoción única de tener sus dedos sobre mí de nuevo.

“¿En *mi* habitación?”, lo desafié, negándome a mostrarle cuánto me había afectado su brusco agarre. Me estremecí, odiando la reacción de mi cuerpo, y él colocó su otra mano en mi espalda. Dentro de su abrazo, yo estaba atrapada. Bajo su ardiente mirada y aprisionada entre sus grandes manos, me tenía justo donde quería, como si estuviera ansioso por continuar donde lo habíamos dejado.

“Lo vi borracho y dormido en el otro extremo del pasillo”, explicó, acercándose mientras respiraba más rápido. La tensión crecía entre nosotros, caliente y chisporroteante mientras nos mirábamos el uno al otro. Sus manos no me abandonaron y mantuve los brazos cruzados.

Llevó su mano izquierda por mi costado, casi masajeándome, y su mano derecha en mi espalda bajó hasta que pudo recoger el material de mi bata en su mano. Esos dedos hábiles se curvaron contra mi trasero con el movimiento, y vacilé en mi determinación de resistirlo.

“¿Por qué?”, pregunté, sonando demasiado entrecortada para parecer realmente defensiva.

Me alcanzó el hombro y me pasó la bata por encima. A medida que la tela se deslizaba, me hacía cosquillas en la piel.

“Creo que mató a mi hermano”.

Fruncí el ceño. Ese comentario me sacudió, sacándome de esta ensoñación de lujuria que él era demasiado bueno y rápido para causar.

“No lo hizo”, dije con tono burlón, negando con la cabeza.

Me acercó más, bajando su mano a mi brazo superior. La presión de sus dedos aumentó allí. No sentía dolor, pero me negaba a ser obligada a bajar los brazos como él sugería.

“¿Sabes eso?”, desafió. Tenía un puñado entero de mi túnica en la mano. La tela endeble tiró de mi piel y, con la manga pegada a mi codo, se aprovechó.

Tirando hacia abajo, obligó a la bata a tirar de mi brazo hacia atrás. Tan pronto como perdí esa postura de brazos cruzados, me rodeó con su brazo.

El contacto de su brazo musculoso y peludo contra mi carne desnuda me llenó de una potente necesidad. Con un deseo que habíamos tenido que pausar antes.

Regresó con toda su fuerza ahora, burlándose de mí para que cediera de nuevo.

“Porque estoy bastante seguro de que estabas distraída cuando alguien mató a mi hermano”. Demostró una repetición de lo ocupada que había estado en ese momento... con él. Estampó sus labios contra los míos, besándome sin piedad mientras arrojaba mi bata al suelo.

Envoltiéndolo con mis brazos, me deleité con la presión de sus labios, hambrientos y exigentes contra los míos. Arqueándome hacia su beso, me acerqué a él, frotándome sobre su cuerpo duro.

No tenía autocontrol. No quería tenerlo. Besar a Renzo en mi habitación era una idea tan mala como lo era besarlo en un lugar apartado de ese patio. Y al igual que aquellos breves momentos de éxtasis, este no era menos embriagador y mágico.

Mi coño estaba resbaladizo una vez más, ansioso de que su toque me llenara y me provocara. Respiré tan rápido, mareada por este profundo deseo. Por más que me acerqué para aferrarme a él, no pude apaciguar la sensación tensa de mis pezones, duros y atrapados detrás de las copas de mi sostén.

Estaba perdida explorando esta lujuria prohibida con él. Mientras me dejaba débil y necesitada, persiguiendo sus labios cuando se retiraba para tomar aire, no me importaba.

“Él no mató a Luka”, repetí. Era un crimen besarlo y desearlo, pero era un agravio peor hacerlo con la idea de que había venido aquí para acusar a mi idiota padre.

“¿Lo sabes?”, gruñó, agachándose para besarme más fuerte.

Cuando retrocedí para tomar aire, jadeando y mirándolo fijamente, le imploré que entendiera. “¿Por qué lo habría hecho? Mi padre no tiene ninguna razón para matar a Luka”.

“Somos enemigos”, me recordó.

Tiré de él hacia abajo para darle un fuerte beso. “Lo somos”.

A pesar de que no actuamos como tal en absoluto.

“Mi padre no tenía ninguna razón para preocuparse por esa boda, tampoco por Luka. En absoluto”.

No parecía creermelo, pero tampoco parecía dispuesto a discutir el asunto.

Apretándome el trasero, me levantó en sus brazos. Besándome y cargándome, me llevó a mi cama. Caímos juntos, y antes de que pudiera alcanzar su cuello completamente, él estiró la banda elástica de mi tanga y la arrancó.

“Él estaba justo ahí”, argumentó mientras deslizaba su mano más abajo hacia mi coño. Tu padre estaba allí cuando sucedió.

Gemí por su lento arrastre, deseando que metiera pronto sus dedos dentro de mí. Separé las piernas y le di fácil acceso. Cuando me provocó, deteniéndose con sus dedos sobre mi montículo y casi trazando mi entrada, emití un gemido impotente y lo guie hacia abajo.

Empujé su mano hacia abajo, y una vez que enroscó un dedo dentro de mí, dejé que mis ojos se cerraran ante la fuerte intrusión.

“Nickolas”.

Dejó de moverse. “¿Qué?”, murmuró.

Mierda. No había completado mi pensamiento, ya tan abrumada por su toque. Su tono duro daba a entender que no quería oírme hablar de otro hombre mientras me tocaba.

“Nickolas debe de haber matado a Luka”, añadí, respirando más hondo mientras él aceleraba y se frotaba contra mi clítoris.

No me había pedido mi opinión, pero si él estaba aquí y era lo suficientemente abierto como para contarme sus sospechas, entonces yo también debería serlo. Esto no podía ser normal. Discutir quién podría haber matado a su hermano era un tema extraño, pero debatir mientras él me tocaba con los dedos y me besaba el pecho lo era aún más.

No. Poder hablar con él, un hombre de la mafia, sobre asuntos ‘importantes’ era una rareza en sí misma.

“¿Por qué?”. Redujo la velocidad de sus dedos, besando con más fuerza mientras se inclinaba hacia mis pechos. “¿Por qué piensas eso?”.

“¿Te importa lo que piense?”. Traté de mantener la sonrisa fuera de mi tono.

Mordió el borde de la copa de mi sostén y tiró de él hacia abajo. Se me salió el pecho. Esa punta dura de mi pezón apuntó hacia él, y no perdió un segundo para acercarse más y succionarlo en su boca caliente.

“¡Oh!”.

Alzó la vista y me miró fijamente. “No tan alto”.

Le respondí acercándome a su cara y empujándola hacia mi pecho.

Él se resistió, mirándome. “¿Por qué no debería preguntártelo? Siempre estás en las mismas cosas que nosotros. Vives en este mundo. No eres un forastero”.

Él no tenía ni idea de lo mucho que significaba para mí ese voto de confianza. Vivir con mi madre controladora y mi padre indiferente me hizo asumir que literalmente no servía para nada, pero Renzo no era tan desdenoso.

“Es probable que Nickolas haya matado a tu hermano por esa vieja cuenta. No recuerdo los detalles, pero se pelearon por esa puta”.

Se quedó mirando mi pecho, observando cómo se balanceaba mientras empujaba su mano contra mí, hundiendo sus dedos tan profundamente. “Y terminó muriendo cuando estaba con Luka, en una de nuestras propiedades”.

Gemí mientras volvía a chupar mi pezón en su boca. “Quizás... tal vez Nickolas quería a esa puta para siempre y estaba amargado por haberla perdido a manos de Luka”.

“Mi hermano no la mató”, argumentó. “No creo que lo hiciera”. Luego tiró de la otra copa del sujetador hacia abajo, liberando mi otro pecho. Alternaba entre la agonía de provocarme con su boca y su lengua. Apoyado en un codo, se inclinó sobre mí mientras me empujaba cada vez más cerca del clímax. Esa acumulación de tensión no podía durar mucho tiempo, y me acerqué a él para llegar más rápido.

“Lo siento”, solté entre respiraciones rápidas. “Lamento que hayas perdido a tu hermano”.

Gruñó, acercándose para besarme la boca profundamente. Parecía que no quería oír lástima. O simpatía. Lo único en lo que se centraba era en esa intimidad embriagadora que no teníamos por qué intentar tener.

“Ojalá pudiera perderlo. Contigo. Quiero follarte duro, Giulia”, gruñó contra mi boca. Su mirada azul oscuro se cruzó con la mía, y no pude apartar la mirada mientras bombeaba y estiraba los dedos más rápido. “No quiero pensar en la puta muerte de Luka”. Me besó más fuerte. “O que tengo que dar un paso al frente a toda esta mierda”.

Jadeé al ver su pulgar rodeando mi clítoris. “Por favor”.

“No quiero pensar en ninguno de estos problemas. Todo lo que quiero es esto”, susurró. “Demostrarte que puedo complacerte y hacerte venir tan fuerte...”. Aplastó sus labios sobre los míos mientras lo hacía.

Me vine. Con gloriosas y liberadoras olas de alivio, perdí la lucha con esa tensión. Se rompió. Me desmoroné, astillándome bajo la euforia de un intenso orgasmo por el que me alegré de que hubiera tenido la previsión de taparme la boca. Se tragó mis fuertes gemidos y gritos. Sus labios sellaron los sonidos que yo habría emitido inconscientemente. Si no me hubiera amortiguado, los guardias que corrían por los pasillos habrían oído y llamado a la puerta. Una cerradura nunca fue una opción aquí, y Renzo habría sido descubierto.

Mientras recuperaba el aliento, mirándolo, él frunció el ceño hacia la puerta cerrada. Podría haber venido aquí para interrogar a mi padre, pero acabó terminando lo que habíamos comenzado.

Y estaba prolongando su estancia.

“Giulia”. Francis, uno de los guardias principales, llamó a mi puerta. “Giulia”.

Todavía con la mirada ceñuda ante el panel cerrado de madera pulida, Renzo se levantó suavemente. Su físico en forma le ayudaba a moverse como un ninja, silencioso y rápido. Mientras se agachaba para coger mi bata y me la acercaba, mantuvo la mirada fija en la puerta.

“Giulia”.

“En un momento”, respondí, “estoy indecente”.

Renzo me sonrió mientras me apresuraba a ponerme la bata.

“Giulia, abre la puerta antes de que lo haga yo”, ordenó Francis. No lo dijo de mala manera. Sabía que solo estaba haciendo su trabajo. Aun así, no podía apresurarme. Me temblaban los dedos. Sentí las olas que se desvanecían de mi orgasmo. Mi coño estaba tan sensible, y en mis muslos, mi semen se me pegaba a la piel.

Renzo se hizo cargo, me cubrió con la bata y ató la faja rápidamente.

“Giulia”, advirtió Francis.

Renzo cayó de rodillas, escondiéndose a mis pies de este lado de la cama donde yo estaba.

Una vez que bajó fuera de la vista desde la puerta, Francis entró.

Exhalé un suspiro indignado, nervioso y alarmado. “¿Cuál es el significado de esto?”, pregunté. Mi corazón se aceleraba con Renzo escondido en mi habitación. Si lo encontraban, se lo llevarían. Si dijera una palabra sobre acusar a mi padre de asesinato, estaría muerto.

Con una extraña sensación de déjà vu, lo escondí de los guardias en la puerta. Francis entrecerró los ojos, deambulando por la habitación, y yo me crucé de brazos y me aclaré la garganta.

“¿Cuál es el significado de esto?”, pregunté.

“Preocupaciones de patrulla”, respondió. “Alguien nos alertó de un posible intruso”.

Demasiado tarde para eso. “No te atrevas a despertar a mis hermanas”.

Francis asintió, todavía sospechoso pero lo suficientemente apaciguado como para salir de la habitación.

Tiré del cabello de Renzo, arrastrándolo hacia arriba.

“Joder”, siseó por el dolor. Atrapando mi mano, me atrajo hacia él para un beso intenso. “Más te vale mantener la boca cerrada sobre tus acusaciones”.

“¿Sobre Nickolas?”, sonreí. “Tú también. No puedes ir por ahí diciéndole a todo el mundo que mi padre mató a Luka”.

Gruñó, besándome una vez más. “Es mi enemigo. *Eres mi enemigo*”.

“Sí, es por eso que necesito tu palabra de que no le dirás a nadie que estuve contigo afuera en la boda”.

Arqueó una ceja y miró hacia la cama.

“Y eso...”. Me mordí el labio inferior. “No le digas a nadie que estuviste aquí”.

Con un último gruñido, me besó una vez más. “¿Por qué coño iba a anunciar que entré aquí? Tengo la intención de obtener respuestas, y no me dejaré desviar por una mentira fácil”.

Lo empujé, molesta de nuevo. Esta rutina de frío y calor me estaba carcomiendo los nervios. “No fue un 'trabajo fácil'. Sigo siendo virgen, y así es como tiene que ser”.

Mirándome con el ceño fruncido, negó con la cabeza. “Lo digo en serio, Giulia. No te metas en este asunto de mi hermano. Te guardas tus pensamientos para ti misma y no hables de ello”.

¿Está tratando de... Protegerme? La idea de que Renzo quisiera mantenerme a salvo me parecía extraña.

Corriendo hacia las puertas del balcón, se fue sin darme la oportunidad de exigirle silencio.

“¡Renzo!”, siseé, persiguiéndolo mientras se arrojaba por encima de la barandilla y bajaba.

Al ver a los guardias a lo lejos, me retiré a la relativa seguridad de mi habitación.

Una mirada a la cama sugirió que nunca volvería a sentirme igual aquí.

RENZO

Durante los dos días siguientes, no tuve tiempo para pensar. No me quedó tiempo para sentir otra cosa que una sofocante frustración. Dejar a Giulia de la manera en que lo hice no fue fácil, pero esos momentos de éxtasis robados en su habitación, cuando jugaba con ella en su cama y la hacía llegar tan hermosamente con mi mano, fueron lo único que me mantuvo cuerdo en su ausencia.

En el estudio de Gio, en el almacén donde se reunían soldados y capos, y entrando y saliendo de otras oficinas, me vi empujado directamente a todo lo que Luka alguna vez tuvo que manejar. Mientras a mí me habían dejado libre para hacer lo que me placiera, él había tenido que hablar con todos esos capos. Había estado en contacto con los soldados. Y había tenido su pulso en tantas operaciones secretas que yo me sentía abrumado por todo.

Mi vida ya no me pertenecía. Mi tiempo ya no era mío para hacer lo que quisiera. Estaba sometido, gobernado por las expectativas de mi padre. Sin Luka aquí para ocuparse de todos los negocios, estaba arruinado.

No lo resentía. Lo mataron, y nunca habría deseado su muerte por ninguna razón. Pero al mismo tiempo, me sentía atrapado y fuera de control.

Si no estaba escuchando a los capos explicarme detalles, estaba esforzándome por recordar quién era quién. Y si no estaba prestando atención a la autopsia que se le había hecho a Luka, confirmando que había ingerido un veneno colocado en su bebida en la recepción de la boda, estaba asintiendo y preguntándome cómo diablos mi hermano había manejado tantas cosas a la vez.

No es de extrañar que fuera un cabrón frío y distante.

No es de extrañar que pareciera vacío y siniestro.

Nunca había tenido la oportunidad de vivir. De simplemente ser. Y ahora, parecía que yo tampoco la tendría.

En lugar de lamentar su muerte, Gio y los capos de la Familia avanzaban con la investigación para descubrir quién lo había matado. Si se tratara de la muerte de un miembro mayor, alguien cuya muerte se esperaba, entonces sí, se harían los preparativos para celebrar el final de su vida con comidas, fiestas, reuniones y encuentros.

Nadie estaba celebrando absolutamente nada mientras se acercaba el día del funeral de Luka. Todos nos concentrábamos en identificar al asesino. Yo estaba obsesionado con vengarlo y matar al responsable. No era sorprendente que el funeral se celebrara tan apresuradamente. El respeto se rendiría más tarde, o como Gio lo dijo más de una vez con un tono insistente, podría rendir el

máximo respeto ocupando su lugar y matando a su asesino.

Cuando lo encuentre, lo haré.

Respiré profundamente para calmarme mientras estaba de pie junto a mi padre en el funeral. Alineado con los líderes principales y los capos, esperé a que todos los invitados se acomodaran.

Aunque ninguno de nosotros estaba de humor para llorar a Luka y sucumbir a la pérdida de un miembro de la familia, estábamos alertas y ansiosos por ver qué desarrollos podían ocurrir mientras lo enterraban. Al igual que la boda, esta reunión de la élite de la Mafia podría desenterrar algunas pistas.

Observé la llegada de todos ellos. Marcus y Nickolas Romano. Gio les asintió, saludándolos cuando llegaron, pero yo me adelanté y les pregunté lo que él seguramente estaba esforzándose por entender.

“¿Dónde está Cecilia?”, quise saber, deteniendo la fila en la entrada de la iglesia. Otros invitados, asociados menores dentro de las Familias, se colaron alrededor de ellos, tal vez demasiado inferiores para sospechar que debían presentar sus respetos personalmente antes de que comenzara la ceremonia.

Marcus Romano levantó la barbilla, observándome con atención. Aunque tenía casi la misma edad que Gio, el señor de la Mafia se veía bien. Fuerte y en forma, como si no se ejercitara por mantenerse saludable, sino para recordarnos a todos que aún podía patear traseros.

“No está aquí”, soltó Nickolas, insinuando que era un imbécil por preguntar.

“¿No está aquí?”, Gio frunció el ceño. “No entiendo. No estuvo casada con él por mucho tiempo, pero era su esposa”. Señaló hacia el altar. Hace solo tres días, Luka y Cecilia estaban en el amplio nivel donde ahora esperaba un solo ataúd. “¿Cómo es que no está aquí?”.

“No está disponible”, respondió Marcus, alisando las solapas de su traje.

“¿Por qué no?”, insistí. “¿Dónde está?”.

“No está aquí”, repitió Nickolas, tenso e impaciente.

“Ya lo veo. Lo que no entiendo es por qué no está dispuesta a venir al funeral de su esposo”.

Gio me lanzó una mirada severa.

“Vamos a tomar asiento”. Marcus me despidió, mirando más allá en la iglesia y gesticulando para que Nickolas lo acompañara. Sin embargo, su hijo no dejaba el tema. Entrecerró los ojos, como desafiándome a que volviera a hablar.

Una vez que se movieron, Gio atrapó mi mirada y negó ligeramente con la cabeza.

“¿Se casó con él y no puede ni siquiera presentarse?”, siseé.

“Siempre ha sido... delicada”.

Resoplé, asintiendo a la gente mientras entraba. Esta tradición de saludar a los invitados antes de la ceremonia no tenía mucho sentido para mí, pero aprecié la oportunidad de notar quién estaba.

Y quién no se molestaba en presentarse.

“Delicada. Pero querías que Luka se casara con ella”.

“No empieces”, advirtió Gio.

“¿Está escondida?”, me pregunté en voz alta.

“Ahora apenas importa”.

Lo miré con los ojos entrecerrados, asombrado de que pudiera ser tan tonto. Cecilia fue la primera en notar que Luka estaba muerto. Por supuesto que esa mujer importaba en todo esto.

Antes de que pudiera hablar más con él, llegaron los Acardi.

Isabella mantuvo la cabeza bien alta, escaneando a la multitud mientras Rocco suspiraba. Asintió hacia mí y Gio, un débil reconocimiento de un saludo, pero como de costumbre, no

parecía feliz de estar allí. Giulia siguió a sus padres adentro, inclinando levemente la cabeza hacia mí, luego hacia Gio.

Me mordí el interior de la mejilla, observando a esta hermosa mujer mientras hacía un breve contacto visual conmigo. Esa simple mirada de sus ojos marrón oscuro me calentó, y todo lo que podía pensar era en cómo había jadeado contra mi boca cuando llegó. Relamiéndome los labios, luché contra un gruñido de necesidad, sabiendo que este no era el momento ni el lugar para fantasear con volver a probar sus labios dulcemente ácidos.

Esta fue la primera vez que nos encontrábamos desde que me escapé de su habitación. No tenía idea de cuándo podría robarme otro momento con ella de nuevo. Ya estaba sobrecargado y demasiado ocupado con esta investigación sobre la muerte de Luka y asumiendo su rol. Ser interrumpido mientras jugaba con ella o follaba su dulce coño era un castigo que no quería sufrir, pero sabía que no podía permitirme la distracción de desearla.

Tenía que enfocarme. Tenía que vengar a Luka, y mirarla, esa belleza de cabello negro azabache, no iba a ayudar en absoluto con esa causa.

Me enderecé, cortando este impulso de devolverle la mirada, y ella se movió junto a sus padres.

Decirme que me concentrara no sirvió de nada. Durante toda la ceremonia del funeral, luché contra la atracción persistente hacia ella. Más de una vez, me sorprendí volviéndome hacia ella y esperando hacer contacto visual. El simple hecho de saber que estaba cerca me tenía en tensión, y se convirtió en una tortura habitual prohibirme buscarla.

En el velorio, luché aún más. Ella permaneció cerca de sus padres, pero sin el ambiente de la iglesia que dictaba que prestáramos atención al sacerdote y al ataúd que contenía a mi hermano, se sentía como un juego pasar junto a ella sin detenernos a hablar.

Incluso si encontrara una oportunidad para atraparla y llevarla a un lado para un momento privado, sabía que sería mejor no correr ese riesgo.

Las tensiones estaban altas. A diferencia del respeto fingido que la gente mostró en la iglesia, aquí, con comida y bebidas, los invitados parecían más sueltos y propensos a discutir.

Nadie se llevaba bien, y cuando finalmente me dirigí hacia el bar para tomar una bebida, me froté la frente y supuse que la guerra estallaría más temprano que tarde.

Aparte de las habituales escaramuzas y desacuerdos que siempre salpicaban las conversaciones en nuestro mundo, las acusaciones seguían volando por todos lados. Nadie estaba acusando abiertamente a alguien de matar a Luka, pero las lenguas estaban sueltas. La gente hablaba.

Y *todos* se aseguraban de mantener sus bebidas cerca y cubiertas con sus manos. No podía culparlos por estar nerviosos después de que el heredero de la fortuna Bernardi fuera asesinado en la última fiesta.

No se aprendió nada nuevo, sin embargo. Durante todo el velorio, Gio y yo conversamos con muchos. Ambos nos reunimos con los capos que estaban escuchando y espiando. Esto no fue solo una despedida o una celebración simulada de la vida de Luka. Fue una oportunidad para observar y desvelar quién podría haberlo matado.

Nada. Eso fue lo que descubrimos. Un montón de nada. Todos los invitados seguían nerviosos, y la vibra general de la reunión era de ansiedad.

Nickolas y Rocco fueron los primeros en sucumbir a la tensión. No estaba cerca de ellos cuando comenzaron a pelear, pero dos capos estaban en el estacionamiento cuando los hombres se golpearon con los puños.

Y por eso, cuando Giulia se acercó al bar, simpatizaba con la fatiga y la irritación que se

reflejaban en su expresivo rostro.

Toda la tarde y noche hice lo mejor que pude para evitarla, pero no me aparté cuando dejó en claro que venía por una bebida. Parecía que la necesitaba.

“¿Ya terminaron allá afuera?”, pregunté, algo interesado.

Ella suspiró, sacudiendo ligeramente la cabeza. “Creo que sí”. Echando un vistazo por encima del hombro, hizo una mueca. “Ni siquiera quiero saber de qué se trataba eso”.

Me encogí de hombros. “Las tensiones están altas”.

“Y Nickolas es un imbécil enojado que siempre quiere pelear con alguien por algo”.

Asentí, entretenido de que ella supiera esto. Era mi igual, y era de conocimiento común que Nickolas Romano tenía mal genio. Pero ninguna mujer... ninguna hija de la Mafia, adecuadamente obediente y callada... compartiría su opinión tan libremente.

Excepto ella.

“Mi madre va a estar furiosa, fastidiándolo toda la noche por ‘arrastrar el nombre de los Acardi’”, refunfuñó.

“¿No le gusta cuando pelea?”, adiviné.

“No le gusta cuando pelea y todos ven lo débil y viejo que está y que pierde”.

Me parece razonable. No era una imagen bonita. Por otro lado, si Nickolas ofendía a Rocco, el hombre tendría que ponerse de pie y devolver el golpe.

No podía ignorar lo fácil que confiaba en mí. Aunque sospechaba que tal vez solo era más libre con sus palabras porque habíamos sucumbido al deseo, sabía que tenía que aprovecharlo de todos modos.

Giulia conocía a las mismas personas que yo. Quizás no se daba cuenta del valor de la información que la gente podría compartir a su alrededor. Como las otras mujeres e hijas de nuestro mundo, se integraba en el fondo, sumisa y sin que se esperara que tuviera pensamientos propios. Si escuchaba algo, algo que la gente podría estar demasiado nerviosa para decirme...

“Giulia. Tenemos que hablar”. Deslicé mis antebrazos a lo largo de la barra, acercándome a ella sin levantar la vista ni mirarla. Ella captó la idea, sin mirarme tampoco. Teníamos que hablar, pero sin que nadie se diera cuenta de que lo hacíamos. Éramos enemigos, o al menos nuestras Familias lo eran.

“Por el amor de Dios, Renzo. ¿Aquí? ¿Ahora?”.

“¿Dónde está Cecilia?”, susurré mientras llevaba mi vaso a los labios, ocultando el movimiento de mi boca por si alguien nos estaba observando.

Ella se tensó. “¿Qué?”.

“¿Dónde está Cecilia? ¿Has oído algo?”.

Por mi visión periférica, la vi fruncir el ceño. “Pensé que querías hablar de...”.

“No”. No quería hablar de lo bien que se sentía ella ni alardear de haber demostrado que estaba equivocada, que era completamente capaz de complacer a una mujer, de complacerla a ella. Si dependiera de mí, preferiría repetir esa acción, llevarla a un lugar apartado y follarla como he estado fantaseando desde el momento en que toqué su coño en el patio.

Me atreví a mirarla, dejando que viera el deseo que dudaba poder controlar alguna vez por ella.

Ella tragó saliva. Su garganta se contrajo con la fuerza de ese movimiento, y me sentí triunfante al saber que la había desconcertado y puesto tan nerviosa.

“No... sé”. Aclaró su garganta de nuevo, volviendo a nuestra conversación secreta.

Si fuera cualquier otra mujer, se quejaría e insistiría en que habláramos sobre lo que hicimos o me pondría en apuros exigiendo más. Algo. Pero ella entendía la situación. Solo estaba

hablando con ella para obtener información, y no iba a retenerla ni usarla en mi contra.

“No está aquí”, agregó mientras levantaba su vaso para también cubrir lo que decía.

Lo sé. “Soy capaz de darme cuenta de eso por mí mismo”.

“Pero escuché a algunos preguntando dónde está. Mi madre también está muy curiosa”.

Me arriesgué a echarle otra mirada directa, levantando una ceja. Esto empezaba a tomar forma. Isabella Acardi siempre se metía en los asuntos de los demás.

“Ha estado preguntando y chismorreando”, respondió. “Y parece que muchos piensan que Cecilia se escapó y está escondida”.

“¿Dónde...?”. *Maldita sea.* Vi un reflejo en una botella en los estantes del bar, y fue suficiente para hacerme callar y marcharme. *Hablando del diablo.* Isabella Acardi venía directamente hacia ella.

Sin terminar mi conversación con Giulia, me aparté de ella una vez más.

No quería que me atraparan hablando con el enemigo, y tampoco quería que esta mujer supiera que estaba usando a su hija como una fuente secreta de información. Mantenerme alejado de Isabella era necesario, pero al mismo tiempo, detestaba cómo me mantenía alejado de su hija, a quien deseaba.

Después de dejar a Giulia para que lidiara con su madre, me encontré con mi padre. Gio me detuvo en el pasillo que conducía a los baños, y suspiré. Estaba agotado de su presencia. No se apoyaba en mí buscando consuelo emocional. Solo era el sustituto, el reemplazo para el heredero que había perdido. Pasar de una vida en la que nunca hablaba con él, fuera de vista y fuera de mente, a esto era un cambio drástico al que debía acostumbrarme.

“Necesitas averiguar quién mató a Luka”, me recordó.

Apreté la mandíbula, furioso por su insistencia.

¡Lo sé!

No necesitaba que me lo dijera de nuevo. Estaba implícito que se esperaba que vengara a mi hermano. A pesar de que nunca habíamos sido cercanos, nunca me quedaría de brazos cruzados y descuidaría este deber.

“Estoy contando contigo para que busques justicia para él”, gruñó. “Y cuanto antes me digas que te has encargado de su asesino, antes podrás avanzar como mi sucesor”.

Estaba harto de esto. Lo sabía. No necesitaba más instrucciones, y me alejé de él, desesperado por tener un momento para mí.

GIULIA

El funeral de Luka duró hasta bien entrada la noche. No estaba segura de cómo Renzo pudo aguantar todo eso. Parecía tan distraído y malhumorado durante el funeral y el velorio. En lugar de verse triste y afligido, mostraba signos de molestia.

Más de una vez, noté que me estaba mirando. Aunque me sentía emocionada de haber captado su atención, sabía que era mejor no permitir que algo sucediera entre nosotros. Le rogué que no le contara a nadie lo que habíamos hecho juntos. Tenía que mentir al igual que yo.

Aun así, mi madre se fijó en que me senté junto a él. Se desmayaría de vergüenza si supiera que le estaba contando a Renzo lo que ella estaba chismeando en el funeral de Luka, que estaba tratando de conseguir algún drama jugoso sobre la desaparición de Cecilia. No éramos los únicos curiosos sobre por qué la nueva esposa no estaba en el funeral de su marido, pero nadie tenía hechos concretos para compartir. Solo especulaciones.

“Ni siquiera quiero verte cerca de ese hombre”, me regañó mientras me decía que me preparara para irnos.

Había terminado de acosar a mi padre por ‘meterse en otra pelea’, esta vez, con Nickolas. No estaba segura de qué lo había provocado, pero estaba agradecida de que mis hermanas menores no hubieran ido al funeral.

Todos parecían tensos en el funeral, y Nickolas no fue la excepción. Tal vez el hijo de los Romano seguía sospechando que mi padre estuviera cerca de Cecilia cuando Luka estaba muerto. Cualquiera que haya sido la razón, lo que desató las chispas de la violencia, pelearon. Mi madre estaba furiosa por la muestra grosera y ridícula, y solo después de haberlo llevado al coche, vino a buscarme.

Al menos Renzo fue lo suficientemente inteligente como para irse.

Dejé que sus sermones entraran por un oído y salieran por el otro. Durante todo el camino a casa, se quejó. Protestó. Y volvió a recriminarle a mi padre, criticándolo por intentar actuar como un macho a la mitad de su edad.

Después de ayudar a mis hermanas a acostarse, diciéndoles con cansancio que no debían preocuparse porque nuestros padres estaban discutiendo de nuevo, me dirigí a mi habitación y comencé a caminar de un lado a otro.

Estar cerca de Renzo despertó algo dentro de mí. Ese deseo que había avivado y alimentado en esta misma habitación se estaba convirtiendo en una necesidad persistente y molesta, pero tenía que detener esta tontería. Nada podría suceder entre nosotros, y estaba sorprendida de cuánto me molestaba esa idea.

Todo este tiempo, durante todos esos años, no me había preocupado por Renzo Bernardi. Estaba allí, siempre en el fondo, pero ahora, estaba en el centro de mi mente.

Mientras me acostaba en la cama, preguntándome dónde estaba y qué estaba haciendo, recordé cómo había reaccionado desde que mataron a su hermano. Renzo era un mujeriego, persiguiendo sexo fácil y haciendo lo que quería. Desde que ya no era el hermano de repuesto, sino el siguiente en la línea para tomar el nombre Bernardi, debía estar luchando.

Y si estaba sufriendo por los cambios en su vida...

Quiero ser yo quien lo consuele y lo apoye.

“Detén esto”, susurré para mí misma mientras cerraba los ojos.

Soñar con ser la pareja de Renzo era estúpido. *Tonterías*. Estar juntos nunca tendría sentido en nuestro mundo. Demasiados años habían pasado con nuestras Familias odiándose. Sin embargo, mientras me acercaba al sueño, deseaba sentirlo en esta cama de nuevo, sus labios duros contra los míos y sus manos sosteniéndome con fuerza.

Cuando me desperté, fue demasiado pronto, y todo por el teléfono de mi madre. Sonaba y sonaba, una y otra vez.

“¿Qué demonios...?”.

Mi habitación no estaba cerca de la suya, y cuando digo suya, realmente era solo suya. Mi padre solía dormir en otra habitación, y si eso no era un indicio de lo mal que se llevaban, no estaba segura de qué más podría serlo.

El timbre se repetía sin pausa, y mientras yacía en la cama, mirando al techo y maldiciendo el ruido que llegó demasiado temprano, me di cuenta de que probablemente ella seguía durmiendo y lo había olvidado aquí arriba.

Gruñí, salí de mi habitación para apagar el aparato. No tuve que buscarlo. Con el ceño fruncido, miré hacia abajo y lo vi. Justo allí, en el pasillo. Su teléfono celular estaba vibrando y encendiéndose con la alarma sonando, una y otra y otra vez.

“Oh, cállate”, murmuré mientras me agachaba para recogerlo.

¿Quizás se le cayó? ¿O se le salió del bolsillo? No me importaba. Solo quería silencio para dormir un poco más.

Sostuve el dispositivo y miré en ambas direcciones por el pasillo. Marianna, Beatrice y Lucia estaban en habitaciones más abajo en el corredor, pero la ‘habitación’ de mi padre estaba más cerca.

¿Cómo es que soy la única que escuchó esto? No se había detenido en esos cinco o diez minutos en los que intenté acostarme de nuevo y volver a dormir.

Dirigiéndome hacia sus habitaciones, bostecé y lamenté lo mal que había dormido. Pensar en Renzo me había desorientado. Extrañar su toque y anhelar sus besos me mantenía inquieta, y preguntarme quién había matado a su hermano me intrigaba.

Toqué y abrí la puerta de su dormitorio principal, sorprendida de que mi padre estuviera en la cama por una vez. Mi madre no estaba allí, pero supuse que no podía haber estado despierta por mucho tiempo.

“¿Padre?”, llamé al entrar. Aunque le gustaba beber, mucho, y con frecuencia, a menudo era uno de los primeros en despertarse en la casa. Cuando era más joven, cuando Lucia y Beatrice aún eran unas niñas pequeñas, me di cuenta de que él se levantaba temprano para tener una o dos horas de silencio para sí mismo en la casa. Mis hermanas ya no eran tan jóvenes, pero parecía que el hábito permaneció.

Hasta hoy.

“¿Padre?”, pregunté de nuevo, frunciendo el ceño mientras me acercaba a la cama.

No se movió.

En absoluto.

Me detuve y lo miré mientras otra, una realización más grande me golpeaba.

No está roncando. Siempre lo hacía.

Pero ahora no.

“¿Padre?”. Corrí hacia su lado de la cama y lo observé más de cerca. Un grito se formó en mi garganta. Se quedó atrapado allí, sin poder salir. Mi corazón latía con fuerza mientras intentaba comprender lo que mis ojos me estaban sugiriendo. Que mi padre, tan quieto e inmóvil, sin respirar, podría estar...

“Padre”. Lo sacudí, sintiendo la falta de vida en su peso al moverlo. “Oh, *mierda*”. Lo empujé con más fuerza, moviendo una mano para colocarla sobre su rostro. No había aire saliendo. Su pecho no subía ni bajaba. Con los dedos temblorosos, coloqué mi mano sobre él, esperando sentir el característico latido de un corazón bajo mi piel.

Nada. No estaba respirando. Su corazón se había detenido.

Me atraganté con el aire, intentando respirar entrecortadamente a través del shock. “¿Muerto?”, susurré, sacudiéndolo con más fuerza una última vez. Su mano cayó de su estómago, desplomándose sobre el colchón con un peso innegable.

“Oh, *mierda*”. Retrocedí tambaleándome, mirándolo mientras el horror y el miedo me consumían. Mareada y asustada, casi tropecé con mis propios pies. Pero logré darme la vuelta y correr.

“¡Francis!”, grité, esperando que él fuera el guardia de turno cerca de esta ala de la mansión. Usualmente lo era, pero no podía contar con la normalidad. Nada de encontrar a mi padre muerto esta mañana era ‘normal’.

“¡Francis!”. Lo intenté una vez más, más fuerte, sin preocuparme ya por despertar a nadie más. Con esta inquietante sensación de estar tan sola aquí arriba, necesitaba ver a otra persona. “¡Madre! ¡Francis!”, los llamé, desesperada por que alguien respondiera.

Cuando Beatrice salió de su habitación, levanté la mano y le dije que volviera a la cama. “No. Solo quédate en tu habitación hasta que yo vaya a verte”.

Lucia abrió su puerta y también asomó la cabeza. “¿Giulia? ¿Qué está pasando?”.

Marianna apareció también, poniéndose alerta. Solo podía imaginar lo tensa que me veía, pero fuera lo que fuera lo que vio en mi rostro, la hizo obedecer. “Vamos. Esperemos en mi habitación”. Lanzó una mirada preocupada por encima de su hombro hacia mí mientras conducía a Beatrice y Lucia a su habitación.

“¡Madre!”. Corrí hacia su habitación mientras el sonido de guardias y soldados recorría la casa.

“Madre...”. Me detuve en seco después de abrir la puerta de golpe. Ella yacía en el suelo, boca abajo. La alfombra rosa pálido contrastaba fuertemente con el azul de su camisón, pero de inmediato vi que estaba viva. Con el brazo atrapado bajo su estómago, estaba en una posición incómoda que resaltaba cómo su pecho aún subía y bajaba.

Estaba respirando. Estaba viva.

“¡Madre!”. Caí de rodillas y la giré rápidamente, viendo que estaba inconsciente, pero respirando.

“Señorita Giulia”, dijo un guardia, anunciando su llegada mientras corría hacia la habitación. Tan pronto como notó a mi madre en el suelo, retrocedí.

“Está dormida”. Sacudí la cabeza mientras le daba unas bofetadas. Luego la sacudí. Cuando los guardias comenzaron a entrar, los dejé intentar despertarla también. “Estaba dormida en el

suelo. La encontré así. Pero...”.

Gritos sonaron desde el otro lado del pasillo. Lo habían encontrado. “Padre está muerto”, le dije al guardia que seguía intentando reanimar a mi madre.

Él presionó sus dedos en su cuello para tomarle el pulso, asintiendo. “Tiene pulso. Por favor, retroceda”.

Retrocedí, con los ojos muy abiertos mientras ellos tomaban el control. Empleábamos a un médico, pero eso era todo. Cada vez más soldados y guardias entraban en la habitación. En el pasillo, se apresuraban hacia la suite principal para ocuparse de mi padre.

En medio del frenesí de demasiadas acciones, todos los hombres hablando y trabajando en equipo, intenté seguir lo que decidían e instruían.

Asegurando las instalaciones. Llevando a mi madre al hospital. Custodiando el cuerpo de mi padre. Comprobando si alguien más había resultado herido.

“Giulia”.

Me giré rápidamente al escuchar la voz de mi tío Dario. Se apresuró con su bastón lo mejor que pudo, y corrí hacia él, ayudándolo a mantenerse firme.

“¿Qué está pasando?”.

“Padre está muerto. Parece que Madre fue drogada”.

Él frunció el ceño mirándome. “¿Drogada?”.

Solo estaba adivinando, pero no tenía otra idea en mente. Ella estaba viva. No vi signos de una herida externa. “No lo sé, pero...”.

“¿Justo ahora?”.

Se volvió hacia Francis mientras él se acercaba a nosotros, informando los hechos básicos de que mi madre sería trasladada al hospital ahora.

“¿Giulia?”, llamó Marianna desde su habitación.

Hice una mueca, corriendo hacia ella y manteniéndola dentro, alejada de todo.

“¿Qué está pasando?”, preguntaron las tres al entrar en el refugio seguro de Marianna.

“Les diré...”. *Más tarde*. No quería darles la noticia, pero de una forma u otra tenían que saberlo.

“Tu padre está muerto”, respondió mi tío Dario por mí cuando dudé. Entró en la habitación, abrazando a Lucia cuando ella gritó.

“¿Y Madre...?”. Los ojos de Marianna se abrieron de par en par.

“No. Está respirando”, le dije. “Pero encontré a Padre muerto y a Madre tirada en el suelo. La están llevando al hospital ahora”.

Al recibir la noticia de que uno de nuestros padres estaba muerto y el otro inconsciente y necesitando asistencia médica, el trío de hermanas reaccionó con lágrimas, asombrosas exclamaciones y muchas preguntas atropelladas y llenas de pánico. Ninguna de las cuales pude responder. Solo había descubierto este infierno esta mañana, y con la ayuda de Dario, intenté mantenerlas lo más calmadas y seguras que fuera posible.

Francis dirigió a los guardias. Se apresuraron por la casa. Los oí gritar afuera. Cuando no estaban gritando, sus dedos estaban en sus auriculares mientras conversaban entre ellos.

Dario salió de la habitación de Marianna, dejándome con ellas y esperando que hiciera lo mejor posible para calmarlas.

Nadie estaba calmado. ¿Cómo podrían estarlo? Despertar con esta noticia nos sacudió a todos. Yo parecía tranquila y serena, pero era una farsa, una fachada valiente que puse para el bien de mis hermanas, que lloraban y se aferraban a mí mientras luchaban con este doble descubrimiento.

El tío Dario estaba furioso, elevando la voz hacia Francis y los otros guardias. A través de la puerta, escuché cada palabra enojada que les lanzó a los hombres que se suponía debían proteger esta casa. Exigía respuestas, esperando que alguno de ellos reportara evidencia de que alguien había entrado para matar a mi padre y envenenar a mi madre.

Pronto llegó la noticia de que ella parecía estar bien. Somnolienta y aún aturdida bajo el cuidado del médico, pero viva.

No quería saber qué hacían con el cuerpo de Padre, y cuando lo sacaron, giré la cabeza y ordené a mi tío que cerrara la puerta detrás de él. No necesitábamos que las niñas presenciaran su remoción de la casa.

Marianna estaba taciturna y callada, probablemente volviendo a su interior y cerrándose. Sin embargo, ayudó, abrazando a Lucia y sosteniendo la mano de Beatrice. No estábamos huérfanas. Madre vivía, pero sin nuestro padre al frente de la familia, me di cuenta de que estábamos en una situación desesperada.

Ayer estábamos en un funeral, y ahora nos despertábamos con más muerte. Muerte en casa. En nuestro terreno.

Mientras escuchaba a Dario hablar con los guardias nuevamente, pensé en la reacción de Renzo ante la muerte en su familia. Nunca había considerado a los hermanos Bernardi como hermanos cercanos. No como yo lo era con mis hermanas. Si una de ellas hubiera fallecido, no habría podido mantenerme tan calmada y serena, a pesar de estar tan sacudida y desconcertada, confundida y nerviosa.

Renzo no lloró ni se volvió loco con la muerte de Luka. Todo lo que pude discernir era que quería buscar justicia. Encontrar al asesino.

Esa necesidad ardiente de vengar la muerte de mi padre no había surgido aún, y no estaba segura de cuándo o si lo haría. El shock me impedía estar motivada para hacer algo, y me sentía más culpable por no estar más triste.

Nunca había sido cercana a mi padre, pero ya sentía la profundidad de su pérdida.

Él era, para bien o para mal, una fuente de seguridad. El patriarca. El cabeza de la familia y el jefe de la organización Acardi.

Sin él...

La libertad no llegaría. Me sentía demasiado perdida y desorientada para saber qué sucedería a continuación, y al darme cuenta de que debía aceptar lo desconocido que vendría, extrañaba aún más a Renzo.

Por más estúpido que pareciera, deseaba que él estuviera aquí. Que pudiera mirarme con esa mirada penetrante pero llena de adoración, que parecía reservar solo para mí. Me observaba con desafío, pero también con respeto. No me reprendía como lo hacía mi madre, ni me menospreciaba como lo hacía mi padre. Y no me miraba con la simple lujuria de un perverso, como lo hacían los demás hombres.

Renzo me miraba con algo parecido a una aceptación reacia, y deseaba poder apoyarme en él y absorber la seguridad de su presencia ahora.

“Maldito Bernardi”.

Me sobresalté al salir de mi ensimismamiento en la pared. Tío Dario respiraba pesadamente mientras entraba en la sala horas después. Finalmente, todos nos habíamos vestido, pero el día estaba demasiado trastocado para hacer mucho más. Mis hermanas estaban en la habitación de Marianna, durmiendo la siesta o simplemente tumbadas juntas después de un almuerzo tardío que nadie había tocado realmente.

Tío Dario me buscó en la biblioteca, furioso y alterado emocional y físicamente mientras se

esforzaba por llegar al sofá.

“¿Qué?”. Me levanté, apurándome a ayudarlo a sentarse.

“Bernardi”. Se retorció al bajar al cojín. “Mató a Rocco”.

Justo estaba pensando en Renzo Bernardi de una manera prohibida y nostálgica. ¿Cómo podía mi tío hablar del mismo hombre de una manera tan diferente? “¿Qué?”.

“Lo oí”. Miró ausente, sacudiendo la cabeza. “En el funeral. Lo oí”.

Me senté a su lado, desesperada por una explicación. Madre y Padre nunca compartieron información conmigo libremente, pero al tío Dario no parecía importarle. A menudo me había llamado ‘la única adulta sensata en esta casa’. “¿Oíste a quién decir qué?”.

“A Renzo”. Me miró, mostrándome la ira en sus ojos. “Renzo Bernardi mató a tu padre”.

“¿Y envenenó a Madre?”. Sacudí la cabeza. “No. No puedo verlo. Eso no...”.

“Yo lo oí”.

“¿Oíste qué?”, insistí, sin miedo a alzar la voz con él. El tío Dario nunca jugaba conmigo.

“Giovanni y su hijo. Los escuché en el funeral. Él insistió en que Renzo matara a quien hubiera asesinado a Luka”.

Me eché atrás, alarmada mientras lo miraba. “¿Qué? Espera. ¿Estás diciendo que papá mató a Luka?”.

Hizo una mueca. “No. Por supuesto, Rocco no mató a Luka”.

Fruncí el ceño. Parecía tan seguro. “¿Cómo lo sabes?”.

“Porque Rocco es... era... un cobarde sin agallas. Nunca habría tenido los pantalones para matar a un hombre tan respetado como Luka, incluso si él era el rival de nuestra familia”.

Estuve de acuerdo.

“¿Por qué habría de hacerlo?”, dijo el tío Dario con un suspiro irónico. “¿Qué ganaría Rocco matando a Luka?”.

Eso era exactamente lo que le dije a Renzo la noche en que vino aquí a hablar con papá. Hasta donde yo sabía, nunca habló con él. Desde esa noche en que mataron a Luka, no había visto a Renzo; no hasta el funeral.

De todos modos, Renzo parecía haber cambiado de opinión. Cuando hablamos, o discutimos, antes de que me obligara a correrme, había parecido aceptar mi razonamiento. Solo acusó a mi padre de matar a Luka porque había estado cerca de la mesa principal cuando encontraron el cuerpo, lo cual no era un argumento sólido desde el principio. De hecho, parecía que Renzo había concluido que probablemente Marcus o Nickolas Romano fueron quienes mataron a Luka.

“Acusaría a Nickolas antes que a Renzo”, dije, pensando en cómo el joven Romano había peleado con mi padre en el funeral.

El tío Dario sacudió la cabeza. “No. Nickolas pelea con cualquiera que pueda. El hecho de que él y Rocco pelearan antes no significa nada”.

No estoy tan segura de eso.

“No puedo ignorar lo que escuché, Giulia”. Me imploró con una mirada intensa, rogándome que prestara atención a sus palabras. “Acabo de escuchar a Giovanni decirle a Renzo que vengara a Luka. Y ahora Rocco está muerto”.

Presioné mis labios, incapaz de persuadirlo para que abandonara esa línea de pensamiento. No, esa línea de suposiciones. Renzo y yo habíamos hablado sobre la posibilidad de que mi padre fuera el asesino de Luka, y me negaba a pensar que él hubiera cambiado de opinión lo suficiente como para salir y matar a mi padre así.

¿Y por qué también envenenar a mi madre?

Nada encajaba, y estaba atrapada manteniendo mis encuentros con Renzo en privado. Lo

último que necesitaba, además de todos estos problemas y dramas, era que alguien sugiriera que ya no era una virgen pura para ser casada.

“No apresuremos las conclusiones”, lo advertí suavemente.

“¿Estás defendiendo a Renzo?”, exigió con firmeza.

Mierda. Podía ver cómo notaría mi línea de argumento y se pondría curioso.

“No”. *Sí.* Mordí mis labios, buscando algo mejor que decir. “Primero, calmémonos. Esperaremos a ver qué dice mamá. Qué resulta mientras los hombres buscan y vigilan la propiedad”.

Asintió, pero el ceño fruncido en su rostro sugería que no se relajaría pronto. Al igual que yo, había perdido a su líder. El jefe de la Familia Acardi se había ido, y sin ninguna guía, todos nos sentiríamos perdidos.

No tenía idea de lo que vendría a continuación, pero podía contar con un hecho horrible.

Con mi tío tan rápido en asumir que Renzo mató a mi padre, nunca volvería a tener la oportunidad de pasar tiempo con mi sexy enemigo. Sus palabras apresuradas prometían que no podría esperar estar en compañía de Renzo, sin importar cuánto acaparara mi atención y permaneciera en mi mente.

Renzo no pudo haber matado a papá.

Quería jurarlo.

Porque si lo hubiera hecho, habría perdido mi oportunidad de conocer el placer exquisito que ese hombre, mi enemigo, podía evocar en mí.

Y se sentía como una pérdida más cruel que no podría superar.

RENZO

D os días después del funeral de Luka, Gio me llamó a su despacho. Respiré hondo, intentando ser paciente mientras me dirigía allí. Me había estado presionando toda la semana con la misma orden: encontrar al asesino de Luka. Como si pudiera haberlo olvidado. Y eso era todo lo que había estado haciendo. El día después del funeral, estaba en la carretera y hablando con capos. Me estaba poniendo al día con todos en la organización, tanto para hacerles saber que ahora estaba a cargo y que tomaría el rol en serio, como para investigar quién podría haber matado a mi hermano.

Ayer, estaba haciendo más de lo mismo. Perdí demasiadas horas hablando con un supuesto espía que los hombres habían atrapado. Estaba jugando con nosotros, pretendiendo que conocía detalles valiosos sobre lo que realmente sucedió la noche de la boda de Luka y Cecilia, pero solo estaba faroleando, tratando de ganar un poco de dinero.

Estúpido.

Nadie nos soborna y gana. Una vez que nos dimos cuenta de que estaba jugando con nosotros y no tenía ninguna información para identificar al asesino de Luka, hice que los soldados lo torturaran hasta que suplicara por la muerte.

No tenía tiempo para tratar con idiotas como ese, y no tenía paciencia para tratar con mi padre ahora. Pero fui a verlo de todos modos.

“¿Me llamaste?”, saludé.

“Rocco Acardi está muerto”. Juntó los dedos y me observó de cerca.

¿Qué demonios? Me congelé, negándome a mostrar cualquier indicio de sorpresa. Aprendí rápido. En esta posición de ser el próximo en la línea para gobernar la Familia Bernardi, no podía permitir que nadie viera lo que estaba sintiendo. Era una lección dura de asimilar. Disfrutaba ser humano, divertido e imprudente. Ahora, tenía que perfeccionar esa estúpida máscara en blanco que siempre odié en Luka.

“¿Muerto?”.

Asintió. “Según Isabella Acardi, fue asesinado”.

Me senté, incapaz de apartar la vista. “¿Qué quieres decir con *según Isabella*?”.

“Ella afirma que fue asesinado, pero por el amor de Dios, Rocco no estaba envejeciendo bien”.

“¿Cómo murió?”. Tenía que incluir circunstancias sospechosas para tener una causa de muerte debatible.

“Infarto”.

Entrecerré los ojos. Al igual que Luka, oficialmente. La autopsia mostró rastros de veneno en la sangre de mi hermano, y él era demasiado joven y en forma para morir por una causa natural como un ataque al corazón.

Rocco no lo era. Se entregaba a la comida y al alcohol. Se agotaba en las peleas, estaba fuera de forma.

“Nunca he confiado en esa mujer”, dijo Gio con aspereza. “No me sorprendería si Rocco murió naturalmente, pero ella quería usar la noticia a su favor”.

“¿Cómo?”. Sin Rocco, Dario sería el líder de facto. Pero era más joven y discapacitado, no una figura de liderazgo como lo había sido Rocco.

Maldita sea, Giulia. En lugar de preguntarme cómo Isabella estaba manejando y retorciendo la pérdida de su esposo, rápidamente empecé a preocuparme por cómo Giulia estaba tomando la muerte de su padre.

“Para sembrar dudas. Para incitar al drama”. Gio revolvió los ojos. “Para insistir en la simpatía. Tener a tu cónyuge asesinado gana más respeto que decirles a todos qué débil y viejo estúpido era para morir en su sueño”.

“Hablando de cónyuges muertos”, dije, “¿dónde demonios está Cecilia?”.

Suspiró. “Nadie lo sabe”.

Gruñí. “Maldita sea, Gio. Ella es tu nuera”.

“Lo era”, argumentó él. “Solo por una maldita hora”.

Incliné la cabeza hacia un lado, sin entender su postura sobre su ausencia. “Aun así, ¿no puedes preguntarle a Marcus dónde demonios está?”.

Entrecerró los ojos, pareciendo molesto porque le hubiera respondido. “Tú. Tú pregúntale a Marcus. Mejor aún, pregúntale a Nickolas. Necesitaré que te reúnas con él pronto sobre un tráfico de drogas que él y Luka estaban organizando”.

Suspiré, asentí y me froté la frente. Negocios, negocios, negocios. No es de extrañar que Luka fuera un zombi con los ojos vacíos. Nunca tuvo la oportunidad de vivir. No había tomado un descanso de todas estas responsabilidades desde que me fueron impuestas, y todo lo que quería hacer, si tuviera un momento a solas, era explorar este deseo que Giulia había generado en mí.

Después de todos estos días, la extrañaba. Empezó a importar demasiado, y al darme cuenta de que mis pensamientos volvían a ella, a los recuerdos de sus besos y su entrega, supe que tenía que detenerlo todo.

En este momento, no podía permitirme distracciones. Gio solo me molestaría más cuanto más tardara en encontrar al asesino de Luka.

Quería contactarla y ver cómo estaba, pero no podía permitirme hacerlo con interés personal. “¿Hicieron un funeral? ¿Por Rocco?”.

Gio sacudió la cabeza. “Isabella quería que fuera un asunto privado”.

Revisé mi teléfono, me levanté y me preparé para irme, de nuevo, a hablar con un soldado que había estado espionando a alguien que nos había robado recientemente. “¿Es todo?”, pregunté. No estaba seguro de por qué Gio quería decirme personalmente que Rocco había sido asesinado.

“¿Lo mataste tú?”.

Fruncí el ceño, mirándolo con curiosidad. “¿Qué?”.

“¿Mataste a Rocco?”, preguntó.

“No”.

Él sonrió con suficiencia. “Es de suponer”.

“¿Qué demonios significa eso?”.

“Esperaba que encontraras al asesino de Luka. Y por un momento, cuando escuché esto, me hice ilusiones de que tú lo habías hecho”.

Rodé los ojos. Después de hablar con Giulia, vi cuán estúpido era suponer que Rocco era el asesino. “Si lo hubiera hecho, me habría asegurado de obtener su confesión y luego te lo habría dicho en cuanto estuviera hecho”.

Se encogió de hombros. “Un hombre solo puede esperar”.

“¿Esperar qué?”. *Deja de hablar en malditos acertijos.*

“Que no eres tan inútil como siempre has sido. Que cuando te pida que vengues a tu hermano, lo harás”.

No respondí, dejándolo y deseando poder golpear esa sonrisa arrogante de su rostro. No era culpa mía que tuviera esa baja opinión de mí. Se había asegurado de despreciarme toda mi vida, y ahora tenía que redefinirme en el acto.

En el club donde se suponía que debía reunirme con el hombre que tendría información para mí, tomé una bebida y esperé veinte minutos. El hombre me envió un mensaje diciendo que estaba tras la pista de ese tipo nuevamente, y suspiré, dándome cuenta de que había estado sentado aquí sin razón todo este tiempo.

No fue en vano, sin embargo. Maté el tiempo buscando noticias sobre la muerte de Rocco, sin sorpresa al no encontrar mucho. Como cualquier otra persona en el mundo de la Mafia, Isabella sabía cómo manipular las noticias. Y parecía que lo había hecho.

Me fui, aun mirando mi teléfono mientras escuchaba a Nickolas Romano entrar al club. Era terreno neutral, no un establecimiento Bernardi ni Romano, pero me puse alerta cuando mencionó el nombre de Giulia.

“Ahora que Rocco está fuera del camino, podría...”, dijo a otro hombre que entraba al club con él.

¿Podría qué? Me agaché al lado del pasillo, manteniéndome en las sombras para escuchar.

“¿Harías eso?”, preguntó el otro hombre.

Nickolas soltó una risa. “Sí. Podría tomar el control de la Familia Acardi casándome con Giulia”.

Entraron mientras yo me iba, y mientras caminaba hacia mi auto, reflexioné sobre esa idea.

Nickolas Romano casándose con Giulia Acardi. Me dejó un sabor amargo en la boca. Odiaba la idea de que ese idiota reclamara su virginidad. De tomarla como ahora yo quería. Siempre había sido consciente de su belleza, pero solo desde que ambos nos dimos cuenta de la atracción entre nosotros me obsesioné con tenerla.

“Olvídalo”, murmuré para mí mismo.

Nickolas se casaría con ella si viera un beneficio en ello. ¿Y qué podría hacer al respecto? Ni una maldita cosa. Ella estaría arreglada en un matrimonio algún día, y no sería conmigo. Todos estábamos sujetos a ser casados, peones para alianzas, y no había forma en el infierno de que mi padre sugiriera que me casara con la hija de Isabella.

Entré en mi auto y me encontré cara a cara con ella. O, mejor dicho, con su reflejo. Contuve la respiración y entrecerré los ojos al ver a Giulia sentada en el asiento trasero de mi auto.

“¿Qué demonios...?”. La miré, preocupado. “¿Cómo demonios entraste aquí?”.

“Aprendí a abrir cerraduras cuando tenía seis años”.

Impresionante. Debí de haber sido una niña aburrida.

“¿Por qué estás aquí?”.

Suspiró, hundiéndose en el asiento. No tenía que ser un genio para ver que necesitaba un momento. *Al diablo, yo también.* Escuchar a Nickolas hacer planes para conquistarla y tenerla

como esposa no me sentó bien. Saber que ella me había buscado era importante.

Pero, ¿qué quieres?

Me había estacionado en una esquina. Nadie podía ver aquí con las ventanas tintadas, y me maravillé de que supiera cuál era mi auto.

Ella también había estado consciente de mí todo este tiempo, y era una lástima que estuviéramos chocando tan cerca ahora cuando no había ninguna posibilidad de que pasara algo.

Cuando suspiró, mirando por la ventana, me mordí el labio y salí.

¿Estaba triste? ¿Enojada? ¿Perdida y confundida? No se suponía que debía importarme. No se suponía que debía preocuparme. Pero lo hacía. Salí del asiento del conductor y me metí en el asiento trasero con ella, mirando su perfil.

“¿No se supone que ahora eres importante, tomando el lugar de Luka y teniendo un chofer que te lleve a todas partes?”.

Me acerqué más. “¿Por eso entraste en mi auto para hablar conmigo?”. Su aroma me golpeó de lleno, tentándome a agarrarla y abrazarla. Su mirada desafiante amenazaba con volverme loco.

Todo lo que quería era ella, una oportunidad para que estuviésemos a solas, pero sabía que estaba mal. Ahora que estábamos en esta burbuja privada, envuelta y oculta en mi auto, no estaba seguro de cómo acercarme. O si debía hacerlo.

Su mirada silenciosa me ponía nervioso, y esa maldita preocupación volvió a surgir. Ella parecía tan confundida, tan preocupada, y yo quería despejar cada preocupación de su mente. Nunca había querido cuidar de una mujer tanto como ahora, y ella era la última mujer en la tierra a la que debería estar mirando y luchando contra esta tendencia posesiva y protectora que sentía.

“¿Mataste a mi padre?”, preguntó directamente.

Rodé los ojos. “No”.

“¿Cómo puedo confiar en ti?”.

Me encogí de hombros. “No puedes”.

Lamiéndose los labios, miraba mi boca. “Confíe en ti para demostrarme tu valor antes”.

En hacerla llegar. Mierda. Ella era un problema.

“Ahora no es un buen momento”, advertí.

Pero su rostro se cayó. El ceño triste, enojado y confundido se profundizó mientras se acercaba y se sentaba sobre mí. Coloqué mis manos en sus caderas, luego en su trasero, mientras ella se acomodaba en mi regazo. Cuando rodeó mi cuello con los brazos y me abrazó con fuerza, fruncí el ceño, sin saber qué estaba pasando.

“Nunca tendremos un buen momento”, susurró.

Tienes razón.

Froté mis manos por su espalda, atónito de que ella fuera tan atrevida como para buscar consuelo en mí. Y de que yo quisiera proporcionárselo. Mientras ella tomaba una respiración temblorosa, la abracé más fuerte y sujeté su espalda para mantenerla pegada a mí.

“No maté a Rocco”, le dije. Era importante que lo supiera. “Estuve en el bar con Gio y mis familiares hasta bien entrada la noche después del funeral”.

Suspiró, recostándose en mi regazo y presionando todas sus dulces curvas contra mí.

Le froté la espalda, disfrutando de este momento casi pacífico que había insistido en tener con tanta terquedad. Preguntarle si estaba bien sería estúpido. No podía estarlo. Su padre había muerto, y ahora estaba vulnerable. “¿Giulia?”.

“Hmm”.

“¿Tu padre había hablado sobre tu matrimonio?”.

Se echó hacia atrás, mirándome con una expresión ceñuda. “No. Al menos, no que yo sepa”. Colocando sus manos en mis hombros, bajó la vista. “Además, a él no le habría importado ni habría tenido voz en eso. Mi madre está maquinando. Ella será quien elija mi destino. Mi padre nunca se preocupó por nada”.

La observé trazar con los dedos los botones de mi camisa, ausente y desganada, como si no pudiera quedarse quieta.

“Todo lo que quería era beber y alejarse de mi madre y de sus hijas”. Me miró, clavándome una mirada seria. “Lo encontré esa mañana”. Su garganta se tensó con un trago seco. “Y tuve que hacer los arreglos para su funeral privado”.

Vi lo mucho que había pasado, y con Isabella como madre, seguramente habría estado sola en todo eso. También para sus hermanas. Aunque Giulia no parecía triste por la muerte de su padre, estaba estresada. Y preocupada.

Verla tan intranquila me molestaba. Me emocionaba que hubiera estado tan desesperada por verme que rompió en mi auto solo para hablar, pero odiaba lo que había escuchado.

¿Debería decírselo? ¿Apreciará la advertencia de que Nickolas está tratando de tomar el control de su Familia ahora?

“Y todo lo que quería era... sentirme segura otra vez. Como me siento cuando estoy cerca de ti”. Suspiró, dejando que sus hombros se hundieran mientras me miraba con tanto anhelo que quise gruñir.

“Eso es estúpido”.

“Lo sé”. Movié su dedo entre nosotros de manera desganada. “Somos enemigos”.

No lo parece, ¿verdad? El calor entre sus piernas se hizo más intenso. Sentir su peso sobre mi erección amenazaba con cambiar el rumbo de la conversación.

Pero controlé mi lujuria. La combatí, esforzándome por mantenerla bajo control porque ninguno de los dos podía manejar el giro inesperado de desearse mutuamente.

Enmarqué su rostro y la acerqué para besarle la frente. Dar un beso tierno no era mi estilo. La vulnerabilidad de Giulia no debería haber sido mi kryptonita.

Por eso, todo lo que pude decirle fue esta advertencia sincera. “Necesitas mantenerte alejada de mí. De investigar la muerte de Luka y la de tu padre. Necesitas mantenerte al margen, Giulia”.

Bajo la tristeza y el anhelo que ardían en sus ojos, vi la curiosidad que no se iría.

Eso solo prometía más preocupaciones.

Y más problemas.

GIULIA

“¿Mantenerse al margen?”, sonreí con desdén. “Demasiado tarde para eso”.

Me sentí tan natural al subirme a su regazo. Me envolvía una atracción casi gravitacional hacia Renzo, y me alegraba profundamente que no protestara, no me apartara ni preguntara qué demonios pensaba que estaba haciendo al buscar su consuelo. Me entendía. Y sabía que no muchos lo harían.

“¿A qué te refieres?”. Frunció el ceño, frotando sus dedos de un lado a otro en la parte baja de mi espalda.

Habíamos pasado de ser enemigos a, bueno, algo más, pero esta camaradería relajada, esta cercanía sin la lujuria salvaje, era aún mejor.

No había corrido el riesgo de escabullirme en su coche solo para montarme sobre él y recibir un abrazo. Eso era un *bonus* inesperado que no sabía que pediría. Ni que él lo daría tan libremente.

Había venido a hablar sobre la muerte de mi padre. Escucharle sugerir que el fallecimiento de mi padre podría haber estado relacionado con un arreglo matrimonial para mí me hizo detenerme. Entrecerrando los ojos, guardé la noticia que había planeado contarle. “¿Con quién se suponía que mi padre iba a hablar sobre mi matrimonio?”.

Suspiró, y me preocupé de que se quedara en silencio con esa ligera vacilación, pero no lo hizo. “Nickolas Romano”.

Me estremecí, sin poder ocultarlo.

“Lo sé”.

“¿Sabes qué?”, respondí bruscamente.

“Tu cara lo dice todo. Estar casada con él sería...”.

“¿Un infierno?”, terminé por él. Nickolas era un sádico, un imbécil abusivo, siempre buscando pelea. Puse los ojos en blanco. “Ser mujer en nuestro mundo ya es un infierno”.

Lamiéndose los labios, asintió, observándome de cerca. “No hay muchas opciones, ¿verdad?”.

A menos que quiera intentar escapar de todo. Lo había considerado antes. Pero ahora no era el momento de enredarse con pensamientos nostálgicos. “¿Estás insinuando que Nickolas pudo haber matado a mi padre?”.

“Él acabó de pelear con tu padre en el funeral de mi hermano”.

“Nickolas pelea con la gente todo el tiempo”, le recordé.

“Cuando salí de ese club, lo escuché decir que podría casarse contigo y tomar el control de

los Acardi”.

Dejé caer la cabeza, gimiendo, y él me abrazó hasta que estuve pegada a su pecho nuevamente. Girando para descansar mi mejilla en él, dejé que su latido calmara mi mente frenética. “Mi tío también está preocupado por lo mismo. Sin un patriarca, sin mi padre, somos vulnerables”.

Él me frotó la espalda, asintiendo.

“Mi madre tampoco está bien, drogada y actuando confundida”.

Me empujó para mirar en mis ojos. “¿Qué?”.

“Mi madre”. Fruncí el ceño. No se sorprendió con la noticia de que mi padre estaba muerto. La noticia se había propagado, independientemente de que mi madre intentara controlar lo que se decía. Pero parecía que nadie sabía que ella también había sido drogada. “La encontré al mismo tiempo, inconsciente pero viva”. Me dejó caer contra él, y pronto volvió a frotar mi espalda, calmándome lo suficiente para continuar. En todos los lugares donde encontrar consuelo, era en los brazos de mi enemigo. “Toda mi familia está prácticamente desmoronándose, y mi tío Dario y yo no seremos los únicos conscientes de lo fácil que sería tomar el control de todos nosotros. Nickolas tampoco es lento para darse cuenta”.

Pero preferiría morir antes que casarme con él. Enrollé mis dedos en la camisa de Renzo, aferrándome a él con fuerza.

“Ya no hay cabeza de la Familia, y alinearse conmigo, casarse conmigo, aseguraría el fin del dominio de los Acardi”.

Renzo suspiró, sacudiendo la cabeza. “¿Pero por qué molestarse? Los Romano no necesitan el nombre Acardi. No eres su rival”.

Ni los Bernardi lo eran. “Eso eliminaría nuestra existencia como un poder separado”.

Se rio. “¿Siempre has sido tan estratégica y observadora?”.

Sabía que no muchas jóvenes lo eran. ¿Y por qué deberían prestar atención? Todos nuestros destinos terminaban igual, casadas y poseídas por el hombre que nos usaría como quisiera. “Más o menos. ¿Qué otra cosa hay que hacer más que esperar mi matrimonio y luego aguantar a algún idiota que quiera que le dé hijos?”.

Gruñó, levantando mi rostro con dos de sus dedos bajo mi barbilla. Su boca chocó contra la mía, y el instante de excitación hizo que mi vagina se contrajera con necesidad.

“No quiero pensar en ti sometién-dote a nadie”, dijo.

“¿Excepto a ti?”, lo provoqué, preguntándome si admitiría eso. Renzo había hecho de su vida una fiesta, viviendo de manera salvaje y persiguiendo mujeres.

Gruñó, besándome con más intensidad. Me acerqué a su beso, atraída por su toque hambriento, pero sabía que no podía olvidar lo que había venido a hacer aquí. Además de su consuelo. Besar-lo, con mi cuerpo sobre el suyo así, rápidamente caería en un deseo que no estaba segura de poder contener por mucho tiempo.

Me eché hacia atrás, alisando mi mano sobre su mandíbula. Él respiraba con dificultad, mirándome con odio como si me maldijera por apartarme. Sin embargo, demostró su valía y no exigió que lo besara de nuevo.

No sería solo otro idiota que me dominara. Lo haría de una manera que anhelaba, pero nunca lo sabría.

“No quiero hablar de tener que casarme con alguien”, dije. Mientras lamía mis labios, aun saboreándolo, él me apretó el trasero.

“Yo tampoco”. Frunció el ceño, mirando mi boca como si odiara no poder ceder a la tentación. “Además, no sé si Isabella te permitiría casarte con los Romano”.

Resoplé. “Sí, claro. Ella ya es extremadamente cautelosa tratando de mantenerse en el favor de Marcus”.

“Pero entonces tendría que responder a otra persona. Parece que siempre ha llevado los pantalones en tu familia. Mandaba a Rocco, y si te casaras con un poder superior como los Romano, perdería eso”.

Asentí, aunque el gesto se convirtió en un encogimiento de hombros. “Pero eso no es de lo que quería hablar. No es por eso por lo que me escabullí aquí para verte”.

Me arrastró sobre la dureza debajo de sus pantalones, y gemí rápidamente por la deliciosa fricción que quise más.

“¿Quieres hablar?”, me provocó, besando mi cuello y luego lamiendo hacia mi oído.

Me estremecí y empujé su pecho hasta que se hundió en el asiento. “Sí. Y eso sugiere que te calles sobre decirme que me mantenga al margen de este asunto”. Le lancé una mirada severa, sabiendo que estaba cruzando límites significativos al decirle esto. “Luka fue envenenado”.

Frunció el ceño.

“Y mi padre. Y mi madre”.

“¿Qué estás sugiriendo?”.

“No estoy *sugiriendo* nada. Dario escuchó a los hombres hablando con mi madre en el hospital mientras ella se recuperaba. Parece que era lo mismo que dieron de Luka cuando murió”.

Entreabrió los ojos, pensativo.

“Quienquiera que les haya dado a mis padres ese veneno hizo lo mismo con Luka”. Esa conexión era un detalle enorme que me costaba mantener en secreto. Sabiendo cuán desesperado estaba Renzo por encontrar al asesino de su hermano, me vi impulsada a decirle lo que había descubierto.

“¿Lo juras?”.

Asentí. “No lo escuché directamente, pero sí. Dario cree que era el mismo veneno. Y eso complicó lo convencido que estaba de que tú mataste a mi padre”.

“No lo hice”, argumentó.

“Lo dudo, porque ¿por qué usarías el mismo veneno que se usó con Luka? Y dudo mucho que hayas matado a Luka porque estabas demasiado ocupado conmigo en ese momento”.

Sonrió, moviendo sus manos de mi trasero para subir mi vestido por mis muslos. “Lo recuerdo”.

“Y...”.

Sonaron unos golpes en la ventana, y ambos nos sobresaltamos, girando para mirar hacia afuera. Las ventanas estaban tintadas. Todos estos hombres de la Mafia viajaban con privacidad así.

Dos soldados de los Bernardi estaban afuera, probablemente curiosos y preocupados de que el coche de su nuevo príncipe de la Mafia aún estuviera parado aquí.

“Mierda”. Hablar con Renzo había tomado más tiempo del que anticipé, y odiaba tener que irme. “Cúbreme”.

“¿Qué? Espera...”.

Me bajé de su regazo, dirigiéndome a la puerta opuesta. “Sal por ese lado y haz una excusa. Cúbreme mientras yo me escabullo”.

Frunció el ceño, ajustando su erección semi-dura en sus pantalones.

“Es lo menos que puedes hacer por compartir esa información contigo, ¿no?”, respondí bruscamente.

“Pensé que se suponía que éramos enemigos”.

Puse los ojos en blanco. “Sí, yo también”.

“No... socios”.

Demonios, eso sonaba demasiado bueno para ser verdad. Tener a un hombre sexy y fuerte como él en quien confiar sería un sueño. “Cómplices”, corregí.

Hizo lo que pedí, saliendo para dirigirse a sus hombres, y yo salí por la otra puerta para correr hacia el coche con el que había llegado aquí.

Ser vista con él no sería bien recibido, pero mientras me subía a mi coche, deseé poder estar corriendo hacia él, mi supuesto enemigo, en lugar de apresurarme a irme.

RENZO

Antes de que Luka se casara con Cecilia y muriera en su boda, yo raramente iba a la oficina en mi casa. Luka vivía con Gio en la mansión de los Bernardi, pero como yo era el hermano suplente y siempre prefería mantenerme fuera de vista y fuera de su mente, tenía mi propia residencia.

Hoy en día, estaba en esa maldita oficina constantemente, lidiando con lo que parecía una supervisión ininterrumpida.

Necesito delegar. O necesito delegar más.

Contábamos con toda una organización en la que confiar, y no entendía por qué Luka estaba tan profundamente involucrado en tantas cosas a la vez. *¿Acaso nunca confió en nuestra Familia y en nuestros hombres?*

O tal vez simplemente le gustaba micro gestionar. A mí no me gusta, y ya estaba dejando que los capos y líderes manejaran las pequeñas cosas con las que no quería ocuparme.

Como dirigir una orquesta. No necesitaba estar tan involucrado como lo estaba Luka. Y apuesto a que dejar que los hombres vean que confío en ellos elevaría la moral.

Dean era demasiado valioso para desestimarlos, sin embargo. Hablaba con él hasta altas horas de la noche ahora, tratando de juntar más detalles.

Era mayor que Gio, apenas, y el viejo capo sabía, maldita sea, todo sobre todos. Leal hasta los huesos, el hombre era diligente, dedicado y un recurso extremadamente útil en quien apoyarse. A Luka también le agradaba, así que cuando asumí la posición de Luka, Dean se convirtió en mi mano derecha como lo había sido para él.

Dean caminaba de un extremo a otro de la oficina, sacudiendo la cabeza. “Te digo, no hay pistas. En ningún lado”.

Fruncí los labios, aceptando su palabra. Él había estado en el caso desde el principio.

“¿Confirmaste que Isabella había sido drogada, de todos modos?”. No dudaba de Giulia, pero tenía que verificar y saber por mi cuenta todo lo que pudiera. Dean había pasado horas investigando esa pista, y no me sorprendió que ahora asintiera.

“Sí, pero los informes de su prueba toxicológica fueron borrados”.

Fruncí el ceño mirando el pesado pisapapeles en la esquina de mi escritorio, desconectándome. “¿Por qué?”.

“Ella es tan vanidosa como se puede ser, de alto mantenimiento en su apariencia y reputación”.

A diferencia de su hija mayor. Giulia se vestía impecablemente, encajando perfectamente con

las otras mujeres de nuestro mundo, pero nunca lo presumía. Sabía que se veía bien, o debería saberlo, y asumía que simplemente estaba demasiado segura de sí misma como para tener que presumirlo. Aún no la había visto ser egoísta y vanidosa, pero esperaría mucho tiempo para eso.

Isabella podría haber dado a luz a Giulia, pero no eran la misma persona. Ni siquiera similares.

“Apostaría a que no quería que nadie supiera que había sido envenenada o hecha vulnerable”.

“¿Crees que quien lo hizo quería matarla, pero falló?”, pregunté.

Él sacudió la cabeza. “Lo consideraré, pero no tendría sentido. Luka fue asesinado. Rocco también. ¿Por qué estropearlo cuando ya lo habían hecho con éxito dos veces antes? Si quisieran matarla, estaría muerta”. Hundido en un asiento, exhaló un largo y cansado suspiro. “Me pregunto si es alguien de adentro”.

“¿En la residencia de los Acardi?”. No me gustaba el sonido de eso. ¿Qué pasa si alguien tiene como objetivo a Giulia? ¿O a sus hermanas? Eran demasiado jóvenes para no ser inocentes.

Mierda. No se supone que deba preocuparme. No así.

“De lo que reportaron nuestros espías, nadie del equipo de seguridad de los Acardi ha señalado dónde o cómo alguien podría haber entrado para envenenarlos”.

Resoplé. “Bueno, sé de primera mano lo malo que es el equipo de seguridad de los Acardi allí”.

Frunció el ceño. “¿Lo sabes?”.

Mierda. Lo despaché con un gesto. Confiaba en él, pero no quería decirle que me había infiltrado allí y terminé con Giulia. Mantenía su secreto no solo porque ella me lo había pedido, sino también porque era nuestro secreto. No quería compartirla, ni nada de lo que habíamos hecho, con nadie más.

Si se enterara de que había estado con ella en la boda o en su habitación, o en mi coche, su pureza se vería cuestionada.

Dean se levantó, bostezando y listo para irse a casa por la noche. “Lo que necesito averiguar es cómo consiguieron el veneno para la boda. Cómo esa droga llegó a la bebida de Luka cuando había tanta gente alrededor en la recepción”.

“¿Podría haber sido Rocco después de todo?”, pregunté, dudando mientras hablaba. “Estaba cerca de la mesa, cerca de las bebidas”.

Dean sacudió la cabeza. “No recuerdo que estuviera allí mucho tiempo”.

Maldita sea, no lo estaba. Sabía que Rocco no estaba rondando la mesa principal cerca de Luka y Cecilia porque lo había escuchado afuera con Isabella, buscando a Giulia.

“¿Qué piensas? ¿Que se mató por culpa?”, preguntó Dean. “Si es así, ¿por qué envenenar también a Isabella?”.

Sacudí la cabeza, despidiéndolo nuevamente. “Ve. Duerme pensando en ello. Lo resolveremos de alguna manera”.

Cuando me retiré y caí en la cama una hora después, me preguntaba cómo y por qué la muerte de mi hermano se conectaría con la propia Giulia.

Por la mañana, me presenté en el despacho de Gio, curioso sobre lo que quería. Ahora tenía los días ocupados, y si quería molestarme acerca de encontrar al asesino, realmente lo golpearía. Nunca antes había comprendido cuán impaciente era. Pero, por otro lado, nunca había tenido que estar realmente cerca de él por mucho tiempo.

Me tomé un café mientras me sentaba en su despacho y esperaba a que terminara con el teléfono. Una vez que colgó, me miró severamente. “¿Dónde está Cecilia?”.

Fruncí el ceño. *Al menos está cambiando sus demandas.* “¿Se supone que debía

encontrarla?”.

“No necesariamente. Quiero tu opinión. Tus pensamientos. ¿Dónde demonios está?”

Sonreí con ironía. “¿Has dado el paso más obvio de preguntar a Marcus dónde está ella?”.

Sacudió la cabeza y luego se frotó la barbilla. “No. Es un asunto delicado”.

Bufé. “Cecilia. Ella era delicada”. Tímida y reservada, intimidada por su sombra, parecía. No era nada como la mujer audaz y calculadora que era Giulia.

Mierda. Tengo que dejar de pensar en ella. Desde que se metió en mi coche, ha estado en mi mente. Nos besamos, pero sorprendentemente, el momento que compartimos no fue un intento de follar o desahogarla.

Amigos. Eso era lo que parecíamos. Algo así como amigos, no enemigos, y me mostró lo valiosa que se estaba volviendo para mí.

“Y no puedo culpar a Cecilia por escapar y esconderse en algún lugar”. Me encogí de hombros. “Acaba de casarse, y en su boda, su esposo murió. Para alguien con una disposición débil, apuesto a que sería traumático. Tal vez necesita aceptar su pérdida y todo eso”.

“Bueno, plantearé el asunto con Marcus mañana. Me reuniré con él en el club, y espero que tú también vengas”.

“¿Para hablar con Nickolas?”, pregunté. Ya me lo había mencionado antes, y no lo había olvidado.

“Sí. Para discutir el arreglo del narcotráfico que había comenzado a planear con Luka. Será un buen primer paso para tomar el control de ese proyecto”.

Genial. Asentí, ocultando mi sarcasmo y falta de entusiasmo. Lo último que quería era sentarme a tener una conversación con ese imbécil temperamental. No estaba deseando escuchar al cretino que pensaba que podía tener algún derecho sobre Giulia.

Pero, ¿quién era yo para juzgar o enojarme?

Ella no era mía.

No importaba cuánto quisiera que lo fuera.

No importaba cuán perfectamente pareciera encajar y pertenecerme, no como una esposa necesitada y pegajosa a la que ordenar y embarazar.

Sino como una socia. Una amiga. Como algo más, y definitivamente algo que nunca podría haber anticipado encontrar en mi enemigo.

Como mi otra mitad.

GIULIA

No estaba seguro de si Renzo tomó en serio mi información. Tenía que creerme, que había una conexión entre la muerte de su hermano y la de mi padre. Habían muerto con tan poca diferencia y de manera tan similar que no podía ser una coincidencia. De todas formas, nunca había creído en eso.

No tuve otra oportunidad de escabullirme y reunirme con él de nuevo.

La mitad de la urgencia de verlo era para comprobar si me estaba volviendo loca, si estaba imaginando esta atracción que me hacía querer estar cerca de él todo el tiempo. La otra mitad de mi deseo de acercarme a él era por respuestas.

Entendía que él quería encontrar al asesino de Luka. Pero ahora, eso también estaba irrevocablemente ligado a mí. Porque si alguien mató a mi padre e intentó asesinar a mi madre como un medio para apoderarse del nombre Acardi, y de mí, quería estar preparada.

“Te lo digo”, insistió el Tío Dario después de que llevé a mis hermanas a la cama. Tomó un sorbo de su bebida en la biblioteca y luego sacudió la cabeza. Las ojeras se marcaban en su rostro. Con la mirada cansada y los ojos inyectados en sangre, parecía tres veces mayor, y me sentí terrible al ver lo atrapado que se sentía por nuestras circunstancias.

No podía ser el jefe de nuestra línea de sangre. Después de sus heridas, tuvo que aceptar el hecho de que nunca tendría hijos, y como tal, el nombre Acardi moriría con él. Sabía que estaba frustrado. Lo veía cada vez que hablaba con mi padre o mi madre sobre asuntos importantes. Había sido relegado, considerado un miembro inútil de la Familia, pero ahora, en esta semana después de la muerte de Padre, había sido un apoyo para mí.

Madre permaneció en su habitación. Había sido dada de alta del hospital, pero aparte del funeral deslucido de Padre, se quejaba de dolores de cabeza y de la necesidad de permanecer en cama.

Lo cual me dejó con el Tío Dario para averiguar cómo seguir adelante.

Excepto que él seguía estancado en el primer paso, negándose a reconsiderar quién podría haber matado a Padre.

“Renzo Bernardi mató a Rocco”, insistió.

“No estoy de acuerdo”. Crucé los brazos.

Entrecerró los ojos, siguiéndome con la mirada mientras caminaba de un lado a otro. “¿Por qué?”.

Lo miré de reojo. “¿Qué quieres decir con por qué?”.

“Él no es tu amigo”.

Resistí una mueca. *Falso*.

“No lo conoces”.

De nuevo, luché contra el impulso de mostrar mis sentimientos sobre ese comentario. *Quiero saber todo sobre él*. Lo poco que he conocido hasta ahora me ha sacudido el mundo. Podía hacerme explotar de placer y simplemente estar allí y consolarme sin esperar nada a cambio.

“Tampoco tú lo conoces”, repliqué. “La única razón por la que estás obsesionado con acusarlo de ser el asesino de Padre es porque escuchaste a Giovanni Bernardi pedirle que vengara a Luka. No le dijo que matara a Padre específicamente, ¿verdad?”.

El Tío Dario sonrió con suficiencia. “No”. Sabía que había estado sacando conclusiones precipitadas y pensando que había oído algo que en realidad no se había dicho. “Pero nos odian. Los Bernardi siempre han sido nuestros enemigos y siempre lo serán”.

Pero, ¿por qué? Nadie nunca se dignó a explicarme la razón. “¿Por qué...?”.

“No recuerdo los detalles, y cualquiera que sea la mala sangre que hubo en el pasado, apenas importa”. Miró con resentimiento el techo, como si deseara poder atravesar las paredes y calcinar a mi madre en su habitación. “Porque ella siempre se asegurará de que sigan siendo enemigos”.

Consideré su perspectiva. “Espera. ¿Mi madre ha acusado a los Bernardi de matar a mi padre y drogarla a ella?”. Él había hablado con Madre más que nadie desde que volvió del hospital, siendo mandoneado por ella. Me prohibió ‘molestarla’ durante su innecesario reposo en cama.

Pero eso no tiene sentido. Se usó la misma droga en Luka, y eso implicaría que alguien de los Bernardi quería a Luka muerto.

“No. Pero los detesta. Siempre lo ha hecho, por ‘principio’, como ella dice”. Bajó la cabeza y se frotó la cara. “Supongamos que Renzo no mató a Rocco”.

Asentí.

“Pero ese cabrón aún sabría algo. Giovanni también. Renzo ha estado buscando respuestas, decidido a descubrir quién mató a su hermano. Ya debe saber algo”.

Si lo sabe, ¿cómo lo sabríamos nosotros? No se atrevería a colarse en la casa de nuevo. No después del aumento de seguridad tras la muerte de Padre y el incidente del veneno con Madre.

“Y no estoy seguro de que confiaría en lo que diga, de todas formas”.

Yo sí. Lo haría. Sucedió rápidamente, pero sabía que Renzo no era el enemigo que debería ser. Estábamos juntos en esto, de alguna manera, y planeaba considerarlo un aliado hasta que algo o alguien sugiriera que no debía hacerlo.

“Por eso creo que deberías intentar espiarlo”.

Parpadeé, mirándolo fijamente. “¿Yo?”.

Él asintió. “Recibí noticias de que Renzo y Giovanni se reunirán con los Romano en el club”.

No necesitaba que me dijera cuál. Era el lugar neutral de encuentro donde todos los hombres de la mafia se detenían para charlar o ver bailarinas. Encontré a Renzo allí, apostando a que podría estar para seguirlo, esconderme y esperar en su coche.

“Y...”. Entrecerré los ojos.

“Disfrázate de bailarina”. Miró a su alrededor como si le preocupara que alguien pudiera escucharlo. “Y espíalos. A los Bernardi y Romano. Obtén información, Giulia. No podemos continuar con esta falta de claridad”.

Sonaba como un plan ridículo, pero en cuanto me imaginé llevándolo a cabo, me emocioné por correr el riesgo. No estaba segura de poder ser una espía encubierta, pero usaría esto como una oportunidad para acercarme a Renzo y hablar con él.

“¿Quieres que espíe la reunión de los Bernardi con los Romano?”.

Asintió. “Solo escucha. Necesitamos respuestas, y no sé en quién más confiar para

obtenerlas”.

“Lo haré”. No estaba segura de haber mantenido la emoción fuera de mi respuesta, pero me preparé para irme de todas formas. La hija de una antigua criada bailaba allí, y una vez que arreglé encontrarme con ella, rápidamente me consiguió un disfraz y me ayudó a averiguar en cuál de las habitaciones privadas podría estar Renzo.

Vestida con un atuendo revelador y ocultándome detrás de una máscara tipo antifaz, me uní a la otra bailarina que había sido solicitada en esa habitación privada. Mientras la seguía, nerviosa y emocionada, me preocupaba no poder lograrlo. ¿Bailes en el regazo? ¿Contonearme sobre los hombres?

Lo que sea. No era mojigata. Aunque tenía que permanecer virgen hasta el matrimonio, había visto mi buena cantidad de porno y videos traviesos. Mi madre insistió en darme una lección exhaustiva de educación sexual cuando tenía quince años, “para prepararme para lo que se esperaría”, según ella.

Aun así, cuando se abrieron las puertas y me uní a la otra bailarina en la habitación, los nervios me atacaron con fuerza.

Las lámparas estaban a baja intensidad, pero los focos me cegaban. Estaban dirigidos hacia el área entre los sillones donde se sentaban los hombres, y sabía que ahí era donde se esperaba que yo actuara.

Siguiendo el ejemplo de la otra bailarina, imité sus movimientos ondulantes y sinuosos. Era todo un intento glorificado de frotarme contra el hombre mientras empujaba mis pechos hacia fuera. Nada demasiado complicado.

Sin embargo, en el segundo en que vi a Renzo, perdí mi confianza.

Él me miraba fijamente, con sus ojos puestos en los míos, y observé cómo se tensaba. Sus manos descansaban en los reposabrazos y hundía los dedos en la superficie acolchada. Mientras apretaba la mandíbula, exhalaba respiraciones cortas y rápidas, con las fosas nasales dilatadas y una furia resplandeciente en los ojos.

Me había visto, demasiado rápido, y supe que la farsa había terminado.

Nickolas estaba ajeno, sentado al otro lado del espacio abierto. Aunque me alegraba que solo estuvieran ellos dos allí, con el par estándar de guardias en la parte trasera, la presencia de Renzo me desconcertaba.

Quería hablar con él. Quería atraer solo a él, pero ahora estaba atrapada en este rol.

Nickolas y Renzo continuaban su conversación mientras yo bailaba con la otra mujer, pero después de un rato, su conversación se secó. La mirada desconfiada de Nickolas se desvió de su charla sobre algún negocio de drogas.

Nos miraba bailar, y cuando me hizo señas con un gesto de su dedo, hice lo posible por no entrar en pánico.

No. Me aparté rápidamente, permitiendo que la otra bailarina interpretara su llamada y fuera hacia él.

“Espera. Quiero a esa”, dijo Nickolas, sacudiendo la cabeza hacia mí mientras me retrocedía hacia Renzo. Nickolas palmeó su regazo y abrió las piernas. Entre sus dedos, sostenía billetes de dólar. “Vamos”.

Renzo me agarró. Sus dedos se envolvieron firmemente alrededor de mi muñeca mientras me tiraba hacia atrás, pero caí, sorprendida y desequilibrada en mis pies.

“Sí, ayúdame con la torpe”, se burló Nickolas. Agarró el cabello de la otra bailarina y lo tomó en un puño mientras la empujaba al suelo. “Chúpame, perra”.

Renzo me atrapó, cargándose sobre su regazo. Estando tan cerca de él otra vez, estaba a

salvo. Bajo su agarre, aunque me sujetaba demasiado fuerte, probablemente furioso, estaba segura.

Me encontraba justo donde quería, pero el tic en su rostro revelaba lo tenso que se sentía.

“¿Qué demonios estás haciendo?”, susurró en mi oído mientras bailaba sobre su regazo, inclinándose hacia su pecho.

“Yo...”. No podía hablar. Nickolas podría reconocer mi voz. Era una preocupación estúpida. No estaba prestando atención a mí ni a Renzo. Mientras la mujer tomaba su miembro en la boca, él gemía y forzaba su cabeza a moverse más rápido sobre su longitud.

¿Esperaría Renzo que hiciera lo mismo? ¿Aquí? ¿Así? No había contado con tener que ser tan física. Y aunque deseaba a Renzo con tantas ganas, no quería arriesgarme a quitarme la máscara. Nickolas ya había quitado la de la otra bailarina.

“Yo... necesito irme”. No esperé permiso. Asustada por todos los guardias aquí y tan cerca de Nickolas, sucumbí al torbellino de ansiedad y miedo en mi estómago.

Aunque Nickolas parecía apaciguado, ¿y si él se volvía hacia mí después? ¿Qué si...?

No. El pánico se apoderó de mí, y después de ponerme de pie apresuradamente, con la sensación apremiante de que no podía respirar lo suficientemente rápido, salí corriendo de la habitación.

Respirando con dificultad, me aparté el cabello de la cara y seguí corriendo.

Pasos pesados resonaban detrás. Debería haberlo previsto. Todos me perseguían, y gemí de terror mientras aceleraba.

Renzo estaba justo detrás de mí, pero tras él venían los furiosos guardias de los Romano. Debieron haber alertado a otros, porque otro hombre me emboscó en la esquina, tomándome prisionera.

Los dos guardias que iban con Renzo ya no estaban allí. Tampoco los dos guardias originales de los Romano que habían estado en esa habitación privada.

Capturada y arrastrada fuera, hacia un callejón, luché y pateé para liberarme.

“Suéltenla”, ordenó Renzo.

La puerta de metal se cerró con estruendo, y el guardia me soltó. Caí bruscamente al pavimento. Mis rodillas ardían. Mis palmas dolían. Pero detuve mi caída antes de lastimarme más. De rodillas, miré hacia arriba a Renzo mientras él se interponía entre mí y los dos guardias de los Romano.

“¿Qué demonios está pasando?”, exigió uno.

“¿Es una espía?”, preguntó el otro, apuntándonos con su arma.

Renzo no tardó en reaccionar. Sacó su arma y la apuntó de vuelta hacia él. “Déjenmela a mí”.

“Es una maldita espía”. El primero, el guardia de los Romano más alto, se burló. “¿Traer refuerzos a una reunión confidencial con el Jefe, eh?”.

“No es una espía”, gruñó Renzo, enfrentando a los guardias mientras intentaban acercarse a mí rodeándolo.

“Quítate la máscara, puta”, ordenó el segundo.

“Solo agárrala”, dijo el otro, moviendo su arma para indicar a su compañero que me levantara del suelo.

Me acerqué más a Renzo, escondiéndome detrás de él.

Con el corazón en la garganta, el costado adolorido por la necesidad de respirar más rápido, me aferré a Renzo e hice todo lo posible por no desmayarme debido al mareo y la náusea que me provocaba el pánico.

“Solo...”.

Renzo disparó, alcanzando al guardia que se abalanzaba sobre mí y me tiraba del cabello.

“¡Maldito hijo de...!”. Otro disparo interrumpió lo que el otro soldado de los Romano habría intentado gritar.

Renzo disparó dos veces más, hundiendo las balas en sus cabezas.

Luego se volvió hacia mí, furioso. Sus ojos brillaban con rabia mientras se inclinaba para cargarme en sus brazos, luego sobre su hombro, y corrió.

RENZO

“No digas una maldita palabra”, le dije a Giulia mientras la ponía de pie y la empujaba para meterla en el auto. Corrí alrededor del vehículo y me deslicé en el asiento del conductor.

Para cuando encendí el auto y salí a toda velocidad de allí, ya tenía a Dean en la línea. Sujetando el teléfono entre mi oreja y el hombro, conduje tan rápido como pude.

De todas las malditas mujeres que podían aparecer allí...

“Necesito que limpies el club”. Ignorando la respiración superficial y rápida de Giulia en el asiento del pasajero, me concentré en conducir lo más rápido posible y en darle instrucciones a mi mano derecha. Esos hombres de los Romano en el callejón tendrían que ser eliminados. De las cámaras de seguridad allí atrás necesitaría que se borrarán las grabaciones. Y se necesitarían más hombres en el club para explicar a Nickolas por qué había desaparecido.

Control de daños. Me encargué de todo rápidamente, sabiendo que Dean se ocuparía de ello.

Para cuando terminé de darle instrucciones, había llegado a la puerta subterránea del edificio que Giovanni poseía. No era el edificio más lujoso de la ciudad, pero era una parada conveniente. Luka solía llevar rehenes al sótano. Otros hombres de Bernardi lo usaban como un lugar para esconder cosas. Y en el último piso, había creado mi propio espacio de soltero cuando estaba demasiado borracho o perezoso para conducir hasta casa después de salir de fiesta.

Llevé a Giulia hasta allí. Aunque no protestó, no me importó su mirada ardiente. Sentí su furia, su mirada encendida mientras la obligaba a entrar en mi ático, pero no me importó si pensaba que estaba siendo mandón.

“¿Qué demonios estabas pensando?”, le exigí una vez que cerré y aseguré la puerta.

Ella no se acobardó. No se inquietó. De pie en el medio de mi sala de estar, levantó la barbilla. Desafiante. Terca.

“¿Qué demonios...”, le agarré la barbilla yforcé su cabeza hacia arriba para que me mirara a los ojos mientras me acercaba a su espacio “...estabas pensando?”.

Ella vaciló, mordiendo su labio inferior, preocupándose por su borde carnoso.

“¡Respóndeme!”. La solté y gruñí, tan furioso que no pude contenerlo.

Al mirarla, tomé nota de su atuendo desordenado y provocador. El disfraz de bailarina estaba rasgado, sucio por la caída al pavimento afuera. Sus largos cabellos negros colgaban sobre su hombro, pero en su otro brazo, las huellas de los dedos de ese bastardo seguían visibles en su piel.

Rojas y furiosas. Justo como me sentía al saber que otro hombre había osado tocarla.

Verla allí me había aturdido. Casi pierdo el control tan pronto como la vi, sabiendo sin lugar

a dudas que era Giulia en ese atuendo sexy, bailando en una habitación privada de ese club.

Solo había una razón por la que ella intentaría colarse como bailarina. Solo una.

Había venido a espiar. A mí o a Nickolas.

“¿Tienes alguna puta idea de lo estúpido que fue eso? ¿De lo peligroso que era?”.

Cruzó los brazos, altanera y defensiva mientras le gritaba, pero estaba demasiado enfurecido para dejar que pensara que podía enfrentarme así en este momento.

Gruñí, avanzando hacia ella. Ella perdió su postura, bajando los brazos y retrocediendo.

“¿Espiar una maldita reunión?”, grité mientras la perseguía. Tropezó, tambaleándose alrededor del mobiliario y a través de la habitación, pero no se atrevió a apartar la mirada.

“Necesito información”.

“¿Que no podías haberme pedido, maldita sea?”.

Ella frunció el ceño, golpeando su espalda contra el marco de la puerta de mi dormitorio. “Oh, claro. No me jodas. No puedo pedirte información”.

“Claro que sí”. La empujé hacia la cama, dejándola subir para sentarse.

“Porque ahora somos grandes amigos, ¿eh?”.

Apreté los dientes, inmovilizándola en la cama. “Si necesitabas saber algo con tanta maldita urgencia, podrías haberme preguntado”.

Ella apretó los labios, mirándome con odio.

“Espiar de esa manera...”, gruñí y sacudí la cabeza. “¿Qué tan estúpida eres? Te habrían reconocido y sabrían que te colaste allí”.

“Llevaba una máscara”, argumentó.

“¿Y qué? Te reconocí de inmediato”.

“Porque tú me...”.

Entrecerré los ojos. “¿Porque te conozco? ¿Eh? ¿Pero pensaste que podrías colarte sin ser detectada?”.

Ella desvió la mirada, girando la cabeza en la cama, y volví a agarrarle la barbilla, presionando mi peso sobre ella hasta que capté su atención. “¿No sabes cuál es tu maldito lugar?”.

“¡Claro que sí! Solo soy una mujer supuestamente estúpida atrapada en una posición vulnerable mientras mi Familia se desmorona. Ese cabrón ahí dentro podría querer hacerme su esposa. Su juguete, como hizo con esa otra bailarina. Y a menos que pueda averiguar quién mató a mi padre, no tengo nada con qué negociar para salir de algo así”.

“Estás loca”, gruñí. “Estás jodidamente loca”.

Ella levantó la cabeza para gritar más fuerte. “¡No me importa! No me importa si piensas que soy la mujer más estúpida del mundo. Todo lo que quería era averiguar algo, cualquier cosa, que pudiera explicar por qué estoy enfrentando un matrimonio con ese bastardo”.

“Así que esa es tu respuesta. Piensas que puedes disfrazarte, espiar y salir ganando”.

“No quiero salir ganando. Solo quiero evitar un destino peor que el que ya tengo”.

“Iban a matarte”, dije, deseando poder sacudirle un poco de sentido. “Te capturaron, sospechando por qué saliste corriendo de esa habitación”.

“Porque tenía *miedo*”, gritó, probablemente odiando admitirlo. “Tenía miedo de que se volviera hacia mí, me quitara la máscara y viera que estaba allí”. Respiró rápidamente, agitada por luchar contra mi control y por gritar.

“Deberías haber estado aterrorizada”. Me incliné hacia arriba, examinándola. Sentir sus pechos rozando contra mí amenazó mi determinación de regañarla. Ese provocador atuendo de bailarina me atormentaba.

Atrapado entre la furia y el deseo, perdí la voluntad de resistir esta urgencia de enseñarle una lección que nunca olvidaría.

“Si Nickolas supiera que estabas espando...”. Rechinaba los dientes mientras ella me miraba con el ceño fruncido.

La habría matado. La habría violado y torturado, y luego le habría quitado la vida lentamente. Esta mujer audaz y valiente. Una que no podía imaginar ver desaparecer.

“¿Qué demonios estabas tratando de averiguar?”.

“Cualquier cosa”, respondió con brusquedad. “Cualquier cosa. Necesito saber qué diablos está pasando. Tengo que descubrir quién mató a mi padre”.

“¿Y escucharme a mí y a Nickolas te habría revelado eso?”. Le agarré las muñecas con una mano, deteniendo su lucha. “¿Cómo supiste siquiera que estaríamos allí?”.

“Mi tío”.

“Él...”, rechiné los dientes. “¿Dario te envió a espiar?”.

“A ti”, respondió con desdén. “Él todavía piensa que tú mataste a mi padre”.

“¿No me crees?”.

Ella entrecerró los ojos. “Quiero hacerlo. Y esa es la única razón por la que sería estúpida. Por querer creerte”.

“Entonces, después de que maté a esos guardias por ti”, dije, rasgando su disfraz, dejándola completamente desnuda. Agarré la tela para enrollarla alrededor de sus manos. “Después de que te salvé el trasero y te saqué de allí...”. Me bajé la cremallera y empujé mis pantalones y boxers hacia abajo. “Y después de que te libré de que ese maldito enfermo supiera que viniste a espiar...”.

Le separé las piernas, inclinándome sobre ella. Su sexo brillaba, empapado de excitación.

“¿Este es el maldito agradecimiento que recibo? ¿Otra acusación de que maté a tu padre?”. Me hundí en ella de un solo golpe, clavando mi miembro tan profundo como pude.

Ella arqueó la espalda, gimiendo ante la dureza de la penetración. Aunque estaba húmeda, cálida y lista para mi entrada, nunca había tenido a nadie dentro de ella antes. Nadie la había penetrado así.

“¿Crees que puedes arriesgar tu vida y ser una espía?”, gruñí mientras me retiraba de su ajustada vagina. “¿Y tienes el derecho de decir que piensas que maté a tu padre cuando te dije que no lo hice?”.

Me hundí de nuevo, observando sus pechos moverse con la fuerza de mis caderas golpeando contra las suyas.

“¿Eh?”. Agarré sus muslos, levantándolos. “¿Ese es el agradecimiento que quieres darme por salvarte la vida y rescatarte?”.

“Vete al diablo”. Ella negó con la cabeza, respirando con dificultad mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. “Vete al diablo, Renzo”.

Gemí, enfurecido aún más por la forma en que seguía intentando enfurecerme y probar su suerte. La penetré más fuerte pero más lento, asegurándome de que sintiera cada onza de furia mientras estiraba su virgen cuerpo.

“Yo...” Gimió, tratando de moverse contra mí. Conmigo. “Se supone que debo estar limpia”.

Una virgen. “Ya no más”. Sonreí, hundiéndome en su dulce sexo. “Este cuerpo es mío ahora”.

Ella negó con la cabeza. “Nunca será tuya”.

Me incliné hasta quedar sobre su cuerpo. “¿Preferirías que Nickolas te reclamara, entonces, eh?”.

Ella sollozó, llorando aún más fuerte.

“Porque eso es exactamente lo que habría hecho”, amenacé mientras la llenaba, una y otra vez. “Te habría tomado y arruinado”.

“¿Igual que tú lo estás haciendo?”, demandó.

Me detuve, permaneciendo inmóvil tan profundamente dentro de ella. Cada pulso de su sexo me impulsaba a ir más rápido y a follarla hasta empaparla con mi semen. Sus pechos se frotaban contra mí, desafiándome con su piel suave contra mi pecho.

Tan pequeña pero feroz, atrapada bajo mí y envuelta alrededor de mi polla.

Ella era perfecta. Y quería mantenerla así.

“No maté a Rocco”, repetí.

“No tenías que follarme para enfatizarlo”. Ella sonó nasal, mirándome con ojos vidriosos y enfadados. “No pensaba que lo hicieras. Pero mi tío no sabe cómo averiguar qué puede hacer ahora mi familia. Mi padre está muerto. Mi madre sigue afectada y en la cama. Nada es seguro ahora”.

La miré, hipnotizado por el brillo de las lágrimas en sus ojos. No era una actuación. Tampoco lo era el líquido que goteaba para mí, el calor de su sexo succionándome más.

“Estoy desesperada por respuestas”.

Yo también lo estaba. Quería descubrir la verdad sobre quién estaba envenenando a los miembros de la mafia.

“Pero ahora no importa, ¿verdad?”. Me miró con desdén, dejando que su odio tomara el control. “Ahora, solo soy mercancía dañada”. Con las manos aún atadas y por encima de su cabeza, no tenía opciones para empujarme fuera.

Dudaba que lo hiciera. Mientras permanecía inmóvil dentro de su coño, sentía la tensión de su cuerpo. Deslizándolo lentamente mi mano por la curva de su trasero, la sostenía más fuerte. “De nada”.

“Oh, vete al diablo, Renzo. No quería que hicieras esto”.

“¿No?”. Sonreí, saliendo y saboreando el gemido lento y profundo de necesidad que no podía contener.

“No quiero...”.

Me lancé dentro de ella más fuerte, robándole el aliento. “No”, salió de mis dientes apretados mientras la follaba. Se sentía demasiado bien. No quería que terminara demasiado pronto, pero no duraría. “Tu respuesta debería ser *gracias, Renzo*”.

Ella gruñó, empujando sus caderas en vano para igualar mis embestidas.

“Deberías darme las gracias por salvarte la vida”.

Sus pechos rebotaban más rápido, y deseaba poder retrasar su orgasmo.

“Deberías estar agradecida de que te saqué de allí”.

Un largo y sexy gemido salió de sus labios mientras aceleraba y me frotaba sobre su clítoris.

“Y deberías decir *sí, haz lo que quieras conmigo*”.

Ella se tensó. Todos sus músculos se bloquearon mientras se acercaba a su orgasmo. Mientras su rostro se contorsionaba en una mueca, hundí mis dedos en su trasero y me adentré en su húmedo calor aún más.

“Por favor”, rogó en una exhalación frenética. “Por favor, Renzo”.

Con la primera ola de su sexo apretando mi polla, vacilé. Su orgasmo parecía arrasarla, haciendo que sus muslos y pies temblaran. Y aun así, seguí, follándola como si mi vida dependiera de destrozarla en pedazos.

Un grito corto anunció su clímax. Luego, con una inhalación apresurada, gritó aún más

fuerte.

Eso fue todo lo que se necesitó. Al escucharla llegar y perderse en la dicha del clímax, me seguí inmediatamente después.

Todos esos días y noches desde que la toqué por primera vez en la boda finalmente llegaron a su fin. Nuestro épico acumulado de necesidad y deseo estalló.

Nos habíamos estrellado y quemado, uniéndonos en una liberación tan alucinante que no estaba seguro de cuál era el arriba, dónde comenzaba ella y terminaba yo.

Ahora éramos uno, fusionados a través de la ira y unidos por la lujuria.

Y estaría maldito si ella intentara luchar contra esta conexión alguna vez más.

GIULIA

El teléfono de Renzo sonó antes de que pudiera sacar su dolorido miembro de mí. Gimió mientras se sacudía en mi interior y su semen me llenaba. Me quedé allí, aturdida por lo que había sucedido. Me había tomado, tan bruscamente y de repente, impulsado tanto por la furia como por el deseo. Renzo me había follado sin pensar, sin pedirme permiso primero. Ya no era virgen. Estaba marcada, y por un hombre que no podía quedarse conmigo.

Gruñó mientras dejaba caer su cabeza sobre mi hombro. Respirando con dificultad por el esfuerzo de follarme, tardó en levantarse y dejó que el tono de llamada continuara.

“Más vale que no sea Gio”. Se apartó de mí rápidamente, y solté un suspiro ante el escozor de un ligero dolor. De pie junto a la cama, me miró con una expresión indescifrable en su rostro, casi como si no pudiera creer que acababa de follarme.

“No sé cómo Luka aguantaba esta mierda. Siempre activo. Siempre algo que hacer, alguien queriendo algo”. Se frotó la mano sobre la cara, erguido y orgulloso.

Desnudo, con su miembro brillante por nuestro semen. Un toque de rojo también se veía en su pene.

Mi sangre. Mi sangre virginal.

Hace diez minutos, me había deseado. Finalmente había actuado sobre esta rabiosa tensión sexual que estallaba entre nosotros. Era un pequeño consuelo, saber ahora que él había estado sufriendo de la misma maldita necesidad que yo había luchado por negar y contener.

El impacto de sus acciones volvió, alejando la dicha del orgasmo. Verlo igual de desconcertado demostraba que él tampoco había planeado realmente esto.

¿Cómo podría haberlo hecho? Lo sorprendí al presentarme como bailarina en ese club. No había planeado encontrarme allí para premeditar traerme aquí y violarme. En el proceso de enseñarme una lección y reprenderme por la pura estupidez de espiar en ese club, había perdido la lucha contra la interminable atracción que aún ardía entre nosotros.

Lo odiaba. Había tomado mi virginidad. Ya estaba hecho, pero no podía evitar aferrarme a la satisfacción de lo bien que se sintió al final.

“No necesito tomar cada maldita decisión para que todos se sientan importantes”, refunfuñó, agarrando su teléfono del bolsillo en los pantalones en el suelo. “No necesito que me molesten constantemente por cada pequeña maldita cosa”.

Parecía que no se estaba adaptando bien a ser el segundo al mando de Giovanni.

Pero eso importaba poco ahora.

Con otro suspiro profundo, negó con la cabeza y salió de la habitación con su teléfono.

“Vuelvo enseguida”, dijo.

Yo no. Parecía molesto con esta llamada, como si necesitara más tiempo para decidir qué hacer conmigo. No estaba segura de cuál debería ser mi próximo movimiento, excepto largarme de aquí.

Me dejó para atender su llamada, y tan pronto como se fue, en la suite del baño, me escabullí de la cama. Ignorando la quemazón entre mis piernas, limpié el pequeño rastro de sangre en sus sábanas y agarré su ropa. Mis dientes ayudaron con el nudo alrededor de mis muñecas. El disfraz de bailarina que había tomado prestado era ahora un trapo destrozado, y para salir de este lugar, necesitaría ropa de verdad.

Su camisa y pantalones se deslizaron sobre mí, pero al menos me mantendrían decente. Antes de que pudiera regresar, me apresuré hacia la puerta y desatornillé los seguros. No había guardias fuera de la puerta, y aunque parecía extraño, apostarí a que era otro detalle con el que Renzo tenía problemas. Como heredero, el siguiente en la línea de la Familia Bernardi, Renzo debía tener un equipo de seguridad para protegerlo.

No es que no pueda manejar eso por sí mismo, pensé mientras salía corriendo de su apartamento.

No había dudado en perseguirme y salvarme de esos guardias de los Romano que habían estado tan sospechosos de mí en el club. No pensó dos veces en salvarme de esos hombres.

Estaba agradecida. Le debía mi vida. Pero ¿pagarle con mi virginidad?

No ahora. No podía dejar que mis emociones me controlaran en este momento. Lo analizaría todo más tarde, cuando estuviera a salvo en casa y pudiera superar el shock de todo lo que había pasado esta noche.

Mi ropa seguía en el club, donde me habían dejado. Mi teléfono estaba en casa. Dario estaba de acuerdo conmigo en que prevenir cualquier rastreo sería lo más inteligente. En lugar de preocuparme por estar atrapada sin forma de volver a casa, me dirigí al negocio de cobertura más cercano que mi Familia poseía y operaba para lavar dinero. El restaurante era un agujero oscuro en la pared, pero desde allí podría llamar a casa y pedirle a Dario que me enviara un transporte.

Solo una vez que estuve en el asiento trasero del auto alquilado exhalé por completo y solté toda la tensión que había contenido. La noche había comenzado con un objetivo tan simple. Mi tío me pidió que espicara para obtener información. No obtuve ninguna. Y perdí mi virginidad en el proceso.

Dios mío...

Cubrí mi rostro con mis manos, cerrando los ojos e intentando reprimir las reacciones para las que no tenía tiempo en este momento. No podía creer que lo había hecho. Renzo no me había dado muchas opciones, pero tampoco es que me hubiera resistido mucho.

Porque también lo deseaba. Y me negaba a sentirme culpable por tomar lo que quería. Por primera vez en mi vida, había ido tras lo que deseaba, y nada podía avergonzarme para que lo lamentara.

Mis hermanas todavía estaban dormidas cuando llegué, y tan pronto como terminé de cambiarme y esconder la ropa de Renzo en mi habitación, fui a buscar a mi tío en la biblioteca.

“Giulia”, levantó la vista con una expresión tan brillante de esperanza que odiaba tener que informarle.

Sacudí la cabeza y me senté cuidadosamente en el sofá frente a él.

“¿Qué pasó?”.

Renzo Bernardi me folló. “Nada”. Aclaré mi garganta.

“¿Qué? ¿Qué quieres decir? ¿No se iban a encontrar Bernardi y Romano en el club?”.

Su tono severo tenía una autoridad que no podía ignorar. A pesar de sus limitaciones por su herida, Dario seguía siendo un hombre de Acardi de carácter fuerte. Si no hubiera sido herido cuando yo era solo una niña, él sería el hermano suplente, el hermano menor de Papá. Si él estuviera ‘completo’ y no débil e incapaz de tener hijos, las cosas serían muy diferentes. La Familia no se estaría desmoronando con Papá muerto. Dario simplemente habría asumido el papel y lo habría hecho bien. Él fue quien me enseñó a abrir cerraduras. Era el pariente que no se tomaba la molestia de descartarme como una chica estúpida.

Si las cosas hubieran sido diferentes, él estaría a cargo ahora. Así como Renzo tuvo que adaptarse para ocupar el lugar de Luka.

“Estuvieron allí”, respondí, eligiendo mis palabras con cuidado. “Pero solo hablaron sobre un tráfico de drogas. Nada sobre Luka, nada sobre Papá”. Fruncí el ceño. “Nada sobre mí, tampoco”.

Suspiró, pero luego agudizó su mirada. “¿Qué quieres decir? ¿Por qué hablarían de ti?”.

“¿Se acercó papá a los Romano para arreglar un matrimonio entre Nickolas y yo?”.

Se rio con desdén. “¡No!”.

“¿No estás al tanto de eso?”.

Sacudió la cabeza. “Para nada. Rocco no habría sido tan estúpido. Con Cecilia casándose con Luka y Nickolas para casarse contigo, Marcus Romano controlaría las dos Familias más poderosas siguientes”.

Un monopolio.

Era muy rápido para entender. El Tío Dario tenía un papel menor en la Familia, pero no se perdía nada. *Astuto.*

“¿Mataste a Papá?”.

Roló los ojos. “No. ¿Por qué lo haría? ¿Para qué? ¿Por poder?”.

Me encogí de hombros, sintiendo que me aferraba a lo que podía para asegurarme de que no preguntara demasiado sobre lo que había pasado esta noche.

“¿Apoyarías arreglar un matrimonio para mí ahora que Papá está muerto?”.

“No”.

“Pero no tenemos estabilidad. No hay un hombre para liderar la Familia. No hay hijos que pronto lideren”.

Sacudió la cabeza. “Absolutamente no. No puedo hablar por Isabella. Ha estado actuando enferma en la cama toda la semana, pero la he oído por teléfono cuando paso por su habitación. Más le vale no estar organizándose en nada. Esa es la única ventaja que tenemos. Tu permanencia sin pareja y sin reclamar es el único poder que tenemos para evitar que el nombre Acardi sea de alguien más”.

Demasiado tarde. Es demasiado tarde para eso.

Estaba ligada. Había sido reclamado no oficialmente en el sentido más verdadero de la palabra.

Renzo lo había hecho. Me había tomado.

“Y necesitamos mantenerlo así, Giulia”.

Asentí.

“Hasta que todo esto se asiente. Hasta que tengamos una mejor idea de quién es un aliado y quién es nuestro enemigo”.

Aún no importará. Tuve sexo con el enemigo. Me había poseído sexualmente, pero sabía que no sería tan estúpido como para anunciarlo. No quería arriesgarse a la ira de Giovanni sugiriendo que alineáramos nuestras Familias ahora.

Fue un momento fortuito. Perfecto, ahora que podía sentarme y recordar la sensación de él estirándome y empujándome más allá del dolor para experimentar tanto placer.

Deseaba que Renzo pudiera mantenerme para siempre. Para repetir esa dicha. Para mostrarme más. Era brusco y controlador, pero al final de todo, odiaba admitir que lo había disfrutado. Me deleité en ello, y me sentía terrible por quererlo de nuevo.

Nunca conté con tener poder alguno, ni derecho a elegir a mi amante o hombre.

Pero ahora que el acto estaba hecho, no podía negar el profundo y retorcido sentido de orgullo y satisfacción en saber que Renzo fue el que tomó mi virginidad.

Nadie más.

RENZO

No me sorprendió que Giulia se fuera después de que la hubiera jodido. No es que lo hubiera estado esperando. Yo tampoco. Me atrapó el calor del momento y simplemente... pasó.

Pero no me arrepiento. Pasé la noche en la cama deseando que ella hubiera podido quedarse, pero entendía que había tenido que huir. Escondarse. Superar el shock de que nos hubiéramos entregado el uno al otro en el sentido más físico posible.

A la mañana siguiente, me reuní con Gio en su oficina. Tomando otro café, esperando que la cafeína surtiera efecto y me despertara del todo, lo observé mientras intentaba terminar una llamada telefónica. Como estaba empezando a aprender, siempre estábamos en alta demanda. No pensaba que tuviera que estar disponible constantemente, pero encontraría un equilibrio. Aún estábamos en los primeros días.

Tenía que controlar mejor mi tiempo. Porque sería maldito si tuviera a otra mujer hermosa y sensual en mi cama y tuviera que ser interrumpido por una llamada sobre algo que realmente no me importaba.

Luka quería controlar todo. Yo no era así. La delegación era clave, y si alguien demostraba ser poco confiable sin que yo estuviera sobre él, entonces estaría acabado. Así de simple.

Gio terminó la llamada y me miró. Desde que murió Luka, Gio parecía verme bajo una nueva luz. La mitad del tiempo parecía molesto, como si no pudiera creer que su estimado primogénito se hubiera ido. Y la otra mitad del tiempo parecía casi divertido, como si dudara de que yo pudiera ocupar el papel de mi hermano o mantenerme al tanto de todo como había hecho él hasta ahora.

“¿Por qué te fuiste del club anoche?”, preguntó como saludo.

Después de que Giulia se fue, me quedé en casa tratando de pensar qué podía hacer con ella ahora. Ella era la razón por la que había salido del club así, y luego tuve que lidiar con el control de daños por haber matado a esos guardias. No iba a mencionarla. No podía. *No regresé al club porque no quise.*

“Hablamos sobre el comercio de drogas”, respondí. Y eso era esperado.

Lo que no era esperado era cómo sería Giulia ahora. Ya no era la misma. Le robé su virginidad y no me iba a disculpar por ello, pero tenía que lidiar con esta profunda y ardiente celosía y posesividad que no podía sacudirme.

La había tenido una vez. Y ahora estaba adicto a ella, deseándola de nuevo.

Era lo suficientemente estúpido como para desear tenerla para siempre.

Pero tampoco podía decirle eso a Gio. Era malo que de alguna manera supiera que me había

ido del club tan abruptamente, pero no había forma de que compartiera toda la verdad con él.

“Antes de que la conversación llegara a su fin, recibí una llamada sobre algo con lo que tenía que lidiar”.

Asintió. “Así funciona este negocio. Nunca hay un momento de paz”.

Eso era una tontería. ¿Cuál era el punto de tener poder y riqueza si nunca podíamos detenernos a disfrutarlo ni siquiera por un momento? Sentí una paz única y profunda cuando estuve dentro de Giulia, y sabía que eso no volvería a ocurrir.

“¿Todo salió bien con tu conversación con Nickolas?”, preguntó.

“Sí. Así fue. Parecía que Luka y Nickolas ya habían afinado todos los detalles”.

“Bueno”. Unió las manos sobre su escritorio. “También tuve una conversación productiva con Marcus”.

Ese había sido el plan. Fui allí para hablar con Nickolas mientras él se reunía con Marcus en otra sala privada.

“¿Sobre qué?”.

Me miró durante un largo momento. “Hablamos sobre Cecilia”.

“¿Sabe dónde está?”.

Frunció los labios. “Creo que puede que no lo sepa. No le pregunté eso específicamente. Más o menos hablamos sobre lo que debería pasar con ella ahora”.

No me importaba una mierda lo que pasara con mi cuñada. No es que la conociera. Estaría maldito si esperaban que me involucrara.

“Le propuse una situación potencial, que simplemente se casara contigo ahora”.

Mierda. Tanto por no involucrarme.

“¿Yo? ¿Por qué?”.

“Marcus se mantuvo en silencio sobre dónde podría estar. No lo admitiría directamente, pero tuve la impresión de que no sabía dónde estaba y quería que ella volviera a casa, donde pudiera controlarla. Donde pudiera observar y ver lo que estaba haciendo”.

“¿Y cómo demonios encajaría yo en eso?”.

Entrecerró los ojos. “No adoptes esa actitud conmigo”.

“No tengo una ‘actitud’”. Esta era simplemente mi reacción directa y honesta. *¿Por qué yo?* La idea de casarme con esa mujer aburrida y callada parecía una sentencia de muerte.

“Escucha bien. Si te digo que te cases con ella, lo harás”.

“De ninguna manera”. Me levanté, dejando mi taza de café vacía sobre la mesa. “¿Realmente pusiste esto en los planes anoche con él? ¿Marcus está de acuerdo con esto?”.

Suspiró. “No, aún no. No oficialmente. Solo estábamos discutiendo ideas”.

“Entonces no tengo nada de qué preocuparme”.

“No actúes como si tuvieras algún control aquí. Ni siquiera pienses en tener derecho a decir sí o no a algo que yo organice para ti”.

“Porque es solo otra parte del negocio”, me burlé. “¿Verdad?”.

“Así es. Y sería prudente alinearnos con los Romano. Intenté eso con Luka casándose con ella”.

Su forma de expresarse me hizo detenerme. “¿Crees que alguien mató a Luka porque querían una alianza con los Romano en lugar de que tuviéramos una con ellos?”.

“Marcus habló bastante sobre eso. Pero es un cabrón sospechoso que nunca revela nada”.

Eso era la verdad. Los Romano eran ricos y tenían una influencia antigua que no se podía disputar. Pero también eran unos tramposos sigilosos.

“Me llevé la impresión de que Cecilia no dejará que su padre sepa dónde está. Marcus la

mencionó primero, casi apoyándose en la idea de que te casaras con ella para descubrir si sabía algo sobre dónde estaba”.

Me pregunté si Giulia lo sabría. Isabella había estado hablando en el funeral de Luka.

Quizás podría pedirle a Giulia que escuchara más noticias. Ella me informaría. Lo hizo de buena gana cuando hizo la conexión entre cómo murieron Luka y Rocco. Era solo una de las muchas cosas que admiraba de ella. Podría haber guardado ese hecho para sí misma, la similitud de las intoxicaciones, pero lo compartió abiertamente conmigo.

Tan pronto como vino a mi mente este pensamiento sobre Giulia, traté de ignorarlo. No podía seguir así, actuando como si esa mujer ingeniosa y lista fuera mi aliada. Mi amiga.

Mi compañera.

Pero era demasiado fácil verla de esa manera. Era inteligente. Rápida. Observadora. Si no sabía dónde se escondía Cecilia, tendría ideas sobre las motivaciones de la mujer.

¿Por qué mataría Cecilia a Luka, sin embargo?

A menos que Cecilia estuviera traumatizada o demasiado sensible después de perder a su esposo... ¿Por qué huir y esconderse en absoluto?

Luka había sido asesinado en la boda, y el momento de su muerte me llamó la atención. ¿Por qué no matarlo antes? ¿O después? No entendía por qué Luka había sido asesinado en ese momento.

¿Quizás el asesino solo pudo alcanzarlo en esa gran multitud? Merecía más reflexión.

Si alguien quería evitar una unión entre los Bernardi y los Romano, habría tenido que matarlo antes de que se dieran los votos. El único enemigo probable que querría detener a los Romano de alinearse con nosotros serían los Acardi.

Quizás Rocco mató a Luka. Y se mató a sí mismo después, por la culpa y para escapar de la justicia.

Sin embargo, eso no parecía probable.

¿Podría Cecilia haberlo hecho?

Consideré la posibilidad de que la tímida y de corta duración esposa de Luka lo hubiera matado. Cecilia no había estado entusiasmada con casarse con él, pero ninguna pareja arreglada estaba emocionada por sus socios elegidos.

Como Giulia. Ella temía la posibilidad de casarse con Nickolas. Odiaba la idea de que él también la tuviera. Me mataba que la hubiera visto bailando anoche. Si tuviera algo que decir al respecto, ese cabrón no merecía ni un segundo de estar en su presencia.

¿Está Cecilia escondiéndose por culpa? ¿Mató a Luka y necesita pasar desapercibida? ¿Pero por qué?

Si no quería casarse con él, habría tenido más sentido matarlo antes de la boda.

Mientras salía de la casa después de hablar con mi padre, traté de averiguar cómo podría contactar a Giulia y hablar con ella sobre esto. Me sentía atrapado en mi mente, tanto por la forma en que ella no salía de mis pensamientos como por todas estas especulaciones que no llevaban a ninguna parte. Ella tendría opiniones. Podría decirme qué pensaba sobre mis conjeturas.

Ya no la veía como mi enemiga. No podía hacerlo cuando estaba desesperado por verificar que estuviera bien después de anoche. Ella había estado tan tensa, tan joven e inocente, y sabía que la había tomado más duro de lo que ella podría haber deseado en su primera vez. Mis esfuerzos llegaron demasiado tarde. Pero, ¿no cuenta el pensamiento?

Si no era mi enemiga, tampoco podía etiquetarla como una simple mujer fácil. No era una cualquiera que hubiera follado por capricho.

Giulia estaba convirtiéndose en una verdadera amiga. Alguien en quien instintivamente sabía que podía confiar.

Ella era...

Una igual. Una mujer brillante y valiente de la que estaría orgulloso de decir que es mía. Y una vez más, deseaba poder hacer que eso sucediera, ir a ella libremente siempre que quisiera, por cualquier razón.

O incluso sin ninguna. Quería acceso a ella para siempre, solo por el placer de hacerlo. Porque cuando ella estaba cerca, cuando me permitía tocarla y llevarla al borde de un orgasmo intenso, me sentía más vivo que nunca. Y cuando ella simplemente me escuchaba y compartía ideas o información, sentía que no estaba solo ni luchando, sino que era la mitad de un verdadero par en el que siempre se podía depender del otro.

GIULIA

La mañana después de que Renzo me llevara a su casa, me desperté aturdida y desorientada por el mal sueño. Toda la noche tuve recuerdos que vivirían para siempre en mi mente.

El roce de sus brazos musculosos contra mis costados. El apretón de sus dedos en mi trasero. La tensión de esa tela alrededor de mis muñecas, impidiéndome liberar mis manos.

“Detente”, gemí suavemente para mí misma al levantarme de la cama. “Deja de pensar en él”.

Era imposible. Porque mientras comenzaba una ducha caliente para masajear mi cuerpo, no podía apagar los recuerdos fantasmales de cómo se sentía.

Sobre mí. Dentro de mí. En todas partes. El deseo que había despertado recorría mi cuerpo con una intensidad salvaje, y no creía que volvería a sentirme normal de nuevo.

¿Esto era simplemente lo que se sentía al ya no ser virgen?

¿O era porque era él?

Entré en la regadera con la esperanza de que el agua caliente me masajeara y me despertara.

Anoche, me duché y limpié la pegajosidad de nuestro semen y el poquito de sangre, pero hoy, mientras dejaba que el agua calmara mi mente alterada, me sentí deprimida. Eso era todo.

Una vez.

Había disfrutado la dura perfección de Renzo profundamente dentro de mí una sola vez, y eso era todo lo que podía esperar. Su familia odiaba a la mía, y lo que quedaba de la mía no era mucho mejor. Dario aún parecía sospechar que Renzo mató a Padre. Madre odiaba a todos los Bernardi. Intentar esperar una repetición de esa pasión inesperada era una pérdida de tiempo.

Eventualmente salí de la ducha, con la piel entumecida y en carne viva, sabiendo que esta inquietud y sensación de anhelo tendrían que desvanecerse.

Abajo, encontré a mi madre sentada en una silla en la sala de verano.

Me detuve en seco, casi derramando el café que acababa de preparar.

Estaba allí, tranquila y serena mientras sorbía su café, y mis sospechas surgieron de inmediato.

¿Qué está haciendo aquí?

Desde que Padre murió, se había recluso en su habitación. Francis decía haberla escuchado hablando por teléfono, pero no la había visto ni hablado con ella desde la apresurada excusa de funeral que había ordenado para Padre.

Si estaba de luto, bien. No habría creído que le importaba que él se hubiera ido. Nunca le mostró una pizca de amor, pero se aseguraba de acosarlo y molestarlo constantemente cuando

estaba vivo.

Si aún seguía enferma por cualquier droga con la que la hubieran envenenado, no pidió ninguna asistencia médica.

Verla era un shock. No vi ni rastro de debilidad emocional o física. Se veía tan normal como siempre, con el rostro tenso e inexpresivo, incluso aburrido.

¿Pero por qué estaba aquí?

Este era el lugar donde siempre tomaba mi café. Lo odiaba, diciendo que las plantas parecían de mal gusto y que el sonido tintineante de la cascada ornamental en la piscina esculpida en la esquina de la sala soleada era molesto.

Estaba sentada deliberadamente en mi lugar. Junto con su repentina reaparición, parecía estar tramando algo.

“Buenos días”, dije cautelosamente, acercándome para sentarme junto a ella.

No era tonta. Tenía que haber elegido este lugar para obligarme a hablar con ella. Rara vez tenía que lidiar con ella por las mañanas. Como lo hacía mi padre, ella prefería priorizar su tiempo personal antes que ser una madre presente.

Levantó la mirada hacia mí, estudiándome. Era una tontería, pero no podía evitar preocuparme de que estuviera observando a través de mí. Como si pudiera saber lo que había hecho la noche anterior. No habría aprobado la sugerencia del tío Dario de que espicara para obtener información sobre la muerte de Padre. Y definitivamente no le gustaría que Renzo me hubiera follado.

“¿Qué te pasa?”, preguntó a modo de saludo.

Mierda. No era buena ocultándolo. No estaba haciendo nada fuera de lo común, pero solo oír su tono sospechoso me puso aún más nerviosa.

“Nada”. Dejé mi café sobre la mesa demasiado rápido. No necesitaba añadir cafeína a mi estado ya alterado. Sin decir una palabra más, me dirigí hacia la salida que daba a los jardines exteriores.

No iba a dejarme ir tan fácilmente. Esperarme en el lugar donde siempre me sentaba a tomar mi café era solo su primer plan. Mientras se apresuraba detrás de mí, la puerta de vidrio se balanceó hacia atrás, casi golpeándola en la cara. Aun así, no la detuvo.

“Giulia”.

Sacudí la cabeza, sin ánimos para ninguno de sus juegos. Nunca había confiado en ella, y no iba a empezar a hacerlo ahora.

“¿Qué quieres?”.

“Hablar”.

Entrecerré los ojos mientras se me adelantaba. De pie en el camino, me bloqueó para que no siguiera caminando. “¿De qué? ¿De Padre?”.

Mantuvo los labios apretados en una línea tensa.

“Te has encerrado en tu habitación por más de una semana”. Crucé los brazos, dejando que mi desdén natural por ella ocultara lo inquieta que me había sentido desde que Renzo me quitó la virginidad.

Qué absurdo. Podía confiar en él, el enemigo, pero mi madre me provocaba a ponerme a la defensiva.

“Yo he tenido que manejar todas las condolencias. Yo he tenido que esquivar todas las preguntas sobre por qué ni siquiera hicimos un funeral de verdad para él”.

Se encogió de hombros. “Eso no importa”.

Entrecerré aún más los ojos. “¿Por qué? ¿Por qué elegiste un funeral tan patético? ¿Estás

intentando ignorar el hecho de que murió?”.

“¿Ignorar? Nadie puede ignorar que está muerto”.

Sacudí la cabeza, dejando que toda mi confusión y enojo acumulados salieran a la superficie. “Entonces, ¿por qué lo ignoras? Apresuraste un funeral privado. No hablas con nadie. Te escondes en tu habitación y...”. Gemí, ya agotada de tener que lidiar con ella.

“Estaba de luto”.

Me burlé de ella. “¿En serio? ¿Esa es la excusa que vas a usar?”.

Levantó las cejas. “Estaba de luto”.

“Tú nunca te preocupaste por él para llorarlo”.

Inclinando la cabeza hacia un lado, casi pareció sonreír. Como si la estuviera entreteniéndome. “¿Y tú sí?”.

Me quedé boquiabierta, atónita de que fuera tan... indiferente al respecto. “¿Estás tratando de decir que he estado actuando de manera inusual respecto a su muerte?”.

“La muerte de tu padre es algo que ninguno de nosotros puede cambiar”.

¿Qué? Obviamente, no podíamos. No volvería de la muerte. Aunque sus palabras frías sugerían que había aceptado su pérdida, me parecía demasiado indiferente. No esperaba que mi madre estuviera triste, y no parecía ni un poco afectada. Pero estaba tomando esto con demasiada calma.

“Sin embargo”, agregó, causando otra punzada de miedo en mi estómago, “su muerte requiere que hagamos cambios para el futuro”.

La miré, nerviosa y preocupada. Esta mujer despiadada siempre estaba maquinando. Siempre planeando. Y sus objetivos siempre eran asegurar sus propios intereses, no los de nadie más.

“¿Como cuáles?”. Bajé los brazos, luego los crucé de nuevo porque necesitaba el consuelo de algo como un abrazo. Lo que fuera que tuviera que decir sería una mala noticia. Lo sabía.

“Te casarás con Nickolas Romano”.

Sus palabras fueron como una sentencia de muerte.

Lo sabía. Renzo había puesto la idea, o, mejor dicho, el miedo en mi mente. Había mencionado haber escuchado a Nickolas hablar sobre casarse conmigo ahora que Padre ya no estaba en el camino.

Tantas preguntas frenéticas me invadieron mientras la miraba.

¿Acaso Padre no quería que me casara con Nickolas? ¿Podría haberlo matado por ese rechazo? ¿Y mi madre quería que me casara con él y ahora podía seguir adelante con esos planes?

“¿Por qué?”.

Ella sonrió con superioridad, como si estuviera siendo infantil y tonta. “¿Qué quieres decir con por qué? ¿Por qué más?”.

Sacudí la cabeza, negándome a mirarla y simplemente aceptar este castigo.

“Necesitamos asegurar una alianza con la influencia de los Romano. Conseguir el apoyo de su riqueza y fortalecer a nuestra Familia ahora que tu padre está muerto”.

“No de esa manera”. Pensé en la precisa descripción que Renzo había hecho de ella. Tendría que obedecer. Tendría que escuchar a los Romano. Ya no podría mandar ni regañar a las personas que controlaban el dinero.

“No es tu decisión para tomar”.

La miré con furia. “Tampoco es la tuya”.

“¿Ah, sí?”.

Ella era la viuda del antiguo líder de la Familia, pero hasta que se resolvieran todas las

estipulaciones del testamento, no tenía más poder, como mujer, del que yo tenía en ese momento.

Recordarle su insignificancia en nuestro mundo no cambiaría nada. En cambio, intenté una contraofensiva diferente. “El tío Dario piensa que evitar cualquier arreglo matrimonial sería lo más inteligente. Al menos hasta que sepamos quién mató a Padre”.

“Dario?”. Resopló y puso los ojos en blanco. “Él no es el líder. No es el Jefe de esta Familia”.

“Pero es el hermano de Padre, el hombre de facto en la Familia a quien deberían consultarle sobre cualquier arreglo matrimonial”.

“Dario es débil”, escupió ella.

“Está en su sano juicio”, le repliqué. “Y está dispuesto a tomar el control hasta que sepamos quiénes son realmente nuestros enemigos”.

“Yo sé quiénes son nuestros enemigos”. Dio un paso más cerca, tratando de intimidarme, pero no lo logró. Literalmente, no lo logró. Yo le sacaba dos pulgadas de altura y no iba a dejarme amedrentar.

“No seas estúpida y pienses que tienes la oportunidad o la libertad de tomar tus propias decisiones. No tienes ningún poder sobre tu futuro”.

“Tampoco lo tienes tú”.

Levantó la mano para abofetearme, pero la desvié. Antes de que Dario se lesionara, él y Francis me habían enseñado más que lo básico de defensa personal.

“Deberías saber cuál es tu maldito lugar, Giulia”. Retrocedió el brazo, furiosa.

“Sí sé cuál es mi lugar”.

“Entonces cállate sobre esto. No vas a salir de este arreglo. Te casarás con Nickolas y me ahorrarás tener que soportar tu impertinencia nunca más”.

¿Y mis hermanas?

¿Y Dario?

¿Y...yo?

“Es un monstruo”, le dije. Tratar de ganarme su simpatía no funcionaría. Ya había tomado su retorcida decisión, pero tenía que decir algo.

“Todos son monstruos. Monstruos o débiles, como lo fue tu padre”.

Sacudí la cabeza. No. “Nickolas no es alguien con quien pueda casarme”.

“No es cuestión de si puedes. Lo harás”.

“Él es...”. Me sentí en pánico, tragando el sonido de queja que me subía por la garganta. Demasiados recuerdos inundaron mi mente. Todos esos rumores y relatos. “Es un maldito sádico”.

Ella bufó.

“Todo ese asunto con esa puta”, le recordé.

“Luka estaba con esa mujer cuando murió. De todos modos, escuché que fue un suicidio”.

“¿Por cómo Nickolas la torturó!”.

¿Era esta su forma de decir que no le importaba si yo moría después de estar con Nickolas?

“Entonces supongo que deberías empezar a prepararte para lo que se viene”.

¿Cómo puedes ser tan cruel? ¿Tan despiadada y falta de amor?

“Deberías saber ya que ningún hombre que sea digno de ser tu esposo será un blando y patético caballero. Así no funciona este mundo. Así que sácate de la cabeza la idea de un final de cuento de hadas ridículo”.

“No quiero un cuento de hadas. ¡Quiero vivir sin temerle a mi esposo!”.

Por encima de su hombro, vi a Renzo escabulléndose entre los setos. Debería haberme

sorprendido que estuviera invadiendo mi propiedad... otra vez. Ese hombre no conocía límites cuando se trataba de correr riesgos por mí. Pero verlo aquí significaba que había escuchado esta sentencia de muerte.

Exactamente de lo que había intentado advertirme.

“No seas tan niña”, me regañó mi madre. “Vas a casarte con Nickolas, abrir las piernas para él y darle un hijo. Lo quieras o no”.

Mis pulmones se tensaron. No podía respirar. El mero pensamiento de soportar cualquier cosa de Nickolas me empujaba hacia un colosal colapso.

Nunca.

Renzo era rudo conmigo. Pero lo disfrutaba. Me sentía tan plena y viva bajo su toque prohibido, y lo anhelaba de nuevo. A pesar de la actitud castigadora que había tenido cuando me empujó hacia la cama, sabía que lo hacía con afecto.

Con Nickolas sería todo lo contrario.

Y juré no averiguarlo.

Detrás de una larga hilera de setos, Renzo se ocultaba en las sombras.

No había forma de que no hubiera escuchado todo. Además, ya sabía sobre la posibilidad de esta unión por lo que Nickolas había dicho.

Tenía que verlo. Tenía que hablar con él. Solo estar cerca de él aliviaría la agonía palpitante en mi cabeza ante el simple pensamiento de ser forzada a estar con Nickolas.

No sabía por qué estaba aquí, pero asumí que también venía a verme.

“¿Eso es todo lo que querías decirme?”, le pregunté, ansiosa por salir de su presencia y lejos de lo que estuviera planeando.

Ella deslizó su mirada maliciosa sobre mí, buscando algo más de lo que quejarse. “Por ahora”. En lugar de dejar que le dijera que se largara, se giró y entró en la casa.

Permanecí donde estaba, dejándola pensar que había tenido la última palabra. Esperé un largo momento, distraída mirando el césped bien cuidado, hasta que ella entró en la casa y desapareció de las ventanas que daban al jardín.

Levanté la vista y vi a Renzo de inmediato. Un leve gesto con la barbilla le indicó que se dirigiera hacia el lado donde estaba mi habitación.

Si había bajado por el enrejado cerca de mi balcón, también podría volver a subir por él.

Él asintió, y yo giré para correr hacia mi habitación y esperarlo.

RENZO

Encontrarme con Giulia de esta manera clandestina no era inteligente, pero nada podía alejarme de ella. Ver su reacción ante el mandato de Isabella de que se casara con Nickolas fue difícil. Vi cómo se estremeció, como si la hubieran golpeado. Me mordí el labio y me mantuve escondido cuando su madre intentó abofetearla por insubordinación. Cuando se quedó en silencio y pensativa, me preocupó que estuviera hundiéndose en un pozo de desesperación.

Maldita sea, Giulia. No puedes casarte con ese bastardo.

Me disgustaba la idea de que se casara con alguien, pero sabía que aferrarme a ese sentimiento era ridículo. Por supuesto, necesitaría casarse con alguien tarde o temprano. Simplemente odiaba que pudiera ser él.

Volví a subir a su habitación, agradecido por las ramas del sauce llorón que rodeaban su lado de la mansión. Hacía más fácil escalar el enrejado y alcanzar su balcón.

Ella me esperaba ahí, frenética e impaciente. Agarrando mis manos, me tiró hacia el interior de su habitación. Luego, una vez que cerró y aseguró las puertas de vidrio, me guio hacia su baño.

“¿Qué estás haciendo?”.

La ducha estaba corriendo, pero no se acumulaba vapor.

“No puedo arriesgarme a que alguien nos escuche”, explicó.

El truco del agua corriendo era viejo, pero enmascararía nuestra conversación si alguien estuviera rondando en el pasillo.

“Y ahora que ha superado su ‘período de duelo’ y ya no quiere que el mundo crea que está ‘recuperándose’, no puedo confiar en que no ande por ahí husmeando”. Cerró la puerta mientras yo me recostaba contra el tocador.

Verla tan calculadora, pero a la vez alterada me hizo querer acercarme y abrazarla. Admiraba su previsión al disfrazar el hecho de que yo estaba aquí. Me gustaba lo natural que era para ella confiar en mí. Y odiaba que todo esto la estuviera afectando tanto.

¿Qué demonios está pasando aquí?

Era malo preocuparme, pero ahora me estaba dejando llevar aún más.

Por la mujer equivocada.

“Esa...”. Apretó los dientes, caminando de un lado a otro. “¡Esa perra!”.

“Está siendo precipitada”, comenté. “Solo escuché a Nickolas de pasada ese día, y ahora ella se está comunicando con él al respecto”.

Ella asintió, mirándome con intensidad en los ojos. “Sí. Lo sé. Y apuesto a que estuvo

maneja todo entre bastidores durante todo ese tiempo que estuvo escondida en su habitación”.

Probablemente.

Mientras tanto, yo estaba ocupado acostándome con su hija.

“Está siendo demasiado precipitada. Y nunca es bueno apresurarse en cosas como esta. Sé que la muerte de mi padre fue inesperada para ella, pero esta prisa por meterme en una situación con Nickolas no va a solucionar nada”. Me señaló. “Es como dijiste. No querrá estar bajo el control de alguien más y tener que esperar permiso de un hombre más poderoso. Podía acosar a mi padre todo lo que quisiera, pero no puede hacer eso con Nickolas o Marcus Romano”.

“Entonces, ¿por qué realmente quiere que te alinee con ellos?”. Crucé los brazos, pensando en lo que Gio había dicho.

“Poder. Riqueza”. Se encogió de hombros, pero me miró de cerca. “¿En qué estás pensando?”.

“Algo que mencionó Gio”. La miré directamente a los ojos. “Que alguien podría haber matado a Luka para frustrar sus planes de tener la conexión con los Romano. ¿Podría Isabella estar pensando eso?”.

Frunció el ceño. “¿Engañar a los Bernardi para que pierdan la alianza con los Romano?”. Un bufido amargo siguió a sus palabras. “Definitivamente puedo verlo. Nunca ha ocultado que detesta a tu Familia”.

Entrecerré los ojos. “¿Por qué?”.

“¿Por qué haría pública su aversión hacia tu Familia? Porque ella hace todo así. Ruidoso e infeliz. Y queriendo esparcir la miseria”.

“No. ¿Por qué los Acardi nos odian? ¿Por qué nos han criado para vernos como enemigos?”.

Finalmente, se detuvo en su caminar para enfrentarme. La expresión preocupada en sus hermosas facciones sugería que la había dejado confundida y sin respuesta.

“No lo sé”. Levantó una ceja. “¿Tú lo sabes?”.

Negué con la cabeza. “No. Solo lo que siempre me dijeron”.

“Lo mismo”.

“Pero...”. Me froté la nuca con la mano. “Las líneas se están desdibujando”.

“Se desdibujaron. Tiempo pasado”. Me señaló con el dedo y frunció el ceño. “Solo una vez”. Volviendo a caminar, se cubrió la cara con ambas manos. “Me quitaste la virginidad, Renzo”.

La intercepté, abrazándola con fuerza. “No esperes una disculpa”.

Gruñó suavemente y sacudió la cabeza. “No... no estoy pidiendo una”.

“Maldición. No hagas esto”. Bajé mi cabeza hacia la suya, besando su mandíbula. “No...”.

“No me arrepiento”, argumentó, girándose para presionar sus labios contra los míos. Mi miembro se endureció y luché por respirar ante el golpe instantáneo de deseo que me invadió. Antes de que pudiera profundizar el contacto y saborear su boca astuta, ella se apartó y evitó mi toque.

“Pero sí sé que no puede volver a suceder”. Se rio una vez, sin alegría. “No podemos tener relaciones de nuevo. No cuando estoy prometida a ese monstruo”.

La frustración y el anhelo en su voz me dolieron en el corazón, pero respeté sus deseos. Permanecí cerca del tocador, observando cómo aceleraba su paso.

“Es terrible. Ni siquiera quiero saber lo que podrías contarme sobre él. He oído suficientes rumores. No puedo...”. Sacudió la cabeza. “No me casaré con él”.

Admiré su fuerza y determinación. Pero no había salida para esto. Ella no tenía voz.

“El tío Dario casi se rio de mí cuando pregunté si sabía de algún plan para que me casara con

Nickolas. Dijo que no. Piensa que deberíamos esperar para arreglar cualquier matrimonio hasta que tengamos una mejor idea de quiénes son nuestros enemigos”.

Asentí. “Estoy de acuerdo con eso”.

“No estoy pidiendo tu opinión”. Su tono se suavizó al mirarme. “Y tú tampoco puedes hacer nada al respecto”.

“Ya he hecho algo. Ya no eres virgen”.

Ella gimió. “Sí, pero no podemos estar juntos debido a la rivalidad. ¡Mierda! ¿Qué pasa si Nickolas se vuelve furioso porque no soy pura?”.

“No lo digas así”. Sabía muy bien a qué se refería. Impura, como en ya no ser virgen. No me gustaba la sugerencia de que mi semen no le correspondía. Sí lo hacía.

“¿Qué pasa si él me castiga cuando se dé cuenta de que no soy virgen?”, preguntó, con sus oscuros ojos tan abiertos, mostrando vulnerabilidad.

“No creo que...”. Me lamí los labios y bajé la mirada. El peso de su atención directa era demasiado para soportar. No había pensado en eso anoche. Estaba demasiado abrumado por la necesidad de llenarla. Una vez que vi la evidencia de lo mucho que me deseaba también, mi control se rompió.

“¿Qué?”. No me lo estaba dejando fácil. “No lo pensaste anoche”.

“Ninguno de los dos lo hizo”. Entrecerré los ojos. “Como cuando nos colamos en ese club a espiar”.

Ella gimió.

“No creo que Nickolas necesariamente sepa que no eres virgen”.

Sus labios se presionaron fuertemente. Sus fosas nasales se ensancharon. No estaba contenta con mi comentario, y yo estaba tan jodidamente enamorado que lo único que podía pensar era lo hermosa que se veía así. Enojada y apasionada, inteligente y haciendo su mejor esfuerzo para no volverse histérica por su situación.

“Ellos no siempre revisan la sangre, y...”.

“Y él me violará tan duro y rápido, que ni siquiera se dará cuenta de nada más”.

Hice una mueca. *Esto no puede pasar.*

“Está desquiciada. Loca. Quiero decir... ¿Esperar que alguna de sus hijas esté con Nickolas?”. Se estremeció.

“Así es como funciona”, le recordé.

“Lo sé”. De nuevo, se frotó la cara. “Así funcionan las cosas en este mundo. Pero si huyo...”.

¿Qué? Me aparté del tocador para acercarme a ella. “No”.

Ella me miró, con una expresión imperturbable. “¿Entonces crees que debería sonreír y soportarlo?”.

“No. Pero huir...”. Sacudí la cabeza. No podía soportar pensar en que se fuera. Podría quedarse, ser mi amante y evitar a su esposo tanto como pudiera. No podía elegir a mi novia más de lo que ella podía elegir a su esposo, pero aún podríamos encontrarnos.

“Debe haber otra opción”.

“¿Como cuál?”.

“No lo sé”. Su profunda mirada me atrapó. “Pero con la muerte de Luka, y luego la de mi padre tan pronto después... No puedo dejar de pensar que hay algo más grande en juego. Y sea lo que sea, este nuevo cambio de poder y enemigos y tramas secretas, no quiero tener nada que ver con ello”.

“Escapar no es la respuesta”.

Ella puso los ojos en blanco. “Lo sé”.

“Dudo que siquiera funcione”. Si ella dejara a Nickolas, él iría tras ella, la traería de vuelta y la haría pagar.

“Entonces, ¿qué más se puede hacer? Nadie confesará haber matado a Luka”. Ella entrecerró los ojos. “¿No tienes ninguna idea?”.

Sacudí la cabeza. Sí tenía, pero nada que ella quisiera escuchar. Esta era una conversación seria sobre un tema grave, pero mi control seguía siendo tan débil. Estar solo con ella me tentaba.

“¿Para qué te colaste aquí, de todos modos?”.

Tomé su mano, acercándola a mí. “Primero, quería ver si estabas bien”.

Ella resopló y apartó los dedos bruscamente. “¿Por lo de anoche? Sí. Contra mi mejor juicio, lo haría todo de nuevo”.

“Pero también quería tu opinión sobre Cecilia”.

Elevando las cejas, curiosa, inclinó la cabeza hacia un lado. “¿Cecilia Romano?”.

“Sí. Está desaparecida. Y mi padre se pregunta qué está pasando con ella”.

“¿Porque ella es su nuera?”.

Más bien porque está decidido a hacer de ella una nuera activa.

“Sí, pero Marcus parece no saber dónde está tampoco, y quiere que esté en casa para poder controlarla”.

Su sonrisa fue sarcástica y triste. “¿Ves? No soy la única mujer que quiere huir y esconderse en este mundo.”

No lo hagas. Por favor.

Porque Giulia era la única mujer que quería tener cerca, de cualquier manera que pudiera.

Ella era la única persona de la que no quería huir ni esconderme del mundo.

A menos que lo hiciera conmigo.

“No tienes ninguna idea de dónde podría estar?”.

Ella sacudió la cabeza.

“¿No has escuchado ningún chisme?”.

La sonrisa descarada que me dio me incitó a desearla aún más. “La última vez que intenté obtener información y espiar no salió tan bien”.

Fruncí el ceño. “No, no salió”.

“No he oído nada sobre Cecilia”.

“¿Ni siquiera de Isabella?”.

“No”. Ella sacudió la cabeza. “Hasta esta mañana, cuando quiso explicar que estaba comprometida con el diablo, había estado en su habitación. No he hablado con ella toda la semana. Ni siquiera en el ‘funeral’ de mi padre. No habló con ninguno de nosotros”.

Con ese relato, sería fácil suponer que la mujer estaba atravesando un dolor inmenso. Sin embargo, el problema era el trato que le había dado a Rocco: nunca con amor, y siempre muy pública y vocal sobre su desagrado y molestia hacia él.

“Eso no significa que no tenga una pista”, añadió Giulia. “Creo que estaba en su habitación planeando y viviendo en paz perfectamente”.

“No te pediré que hables con ella, pero...”. Levanté las cejas.

Ella se encogió de hombros. “Veré si puedo espiar. Alguien debe saber algo”.

Asentí.

Más temprano o más tarde, la verdad saldría a la luz. Pero incluso después de que lo hiciera, no estaba seguro de que ayudaría en algo entre mí y esta mujer increíble que quería llamar mía para siempre.

“Encontraremos una solución”. Era una promesa débil, pero tenía que darle alguna indicación

de que no quería dejarla varada sin opciones.

“Oh, ¿sí? ¿Cómo?”.

“No lo sé. Lo pensaré. Y encontraremos... una solución”.

“¿Algo que evite que tenga que casarme con Nickolas?”.

Hice una mueca.

“Voy a huir, Renzo. No puedo estar con él. No después de ver lo bueno que es estar contigo...”. Ella sacudió la cabeza y se dirigió hacia la ducha para apagar el agua. Besarme en la mejilla fue el único desvío que permitió antes de salir de mi alcance nuevamente. “Sé que es mejor no esperar una repetición o un futuro para nosotros, pero sé que mi destino no estará atado a él”.

GIULIA

Después de que Renzo se fue, dejé que la idea de escapar se asentara por completo.
¿Podría hacerlo?

Todo lo que había conocido era esta vida en la Mafia. Nací y crecí bajo las expectativas de ser una pieza para ser casada. Crecí sin tener metas propias porque nunca habría tenido sentido buscar un propósito para mí. Todo estaba dictado, y hasta que Madre me dijo que se esperaba que me convirtiera en la esposa de Nickolas, había hecho todo lo posible por tolerar esta existencia. Solo pasarla, día a día. Ser un apoyo para mis hermanas menores llenaba un vacío en mi corazón. Por ellas, podía sonreír y ser la hija mayor cumplidora que se esperaba de mí.

Pero mientras yacía en la cama esa noche, llegué a la conclusión honesta de que no podía hacer esto.

No podía casarme con ese hombre, bajo ninguna circunstancia o sacrificio personal.

No estaba segura si era porque sabía lo que quería y a quién quería. Renzo. Lo deseaba, aunque él era el enemigo de mi Familia. Y extrañaba su toque, aunque él era brusco y tomaba libertades que no debían ser suyas desde el principio.

Saber cuánto deseaba a Renzo me alejaba de poder entregarme a Nickolas.

Pero no estaba segura de qué otras opciones tenía.

Si escapaba, ¿cómo llevaría a mis hermanas conmigo? Nunca las abandonaría. No podía.

¿Y cómo podría planear quedarme oculta y alejada? Tenía riqueza. Estaba segura de que el Tío Dario me ayudaría a acceder a ella de alguna manera. Mi tío siempre había parecido preocuparse más por mi bienestar que Padre. Sabía que Madre no se preocupaba en absoluto por mí. No podría hacerlo si estaba considerando casarme con Nickolas Romano, de todas las personas.

Era de ella de quien no sabía cómo escapar. Si huía, ella me rastrearía. Si intentaba salir de esta vida confinante, me cazaría y haría todo lo posible por devolverme justo al lugar donde quería que estuviera.

Pero, Cecilia lo hizo.

Me aferré a ese pensamiento. Cecilia estaba escondida en alguna parte. Si tuviera que adivinar, simplemente quería paz y privacidad para superar el trauma de la muerte de Luka en su boda. Fue un evento horrendo del cual recuperarse. Dudaba que le importara él. Como yo, ella era solo otra hija para ser negociada como un objeto. No podría haberlo amado, pero sí tenía un comportamiento tierno y esquivo.

Recordé los gritos que soltó al encontrar a su esposo desplomado, muerto. Aunque la violencia y la muerte eran parte de esta vida en la Mafia, ella probablemente había estado protegida de presenciarlo de cerca y en persona así.

Si una recién casada quería alejarse y descansar en privacidad por un tiempo, supongo que tenía una excusa.

Pero si ella estaba tratando de escapar, si estaba tratando de despojarse de esta identidad de esposa de la Mafia...

¿Cómo lo hizo?

Quizás podría darme algunos consejos.

A la mañana siguiente, desperté con esa misma corriente de determinación con la que me había quedado dormida. Si Cecilia pudo escapar y esconderse, entonces yo maldita sea también podría intentarlo. Si ella pudo irse después de la boda de Luka y hacerlo sin que su padre supiera dónde estaba, eso decía algo. Marcus Romano era más rico que mi Familia, y si alguien podía engañarlo, eso significaba que ella realmente estaba en bajo perfil.

Después de ocuparme de mis hermanas y verificar que estaban bien con sus tutores, me sentí mejor al tachar esa tarea de mi lista de pendientes. Con nuestra estructura familiar caótica e inestable, quería asegurarme de no estar descuidando mi presencia en sus vidas. Eran demasiado jóvenes, aún inocentes, y quería mantenerlo así el mayor tiempo posible.

Porque nadie hizo eso por mí.

Era nueve años mayor que Marianna, pero esa diferencia de edad no fue intencional. Madre intentó constantemente quedar embarazada después de tenerme, pero simplemente no era factible. Cuando se convenció de que el difícil parto que tuvo conmigo la había vuelto infértil, guardó rencor contra mí, a veces ni siquiera viéndome y dejando que el equipo de niñeras se encargara de asegurar que estuviera viva y bien. Luego, cuando sufrió un par de abortos espontáneos, culpó a Padre por su incapacidad de darle un bebé. Nunca, jamás permitió creer que era culpa suya. Era mía. O de él. La ciencia es caprichosa. La fertilidad y la concepción no se deben atribuir a una sola persona, pero ella nos había moldeado a todos para nunca mencionar la posibilidad de que ella era la razón por la que no tuvieron más hijos antes.

Lo que lo hacía infinitamente peor era que todos sus embarazos, tanto viables como no, habían sido hijas. Los hombres gobernaban este mundo, y Madre solo empeoró su actitud y trato hacia nosotras cuando no solo falló en quedar embarazada y confirmar que esperaba un hijo, sino también en su incapacidad de darle a Padre un heredero.

Y si me convierto en la esposa de Nickolas, se esperará que le dé un hijo.

Coloqué mi mano sobre mi estómago, luchando contra la preocupación de que Renzo pudiera haberme dejado embarazada la otra noche. No usó protección. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza, tan enfadada, asustada y excitada al mismo tiempo.

Si estuviera esperando un hijo de Renzo, un heredero Bernardi...

No. Simplemente no lo pienses.

Definitivamente tendría que huir lejos y rápido si me hubiera embarazado. Sin embargo, la idea de tener un hijo de Renzo no me repugnaba. No me molestaba. Si me permitía pensar en ello, me sentía... triunfante. Feliz. Mi llamado enemigo era el tipo de hombre duro que se ocuparía de los suyos, y ahora que había tenido algunos atisbos del lado suave que podía tener bajo la superficie dura, me sentía aún más cerca del riesgo de enamorarme de él.

Francis me recibió en el invernadero como había solicitado la noche anterior. Antes de ir a la cama, busqué al leal guardia y le pedí que investigara el paradero de Cecilia. Tenía conexiones. No tenía duda de que todos estos guardias las tenían. Así como los señores y señoras de la Mafia

mantenían su círculo de conocidos, estaba segura de que los soldados, capos y guardias también lo hacían, incluso a través de las líneas enemigas.

Consideré pedirle ayuda a Tío Dario, pero luego me preocupé de que eso pudiera implicarlo de alguna manera. Esta ‘investigación’ en la que Renzo y yo habíamos colaborado era una asociación secreta y privada, y pedirle ayuda a Francis era una opción más segura que pedírsela a Tío Dario.

Cuanto menos riesgo corriera de que alguien sospechara de mi búsqueda de Cecilia, mejor.

“¿Encontraste algo?”, pregunté una vez que cerré las puertas detrás de mí. Francis me había llevado al invernadero. Estaba cerca de las ventanas traseras, mirando las esculturas hortícolas en el jardín. Siempre alerta, siempre observando. De alguna manera, sabía que lo extrañaría una vez que me fuera. Era una fuente familiar de seguridad, o se suponía que debía representarlo.

“Sí”. Me miró, asegurándose de que estuviéramos solos. “Pero, si puedo...”.

Hice un gesto con la mano, indicándole que siguiera. “Sabes que siempre puedes hablar libremente conmigo, Francis”.

Sus labios casi se curvaron en una sonrisa. “Sí”.

“No soy mi madre”, le recordé con ironía.

“En efecto, no lo eres”. Aclaró su garganta. “Si me permites ser tan audaz de preguntar, ¿por qué quieres saber dónde está la señorita Romano?”.

Lame mis labios. No podía decirle que Renzo y yo estábamos tratando de ser detectives juntos. Eso era mi secreto.

“Ella es mi compañera”.

Levantó las cejas. “¿Y posible cuñada?”.

Apreté los labios.

“Señorita Giulia”, comenzó con cuidado.

“No quiero discutir mi futuro”.

Suspiró y asintió. “Pero si alguna vez necesitas mi ayuda...”.

Resoplé. “¿Ayuda?”. Levanté las cejas. “No necesitaría ayuda para lidiar con mi prometido”. *Necesitaría asistencia para alejarme de él.*

“Si intentas una solución alternativa para tu futuro...”.

Ahora me tocó a mí fallar en esconder una sonrisa.

“Entonces, por favor, sabe que tengo en mente tus mejores intereses. La política nunca cambiará. Pero te he visto crecer de una dulce niña a una mujer generosa y amable. Tienes mi lealtad”.

Rompí todo protocolo para abrazarlo. Era un riesgo, pero después de los tumultuosos altibajos, no pude evitarlo.

“Gracias”.

Me dio una palmadita en la espalda antes de separarnos. “Ahora. La señorita Romano”.

Asentí. Era momento de volver a los negocios. “¿Has sabido algo?”.

“Sí. Ella reside en la villa a lo largo de la costa. Una de las propiedades vacacionales de su familia”.

“¿Reside? ¿O se esconde?”. Tenía que haber una diferencia. Si Renzo tenía razón al decir que Marcus no sabía dónde estaba su hija, su elección de ubicación no tenía sentido. No le sería difícil encontrarla allí. O cualquiera de los empleados podría decirle a Marcus dónde estaba.

A menos que Marcus esté tratando de hacer creer que no sabe dónde está...

“No puedo decirlo. Mis fuentes solo confirmaron que ella ha estado allí desde la muerte de Luka Bernardi”.

“¿Tu fuente?”.

Asintió. “Un miembro del equipo de seguridad de los Romano”. Luego me entregó un pequeño trozo de papel con una dirección.

“Gracias, Francis”.

Ahora que sabía dónde encontrarla, iría a obtener algunas respuestas. No podía estar segura de qué podría decirme Cecilia que me ayudara a descubrir quiénes eran mis verdaderos enemigos, pero era un comienzo.

“¿Debo arreglar el transporte?”.

Sonreí, apreciando cuánto me conocía realmente este hombre y entendía que no era solo otra mujer dócil e ignorante. Realmente apreciaba que fuera leal a mí, no a mi madre, y que mantendría en secreto cualquier cosa que estuviera planeando hacer.

“No, gracias”. *Lo resolveré yo misma*. Pediría a Renzo que viniera conmigo. Parecía lo más justo, ya que ambos estábamos mutuamente curiosos y trabajando en esto juntos.

“¿Hay algo más en lo que pueda ayudarte?”.

Ya había hecho mucho. Pero ahora que estaba allí, me surgió otra pregunta.

“¿Qué originó la rivalidad entre los nombres Acardi y Bernardi?”.

Frunció el ceño, pareciendo sorprendido por la pregunta. Fue algo inesperado, pero me sentía segura de que tendría una idea. Era mayor que Padre. Francis comenzó como guardia cuando mi abuelo gobernaba.

“No estoy seguro”, admitió. “Pero creo que tenía algo que ver con Arianna”.

Parpadeé. “¿Arianna?” *¿La madre de Renzo?*

Asintió. “Arianna Bernardi”.

Mordiendo mi labio, temía lo peor. “¿Mi padre tuvo una relación con ella?”.

Inmediatamente sacudió la cabeza. “No. No, no. No lo creo. Arianna estaba bastante enamorada de Giovanni. Según lo que observé, era una mujer que amaba solo a su esposo”.

Entonces... me estremecí. “¿Madre tuvo una relación con Giovanni?”. Los asuntos extramaritales eran lo primero que venía a la mente con rivalidades. Infidelidad y honor. Esas eran las razones principales por las que las Familias se involucraban en conflictos.

“No lo sé”, admitió Francis lentamente, frotándose la mandíbula. “Pero si puedo ser honesto, tu madre siempre ha sido demasiado calculadora”.

“Dime algo que no sepa”, repuse con ironía.

“Es demasiado calculadora en todo lo que hace, y si hubiera una persona a la que sospechar de causar problemas entre las Familias, pensaría en ella”.

Francis recibió una llamada por su auricular, y eso terminó nuestra charla secreta. Le agradecí de nuevo, y tan pronto como salí del invernadero, fui a mi habitación y llamé a Renzo.

“¿Hola?”, respondió, probablemente sospechoso del número desconocido.

“¿Puedes hablar?”, pregunté.

“Llámame de nuevo en unos minutos”.

No me preocupaba su respuesta. Probablemente estaba cerca de alguien que pudiera escuchar. O tenía que desactivar el rastreo en su teléfono. Esperé cinco minutos y volví a llamar.

“¿Cómo conseguiste mi número?”, dijo como saludo.

“Tengo mis métodos”. Lo encontré en la oficina de mi padre después del funeral. “Sé dónde está ella”.

“¿De verdad?”. Se rio. “Trabajas rápido”.

Una sonrisa se dibujó en mis labios. Él levantó mi ánimo.

“Considerando que no deberías estar ‘trabajando’ en absoluto, especialmente no así”.

Puse los ojos en blanco. “Lo siento, no lo siento. Deberías saber ya que no soy una persona manipulable como las otras mujeres en nuestras vidas”.

“¿Dónde está?”.

“Te lo mostraré”.

Gruñó. “¿Qué?”.

“Quiero hablar con ella”.

“¿Para vincularte con tu futura cuñada?”.

Hice una mueca. *No va a pasar.*

“¿Vas a venir?”.

“Giulia. Escúchate. No puedes simplemente actuar como una soldado o una operativa. Tú...”

“No me des la ilusión de que realmente eres igual que todos los demás hombres en mi vida”.

Gruñó. “Déjame manejar esto”.

“No. ¿Vas a venir conmigo o no?”.

“Eso es lo que hacen los compañeros, ¿no?”.

Me mordí el labio, sonriendo de nuevo. *Compañeros.* Deseaba que pudiéramos estar emparejados de por vida.

“No debería asociarme contigo en absoluto”, admitió.

Solo esa simple admisión me alegró. Escuché cada nota de anhelo en sus palabras. Sabía que era mejor no buscar mi compañía, pero estaba tan endeudado conmigo como yo con él.

“Pero de ninguna manera me sentaré y te dejaré ir así sin mí”.

No era un *te amo*, pero probaba que le importaba.

RENZO

Cuando Giulia llamó, me tomó por sorpresa. No podía arriesgarme a que el capo escuchara mientras tratábamos con un traidor, así que salí afuera. No estaba seguro de que tuviera que estar allí personalmente, de todos modos. Luka solía supervisar absolutamente todo. Me estaba llevando tiempo volver a entrenar a todos en la organización para que entendieran que no necesitaba estar justo allí y vigilando cada uno de sus movimientos.

Si él decía que el hombre debía ser castigado y asesinado por sus mentiras, entonces le creía.

Según sus palabras, planeaba irme. Viajar solía ser una rutina para mí. Antes de asumir tanta responsabilidad, podía hacer lo que quisiera y disfrutaba de ir a donde me placiera.

Viajar con Giulia era la primera ocasión que tenía para alejarme de la ciudad. Lo esperaba con ansias: tanto la oportunidad de escapar como el tiempo que tendría para compartir con ella a solas.

Estábamos pidiendo problemas. Desde la noche en que mataron a Luka, luchábamos contra el deseo de resistirnos el uno al otro. Ya habíamos perdido mucho terreno en esa lucha. La hice venir. Nos besamos. Ella vino en mi polla y me exprimió perfectamente. El otro día, cuando ambos sabíamos que era un error, cedimos a los besos nuevamente.

Mantener mis manos y mi boca lejos de ella era una lucha épica. Oírla admitir cuánto le había gustado follarme solo me incitaba a desearla aún más.

Así que, recorrer la costa con ella era simplemente coquetear con la tentación. Pero no era suficiente para mantenerme alejado de ella.

La recogí, según lo planeado, en un restaurante de mala muerte que su Familia poseía. Ella estaba esperando con ropa más casual de lo que la había visto usar, y el look relajado le quedaba bien. No tenía dudas de que su falda corta negra era de diseñador, al igual que la blusa blanca que acentuaba los grandes pechos. Pero se veía más suelta. Más tranquila.

La sonrisa burlona que me dio cuando me detuve en la acera me golpeó directamente en el pecho. Ella estaba radiante. Hermosa. Llena de vida y emoción. Y me deleitaba el hecho de que solo verme llegar la hiciera sonreír así.

Cuidado. No podía permitirme enamorarme aún más de ella cuando estábamos condenados a hundirnos en un pozo de desesperanza.

Si Isabella ya estaba haciendo planes oficiales para que ella estuviera con Nickolas, el tiempo se estaba acabando.

Pero tal vez hoy cambiaría todo eso. Una gran razón por la que quería buscar a Cecilia era para obtener información sobre la muerte de Luka, y probablemente también la de Rocco, ya que

parecía que la misma persona los había matado a ambos.

Si Giulia y yo pudiéramos descubrir quién estaba matando a estos hombres prominentes, había una posibilidad de que Isabella cambiara de opinión sobre imponerle a Giulia a Nickolas. Los Romano siempre eran sospechosos. Aunque una alianza con ellos sugería más riqueza, ¿a qué costo querría Isabella que estuvieran ligados a su nombre?

Aceleré, sintiéndome más seguro y en control con Giulia en el asiento del pasajero. Ella no habló hasta que estuvimos más lejos de la ciudad. Cuando abrió la boca para decir algo, mi teléfono la interrumpió.

“¿Qué...?”.

Gruñí al tono de llamada. “Odio eso”. Contesté, aunque, demasiado comprometido con el deber para pensarlo dos veces.

“¿A dónde demonios vas?”, preguntó Gio como saludo.

Puse los ojos en blanco. “Fuera de la ciudad”, respondí.

“¿Qué diablos estás diciendo?”, contestó él.

Miré a Giulia, quien levantó las cejas ante la llamada en altavoz.

“Dean dijo que te ibas a tomar un tiempo personal”, dijo Gio.

“Así es”. Era un asunto personal estar con Giulia, incluso si estábamos trabajando en encontrar al asesino de Luka.

“Ya no tienes tiempo personal”, argumentó él. “No puedes simplemente irte y actuar como si no tuvieras responsabilidades”.

“Sí puedo. Y lo haré. No necesito micro gestionar todo como lo hacía Luka”.

“Él no micro gestionaba nada. Él lideraba a nuestra Familia. Supervisaba a los hombres”.

“Y yo puedo hacer lo mismo mientras les dejo realmente hacer lo que se espera de ellos”. Sacudí la cabeza. “No voy a discutir esto. Me dijiste que asumiera el papel de Luka. Lo estoy haciendo. No uso los mismos métodos de supervisión que él”.

“Oh, claro. ¿Se supone que debo confiar en ti así nada más?”.

“Sí”. *Porque soy tu maldito hijo, ¿recuerdas?*

“Nunca me has dado una razón para confiar en ti tan libremente antes”.

“Tampoco me diste una oportunidad para demostrarlo antes”. No quería entrar en esto con Giulia escuchando. No me preocupaba por la confidencialidad. Simplemente prefería concentrarme en cualquier cosa que no fuera Gio. “Desde la muerte de Luka, me he ocupado de cada maldita cosa que me has encomendado. Hablamos cuando me equivoque y tengas pruebas de esta incompetencia que crees que tengo”.

Colgué, sin ganas de dejar que arruinara otro momento con Giulia. No es que pudiera llevarla a una cita o ser visto con ella en un sentido romántico. Estaría en problemas si me atraparan cerca de ella en calidad de amistad también. Si salir de la ciudad para buscar a una mujer que podría estar escondiéndose es lo único que puedo usar como excusa para estar con ella, entonces quería disfrutar cada segundo de ello.

“No ha sido fácil, ¿verdad?”, preguntó ella. “Asumir lo que hacía Luka?”.

Sacudí la cabeza y me froté la cara con la mano. “No”.

“Seguro que no. El tío Dario era igual que tú. El hermano menor de repuesto. Pero cuando se lesionó y quedó incapaz de tener hijos...”. Se encogió de hombros. “Creo que, de alguna manera, se sintió aliviado de escapar de toda esa responsabilidad”.

Sin embargo, su tío estaba involucrado en el luto por la muerte de Rocco Acardi. Le había enviado a Giulia en una misión descabellada para espiar e intentar obtener información. Me preguntaba si sabía que ella ahora estaba buscando a Cecilia.

“No me importa la responsabilidad. Crecí sabiendo que era el suplente”.

“¿Alguna vez estuviste cerca de Luka o de tu padre?”.

Sacudí la cabeza. “Para nada. Gio se centró en él y solo me ha prestado atención cuando tuve que asumir responsabilidades. Gio es un hombre de negocios de pies a cabeza”.

“A diferencia de mi padre. Delegaba tanto como podía, para desagrado de mi madre. A ella le gusta el poder, ejercerlo y acumularlo. Siempre quería saber quién estaba dónde y qué poder estaba en juego”.

Asentí. “Eso suena bastante bien”.

Ella resopló.

“Gio me dijo lo mismo. Ella es demasiado calculadora”.

“Definitivamente lo es”. Mientras ella se giraba para mirarme de frente, me esforzaba por mantener la vista en la carretera. “¿Alguna vez ha intentado calcular algo contigo? ¿Con tu Familia?”.

La miré con desconfianza. “¿Como qué?”

“No lo sé. Estaba preguntándole a mi guarda sobre la rivalidad entre nuestras Familias. Es como dijimos. Nos criaron para saber que el otro es el enemigo”. Movié su dedo entre nosotros. “Pero nunca supimos por qué”.

“Muchas Familias no se llevan bien en nuestro mundo”. Aunque el nombre Bernardi era rival de los Acardi, otros operaban alrededor y por debajo de nosotros. Si uno de los patriarcas fallaba y perdía poder, otro entraría y lo tomaría para sí mismo. O arreglaría un golpe de estado. O iniciaría guerras de territorio para conquistar más. Era un juego interminable de piezas móviles y motivos ocultos.

“Él parecía pensar que tenía que ver con que nuestros padres no se llevaban bien”.

La miré de nuevo, sonriendo. “No me sorprendería. Pero es aún más irónico que tú y yo...”.

Ella resopló, sacudiendo la cabeza. “No hay un tú y yo. Somos cómplices en ir a hablar con Cecilia. Quiero saber quién mató a mi padre, y eso se relaciona con tu deseo de saber quién mató a tu hermano”.

Tomé su mano y la sostuve con firmeza. En lugar de apartarse, entrelazó sus dedos con los míos, desmintiendo lo que había dicho.

“¿Y esta atracción entre nosotros?”.

“Es solo física”. Tragó saliva con dificultad y miró por la ventana.

Era física. Una necesidad visceral y constante de tocarse y estar cerca. Pero empezaba a sospechar que podría ser más que eso.

“Habla por ti misma”.

Suspiró. “Renzo. No. Por favor”.

Apreté los dientes y orillé el coche, deteniéndolo bruscamente. Ella se sobresaltó por la parada repentina y, aprovechando su sorpresa, me lancé a besarla.

Con fuerza.

Ella entreabrió los labios mientras yo sellaba mi boca sobre la suya, y como cada vez, una ola abrumadora de deseo me encendió. Acariciando la parte posterior de su cabeza, la mantuve cerca para devorarla. Había pasado demasiado tiempo desde que había saboreado su atrevido gusto, desde que había provocado sus gemidos sensuales y sentido su lengua entrelazarse con la mía en un duelo apasionado.

“La única vez que quiero oírte decir ‘por favor’ es cuando me supliques que te folle de nuevo”.

Ella gimió, levantando la cara para un beso más largo y profundo. Mientras entrelazaba sus

dedos en mi cabello, me estremecí con el roce de sus uñas en mi cuero cabelludo. Si continuaba así, ambos seríamos un desastre tembloroso de necesidad.

“Pero no podemos”, argumentó débilmente mientras se giraba en su asiento para acercarse más.

“¿De verdad crees que es posible decirnos que no?”.

Me besó una y otra vez mientras luchaba con el cinturón de seguridad. La guie, recibéndola en mis brazos mientras ella se arrastraba para sentarse en mi regazo. Era un ajuste ceñido, acogedor con ella montada sobre mí. Detrás de ella, el volante la atrapaba contra mi pecho. En mis brazos, luché contra el pensamiento insistente en el fondo de mi mente que advertía que esto no era prudente.

No entendía cómo algo tan prohibido, algo tan errado, podía sentirse tan increíblemente bien.

Mientras me besaba, gimiendo entre nuestros besos, se aferraba a mí como si temiera soltarme.

“No puedes estar con él”, insistí.

Ella sacudió la cabeza, sin aliento mientras yo le sostenía la cara para mirarla a los ojos.

“Lo sé”. Se lamió los labios, torturándome. “Pero tampoco puedo estar contigo. Mi madre... Gio... nunca lo permitirían”.

No podía refutar eso, y besarla silenció mi necesidad de responder.

“No estaré con él”, susurró mientras me acariciaba.

Le sostuve el trasero, animándola a moverse sobre mi erección, y besé la dulce piel de su cuello.

“Me escaparé. Haré lo que sea necesario para evitar una vida con él”.

Clavé mis dedos en sus mejillas, apretándola más como si pudiera sostenerme y evitar que desapareciera en la carne.

“Porque solo te quiero a ti, Renzo”. Su respiración se detuvo mientras me besaba con intensidad. “Todo lo que quiero, ahora y para siempre, es al enemigo que no puedo tener”.

Mierda. Ella me estaba matando. Hablaba la verdad, pero nunca deseé una mentira más que en ese momento. Quería que fuera falso. Anhelaba una manera de quedarme con ella.

“No huyas”, le dije. “Porque necesito...”.

Tiros resonaron a lo lejos. Luego más cerca.

Ella jadeó, cayendo contra mi pecho. No esperé. Al oír las balas impactando en el coche, me puse en acción. La sostuve con fuerza y la empujé de vuelta a su asiento, bajándola con mi empujón.

Una mirada en los espejos me mostró que hombres nos habían encontrado. Mis instintos habían sido correctos. Alguien nos había estado siguiendo fuera de la ciudad. Los había perdido, maniobrando y haciéndolos perder nuestro rastro, pero estacionarnos aquí para un momento robado con Giulia nos había hecho vulnerables, blancos fáciles.

Sus coches estaban marcados como los del enemigo. No los de los Romano, Bernardi o Acardi, sino otro. Los griegos. Había estado tan concentrado en Giulia y nuestra conversación que no me di cuenta de que habíamos estado conduciendo cerca de su territorio.

“Quédate abajo”, le ordené.

Ella ya se estaba agachando en su asiento, consciente de lo necesario. Sin histeria. Sin miedo. Solo el entendimiento simple de cómo funcionaban las cosas en nuestras vidas violentas.

“Aquí”. Me entregó el arma del compartimiento del guante, competente y sabiendo lo que venía.

La tomé, manteniendo una mano en el volante. “¿Sabes disparar?”.

Ella me miró con desdén, ya sacando una pistola más pequeña de su bolso. “¿Por qué no lo haría?”.

Me reí. Si ya me había enamorado de ella, esto consolidaba el hecho de que lo haría pronto. “Porque no eres una soldado”.

“Mi tío pensó que debería saber un par de cosas sobre defensa”, bromeó mientras observaba el espejo lateral, preparada para ayudarme a disparar y salir del problema que nos seguía.

GIULIA

Renzo aceleró para dejar atrás a los griegos que se acercaban. Al no lograrlo, confió en que chocaran entre ellos y tuvieran un accidente para frenarlos. Con hábil maniobra, evitó estrellarse. Pero no fue suficiente. Disminuyó la velocidad para disparar al coche más cercano, y eso funcionó.

Miré con el corazón atrapado en la garganta, el pulso disparado y las respiraciones rápidas, mientras él disparaba a las ruedas delanteras. El SUV se desvió, luego se volcó, y con el segundo coche justo detrás de él, ambos vehículos quedaron destrozados. Llamas grandes se dispararon al cielo, pero estábamos demasiado lejos para quedar atrapados en el calor. Renzo mantuvo una mano firme en el volante y aceleró aún más lejos. Verlo tan tenso y rígido, con los músculos flexionados mientras agarraba el volante y su arma, demostraba que no era un simple repuesto. No era un hermano inferior al que ahora se le esperaba que actuara como el segundo al mando de los Bernardi.

Esto no era la acción de un hombre que de repente está descubriendo su fuerza o destreza como un despiadado mafioso. Siempre había sido así, siempre preparado para matar y defender, pero no sabía si era a él mismo o a mí a quien estaba manteniendo con vida.

“¿Vienen tras de ti?” pregunté una vez que varios momentos de silencio llenaron el coche mientras él aceleraba.

“Quizás sea tras de ti”. Miró hacia mí, revisándose rápidamente. “Se ha corrido la voz de que Rocco está muerto. No me sorprendería que intentaran eliminar a más miembros de tu Familia”.

Lo que explicaría por qué Madre también estaba drogada. Pero ninguna cámara de seguridad mostró a alguien entrando en la casa esa noche.

Asentí. “O quieren atacar con el conocimiento de que soy la novia de Nickolas”.

Él gruñó. “No digas eso”.

Suspiré, tratando de calmarme después del subidón de adrenalina y relajarme. Estábamos a salvo. Nos habíamos escapado, y saber cuánto odiaba Renzo escucharme como la novia de Nickolas calmaba mi alma necesitada... necesitada de él.

“Podrían intentar eliminarme para contrarrestar a los Acardi alineándose con los Romano”. Necesitaba decirlo a pesar de lo frío que sonara.

“Pensé lo mismo sobre Luka”. Me miró, tomando mi mano y mirándose de nuevo como si todavía estuviera preocupado de que pudiera haber resultado herida o estresada por ese susto.

“¿Pensaste qué?”, pregunté, aferrándome con fuerza. No tenía derecho a buscar consuelo en

su toque, pero era imposible resistir.

“Que alguien podría haber querido detener el nombre de los Bernardi de alinearse con los Romano”.

Sacudí la cabeza. “Pero eso solo habría funcionado si hubieran matado a Luka antes de la boda”.

Suspiró. “Lo sé. Por eso no tiene sentido. Y si ese fuera el motivo, tu Familia tendría motivos para actuar en consecuencia”.

“Mi padre no mató a Luka”.

“Lo sé”.

Y lo sabía. Podía decir que odiaba admitirlo, pero el momento no coincidía. Mis padres habían estado afuera buscándome cuando el veneno tuvo que haber sido añadido a la bebida de Luka. Consideré la posibilidad de que el veneno se hubiera administrado en su bebida antes, pero parecía improbable. Con todas las bebidas que se estaban ordenando y repartiendo, el asesino tendría que haber asegurado que solo fuera para Luka y así obtener el resultado deseado.

Antes de que pudiéramos discutirlo más, sonó mi teléfono. Dudé en contestar al ver que era mi madre, pero de seguro seguiría llamándome. Mi madre ahora era la enemiga, y parecía prudente mantener un ojo en ella, mantener a mis enemigos cerca y todo eso. Una vez que hablara con ella, bloquearía su número.

“¿Hola?”, contesté en altavoz. Si Renzo confiaba lo suficiente en mí como para permitirme escuchar una llamada con su padre, yo podía devolverle el favor.

“¿Qué demonios estás haciendo?”.

No respondí. Miré el teléfono, esperando que me dijera lo que sabía. Si tenía una razón para llamarme y preguntarme eso, tenía que estar consciente de que, de hecho, estaba haciendo algo. Había desactivado el rastreo en mi teléfono, así que, según lo que ella podía suponer, yo estaba en mi habitación en casa.

“Acabo de recibir información de que la Familia Ornos reportó bajas en una pelea en la que te vieron.”

Rodé los ojos y me recosté en mi asiento. Las llamas de esos coches encendidos habrían sido imposibles de pasar por alto. El coche a toda velocidad de Renzo también habría sido notado. Nos habían descubierto, y no podía enojarme por el hecho. Era inevitable en cualquier carrera a alta velocidad.

“¿Qué quieres?”.

“¿Con Renzo Bernardi? Ese es con quien sospechan que estás. ¿Estás mal de la cabeza?”

Los dedos de Renzo se apretaron en el volante.

“¿Qué demonios estás pensando?”.

“¿Qué quieres?”, repetí. No confirmaría ni negaría que estaba con él.

“Quiero saber qué demonios crees que estás haciendo”.

“No te debo respuestas”.

“¿Ah, no?”, me respondió con sarcasmo.

“Esta es la última vez que lo pregunto. ¿Qué quieres?”.

“Mientras seas la hija mayor soltera de la Familia Acardi, me deberás responder. Escucharás lo que te diga”.

Me mordí el labio inferior, sin responder. Siempre cedía ante el tratamiento silencioso. Siempre.

“¿Estás huyendo? ¿Lo estás?”.

“No”. *No todavía.*

“¿De verdad? Porque es lo que parece para mí. ¿Estás huyendo con un Bernardi, de todas las personas?”.

“No”, repetí. *Ojalá pudiera hacerlo*. La idea de irme con Renzo, para siempre, sonaba como un sueño hecho realidad. Él no quería usarme. Solo quería mostrarme lo bien que se siente con él cuando cedemos a la presión de esta atracción ardiente que nos une.

“Piensa otra vez, Giulia”, advirtió. “Eso es lo que dirán, que estás huyendo con Renzo Bernardi porque no quieres casarte con quien te he arreglado”.

Miré a Renzo, y él me apretó la mano. Ese simple toque me reconfortó más de lo que él jamás sabrá.

“Entiendes que estás arriesgando la ira de Marcus Romano, ¿verdad?”. Hizo un resoplido. “No solo estás tratando de incumplir el acuerdo de casarte con Nickolas, sino que también estás interfiriendo en el compromiso de Renzo con Cecilia”.

Mi corazón se hundió. Parpadeé, tratando de no caer en este shock aturdido. ¿Renzo y Cecilia? ¿Desde cuándo?

Un dolor instantáneo me atravesó al pensar en otro obstáculo entre mí y este hombre exasperante y obstinado.

“Él está arreglado para estar con ella”, dijo. “Me he asegurado de que te cases con Nickolas primero, pero ten en cuenta lo que estás haciendo, Giulia”.

Ya no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Con Renzo, era fácil. Seguía mi corazón. Obedecía ese deseo. Hasta que supiera quién mató a mi padre y cuál era el panorama general en mi mundo, no sabía qué era qué.

“Vuelve a casa. Ahora, Giulia”.

“No”. No pude censurar mi respuesta. Lo dije sin pensarlo.

“Debes hacerlo. Regresa a casa ahora mismo”.

“No”.

Ella gruñó. “¿No? No tienes derecho a decirme que no”.

Después de una semana de ella escondida en su habitación tras la muerte de mi padre, estaba dando sus órdenes con una intensidad multiplicada por diez.

“Si no te das la vuelta y vuelves a casa ahora, enviaré a un capo a que te recupere. Vuelve a casa, o deja que nuestros hombres te traigan de vuelta”.

Sacudí la cabeza y presioné el ícono para colgar la llamada.

“Giulia...”.

Me sonó la nariz, luchando contra las lágrimas que se apresuraban a salir. “¿Cómo pudiste ocultarme esto?”. Moviendo mis dedos, traté de liberarme de su toque.

Él no iba a permitirlo. Girando bruscamente, volvió a salir de la carretera. Apenas tuve tiempo de prepararme para no estrellarme contra el tablero con su frenado abrupto.

“No lo hice”, argumentó, recuperando mi mano de nuevo. Estacionó el coche y se giró para mirarme. La preocupación severa que brillaba en sus ojos me detuvo. La desesperación en su tono me convenció de escuchar. “Esto es una novedad para mí”.

Sacudí la cabeza. “No actúes como si fuera estúpida, Renzo”.

“No lo eres. Por eso es tan malditamente frustrante pensar en estar con una idiota tímida como Cecilia. Tú eres la mujer inteligente y valiente que quiero en mi vida”. Deslizó su mano a lo largo de mi mandíbula, acariciando mi cara. “Desearía que pudiera estar arreglado para casarme contigo. Solo contigo”.

Tragué saliva, conmovida por su riesgo al expresar esos sentimientos. Yo sentía lo mismo por él, rezando y deseando que él y yo pudiéramos estar emparejados. Hacíamos buen juego.

Funcionábamos. Si no fuera por la estúpida rivalidad entre nuestras Familias, seríamos la pareja perfecta.

“Giovanni mencionó la posibilidad de que yo me casara con Cecilia”.

“En otras palabras, estaba planeado”, me burlé, todavía demasiado reservada para derretirme y ser engañada por sus anteriores palabras de algo parecido al amor.

“No. Pregunté directamente”. Sacudió la cabeza. “Pregunté si lo había puesto en acción y si estaba oficialmente arreglado para casarme con ella. Dijo que solo lo habían mencionado. Como una posibilidad”.

“Bueno”. Me humedecí los labios y bajé la mirada.

Él levantó mi barbilla, obligándome a mantener el contacto visual con sus ojos azules.

“Parece que algo ha cambiado, entonces. Si mi madre puede decir eso con tal autoridad...”.

“¿Autoridad?”. Gruñó. “Ella no tiene ninguna maldita autoridad. Ninguna mujer en nuestro mundo tiene autoridad. Debe estar hablando de rumores, usándolo como una forma de convencerte para que vuelvas a casa, donde puede intentar controlarte y obligarte a estar con Nickolas”.

Fruncí el ceño, odiando que pudiera tener razón. Ella muy bien podría estar usándolo como una táctica para influenciarne.

“Pero ella lo dijo. Quería que me casara con Nickolas antes de que tú pudieras casarte con Cecilia. Y en ese caso, tú ganarías”.

Su ceño fruncido precedió a su argumentación acalorada. “¿Ganar?”.

“Los Romano. Esta... competencia por casarse con su Familia”.

Exhaló largo y tendido. “No lo haré”, juró. “No quiero a Cecilia, Giulia. Te quiero a ti. No quiero ganarme a los Romano. No me importa una maldita mierda lo que eso pueda significar. Te quiero a ti”.

“Eso nunca ocurrirá. Demasiada gente nos detendría para formar una alianza”.

“Demasiado tarde”. Me apretó los dedos y se inclinó más cerca. “Somos aliados. Ya estamos trabajando juntos”.

Parpadeé, abrumada por esta calidez familiar de deseo que él avivaba cada vez que se acercaba a mí.

“Te quiero”. Lo selló con un tierno beso.

Mi corazón cantó de alegría con su promesa y dulce toque, pero no podía bajar mis defensas.

“Vamos a hablar con Cecilia”, dijo. “Le diré que no nos casaremos. Nunca. Y si ella no tiene ninguna información para nosotros que nos permita averiguar quién podría haber matado a mi hermano o a tu padre, entonces seguiremos trabajando juntos, como podamos, hasta que un futuro que nos una sea más posible”.

Asentí y luego suspiré, rezando para que él pudiera estar en lo correcto.

RENZO

¿Qué demonios estoy diciendo?

Hace dos semanas, podría haberle prometido el mundo a Giulia. En ese entonces, cuando aún era el hermano de repuesto, el inútil, podría haber planeado acostarme y casarme con quien quisiera. Giulia aún habría sido difícil de conquistar porque éramos enemigos, pero no habría estado confinado a estos nuevos deberes como el segundo al mando del nombre Bernardi.

Estaba actuando como si todavía tuviera algo que decir sobre mi futuro. Sobre mi vida.

Pero, al diablo con estas reglas.

Si quería a Giulia, convencería a Gio de superar su maldita rivalidad con los Acardi.

Ella me favorecía a mí, no a Isabella.

Ella venía a mí con información, no a su madre.

Ella me elegía en todo lo que hacía, y eso me llevó a creer que, si luchaba por ella, si le decía a Gio que ella sería mi novia, debía tener un resultado mejor y más esperanza que si ella le decía a Isabella que no se casaría con Nickolas.

Como hombre, tendría más poder.

Así que con gran impaciencia aceleré el resto del camino hacia la villa de vacaciones donde estaba Cecilia.

Quería ver a la maldita mujer en persona y decirle claramente que nunca estaríamos arreglados para casarnos. Punto. Fin de la historia.

Y cuanto antes pudiera darle personalmente una firme negativa a Cecilia, y también mostrarle a Giulia cuánto me estaba comprometiendo con ella, cuanto antes podríamos empezar a planear estar juntos de verdad, para siempre.

Estacioné en la propiedad de los Romano y de inmediato me puse en alerta.

Giulia también lo estaba, entrecerrando los ojos mientras miraba la larga entrada vacía de coches. “¿Dónde están todos los guardias?”.

Me encogí de hombros. Claro, se había dado cuenta. Esta mujer brillante y hermosa era observadora hasta el punto de ser una molestia. Probablemente siempre lo había sido porque, como todas las mujeres en nuestro círculo, se la relegaba al fondo en nuestro mundo. A diferencia de las demás, sin embargo, ella quería hacer algo sobre su destino.

“Tal vez Marcus decidió no tener muchos guardias aquí”, adivinó mientras alcanzaba el mango de la puerta.

“¿Para mantenerla mejor oculta?”. Me uní a ella afuera, tomando su mano y asegurándome

de que se quedara detrás de mí mientras subíamos por el camino.

“Sí”, respondió, mirando a su alrededor y evaluando el área como yo lo hacía.

Juntos, nos acercamos a la mansión imponente. Nadie se movió. Nada nos sorprendió. La falta de actividad y ruido era desconcertante. Incluso si Cecilia estaba aquí para esconderse, algún tipo de personal debería estar presente.

Giulia apretó sus dedos en mi mano. Se contuvo de respirar demasiado fuerte, pero ella lo había notado primero.

“La puerta”.

Permanecía abierta. Ligeramente entreabierta, la puerta principal quedó desatendida. Desbloqueada.

Me moví para proteger a Giulia de la entrada, más alerta y sospechoso de este entorno inusual. Cecilia seguía siendo la única hija de Marcus Romano. Necesitaría ser protegida sin importar qué, ya sea en matrimonio o no.

Giulia y yo éramos las excepciones. Ambos nos habíamos escapado por nuestra cuenta para mantener nuestros objetivos en secreto, pero no era lo normal. Con las posiciones que ocupábamos, siempre se esperaba tener seguridad con nosotros. Lo mismo aplicaba para Cecilia.

En tensión, entramos juntos. Mantuve mi arma en alto y lista, preparado para matar con tal de defenderme a mí mismo y a Giulia.

El primer guardia estaba muerto, disparado varias veces.

Mierda. No contaba con encontrar una masacre aquí. Podríamos haber llegado demasiado tarde. Si Cecilia estaba muerta, se irían nuestras posibilidades de obtener una respuesta hoy.

“Allí”, susurró Giulia, señalándome al otro guardia, también muerto por disparos. Yacía tendido en el pasillo a nuestra izquierda.

Asentí, prestando atención a dónde caminábamos en la casa silenciosa.

O no tan silenciosa.

Un gemido bajo vino de adelante.

Giulia y yo compartimos una mirada y nos apresuramos a encontrar a Cecilia.

Ella yacía en el suelo, un charco de sangre acumulándose a su alrededor.

Aunque estábamos aquí juntos, tuve una duda de último minuto sobre hacer que Giulia se revelara. Hasta que pudiéramos saber quién era amigo o enemigo, no quería complicar nada para Giulia estando aquí. Si Cecilia podía atestiguar que me había visto con la prometida de su hermano, también podría arruinar nuestra sorpresa demasiado pronto.

Lo decía en serio. Quería a Giulia para siempre. Pero tenía que planear para que eso sucediera de acuerdo a lo previsto.

Ella no protestó cuando la empujé suavemente y le indiqué que esperara en el rincón cerca de donde Cecilia yacía jadeando y retorciéndose.

Avancé, manteniendo mi arma lista. Por si acaso.

La mujer había sido apuñalada. Un cuchillo ensangrentado yacía a un lado. Manchas de rojo cruzaban en salpicaduras. A medida que me acercaba, todo parecía más macabro.

La habían apuñalado en el abdomen y cortado en el cuello. También tenía heridas en los brazos, quizás como castigo por intentar defenderse.

“Cecilia”.

Ella gimió, levantando la vista y viéndome por fin. Mantener la cabeza erguida parecía demasiado difícil, y con la herida en la mejilla, cortada desde el ojo hasta la mandíbula, sabía que la chica estaba desangrándose rápidamente.

“No lo quise”.

Me quedé inmóvil. Congelado en el lugar a medida que me agachaba para escucharla mientras lloraba, ignoré el sonido repugnante de sus lágrimas mezclándose con su sangre. Sus conductos lacrimales estaban desgarrados por la posición de los cortes. Era repugnante. Macabro. Horrible.

Pero tenía un estómago fuerte.

“¿No lo quisiste?”, pregunté.

Ella sollozaba, llorando suavemente. Desmoronándose en el suelo, asintió con la cabeza sobre el piso ensangrentado. “No quise que lo mataran”.

“¿Ayudaste a matar a Luka?”, pregunté.

Ahora ella movió la cabeza lo mejor que pudo con el cuello tan herido. “No. Pero tomé mi vaso”.

“¿Qué?”. Me sentí mareado con la descarga de adrenalina.

“Luka bebió de mi vaso. Lo había pedido específicamente para evitar alcohol. Y él... él lo tomó por accidente y murió”.

Me esforzaba por entender. “¿Qué estás diciendo?”.

“Lo siento, Renzo. Siento que Luka haya muerto. Que tu hermano se haya ido. Solo porque él bebió de mi vaso”.

Apreté los dientes, atónito y sin palabras. “¿Estás segura?”.

“Sí. No quería alcohol por el bebé. Por eso llevaba un control de las bebidas que tomaba. Y él tomó el mío por accidente”.

Santos cielos. ¿Un bebé?

“Cecilia...”. Sacudí la cabeza, esforzándome por seguir el ritmo.

“No voy a lograrlo, Renzo”. Cerró los ojos con fuerza. “No sé por qué estás aquí, pero quiero decirle a alguien cuánto lo siento. Por todo”.

“¿De quién es el bebé?”.

“Es mío”. Bajó la mano para cubrir su estómago y lloró más fuerte cuando sus dedos resbalaron sobre la herida ensangrentada. “Nuestro”. Su estómago estaba plano. No mostraba el abultamiento de estar embarazada, pero tomé su palabra. Las confesiones en el lecho de muerte siempre parecían demasiado sinceras y precisas.

“¿Tuyo y de Luka?”, pregunté.

“No. Yo... me enamoré antes de que me arreglaran el matrimonio con él. Y tuve un amorío”.

Me froté la cara, desconcertado y sin saber qué preguntar a continuación. Tantas preguntas pasaban por mi mente y no podía pensar con rapidez. Ella se estaba muriendo. Estaba ansiosa por contar su verdad, y tenía que escuchar.

“Hui para esconderme”.

“¿Tu padre sabía?”.

Ella sollozó. “Solo quería esconderme y tener a mi bebé, pero estaba tan asustada. No sabía quién quería matarme, pero debí haberme dado cuenta...”.

“¿Darte cuenta de qué?”.

No salieron palabras. Luchaba con respiraciones dificultosas, y la agarré del brazo para evitar que se desmayara.

“¿Cecilia?”, Giulia se acercó. Su rostro estaba serio, lleno de preocupación y shock. Se acercó más, tal vez planeando ayudar.

La mujer delgada abrió los ojos. Con una mirada vacía y trance, parecía centrada en Giulia. Pero no del todo. El tono borroso y arrastrado de su habla somnolienta sugería que estaba a punto de desvanecerse por completo.

“Tú”.

Miró a Giulia con tal odio delirante, como si la acusara de todos sus males.

“Cecilia...”. Giulia se mantuvo atrás, sacudiendo la cabeza con una expresión de tristeza.

“Ojalá...”, Cecilia jadeó, cerrando los ojos con fuerza antes de abrirlos con una mirada aún más loca. “Ojalá este bebé que llevaba hubiera vivido”. Abrió y cerró la boca, luchando por respirar. “Ojalá mi bebé hubiera vivido solo para joderte, perra sucia”.

“Cecilia”. Sacudí su brazo también, tratando de desviar su atención frenética de Giulia para que me respondiera. “¿De quién es el bebé?”.

Ella cerró los ojos y los mantuvo cerrados.

“¿Quién mató a Luka?”. Volví a sacudir su brazo.

Su pecho dejó de levantarse.

“¡Cecilia!”. De nuevo, sacudí su brazo. “¿Quién te apuñaló?”.

“Renzo”.

Me volví rápidamente hacia Giulia. Ella seguía detrás de mí, vigilante. Mirando alrededor de la habitación, con su pequeña pistola en mano, se mantenía cautelosa.

Había sacado su arma del bolsillo para respaldarme, y sabiendo que era lo suficientemente inteligente y rápida para entender que esta podría seguir siendo una escena peligrosa, volví a centrarme.

No obtendría más respuestas de esta mujer muerta.

Cecilia Romano, y su bebé bastardo, yacían sin vida en el suelo. Desangrada, inerte, y nunca más capaz de arrojar luz o proporcionar pistas sobre este macabro drama que nos rodeaba.

“Maldita sea”. Me puse de pie y miré a la mujer con la que quizás habría tenido que casarme. No sentía culpa. No había sido mía para proteger. No le había fallado.

El único remordimiento que sentía era no haber llegado antes. Para descubrir quién la había atacado y quería acabar con su vida y la de su bebé no nacido. Para saber con quién había tenido un amorío.

Cualquier cosa. Me sentía frustrado, demasiado tarde para descubrir algo que pudiera ayudarme.

Si no me hubiera detenido, tal vez habríamos llegado más rápido. Si no me hubiera detenido a besar a Giulia y proclamar mi compromiso con un futuro con ella, si no hubiéramos atraído la atención de los griegos en el camino...

Todo.

“Renzo, deberíamos irnos”, dijo.

Asentí, incapaz de apartar la vista de Cecilia y saber que ella no podía ayudar.

Estaba tan cerca de saber lo que había pasado. Lo sentía. La verdad estaba al alcance de mis dedos, y la había perdido.

“Sí”. Exhalé, observando el cuerpo de Cecilia en busca de alguna otra pista. No podíamos reportar esto. Hacerlo revelaría que estábamos aquí, buscando respuestas. Debería haberme sentido mal por irme, pero era todo lo que podía hacer. Giulia tenía razón al estar preocupada. Estaba agradecido de que hubiera mantenido el sentido común de que no podíamos quedarnos. El asesino podría estar cerca, o espiándonos en este momento.

Eso me sacudió a la acción.

No podía quedarme aquí donde Giulia podría estar en peligro. Ambos teníamos que salir de aquí, pero más allá de eso, tenía que proteger a esta mujer que quería hacer mía.

“Vamos”. Tomé su mano mientras retrocedíamos. Ambos manteníamos los ojos bien abiertos y los oídos atentos mientras nos apresurábamos a salir por donde habíamos venido.

Más pronto que tarde, alguien vendría y encontraría esta escena. Giulia y yo no habíamos

dejado rastro de nuestra presencia. Dudaba que las cámaras de vigilancia nos hubieran captado entrando. El asesino probablemente las había desactivado con cortes rápidos a través de los cables.

No éramos los únicos en entrar y salir tan rápido.

Otra muerte se había añadido al conteo.

Por un lado, tuvimos suerte de no toparnos con ellos mientras mataban a Cecilia. Por otro lado, odiaba que aún estuviéramos en la oscuridad.

“Tiene que ser la misma persona que mató a Luka”, dijo Giulia mientras subíamos al coche.

Aceleré, asintiendo mientras ambos revisábamos nuestro entorno. “Estoy de acuerdo”. Cuando ella no dijo nada más, la miré. “¿Por qué dijo eso al final?”.

Ella sacudió la cabeza. “No... no tengo idea”.

“¿Quería que su bebé bastardo viviera para hacerte pagar?”.

Encogiéndose de hombros, ella se detuvo en su búsqueda para hacer contacto visual conmigo por un breve momento, sorprendida. “No sé qué significa eso. Nunca me hice amiga de ella. Nunca la conocí. Y ciertamente no sé nada sobre su bebé”.

Yo tampoco. Pero tenía la intención de averiguarlo. Este niño debía estar relacionado con todo este lío.

“Lo descubriremos”.

Esta vez, ella tomó la iniciativa de tomar mi mano y sostenerla. “Lo haremos”.

Nosotros. Me gustaba cómo sonaba eso. Frente a la muerte, ella estaba conmigo. Y a riesgo de causar tanto alboroto con la relación que nos atrevíamos a forjar, tampoco parecía ansiosa por dar un paso atrás y dejarme resolver esto solo.

GIULIA

Pensar que quería ayudar a Renzo era más fácil decirlo que hacerlo. No sabía cómo ayudar. No estaba segura de qué hacer a continuación.

Mi madre esperaba que volviera a casa, pero no tenía inclinación a regresar después de ver a Cecilia así. Aunque fue impactante, no estaba desolada ni traumatizada. Había sido más difícil encontrar a mi padre muerto en su cama que tropezar con Cecilia desangrándose en el suelo.

Ella no era una desconocida, pero tampoco era alguien cercana a mí.

Por cruel que fuera pensarlo, así es como funcionan las cosas en nuestro mundo.

“¿Qué quiso decir?”, me pregunté en voz alta. En lugar de tratar de adivinar qué debería hacer a continuación, me aferré al asombroso shock de ver a Cecilia despotricando contra mí de esa manera.

“No sé si quiso decir algo”, dijo Renzo. “Estaba a un segundo de la muerte”.

“¿Crees que lo dijo como una ilusión? ¿Alucinando mientras su cuerpo se apagaba?”.

Asintió, pero su ceño seguía fruncido. “Quizás”.

“¿Y ahora qué?”.

Su leve risa me encantó.

“Eres increíble”.

Levante las cejas. “¿Cómo así?”.

“Simplemente lo tomas como viene. Ver a una mujer apuñalada hasta la muerte y aun así eres tan... práctica”.

“Prefiero pensar en mí misma como pragmática”. Solté su mano para volverme y verlo conducir. Incluso en esta acción, se veía tan dominante, tan robusto y en control. Su brazo se tensaba mientras cambiaba de marcha, y me preguntaba si encontraría todo lo que hacía sexy.

O, tal vez es más fácil dejar que mi mente se desvíe hacia el deseo en lugar de enfrentar la amenaza de mortalidad que siempre parece tan cercana.

“Iremos a algún lugar seguro mientras investigo sobre el asunto que tenía con ella”.

Parpadeé, atónita, pero no sorprendida. Estaba tomando el control, como era de esperarse. Me estaba llevando a algún lugar con él, algo inesperado.

“¿No me vas a llevar a casa?”.

Me miró con expresión seria. “¿Para que Isabella te encierre hasta tu boda?”.

“No lo haría...”.

Él levantó las cejas desafiándome.

Me estremecí. *Podría intentar eso*. “Pero llevarme a otro lugar solo haría que ella estuviera más ansiosa por actuar”.

Recuperando la compostura rápidamente, él frunció el ceño. “¿Usaría a tus hermanas como carnada para obligarte a hacer lo que ella dice?”.

Mi estómago se retorció ante esa idea, pero sacudí la cabeza. “Está el tío Dario allí. Él las vigilará. Y Francis, mi guardia, también las mantendrá vigiladas”.

Renzo asintió. “Entonces será un placer para mí mantenerte cerca y dejar que Isabella se altere por estar fuera de control por un tiempo más”.

Llegó a una residencia pequeña pero elegante en menos de una hora. Mientras nos dirigíamos allí, discutimos con quién podría haber tenido Cecilia un amorío, quién podría haberla matado y por qué estaban sucediendo estas cosas en ese momento.

Era liberador discutir las cosas de manera tan abierta y sincera con él. Me veía como a una igual, no como a una mujer inferior.

Para cuando llegamos a la casa de vacaciones de los Bernardi, con el agua resplandeciendo por el atardecer en el horizonte, estaba exhausta. Mentalmente, estaba fatigada por intentar resolverlo todo y pensar en los posibles escenarios. Emocionalmente, estaba agotada por este ardiente deseo de abrazar a Renzo y tener fe en que podríamos estar juntos.

El ultimátum de mi madre seguía fresco en mis pensamientos. Ella asumió que me estaba escapando con Renzo, y el hecho de llevarme a su casa de vacaciones era una señal de que así era.

No podía. No aún. Teníamos que saber quién había hecho qué, y luego podríamos reaccionar. Quedarme con él se sentía bien.

Él me guio dentro de la casa, tomándome de la mano, y sabía que cuanto más me sujetara así, más me enamoraría de él. Era un toque simple, casi casual, pero atesoraba la posesividad detrás de él. Como si temiera soltarme.

“Dean”, dijo en su teléfono mientras entrábamos. “Necesito información”. Mientras bostezaba, él frunció el ceño hacia mí. “Espera. Te llamaré de nuevo en un minuto”.

Colgó y me estudió. “¿Estás cansada?”.

Me encogí de hombros. “No he estado durmiendo bien”.

Suspiró y me besó en la frente. “Eso nos hace dos”. Guiándome hacia la suite principal, apartó las cobijas de la enorme cama y me hizo una señal para que me acostara.

No lo hice. “¿A dónde vas?”.

Él se subió a la cama, mostrándome que no iba a ir a ningún lado.

Sonreí, contenta de que quisiera quedarse cerca de mí. Después de quitarme las sandalias, me recosté en la cama.

No estaba demasiado cansada, pero esta sensación de estar atrapada y desesperanzada me arrastraba hacia abajo. Cerrar los ojos fue un alivio. Escuchar su voz mientras hablaba con su hombre me calmaba. Sentir el calor de su cuerpo presionado contra el mío era un placer raro que quería atesorar para siempre.

Renzo me anclaba. Estar con él así, solo descomprimiendo y dejándolo arreglar la obtención de información sobre el amante de Cecilia me calmaba. Esta conexión entre nosotros no era solo sexual. Él era un ancla que nunca supe que podría encontrar.

Pero, ¿cómo podríamos quedarnos? No veía una forma fácil de evitar casarme con Nickolas y seguir con Renzo. Escaparme era mi primer plan que tenía sentido. Pero eso me alejaría más de él.

No tenía a dónde ir con él.

No tenía un futuro en el que contar.

Al igual que Cecilia, yo era una pieza en el juego. Eso dictaban nuestros estilos de vida.

Y fue con estos hechos tristes y desalentadores con los que me dormí por un tiempo.

Desperté y encontré a Renzo mirándome. Ya no estaba en el teléfono. Acostado a mi lado, me miraba a los ojos con una intensidad calmada pero profunda. Como si deseara ver dentro de mí, ver mi alma y abrazarme. Su mano se deslizó sobre mi cabeza mientras continuaba acariciando suavemente mi cabello hacia atrás.

“¿Cuánto tiempo has estado mirándome así?”.

“No el suficiente”.

Suspiré, amando que quisiera estar conmigo por más tiempo. Para siempre.

“Renzo, no hay manera de que podamos...”.

Me besó, silenciándome con sus labios.

“Para. Deja de perder la esperanza”.

“Pero la estoy perdiendo”. Nunca debí haberme dejado pensar que había alguna esperanza entre nosotros.

“Encontraremos una manera de estar juntos”.

Esta vez, me incliné y lo besé, deseando que pudiera tener razón.

“Porque te quiero”, confesó, con una voz áspera y ronca. “Y por primera vez en mi vida, voy a por lo que quiero”. Su beso era áspero. “Lo que necesito”.

Me arrastré hacia él, acostándome encima de su regazo y besándolo más intensamente. Sus palabras llenaron mi corazón. Esta desesperación suplicante por estar juntos me empujaba a acercarme más. A unirme a él. A rodearme con su afecto.

“Y yo te necesito”, gruñó mientras me envolvía con más fuerza en sus brazos.

Me aferré a él. Manteniendo mis manos sobre sus hombros y mi pierna izquierda envuelta alrededor de su cintura, me movía al ritmo de su rápido movimiento.

Me obligó a quedarme de espaldas, y no perdí ni un segundo en alcanzar su camisa. La levanté, haciendo que gruñera cuando rompimos nuestro beso. Sin esa capa de tela que lo ocultara, disfruté la libertad de recorrer mi mano por su pecho duro. Sobre su vello pectoral, siguiendo las líneas y hendiduras de todos sus músculos sólidos. Mi toque lo impulsó a acelerar, y mientras tiraba del borde de mi camiseta, me levanté para ayudarlo a quitármela.

“Te necesito más”, dije entre respiraciones agitadas mientras él alcanzaba mi sujetador. Empujé mi falda, queriendo estar desnuda para él. Queriendo estar abierta y lista para él. Sentía que era incorrecto permitir que quedaran capas entre nosotros.

Ya estaba mojada. Sentía la humedad en mis bragas, y no podía esperar para mostrarle cuánto había deseado y anhelado su toque allí nuevamente.

Solo él.

Ningún hombre me había tocado o penetrado allí.

Y desde el fondo de mi corazón, quería que él fuera el primero y último.

Mi sujetador cayó libre, y el gruñido áspero que escapó de sus labios me hizo gotear para él. Entre el ardor de mis pezones y la tensión que se apretaba tan fuerte en mi estómago, estaba tan desesperada que me volví torpe con mi falda. Mis dedos temblaban. Mis manos perdieron coordinación.

No era la única impaciente. Con un gruñido áspero, me bajó en la cama y apartó mis manos. Tomando el control, bajó mi falda y mis bragas. Me retorció, moviendo las caderas y las piernas para deshacerme de ellas, y en lugar de perder contacto con él, enmarqué su rostro y me aferré a él para poder besarlo mientras él bajaba aún más.

Primero, cubrió mi pecho con su boca. Sus labios sellados sobre mi piel, y con mi pezón completamente succionado, me arqueé y me retorcí.

“¿Me necesitas?”, se burló mientras pasaba al otro pecho y hacía lo mismo.

“Sí. Por favor, Renzo. Por favor”. Deslicé mis dedos por su cabello y me aferré a las suaves y oscuras mechas. Mantener su cabeza sobre mis pechos aseguraba que la exquisita sensación de sus labios y su lengua no se detendría. Y no decepcionó. Alternando entre mis pechos, me adoraba, acercándose al orgasmo. Pero eso no era todo.

Me exploró con su mano, deslizando sus dedos en mi vagina y acariciándome con un arrastre firme y constante que me volvía loca.

“También te necesito”, dijo mientras levantaba su cabeza de mis pezones. Estaban lubricados con su saliva. De un rosa tenue y brillantes por la humedad, se mantenían duros como puntos. Deseé que volviera a ellos de inmediato, pero se movió demasiado rápido.

Tenía algo más en mente. Otra ‘primera vez’ para mí. Mientras se acomodaba en la cama y colocaba mis muslos sobre sus hombros, mantenidos tan separados como él quería, traté de prepararme para la tortura de su boca en mi vagina.

Grité, aferrándome a las sábanas mientras sellaba sus labios sobre mis pliegues y pasaba su lengua desde mi perineo hasta mi clítoris. No dejó un solo rincón sin explorar, deslizando su lengua dura y suave sobre mi carne sensible. Un gemido sucio escapó de sus labios, y sentí la vibración retumbante de su beso travieso allí.

“Oh, joder, Renzo”, gemí, cerrando los ojos.

“Mírame”, se detuvo, solo para ordenar eso. Su boca volvió a mi coño, y mientras lo miraba, me devoraba con un apetito voraz. Succionando. Chupando. Incluso mordisqueando. Torturaba mi vagina con lengüetazos largos. Luego, canalizó su lengua dentro y cubrió su cara con mi crema.

Cuando centró su atención en mi clítoris, grité una y otra vez, perdida en la presión ahogante de explotar para él.

“¿Me necesitas así, Giulia?”, preguntó con un brillo malicioso en los ojos.

“Sí. Oh, Dios mío. Sí, Renzo”, jadeé y miré, aún más excitada al mantener contacto visual.

Se entregó por completo, haciéndome el amor con su boca. Empujar su cabeza hacia arriba ayudaba a intensificar su toque, y temblaba con la necesidad de llegar al clímax.

“Por favor, Renzo”.

Nunca dejaría de suplicarle a este hombre. Y él parecía saberlo también.

Arrastró sus manos por mis muslos hasta que tomó mis nalgas. Su agarre era implacable. Sus uñas mordían mi piel, y mientras apretaba, separando mis nalgas, me volvía loca. Sosteniéndome más cerca, gruñó y me devoró hasta que un orgasmo estalló en mí.

Grité, cerrando los ojos con fuerza mientras la dicha se extendía de mi vagina al resto de mi sangre. La satisfacción fue rápida y dulce, y mientras flotaba en la cima del orgasmo, él bajó mis piernas y se apresuró a quitarse el resto de la ropa.

“Necesitaba tu sabor, Giulia”, jadeó mientras se ponía al lado de la cama.

Fijé mi mirada en su pene, que se erguía recto desde el vello oscuro alrededor de la base del tronco. Lamiéndome los labios, luché contra las olas desvanecientes de mi orgasmo y me arrastré hacia él.

“Quizás yo también lo necesite”, le provoqué.

Antes de que pudiera hacer algo más que acariciar su dureza veteada un par de veces, él se rio oscuramente y me atrapó en sus brazos.

“Más tarde”, dijo, girándome hasta que quedé de rodillas en la cama nuevamente. Se arrastró

detrás de mí y me empujó hacia arriba en el colchón hasta que llegamos al cabecero.

“La próxima vez”, prometió antes de besarme el cuello y presionar su pecho contra mi espalda.

Grité, arqueando mi espalda hacia él y girando mi rostro para besarlo. Mientras volvíamos a unir nuestros labios, él frotó su pene entre mis piernas. Saboreé mi propio sabor en su lengua y gemí, luego grité. Colocó la cabeza de su pene en mi entrada. Con su brazo rodeando mi estómago, combinó su profundo empuje con un tirón de mi cuerpo hacia él.

Estaba completamente dentro. El empuje constante y duro me quitó el aliento, y jadeé mientras esperaba ajustarme al delicioso estiramiento.

“Oh...”, gruñí, sintiendo cada centímetro de su dureza empujando y llenándome.

“Siempre te necesitare”, juró. Mientras me embestía desde atrás, bajó la mano para frotar círculos firmes alrededor de mi clítoris.

Todavía estaba recuperándome de mi primer orgasmo y no estaba preparada para otro tan pronto. Especialmente, no uno más intenso.

“Y necesito que llegues por mí”, ordenó mientras chupaba mi cuello.

Me incliné hacia atrás, asintiendo lo mejor que pude mientras agarraba su cabeza y me sujetaba con fuerza. Arqueándome hacia él, intenté llegar más rápido. Quería exprimir ese gran pene que él empujaba en mí más rápido y con más fuerza. Quería que él se perdiera en mí y me llenara con su caliente semen.

“Necesito...”, gruñó, frotando mi clítoris con firmeza.

Las primeras olas de dicha me consumieron, y me aferré a su cabello mientras me dejaba llevar.

“Joder. Sí”. Se hundió con fuerza, una vez. Dos veces. Y vino. Sentí cada contracción de su pene. Percibí que sus muslos temblaban y se sacudían detrás de mí. Su respiración era fuerte, moviendo mi cabello a un lado, y con sus fuertes brazos alrededor de mí, me abrazó cerca y me arrastró para caer con él en el colchón.

Sujeta firmemente en sus brazos, recuperé el aliento y esperé a que el torrente de endorfinas se asentara dentro de mí.

Y con él acurrucado, su cuerpo cálido y tenso estirado junto al mío, me di cuenta de que estábamos en la misma sintonía.

Lo necesitaba.

Y temía que siempre lo haría, sin importar cuántos obstáculos hubiera entre nosotros.

RENZO

Giulia y yo nos duchamos juntos, y aunque la deseaba de nuevo, sabía que estaba exhausta. No había dormido mucho, y después de tener sexo otra vez, dos veces en menos de una hora, me apiadé de ella y la dejé descansar. Sentía que era un tesoro raro tenerla en mi cama y saber que estaría allí cuando me despertara y la buscara.

La primera vez que la tomé, no me sorprendió que ella se hubiera ido. La había cogido tan inesperadamente esa noche. Sin embargo, ahora las cosas habían cambiado. Nuestra relación frágil había evolucionado a algo más, y estaba seguro de que ella se quedaría.

Además, no podía irse esta vez. No fácilmente. Habíamos conducido por la costa durante tres horas para llegar a esa propiedad de los Romano donde habíamos encontrado a Cecilia al borde de la muerte.

Me torturaba viéndola dormir un poco más. Si pudiera ser honesto conmigo mismo, admitiría que estaba enamorado. Confesaba que estaba completamente embelesado con esta mujer. Mi enemiga. Y al mismo tiempo, mi otra mitad.

Mientras ella descansaba, confiando en que yo estuviera cerca de ella mientras estaba en su estado más vulnerable de inconsciencia, recordaba lo que habíamos descubierto antes. No entendía por qué Cecilia había atacado verbalmente a Giulia cuando se acercó. A veces, la muerte hacía cosas extrañas a las personas. Había matado a algunos para saber que en ese momento antes del final último, se podían soltar cosas raras sin censura, a veces sin ningún filtro para tener sentido.

Cuando pensaba más en cómo Cecilia confesó llevar el hijo ilegítimo de alguien, consideraba a Giulia con esa descripción también. La había follado tres veces ahora, tres ocasiones en las que la había inundado con mi semen. Si ella quedara embarazada de mi hijo, también sería un bebé ilegítimo. Nacido fuera del matrimonio. Concebido antes de que ella se hubiera casado.

No permitiría que ella tuviera mi hijo con otro. Sobre mi cadáver otro hombre criaría a mi hija o hijo. Más que eso, odiaba pensar en Giulia intentando criar a un bebé por su cuenta, sin mi ayuda o recursos, si ella intentara escapar de su compromiso con Nickolas.

Saber que podría estar embarazada aún no me impedía desearla de nuevo. Estando tan cerca de ella durmiendo en una de mis camisas, estaba tentado a despertarla con mi polla o con mi boca. Nunca dejaría de desearla. Y eso no era justo para ninguno de los dos. Tenía la intención de mantenerla... para siempre, y si íbamos a tener un hijo juntos más pronto que tarde, preferiría haberlo hecho correctamente, con la protección de que ella fuera una Bernardi.

Solté una risa silenciosa al salir de la cama sin despertarla. Aún era temprano, justo después

del amanecer, y quería entretener mis pensamientos aparte de ella y dejarla dormir.

Un Acardi convirtiéndose en Bernardi.

Sonaba ridículo debido a lo que nos habían dicho toda la vida. Ambos fuimos entrenados para detestarnos, pero ahora que estábamos juntos, parecía tan estúpido, una pérdida de energía y de ira.

La dejé durmiendo y fui a buscar mi teléfono. Mi llamada a Dean había terminado hacía cuatro horas, antes de despertar a Giulia de su siesta. Desde entonces, habíamos tenido sexo, nos duchamos, comimos y tuvimos sexo de nuevo. Podría haber sido más como cinco horas si lo pensaba bien, y no tenía dudas de que Dean tendría alguna información para mí.

Le había indicado que me contactara él a mí, en lugar de al revés. Pensé que le llevaría un tiempo tenerme alguna respuesta.

Me paré en el porche afuera, mirando por la barandilla para ver cómo la luz de la luna se reflejaba en las olas del mar.

Dean respondió rápidamente y confirmó que tenía noticias.

“No fue terriblemente difícil obtener algo de información”, explicó, “porque las pruebas ya estaban solicitadas”.

No tenía dudas sobre su capacidad para conseguir un hacker que encontrara cualquier prueba médica electrónica. Este capo, este hombre de confianza, era invaluable e increíblemente hábil en todo lo que le pidiera.

“¿Solicitadas por quién?”, pregunté.

“Marcus Romano”.

Levanté las cejas. *Huh*. Eso al menos demostraba que el anciano sabía que su hija estaba embarazada. “Entonces, él sabía que estaba dando a Luka una novia que no era virgen”.

No solíamos ser tan arcaicos como para hacer que las novias demostraran su virginidad. Algunas Familias todavía tenían a un médico u otro delegado para realizar una revisión manual de que las mujeres eran vírgenes. Otros solían mostrar las sábanas manchadas de sangre. Más a menudo, se daba por implícito. Un himen podía romperse de otras maneras, y apostado a que muchos casos de virginidad se perdían cuando la mujer se complacía a sí misma. Solo cuando se rumoreaba sobre infidelidad, cuando se sorprendía a las mujeres en el acto de tener sexo antes del matrimonio, se convertía en un gran problema.

O, como en el caso de Cecilia, cuando se confirmaba que llevaba un bebé antes de su boda.

“No solo eso”, añadió Dean, “sino que Marcus Romano pagó para que se ocultaran estos resultados médicos”.

“Maldita sea”. Esto se me hacía más sospechoso. Los Romano ya eran oscuros como el infierno, pero esto no era una mera omisión de la verdad. Era un encubrimiento deliberado.

“Entonces, sí, Marcus quería ocultar el hecho de que Cecilia estaba embarazada cuando se casó con Luka. Su motivación para eso aún está por descubrirse”.

Apostado a que tampoco dirá por qué. Sin embargo, esto podría haber sido una pieza de negociación que Giovanni podría haber usado contra Marcus. No me casaría con Cecilia. Nadie lo haría. Ella era un cadáver ahora. Pero si Giovanni supiera de este bebé, tal vez ni siquiera habría considerado la posibilidad de que yo me casara con ella.

“Los resultados de las pruebas también confirman que el bebé es un niño”.

Un hijo. *Era un niño*. Aún no le había dicho a Dean que había encontrado a Cecilia muriendo en el lugar. La noticia se esparciría pronto, y aunque confiaba en Dean, no necesitaba complicar en lo que el hombre se enfocaba.

“¿Y el padre?”, pregunté.

Aclaró su garganta. “Aún no tengo esa información. Se ha solicitado la prueba de paternidad”, confirmó. “Pero aún no es concluyente”.

“Maldita sea”.

“Y me imagino que cuando se concluya esa prueba, Marcus podría querer borrar evidencia de la misma. Mantendré mis ojos abiertos para ello. El especialista en TI que tengo rastreando estos documentos y órdenes de trabajo de laboratorio lo vigilará de cerca, pero mientras tanto, no se ha proporcionado ninguna identidad para el padre”.

Hmm... Estuve de acuerdo con él. Si Marcus quería que la identidad del padre siguiera siendo un misterio, debía tener una maldita buena razón para ello.

Quizás... Me estremecí al primer pensamiento que cruzó por mi mente.

Quizás sea de él. Parecía tan ridículo, tan descabellado y fuera de lugar, pero una vez que el pensamiento me llegó, no pude ignorarlo.

El hijo de Cecilia podría haber sido resultado de incesto. Si Marcus, o Nickolas, la hubieran cogido, sería incesto en un caso de padre e hija o hermano y hermana. Eso sin duda sería algo que cubrir y ocultar. Si Marcus o Nickolas hubieran tenido relaciones con su propia sangre, entonces, por supuesto, tendrían una motivación para ocultarlo todo.

Entonces, ¿por qué ofrecerla en matrimonio a Luka?

“En cuanto lleguen los resultados de la prueba de paternidad, te los enviaré por mensaje de texto, si lo deseas”, ofreció Dean.

“Sí, por favor. Te lo agradecería. Siento que la identidad de este hombre será un desarrollo crucial para descubrir quién mató a Luka”.

“Estoy de acuerdo”, dijo él. “Creo que esto tiene que ser una conexión significativa”.

¿Pero también para Rocco Acardi? ¿Y para Isabella?

Suspiré, deseando tener más información. No podía explicar por qué, pero sentía que se me acababa el tiempo para resolver esto.

Ver a Cecilia morir fue un momento impactante, pero por mucho que estuviera acostumbrado a presenciar la muerte, no me afectó. No estaba atrapado en una reacción traumática por la muerte de esa mujer, pero había sido un recordatorio contundente de lo corta que puede ser la vida.

Lo corta que podría ser el resto de mi vida, y no quería perder ni un segundo de ella que pudiera compartir con Giulia. Era inútil preguntarse cómo o por qué nos habíamos conectado tan rápida y profundamente. Lo habíamos hecho, y no había marcha atrás.

Pero también parecía que el tiempo se estaba acabando para el asesino. Suponiendo que se tratara de una sola persona, la misma persona, estaba cambiando su ritmo. Luka fue asesinado en su boda, y para cuando pasó su funeral, Rocco estaba muerto.

Cecilia fue asesinada hoy, y de manera brutal, de una forma diferente. No se usó veneno en ella ni en su bebé no nacido. Atacar a una persona y matarla con un cuchillo era un medio mucho más personal de matar. Apasionado.

Y me preocupaba que el asesino estuviera perdiendo el control. Quienquiera que estuviera eliminando a estas personas prominentes en este mundo criminal se estaba desesperando y cambiando sus métodos.

Si eso sugería más peligro para nosotros, para mí o para Giulia, tenía que mantenerme en guardia y estar aún más alerta.

Ella no volverá a casa en absoluto. Giulia aún no lo había comprendido, pero en cuanto se despertara por la mañana, tendría que explicárselo todo.

No podía, de buena fe, devolverla para que viviera en la residencia de los Acardi. No podía

perderla. Ella podría confiar en ese guardia, pero yo no lo hacía. Especialmente no podía confiar en Isabella si estaba tan decidida a arreglar que Giulia estuviera con Nickolas.

Quién podría haber tenido relaciones con su hermana. Parecía una conclusión demasiado grande, pero no podía ignorarla ahora que se me había pasado por la mente.

“Todo esto es un maldito desastre”, murmuré para mí mismo mientras regresaba adentro. Había colgado con Dean hacía varios minutos, y estaba considerando llamarlo de nuevo solo para hablar de todo esto con él. Para escuchar sus opiniones acerca de todo.

Tarde o temprano, tendría que confiar en él para que me ayudara con Giulia. Ella se quedaría conmigo. Ya había tomado mi decisión. Y necesitaba ayuda para mantenerla alejada de Giovanni.

Hasta que explique esta estúpida rivalidad.

Esto tendría que terminar con Giulia y conmigo. Tendríamos que empezar una nueva generación. El pasado podría quedarse allí. Tenía que enfocarme en el futuro que quería.

Entré de nuevo en la suite principal, listo para meterme en la cama y abrazarla el resto de la mañana.

Pero no estaba allí.

Entrecerré los ojos, mirando alrededor de la habitación y preguntándome cómo demonios se había alejado tanto de casa.

¿Y por qué?

Se suponía que debíamos quedarnos juntos. Ella lo había combatido más que yo, pero no podía culparla por eso. Toda su vida, la entrenaron para saber que no podía cambiar nada de lo que se esperaba de ella. Yo tenía que hacerlo. Tenía que dar un paso al frente y enfrentar esta demanda de cambio e insistir en que tuviéramos una oportunidad de seguir juntos.

Gruñí, molesto porque tendría que trabajar más para convencerla.

Cuando me acerqué a la cama y vi su arete, un pequeño diamante, me preocupé. No era una señal clara de que ella hubiera tenido problemas. Las sábanas ya estaban enredadas por el sexo, pero intenté examinar la habitación en busca de algún indicio de una pelea.

¿Se escapó?

¿O fue secuestrada?

Todo lo que sabía con certeza era que ella no estaba aquí.

Y ese era el único lugar al que pertenecía. Conmigo.

GIULIA

Me desperté con un agarre firme en mi brazo superior. *¿Otra vez? ¿Tan pronto?* Juré que acababa de cerrar los ojos, que acabábamos de tener otra ronda intensa y ardiente de amor. No protestaría, sin embargo. Ya estaba enganchada.

Estaba perdida por mi enemigo.

Al ir recobrando la conciencia, perezosa para abrir los ojos, me acomodé en el abrazo de Renzo. Él me tiró de forma brusca, pero eso no me alarmó. Me estaba dando cuenta rápidamente de lo necesitado e impaciente que era como amante. Y disfrutaba cada trozo de afecto y deseo áspero que me mostraba.

“Shh”.

¿Qué? ¿Quién dijo eso? Las advertencias resonaban en mi cabeza, y al abrir los ojos, vi una razón muy real para alarmarme. Alguien más había hablado. Y no era Renzo.

Tres hombres robustos y altos vestidos de negro habían irrumpido en la habitación. Al abrir la boca para gritar, para llamar a Renzo, uno de ellos me puso la mano enguantada sobre la boca.

Era un cuero demasiado grueso para morderlo y causar suficiente dolor al hombre como para que me soltara, pero lo intenté. Mis gritos estaban apagados. Todas las maldiciones y exclamaciones que les dirigí se desvanecieron en ruidos murmurados que no alertarían a nadie.

Una mirada frenética hacia mi izquierda mostró que estaba sola en esta enorme y desordenada cama. Pero entonces ni siquiera estaba yo en ella.

Un hombre me levantó agarrándome de los brazos. Un tercero manejó mis piernas. Juntos, me amordazaron y me ataron las muñecas de manera tan eficiente que supe que habían hecho esto muchas veces.

Matones de la mafia. Soldados entrenados para secuestrar.

¿Pero quién?

Luché lo mejor que pude, demasiado decidida para detener esta maldita rutina de ser usada, movida y controlada por hombres. Retorcerme y sacudirme no frenó a este trío. Para nada. Eran demasiado fuertes. Demasiado experimentados. Y demasiado ansiosos por seguir las órdenes del señor de la mafia que les había indicado secuestrarme directamente de la cama de Renzo.

¿Cómo supieron dónde encontrarme?

¿Quién les envió a llevarme?

¿Dónde está Renzo?

¿Está bien?

*¿Vienen a por mí porque encontramos a Cecilia muriendo?
¡¿Qué está pasando?!*

No podía racionalizar una respuesta a ninguna de mis preguntas. Me bombardeaban mientras la adrenalina entraba en acción. Respiraba demasiado rápido por la nariz, y mis senos paranasales ardían con la rápida inhalación sobre el olor a rancio del trapo que habían usado para asegurar mi silencio. Mientras mi corazón se aceleraba con miedo y rabia, perdí el control de cualquier calma, cualquier estabilidad en la que pudiera confiar en este momento.

No podía entrar en pánico. Tenía que mantener el control de mis emociones. De mi cuerpo. Cuanto más repetía ese mantra, me alejaba de la montaña rusa de pánico y shock.

De dormir a ser llevada. Era un latigazo mental, pero luchaba contra el terror abrumador que amenazaba con hacerme paralizar.

Me sacaron apresuradamente de la casa de vacaciones de los Bernardi y me echaron en el asiento trasero de un coche.

Conducía otro guardia, y lo reconocí como uno de los brutales empleados de la Familia de Renzo.

Por el amor de Dios. Miré con odio a los otros tres hombres. Dos me rodeaban mientras yo estaba en el asiento trasero, y el más alto había tomado el asiento del copiloto al frente. Los cuatro hombres trabajaban para la Familia de Renzo. Me habían secuestrado soldados de Bernardi. Me habían llevado mientras dormía en una residencia de Bernardi.

Mi ira cambió. Una profunda y ardiente furia empezó a llenarme.

Como si necesitara un maldito recordatorio de que soy la enemiga. No quería saber cómo Giovanni supo que estaba durmiendo con su hijo. Mi madre se había enterado de una asociación. Había recibido noticias de que estaba con Renzo cuando los griegos intentaron detenernos en el camino. Si ella podía enterarse de que estaba cerca del enemigo, parecía justo suponer que Giovanni también se daría cuenta de la situación.

Que me secuestraran para mantenerme alejada de su hijo no me sentaba bien. Para nada. Oí lo dominante que era Gio cuando Renzo me dejó escuchar la llamada en el coche. Esa conversación me dijo lo suficiente sobre qué tipo de Don de la mafia dominante y controlador era él.

Quizás fue estúpido de mi parte pensar que Gio podría simplemente llamar a Renzo y decirle que me sacara de su villa.

O tal vez Gio sabía mejor que su segundo hijo rebelde e independiente lo escucharía.

Pero llevándome así, ¿eh? Miré hacia adelante, dejando que mi furia me mantuviera cálida por dentro.

Esto es una tontería. Sin embargo, podía estar más tranquila sabiendo que Renzo debía estar a salvo. Ahora que había identificado a quienes me habían llevado, podía relajarme con el conocimiento de que Giovanni no heriría a su propio hijo. Castigarlo, sí. Parecía que el primer castigo era robarme directamente de la cama que había compartido con él.

Y, aun así, seguía furiosa. Durante todo el largo trayecto hacia la ciudad que ambos llamábamos hogar, hervía de rabia. Era una absoluta tontería que me sacaran de la cama de la manera en que lo hicieron. No era una criminal cualquiera. No tenían que forzarme a entrar en este coche y transportarme así.

Lo que dolía aún más era cómo me había quedado dormida con las fantasías de que podía creer en Renzo. De alguna manera, tendríamos la oportunidad de estar juntos. Que podríamos vivir como una pareja en el futuro. En ese mundo de fantasía, sería la amante de Renzo. Su esposa, incluso, la Sra. Giulia Bernardi, al perder el tinte de asociación con mi madre al

renunciar al apellido Acardi.

Me había quedado dormida con esa visión soñadora. Tendría a mis hermanas bajo su protección, y seríamos una familia feliz. Y como esposa de Renzo, yo dominaría a estos soldados de Bernardi. Me escucharían. Tendría el derecho de decirles lo que quisiera.

No ser transportada como una prisionera encadenada.

No estar atrapada y silenciada.

Todo el viaje de regreso a la ciudad se sintió largo, y cada vez que me movía para estar más cómoda con las manos atadas con una brida, los guardias a mi lado me lanzaban miradas sucias.

Levanté la mano para mostrarles el dedo medio. Cuando uno sonrió, divertido, odié haberle dado la satisfacción de ver lo irada que estaba.

Cálmate. Solo mantén la calma y espera para desatarte contra todos cuando lleguemos.

No era un gran plan, pero lo seguiría. Mientras me transportaban, dejé que mi ira se acumulase dentro de mí para poder liberarla en el momento oportuno. Finalmente llegó. Estacionado en una entrada que debía ser la parte trasera de la mansión de los Bernardi, el motor se apagó y los hombres salieron del vehículo.

Dos de ellos se encargaron de mi salida, pero en cuanto mis pies tocaron el suelo, me dejé caer. Aprovechando mi peso muerto para sorprenderlos, me agaché más para deslizarme bajo sus brazos.

Desafortunadamente, otro soldado estaba listo, y su agarre al derribarme definitivamente dejaría moretones en mi espalda y trasero. Juntos, los soldados me pusieron de pie y el nuevo me llevó adentro.

Se movieron tan rápido que me costó seguir el camino que tomamos, pero me di cuenta de adónde querían llevarme.

Descendimos en la casa, no subimos. Me llevaron por escaleras, no a habitaciones amuebladas.

En un sótano parecido a una mazmorra, el imbécil que me cargaba sobre su hombro se detuvo. Luego se inclinó hacia adelante y arrojó mi cuerpo contra el duro suelo de cemento.

Jadeé a través de la mordaza, y la rápida inhalación de aire con olor metálico intensificó la irritación en mi boca y garganta.

El dolor recorrió todo mi cuerpo, y mientras el latido sordo irradiaba desde el impacto de la caída sobre mi trasero y costado, hice mi mayor esfuerzo por ignorar la sangre seca en el suelo. Los olores a orina y excremento flotaban en el aire, y ni me molesté en preguntarme dónde estaba.

Me habían llevado a una celda. Probablemente, un lugar sin salidas fáciles. Algún sitio donde habían torturado y matado a innumerables personas antes.

No estaba preparada para que un hombre avanzara y cortara mi mordaza. Otro lanzó una botella de agua hacia mí, pero no me apresuré a beberla.

“¿Está envenenada?”, gruñí.

“¿La maldita tapa no está rota, perra?” El hombre que dijo eso salió de la habitación, sacudiendo la cabeza y quejándose de lo ingrata que era.

“¿Esto es lo que obtengo por acostarme con él?”, pregunté a los demás. “¿Torturada y asesinada solo porque dormí con él?”.

“Cállate”, advirtió uno de ellos, echando un vistazo por encima del hombro hacia la puerta cerrada.

¿De qué tiene miedo? Solo están haciendo su trabajo. No les importa. Les dijeron que me trajeran aquí, y eso es todo.

“¿Gio puso un maldito contrato de asesinato sobre mí? ¿Porque una estúpida rivalidad antigua entre nuestras Familias nos convierte en enemigos?”, bufé, dejando caer la botella de agua de mi regazo y rodar lejos.

“Cállate”. El soldado lo repitió con tanto énfasis que fruncí el ceño. Levantó el suyo y abrió los ojos más con la orden.

¿Está tratando de decirme algo? Estaba tan harta de los hombres que me daban órdenes y me decían qué hacer. Ya había cedido lo suficiente con Renzo como para confiar en él, para querer creer en él. Pero no bajaría tanto la guardia como para asumir que este soldado de Bernardi estaba tratando de darme un consejo útil.

“Bueno, sé que es mejor no malgastar el aliento y la energía gritando por ayuda”. No pude evitar que el sarcasmo saliera. Probablemente era un mecanismo de defensa, una forma de evitar darme cuenta de lo grave que era mi situación.

“No...”. El otro soldado se calló cuando la manija de la puerta giró.

Ambos hombres se volvieron para ver a otros entrar en la celda, y a medida que entraban, me asusté. Ahora, me sentía aterrorizada. Con estos soldados de Romano entrando en mi espacio, me di cuenta de lo que estaba pasando.

Giovanni Bernardi debió haberse enterado de que Renzo estaba conmigo, la supuesta enemiga, cuando todo lo que intentaba hacer era identificar al asesino de Luka y de mi padre. Estaba intentando ayudar. Estaba arriesgando la ira de mi madre para apoyar a su Familia y asistirles libremente en este misterio.

Pero Giovanni no había intervenido y me había apartado del lado de Renzo.

Había llegado al extremo de decirle a los Romano que me recogieran.

¡Maldita sea!

Estos Romano solo podían estar aquí por una maldita razón. Nickolas venía por su prometeda. Estaba enviando a sus hombres aquí para recuperarme, y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Correr de ellos sería imposible.

Atacarlos sería inútil.

Me superaban en número. Tenían armas.

Estaba bien y verdaderamente jodida, atada y capturada para ser enviada al hombre sádico con el que mi madre quería que me casara para que pudiera engañarse aún más con la posibilidad de tener poder y más dinero.

“Bien”. Uno de los soldados Romano reconoció mi presencia con un breve asentimiento. No me hablaba mientras tomaba en cuenta la prueba visual de que me habían traído aquí. Estaban colaborando en todo esto. “Agradecemos que la hayas encontrado”, le dijo al guardia Bernardi que había sugerido firmemente que me callara.

“Nos la llevaremos pronto”, les dijo, liderando a su grupo de soldados fuera de la celda una vez más.

Ambos soldados Bernardi se fueron con ellos.

Cuando la puerta se cerró con un estruendo, me dejaron completamente sola.

Atrapada con la compañía de mis peores temores haciéndose realidad, me aferré a la estúpida idea de que me habían robado.

Desearía haber tenido más tiempo con Renzo. Besar sus labios autoritarios. Sentir su cuerpo duro y fuerte abrazando el mío. Y derretirme bajo el consuelo de su mano apretando la mía mientras conversábamos.

No fue suficiente. Quería más con él. Lo quería todo con él. Una vida juntos.

Pero eso era todo lo que podíamos tener.

Tan pronto como esos hombres regresen, me llevarán a mi prometido. Me mantendrán en algún lugar para asegurar que me quedara quieta y me comportara hasta que consideraran que estaba lista para nuestra boda.

Que les den.

Me mataría antes de convertirme en la esposa de Nickolas.

Pertenezco a Renzo, con mi corazón, cuerpo y alma.

Ningún otro hombre ocupará su lugar mientras viva.

RENZO

“¿Giulia?”, llamé mientras buscaba por la casa. Este lugar era amplio, diseñado para organizar fiestas grandes y alojar a grandes grupos de invitados al mismo tiempo.

No sabía por qué ella se había aventurado o se había dado un tour por su cuenta. No me importaba si lo hacía. Esta mujer ya estaba colándose en mi corazón, así que parecía ilógico preocuparme si se sentía curiosa y quería investigar.

Cuanto más avanzaba por la casa, más crecían mis sospechas. No se había activado ninguna alarma. Me había asegurado de mantener el sistema de seguridad encendido porque no había guardias cerca para ofrecer respaldo. No sería tan estúpido con su seguridad.

Sin embargo, parecía que alguien había entrado. No solo eso, sino que lo habían hecho con acceso para desactivar y reiniciar el sistema de alarma.

“¿Qué diablos?”, murmuré para mí mismo. Su arete seguía en mi bolsillo. Tan pronto como vi la cama vacía y encontré su joya, me vestí y salí a buscarla. Este pequeño pedazo de metal brillante parecía ser todo lo que quedaba de ella. Como si se hubiera desvanecido en el aire.

“¿Dónde demonios estás?”, susurré a la casa vacía y silenciosa.

Si no hubiera intentado irse por su cuenta, intimidada por la profundidad de mis sentimientos hacia ella, o viceversa, entonces alguien tuvo que haber venido aquí y se la llevó. Precisamente para evitar mi interferencia. Y con cautela para evitar activar el avanzado sistema de seguridad con el que estaba equipada esta casa.

Mientras consideraba la idea frustrante de que alguien podría haber estado observándonos, espiándonos para saber que había tomado esa llamada afuera con Dean, dejé que mi enojo se acumulase. La necesidad de destruir algo me llenó, así que cuando los sonidos del panel de alarma siendo activado llegaron a mis oídos, me dirigí allí con mi arma en mano.

Arranqué la puerta de golpe, interrumpiendo al guardia que estaba ingresando los números. En el umbral estaba Giovanni. Levantó las cejas al verme, expectante como siempre, y terminó su llamada. Siempre en el teléfono. Siempre en acción en algún lugar y de alguna manera como el líder remoto de todos nosotros.

Entró, y yo entrecerré los ojos ante su expresión severa, casi molesta.

“Sí. Eso funcionará. Te llamaré de vuelta en breve”. Bajó el dispositivo mientras entraba en el vestíbulo, mirando alrededor del espacio. No tenía la impresión de que estuviera buscando algo. Más bien, parecía dudar en confrontarme.

“¿Qué demonios haces aquí?”. Había venido por una razón. El hombre estaba demasiado ocupado para hacer un viaje de tres horas sin motivo.

El momento de su llegada me puso en alerta. Había llegado justo después de descubrir que Giulia estaba desaparecida. Aunque ayudaba que ella no estuviera aquí, no quería que se alejara de mi lado. Más tarde o más temprano, tendría que empezar a hacerle saber que Giulia estaría conmigo, pero eso no sería hoy.

“Vine a hablar contigo”.

Negué con la cabeza. “¿Cómo diablos supiste dónde estaba?”. Una vez que las palabras salieron de mi boca, gruñí y levanté la mano para detenerlo de responder. “Olvídalo”. No sería difícil rastrearlo. Todos los vehículos podían ser rastreados. No le había gustado mi explicación de que estaba dejando la ciudad, y apuesto a que en cuanto le di un proverbial ‘jódete’ al salir de la ciudad contra sus deseos, rastreó mi ruta.

“No debes mezclarte con esa mujer”.

Entrecerré los ojos. “¿Qué mujer?”.

“No te hagas el estúpido conmigo”, advirtió, bajando la voz y sonando más siniestro. “Sabes de quién carajo estoy hablando”.

Dejé mi arma y crucé los brazos. “Ilumíname”.

Se acercó rápidamente, pero no me eché atrás ante su avance apresurado. Haría falta mucho más para intimidarme que mi padre frunciendo el ceño y apresurándose hacia mí con ira.

“No tengo que iluminarte, malcriado”.

“Pensé que ahora debía ser el segundo al mando”, repliqué.

“¿Entonces actúa como tal?”.

Negué con la cabeza, mordiendo mi labio al darme cuenta de que él debió haber causado la ausencia de Giulia de aquí. *Vas a pagar por eso, hijo de puta.*

“¿En qué no estoy actuando como tal? No me la paso sobre los capos como lo hacía Luka. No soy un maniaco del control. Y las cosas siguen saliendo adelante. Quizás los hombres y soldados de la organización apreciarán el respeto y tendrán una moral más alta”.

“Que se joda la moral. Ellos harán lo que decimos, y ese es el final del asunto”.

“¿Qué demonios es esto? ¿Viniste hasta aquí para quejarte de mis métodos de supervisión?”. Con un pensamiento fugaz y tentador, tomé prestada una página del libro de Giulia. La tentación de escapar y renunciar a mi papel en esta Familia Mafiosa nunca había sido tan fuerte como en este momento.

“Si quieres actuar como el segundo al mando, deberías estar enfocado en encontrar al asesino de tu hermano. ¡Te dije que vengaras su muerte!”.

“¡Lo estoy haciendo!”, lo rugí, sin importarme cuánto percibiera esto como una señal definitiva de falta de respeto. “Lo estoy haciendo, maldita sea”.

“¿Ah, sí?”. Se burló, mirando hacia otro lado mientras retrocedía un poco, como si necesitara sacudirse la frustración. “Estás buscando al asesino de Luka mientras te estás acomodando aquí con Giulia Acardi. El estrés del trabajo ya te está afectando tanto que necesitas tomarte unas pequeñas vacaciones con la hija de nuestros enemigos”.

Apreté los dientes, conteniendo el impulso de darle un puñetazo en su cara engreída. “Que te jodan. No lo estoy haciendo”.

“¿No estás cogiendo a esa mujer?”. Gruñó. “No es lo que escuché. No es lo que dijeron los testigos. Los griegos quemaron media maldita carretera persiguiéndote cuando estabas tan pillado y distraído que no prestaste atención a través de qué territorio ibas conduciendo. Imagínate mi maldita sorpresa cuando llegaron los informes de que estabas sacando a Giulia Acardi de la ciudad contigo”.

“No es asunto tuyo con quién duermo”.

“¡Sí que lo es, maldita sea!”. Con las manos en puño, se acercó de nuevo como si luchara con el mismo deseo de golpear fuerte. “Es mi maldito asunto cuando la eliges a ella. ¿De toda la facilidad en la tierra, tienes que enamorarte de sus mentiras?”.

“No sabes de lo que estás hablando”.

Sonrió con malicia. Era una expresión tan perversa y maniaca que parecía desquiciado. “¿No lo sé?”. Sacudiendo la cabeza, miró hacia otro lado de nuevo y murmuró por lo bajo. “Sé más que tú. Sé, sin lugar a dudas, que no puedes mezclarte con esa mujer. Giulia está fuera de tus límites”.

“Que te jodan”.

“No. Que te jodan a ti, idiota. Ella es una mala noticia”.

Entrecerré los ojos, sintiendo cómo mi enojo crecía con cada minuto que él hablaba mal de la mujer que quería convertir en mi esposa. “No la conoces. No sabes nada sobre Giulia”.

“Sé lo suficiente para asumir”. Señalándome, su rostro estaba tenso y marcado por la furia. “Conozco a su madre. Y sé que Isabella Acardi es una mala noticia”.

“Giulia no es como ella”.

Se rio oscuramente. “¿No es como ella? ¿Qué tan estúpido puedes ser para pensar que Giulia no es simplemente una extensión de ella?”.

“Giulia no es el peón de Isabella. La odia”.

Él soltó otra risa furiosa. “¿Realmente te hizo creer eso? ¿Qué tan malditamente estúpido puedes ser? Espero que actúes como mi segundo al mando, y no lo vas a hacer cuando eres tan crédulo para ser engañado por esa perra...”.

Lo golpeé. Fuerte. Justo en el costado de la cara.

En mi visión periférica, los guardias avanzaron, tensos y listos para actuar. Pero Giovanni los detuvo. Mientras se tambaleaba hacia atrás, moviendo su mandíbula de un lado a otro y mirándome con una intención asesina, levantó la mano para apartar a los guardias.

“No tienes ni puta idea de lo que estás hablando”. Estalló, mirándome con un odio tan venenoso que brillaba en sus ojos. “No tienes idea”.

“No la tengo”, acepté con ardor. “Entonces, ¿por qué no me lo dices?”. Estaba harto de preguntarme y adivinar por qué una mujer perfecta como Giulia tenía que ser tan prohibida. Por qué tenía que vivir con la etiqueta de ser mi enemiga debido a un antiguo problema que había instaurado esta rivalidad.

“No necesitas saberlo todo. No ahora. Lo único que necesitas hacer es seguir mis órdenes. Te dije que encontraras al asesino de tu hermano y buscaras justicia. Te dije que te prepararás para casarte con Cecilia”.

Perdí el control. La risa se convirtió en una carcajada, y me detuve antes de que se volviera histérica. “¿Cecilia?”.

Entrecerró los ojos, esperando a que pasara mi risa. No podía ser tan estúpido y sordo como para no darse cuenta de que me estaba riendo de él. De todas las cosas que podía haber dicho...

Negué con la cabeza, recuperando el control sobre mi reacción instintiva.

¿Casarme con Cecilia?

Eso no iba a suceder. No habría sido una opción para mí seguir adelante con eso incluso si ella no hubiera sido apuñalada. Mi corazón pertenecía a Giulia, sin importar lo que cualquiera dijera al respecto.

“Me seguiste. Tenías que saber exactamente dónde estaba”, dije mientras mi burla oscura se desvanecía.

“¿Y qué?”, exigió.

“Debes saber que fui a la villa de los Romano”.

Levanto la barbilla. “Lo sabía. Los hombres vieron la ruta que tomaste. Quería asumir que esos rumores sobre que tenías a Giulia contigo eran falsos y que solo estabas parando para ver a tu prometida, ya que la habías encontrado”.

“Ella nunca fue mi prometida”, escupí. “Nunca la pedí”.

“Yo lo pedí en tu nombre”.

Esto es estúpido. Era inútil discutirlo ahora.

“¿Ah, sí? Bueno, ella está muerta.”

Se congeló, mirándome fijamente.

“Cecilia está muerta. La encontré apuñalada en ese lugar”.

“¿Muerta?”. Se puso serio rápidamente. Su ira se desvaneció, aparentemente reemplazada por algo parecido a la preocupación.

Preocupación.

La noticia de que Cecilia estaba muerta lo alarmó.

“Tú...”. Miró hacia los guardias, casi como si deseara que alguien más manejara la situación por mí. Como si no supiera qué hacer con esta noticia. “No puedes. No lo hagas, Renzo. Mantente alejado de esa mujer”. Se dio la vuelta para irse. “Mantente alejado de los Acardi. Nunca escaparás de su ira”.

“¿De la ira de Giulia?”. Lo seguí, apresurándome mientras los guardias corrían hacia la puerta para abrirla por él. *Giulia no tenía ira.*

“Déjala en paz”, advirtió.

“¡Gio!” Intenté agarrar su brazo, pero se apartó de mi alcance. “¿De qué estás hablando?”.

Salió afuera, dirigiéndose al coche en el que había sido traído.

“¡Gio!”. Lo grité, furioso con sus acertijos. “¿Dónde está ella?”.

No quedaba ninguna duda en mi mente. Tenía que saber dónde estaba. Con el uso del sistema de seguridad aquí y el rastreo del coche, probablemente era él quien había organizado su secuestro, justo bajo mi nariz. Aparte de atacarlo de nuevo y derribarlo para sacar respuestas a golpes, no tenía opciones. Estaba perdido, suspendido en la oscuridad, con demasiadas preguntas que él no respondería.

Los guardias me superarían en número y se pondrían del lado de su líder si usaba violencia contra él. Y esa era una demora y un obstáculo que no necesitaba cuando encontrar a Giulia era mi objetivo.

Para cuando llegué al último escalón del camino, corriendo hacia la entrada, las puertas se cerraron de golpe y el coche aceleró rápidamente.

Lo miré mientras se alejaban, respirando con dificultad. Estaba furioso, hirviendo y gruñendo con esta furia viva que ardía dentro de mí.

No entendía qué demonios estaba diciendo, pero tenía que saber algo sobre dónde estaba ella.

En lugar de enfurecerme y no hacer nada, me apresuré hacia mi coche y me metí para regresar a casa a toda prisa.

No iba a rendirme con Giulia. Nunca lo haría.

Si Giovanni no me decía nada útil sobre dónde podría estar, tendría que buscar en otro lado.

Le preguntaría a Dario. Isabella no era de confianza. No necesitaba que Gio me lo dijera. Sabía que ella era sospechosa.

Giulia había hablado muy bien de su tío. No estaba seguro de si respetaría al hombre después de saber que había enviado a su sobrina a espiar en ese club, pero ella parecía más dispuesta a escucharlo a él que a escuchar cualquier cosa que su madre dijera.

Me pondría en contacto con él. El hermano Acardi sobrante. Una vez que agarré mi teléfono, le pedí a Dean que rastreara al tío de Giulia. Tenía que ser más confiable que Isabella.

Tan pronto como pudiera reunirme con el hombre, le advertiría sobre todo lo que había ocurrido. Merecía saber que el hombre con el que Isabella había arreglado a Giulia podría haber hecho algo que nadie apoyaría. Nickolas podría haber tenido relaciones con su propia hermana. Y los Acardi no querrían que alguien así se uniera a su Familia. Le diría a Dario cualquier cosa para recuperar a Giulia.

“Maldita sea”. Me pasé la mano por la cara y me concentré en acelerar todo lo que pudiera.

La situación empeoraba minuto a minuto.

Solo podía rezar para que Giulia estuviera a salvo y haciendo todo lo posible para sobrevivir en su camino de regreso a mí.

GIULIA

Cuanto más tiempo esperaba en la celda, más se desvanecían mis esperanzas. Me había decidido. Moriría antes de convertirme en la mujer de Nickolas. Pero no tenía idea de cómo hacer que eso sucediera.

Renzo sabía que estaba desaparecida. Habían pasado horas, y se habría dado cuenta de que la cama estaba vacía a los pocos minutos de haber sido tomada de esa villa de los Bernardi.

Y si sabía que faltaba, estaría decidido a encontrarme.

Pero luego, ¿qué?

Su Familia fue la que me secuestró. Tenía que suponer que esto era obra de Giovanni. Él era quien daba las órdenes. Aún no estaba retirado, y según esa llamada que escuché, no parecía confiar en Renzo ni estar de acuerdo con su estilo de asumir lo que Luka solía manejar.

Si Renzo se enteraba de que los hombres de su Familia me habían sacado de esa casa, ¿qué podría hacer al respecto?

Era demasiado pronto para que Renzo hubiera obtenido la lealtad de alguno de los hombres. No había forma de que pudiera imponerse sobre los hombres de su padre. Mientras Gio estuviera a cargo, ordenaría a estos guardias que me mantuvieran aquí y me entregaran a los Romano.

A Nickolas.

No. Tengo que escapar.

No podía imaginar estar con ese hombre. Ni por un segundo. Ahora que sabía lo bien que estaba con Renzo, no quería que nadie más me tocara.

Hasta ahora, sin embargo, estaban demorando. Me movieron de una celda a otra, y aunque esta tenía una puerta que se podía cerrar y bloquear, la dejaron abierta. Una pequeña misericordia era la ausencia de sangre y excremento en el suelo, pero esto no me haría sentirme cómoda de todas formas.

Tenía que mantenerme alerta, a pesar de que los soldados bebían y esnifaban cocaína en el pasillo más grande fuera de mi celda. Con la puerta abierta, podía oírlos y verlos mientras pasaban, y me incitaban a unirme a ellos más de una vez.

“¿Estás segura de que no quieres relajarte un poco?”, bromeó un soldado de los Romano. “Escuché que a Nicky le gusta duro y áspero”. Los demás rieron junto con él. “Podría facilitar las cosas cuando te rompa.”

Mantuve los labios apretados. No obtendrían respuesta de mi parte. No les daría esa satisfacción.

Mientras esperaba a que hicieran un movimiento o me trasladaran, intenté aferrarme al mayor

sentido de calma que pudiera. Tenía que ser lógica y alerta, no emocional y asustada. El terror corría por mí. Estaba absolutamente aterrorizada, pero no podía mostrarlo ni dejar que me afectara.

“Eh, todavía están en la reunión”, dijo uno eventualmente cuando discutían si debían empezar más líneas de cocaína o si tendrían que moverme a la residencia de los Romano. “Ellos siempre tienen sus reuniones y cosas. Recibiremos un mensaje cuando tengamos que llevarla al coche”.

El ‘ellos’ al que estos hombres se referían tenía que ser Nickolas o Marcus Romano y Giovanni Bernardi. Debería haber sido un consuelo saber a quién podía odiar y culpar por separarme de Renzo. Pero no me consolaba mucho. Apenas importaba quién había conspirado para mantenernos separados a mí y a mi amante. El detalle más importante en el que tenía que concentrarme era salir de esta situación y evitar estar en custodia de los Romano en absoluto.

La cara de Renzo permanecía en mi mente, y cuando pensaba en la fuerza que ese hombre me daba, me sentía más segura por dentro. Solo pensar en él ayudaba a mi corazón herido. Cuando reproducía las dulces y sinceras palabras que había compartido conmigo, mi determinación para salir de aquí aumentaba.

“Siempre te necesitaré”.

No dudaba de él. Creía en Renzo cuando juraba que su afecto y deseo por mí serían permanentes. Podríamos haber comenzado con un romance pasajero, poniéndonos cariñosos en la boda y luego cuando se coló en mi casa, pero se había desarrollado sólida y constantemente en algo mucho más duradero.

Algo como el amor. Para siempre.

No tuve la oportunidad de pensar y soñar con él. Mis fantasías de que él entrara aquí y me rescatara se desvanecieron.

Al oír que las puertas se abrían más abajo en el pasillo, me enderecé. Aunque no era un alboroto, los hombres que estaban bebiendo y esnifando cocaína se movieron. Parecía que algunos se estaban yendo o esperaban salir.

¿Otra persona venía? ¿O se iba? No podía seguir todo lo que decían, y con solo comentarios parciales, me di cuenta de que probablemente estaban hablando por unidades de comunicación en sus oídos.

“Vamos a buscar al intruso”, dijo uno de los hombres de Bernardi, haciendo un gesto para que sus compañeros guardias fueran con él. Se detuvo, mirando a los soldados de Romano. “Supongo que te asegurarás de que ella se quede aquí, ¿no?”.

“Oh, sí. Descuida, lo tenemos cubierto aquí abajo”.

Después de que los soldados de Bernardi se fueron a tratar con el incidente del intruso, perdí la esperanza. No podía haber sido Renzo. Lo habrían identificado como alguien distinto a un ‘intruso’.

Cuando los guardias de Romano entraron en mi celda, me tensé.

Olvídate de tener esperanza y mantener la calma.

Meforcé por respirar con calma mientras el pánico me invadía. Estaba en sus ojos. El brillo travieso y codicioso que se encendió allí me dijo suficiente. Su rápida y decidida aproximación prometía que estaban decididos a compartir mi espacio aquí. Cuando el líder desabrochó su cinturón y bajó la cremallera de sus pantalones, me arrastré hacia atrás en el suelo.

Mis muñecas seguían atadas, pero mi boca no estaba amordazada. Podía patear con mis pies libres.

“¿Qué...?”. Me detuve de preguntar. Lo sabía. No era estúpida. Se estaban agrupando contra

mí aquí. Ahora que los guardias de los Bernardi se habían ido, estos de Romano querían una muestra.

“Tiene que seguir siendo virgen”, advirtió uno de ellos mientras sacaba su erección de sus pantalones.

“Pero eso no significa que no podamos follar ese culo apretado”, dijo otro mientras me forzaba a ponerme en manos y rodillas.

Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas mientras resistía. Se abalanzaron sobre mí tan rápido, los tres ansiosos por violarme de la mejor manera que pudieran sin tocar mi vagina, reservada para su jefe.

Uno me tapó la boca con su mano mientras levantaban mi camisón. Mis bragas fueron arrancadas después, sin importar lo ferozmente que pateara y me retorciera para liberarme.

Bloquearon la puerta a medida que se apresuraban a entrar. Atada y siendo más pequeña, estaba indefensa ante los tres que se me venían encima.

“Quiero follarla primero”, dijo el más alto mientras apartaba a uno de los hombres.

Caí al suelo, incapaz de amortiguar el golpe con las muñecas atadas. Los dolores en mis rodillas no duraron mucho. Todo lo que podía sentir era el terror absoluto de lo que me harían. Antes de poder levantarme por mi cuenta, el líder me agarró del pelo y me tiró a mis rodillas ensangrentadas.

“Abre la boca, perra”. Golpeó su pene contra mis mejillas, y apreté más los labios. Las lágrimas se deslizaron por mis ojos. Su agarre en mi cabello era brutal, desgarrando mi cuero cabelludo, pero no lloraría. No abriría la boca para que me violara. El único pene que quería en mi boca era el de Renzo. Y si este imbécil intentaba forzarme, lo mordería. Fuerte.

“¿Qué está pasando aquí?”.

El sonido de la voz del guardia de Bernardi fue mi salvación. Había vuelto a las celdas, frunciendo el ceño ante los hombres de Romano que rápidamente metieron sus miembros en sus pantalones. El hombre que me agarraba del pelo lo guardó antes de enfrentarse al soldado de Bernardi, pero no me soltó.

“La perra estaba contestando”, explicó, tirando de mi cabello para levantarme más.

Grité al ser levantada, y cuando levanté ambas manos para clavar mis uñas en su mano, otro grito llegó a mis oídos. No era mío.

Sino de otro prisionero.

Habían capturado al tío Dario. Debía haber sido el intruso del que los Bernardi fueron alertados para recuperar. Con un empujón brusco, lo dejaron caer al suelo cerca de mí.

“¿Dario?”, susurré, atónita y triste de que él estuviera aquí. Que trataran a un hombre discapacitado y debilitado tan brutalmente.

“Déjala en paz”, ordenó el guardia de Bernardi. Era mayor, más alto, y aunque no reconocí su rostro ni su voz, tuve la impresión de que él estaba a cargo aquí abajo.

Bajo su mando, los hombres salieron. Fue un momento afortunado, pero no tuve tiempo de pensar en la bendición de haber sido salvada de la violación.

“Tío Dario?”. Me humedecí los labios secos y tragué con fuerza mientras me apresuraba hacia él. Mis rodillas dolían, punzando con pinchazos de dolor en los rasguños y también el dolor irradiado de una herida más profunda. Me arrastré hacia él jadeando en el suelo. Tan pronto como llegué a él, lo giré de lado y me estremecí al ver la paliza que había recibido.

Lo habían lastimado, causándole contusiones que se hincharon y pequeños rasguños que le marcaban la cara. Se giró, respirando con dificultad. Sentí el calor de la sangre en su estómago antes de poder ver dónde estaba herido.

¡No!

“Tío Dario. ¿Qué pasó?”. No necesitaba que me explicara que le habían disparado. Era evidente. Mientras se movía, con una mueca de dolor, vi el agujero en su camisa, un hueco que ahora estaba manchado de sangre.

“Yo estaba...”.

Parpadeé para contener las lágrimas que quemaban mis ojos. No merecía esto. Fuera lo que fuera, él no merecía este trato. Yo tampoco merecía la basura de su secuestro, pero ahora no era el momento de quejarse por la injusticia de todo.

“Estaba tratando de encontrarte. Isabella hizo planes, y no podía dejar que lo hiciera”.

“¿Para que yo me case con Nickolas?”.

Él luchaba por respirar. No podía estar segura de si me había escuchado, si lo entendía. Acababa de presenciar la muerte de Cecilia, y no podía creer que ahora estuviera aquí, sosteniendo a mi tío mientras parecía acercarse a las puertas de la muerte también.

Abrió los ojos, entrecerrándolos mientras se esforzaba por superar el dolor. “Debes irte. Lleva a tus hermanas y llévatelas lejos. El nombre Acardi tiene que desaparecer de una vez por todas con esta venganza. Nunca terminará”.

“¿Qué venganza? ¿Qué está pasando?”. Le aparté el cabello canoso para despejarle la vista. “Tío Dario”, rogué, “¿qué está pasando? ¿De qué estás hablando?”.

“Llévate a tus hermanas y empieza una nueva vida. Nuevos nombres y un nuevo hogar. Intenté desviar dinero a un fondo del que tus padres nunca supieron. Inicié inversiones alternativas cuando solo era el repuesto, y ahora tú tienes que encontrarlo y huir. Lleva a las chicas y vete”.

Asentí, desesperada por hacerle saber que obedecería sus últimas voluntades. Ya había planeado dejar esta vida. “¿Pero por qué? ¿Qué está pasando?”. Demasiadas muertes. Demasiadas preguntas.

Estaba harta de no saber.

“Tu madre...”.

Lo abracé con más fuerza cuando suspiró y su respiración se desaceleró con un sonido silbante. Sangre salía de sus labios, y me di cuenta de que debían haberle disparado más de una vez. “¡Dario!”.

Asintió débilmente, despertando. “Isabella”.

“¿Qué pasa con ella?”, exigí. Sabía que tenía que estar involucrada, pero ¿cómo?

“Ella fue la primera amante de Giovanni”.

Abrí los ojos con sorpresa; no me esperaba eso.

“Sabía que tenía un matrimonio arreglado, pero pensaba que, si se acostaba con Giovanni, podría conquistarlo. Marcus ya estaba casado. Pero ella quería el nombre Bernardi y su riqueza, a pesar de que él estaba prometido a otra”.

“¿Y se acostó con él?”.

Asintió nuevamente, aún más débil. Estaba apagándose rápido.

“Quería a Giovanni para ella, pero él cumplió con su deber y se casó con Arianna como se esperaba. Nadie pudo anticipar que se enamorarían, y eso hizo que Isabella se volviera tan amargada que juró vengarse. Creo... siempre he sospechado que ella mató a Arianna hace tantos años. Como venganza porque Gio no la eligió a ella en lugar de su prometida”.

¡Santo cielo! Esto era una bomba increíble que asimilar, pero mientras dejaba que sus palabras se hundieran en mí, supe que esta tenía que ser la base de esa maldita rivalidad que me separaba de Renzo.

“Gio la amaba. A Arianna. Pero creo que Isabella la mató después de que Renzo nació. No podía soportarlo mientras estaba casada con Rocco, su segunda opción, y sufría de infertilidad hasta que tú naciste años después”.

Me llevaría un tiempo procesar este shock. No tenía tiempo para sentarme aquí y pedir una historia. “Pero, ¿qué significa esto ahora?”.

“Significa que tienes que irte. Vete, Giulia. Sálvate a ti y a tus hermanas”. Su dedo temblaba, y fue con ese temblor que sentí la necesidad de mirar hacia abajo.

Presionó un pequeño cuchillo en mi mano, y al tomarlo, entendí lo que estaba haciendo.

“Sospeché que te retenían aquí. Isabella mencionó una reunión con los Romano, y me pregunté por qué venía aquí, tan cerca de la hacienda Bernardi”. Tosió, escupiendo más sangre mientras su respiración se hacía más lenta. “Me arriesgué a que ser capturado me llevara hasta ti”.

Sollozaba, dejando que mis lágrimas cayeran sobre su camisa ensangrentada. “Oh, tío”. Traté de abrazarlo, tan agradecida y abrumada por su sacrificio final, pero me contuve de llorar.

“Por favor. Vete. Francis te ayudará a escapar. Te lo ruego, Giulia. Empieza una nueva familia. Una nueva vida. Hace mucho que lo debes hacer”. Con esos últimos ruegos susurrados, cerró los ojos. Una vez, y luego dos veces más, exhaló.

Se fue.

Muerto.

Miré hacia abajo al único pariente que alguna vez intentó defenderme. El hermano de repuesto, considerado inferior en comparación con mi padre cuando era el patriarca. Pero también, el único hombre que había intentado criarme con valentía bajo la atenta mirada de mis padres.

Vete.

Me lo había rogado con su último aliento, y no podía hundirme en un pozo de desesperación ahora. Lo lloraría. Me dolería perder a este hombre generoso, pero primero debía cumplir sus últimas órdenes.

Puse el mango del cuchillo entre mis dientes y serré las ataduras que me mantenían las muñecas unidas. Tardó más de lo que quería, y con las lágrimas que nublaban mi vista mientras miraba el cadáver de mi tío, me esforcé por trabajar más rápido.

Tenía que escapar. No podía dejar que su sacrificio fuera en vano.

Tan pronto como las ataduras se rompieron, liberadas por mi corte apresurado, bajé los brazos y sacudí los dolores. Mis extremidades estaban entumecidas, pero mientras la sangre volvía a circular y mis músculos se movían libres de la opresión, agarré el cuchillo una vez más.

Lo empuñé en mi mano, preparándome para partir.

Tendrían que regresar pronto.

Y ese sería mi momento.

Lo siento, tío Dario.

Miré su cuerpo sin vida, abrumada por la tristeza y el remordimiento de haberlo perdido así y tener que dejarlo aquí. No podía arrastrarlo conmigo para darle un entierro adecuado y despedirlo. No podía pasar otro momento rezando por él y contándole mis penas.

Esperé. Tensa y lista para luchar, me pegué a la pared junto a la puerta.

En el momento en que alguien tocó el picaporte, tensé mis músculos y contuve la respiración.

La puerta se empujó y salté hacia adelante, con el cuchillo delante de mí.

Era solo uno. Un solo guardia de los Romano. Al ver que era el hombre que me había abofeteado con su pene, me agaché más y retiré la mano, solo para hundir el cuchillo

nuevamente, hacia arriba, cerca de su ingle.

Como lo había tomado por sorpresa, su reacción se retrasó. No era tan ingenua como para suponer que podía ser tan fácil. Ya estaba alcanzando su arma. Con mi golpe afortunado cerca de su entrepierna, probablemente cortando algo allí abajo, lo dejé casi sin habla. Pero por si acaso, me levanté y le sujeté la cabeza para estrellar su cara con un golpe ascendente de mi rodilla.

Luego corrí. Con el cuchillo ensangrentado de Dario, subí las escaleras y me negué a detenerme hasta llegar a un escondite.

Ya ningún lugar parecía seguro. Solo me sentía segura en los brazos de Renzo. Pero corrí desde la casa de su familia, sabiendo que necesitaría crear mi propio refugio en algún otro lugar del mundo, lejos del drama y el peligro que saturaban nuestras vidas aquí.

RENZO

Para cuando llegué a los límites de la ciudad, me sentía como una bomba a punto de explotar. La frustración crecía dentro de mí. Acelerando lo más rápido que podía, trataba de mantener el control y no dejar que esta urgencia me abrumara.

Estaba impaciente por llegar a casa y averiguar dónde Giovanni podría haber llevado a Giulia y dónde la estaría reteniendo. No me molesté en llamarlo. Exigirle que me dijera algo sería una pérdida de tiempo.

Ya había tomado su decisión. Se aferraría a sus viejos rencores con Isabella y el nombre Acardi, sin importar lo inocente que fuera Giulia en lo que fuera que lo hubiera enfurecido en el pasado.

No era culpa de ella ser una Acardi. Tampoco era culpa mía haber nacido Bernardi. Cualquiera que fuera la razón de su juicio y prejuicio, no tenía nada que ver con lo que Giulia o yo hubiéramos hecho en el presente.

Dean me llamó cuando me acercaba a la finca principal de los Bernardi, donde vivía Gio, donde solía vivir Luka, y contesté, esperando que tuviera información para mí.

“¿Qué pasa?”, pregunté después de saludarlo secamente. No tenía que preocuparme por herir sus sentimientos siendo brusco. Él era igual de taciturno.

“Tienes que venir a la casa”, dijo. Un sonido de movimiento al otro lado me confundió. Era casi como si estuviera cubriendo el teléfono y yendo rápidamente a algún lugar.

¿Está tratando de esconderse? ¿De moverse a escondidas?

“Tengo información, pero es mejor que vengas aquí y veas... lo que encontré”.

Acepté y colgué mientras aceleraba aún más. Si algún policía se atrevía a detenerme, lo lamentaría. Nada podría impedirme obtener información que me llevara de vuelta a Giulia. Nada.

Frené tan bruscamente que los neumáticos chirriaron contra el pavimento. Aparqué de manera desordenada, agarré mi teléfono y corrí hacia dentro. Ningún guardia me detuvo. Nadie me llamó.

Corrí adentro, buscando a Dean. Me había indicado que viniera aquí, pero no me dijo a dónde ir.

Gritar por él no parecía prudente. Desde que golpeé a Gio, sentía que me había convertido en una especie de enemigo. Era su hijo. Todavía era el segundo al mando, tomando el lugar de Luka, pero golpear a Giovanni era una ofensa que tendría que responder. No me sorprendería si ordenaba a los guardias que me vigilaran, para protegerse.

Claro que discutiríamos y llegaríamos a los golpes, pero con mi decisión de querer a Giulia

en lugar de simplemente asentir y seguir sus órdenes de renunciar a ella, había trazado una línea irrefutable entre nosotros.

“Renzo”.

Me giré, encontrando a Dean corriendo hacia mí por el enorme vestíbulo.

No estaba sin aliento, pero se movía con una necesidad implícita de apresurarse. “Por aquí”, dijo, haciendo un gesto hacia otro pasillo.

Confiaba en este hombre, y no protesté cuando me guio por la casa. Preguntarle qué estaba pasando no haría ninguna diferencia ahora. Sin decir una palabra, me apresuré con él hacia la parte trasera de la mansión.

Me llevó por las escaleras, y temía la razón por la que podría querer que me acercara a las celdas donde normalmente encerrábamos a traidores y prisioneros. Se prefería mover y mantener a nuestros enemigos y adversarios más lejos de nuestra casa principal y más grande, pero las antiguas capas subterráneas que parecían una mazmorra arcaica habían sido construidas hace muchas generaciones por una buena razón.

“Volví aquí más temprano y vi a varios soldados salir apresurados”, dijo, hablando suave y silenciosamente mientras nos movíamos más despacio en el área de las celdas específicas.

“Cuando entré para ver por qué los hombres podrían haber salido corriendo de la entrada, que solo es accesible desde aquí, encontré esto”. Señaló el suelo dentro de una celda, y contuve el aliento al ver una mancha oscura en el cemento.

Sangre.

Alguien había sido gravemente herido aquí. Mi primer pensamiento fue Giulia. Si ella era la que había sido herida y estaba desangrándose aquí...

“Allí”. Dean no me pedía que mirara los grandes charcos de sangre aun secándose, sino un pequeño objeto cerca de la pared trasera.

Me acerqué, entrecerrando los ojos y preguntándome qué era lo que le preocupaba.

Al agacharme, el aire volvió a atascarse en mis pulmones.

Lentamente, extendí la mano y recogí el pequeño pendiente de diamante.

El pendiente de Giulia. La otra mitad del par estaba en mi bolsillo. Se había caído en la cama de la villa vacacional de donde la habían tomado.

Ella estuvo aquí.

Miré nuevamente hacia atrás, estremecido por la idea de que ella pudiera haber sido la persona que perdió toda esa sangre ahí.

“Ella...”.

“No he visto ninguna señal de ella en ninguna parte de las instalaciones”, dijo Dean mientras recogía el pendiente y lo emparejaba con el otro de mi bolsillo.

“Tan pronto como llegué, la busqué en todas las celdas”. Aclaró su garganta, indicándome que lo siguiera fuera de la habitación vacía.

Su informe de no encontrar a Giulia en ninguna otra parte de aquí debería haberme tranquilizado, pero hasta que la viera y supiera que estaba viva y bien, no podría librarme de este miedo.

Nos movimos rápidamente por las celdas y el pasillo que las conectaba. En nuestra prisa, golpeé una mesa rudimentaria. Los cigarros aún humeaban. Numerosas botellas de licor aún contenían alcohol. Y al mirar dos veces, vi el resto de una línea de polvo blanco.

Los guardias habían estado aquí recientemente. Si habían traído a Giulia aquí, la habrían movido rápidamente.

“¿Qué más?”, le pregunté, siguiéndolo hacia otra área de almacenamiento que probablemente

alguna vez fue una bodega de vinos antes de que se construyera una nueva.

“Él”. Dean señaló el suelo, mostrándome una gruesa mancha de sangre que había goteado de un área de armario. “Noté esto cuando pasé corriendo, y al inspeccionar más de cerca...”. Empujó la pequeña puerta y reveló un cuerpo.

No era Giulia. Saber que no la habían matado y metido en este pequeño espacio fue un alivio. Pero a ella le molestaría ver que su tío había sido tratado con tal falta de respeto.

Dario estaba desplomado en el pequeño espacio, inclinado contra la pared como si fuera un saco de huesos del que deshacerse más tarde.

“Mierda”. Me pasé la mano por el cabello, aturdido y horrorizado por la escalada de muertes aquí.

Acababa de ver morir a Cecilia. No había pasado ni un día desde que vi a esa mujer desangrándose.

Dario parecía haber recibido un final diferente, más inmediato. Escondido aquí en la propiedad de mi familia, tenía que haber sido asesinado por un soldado Bernardi. No había otra explicación para por qué estaría muerto y guardado aquí.

Pero... no podía conectar los puntos y suponer que quien mató a Dario era el mismo que había acabado con la vida de los demás. Cecilia había sido apuñalada, no disparada como parecía que había sido Dario. Y tampoco envenenada, como Rocco y Luka.

“Giulia...”. No podía pensar más allá de la confusión y la preocupación que me consumían. El miedo se acumulaba dentro de mí, y respiré profundamente para controlar el pánico que empezaba a dominarme.

“No está aquí, por lo que puedo ver”, dijo Dean, pareciendo darse cuenta de que necesitaba la seguridad directa. “Creo que estuvo aquí, si ese pendiente es suyo. Pero debe haber escapado”.

“¿Has...?”. Tragué con dificultad. “¿Has oído algo de los demás? ¿De los otros guardias y hombres?”.

Sacudió la cabeza.

“¿No has recibido ninguna orden de Giovanni?”.

Dean solía trabajar solo, casi como un agente independiente y libre, siendo mi mano derecha. No estaba atado a los deberes más estrictos de los patrulleros y capos porque se esperaba que siguiera todas mis órdenes directamente.

“No. No he oído nada directamente de tu padre. No he podido obtener ninguna respuesta de la tripulación a la que él da más órdenes, ni de nadie de su equipo de seguridad personal”. Asintió con la cabeza para indicarme que lo siguiera arriba mientras sacaba su teléfono.

Encontrar a Dario así no era el final. Había que retirarlo. Enterrarlo. Encargarse de él. Pero nada de eso importaba tanto como encontrar a Giulia.

“Vine aquí justo después de enterarme de esos informes”. Frunció el ceño, revisando su teléfono y luego frunciendo más el entrecejo mientras subíamos las escaleras de regreso al nivel principal de la mansión. “Si logro tener señal...”.

Me mantuve a su lado, mirando su teléfono mientras actualizaba las pestañas. “¿Recibiste información?”

Asintió, llevándome hacia las ventanas en la parte trasera del área de descanso. Nadie nos interrumpió. No había huéspedes aquí últimamente, y con todo el alboroto que había hecho que los guardias salieran corriendo por esa salida cerca del acceso a las mazmorras, parecía que todas las fuerzas estaban ocupadas en otro lado.

Esperé tensos y agonizantes segundos a que el teléfono de Dean se actualizara, y cuando lo hizo, me di cuenta de que estaba subiendo una copia de un documento. Un documento médico.

“El hacker pudo obtener una copia de las pruebas de paternidad enviadas para Cecilia Romano. Fueron ordenadas y pagadas por Marcus Romano”, dijo Dean, casi como si necesitara reiterar los hechos que ya conocía. Como si yo necesitara un resumen.

“¿Pruebas de paternidad?”.

Me giré rápidamente, mirando a Giovanni mientras se acercaba. Por primera vez, estaba solo. No lo acompañaban guardias Bernardi al entrar en la casa. Pero tampoco se acercó con ninguna indicación clara de que quisiera gritarme de nuevo.

El shock y la confusión se reflejaban en su rostro. Las líneas marcaban sus facciones, y con la boca abierta y los ojos bien abiertos, parecía absolutamente atónito.

“¿Para Cecilia Romano?”, preguntó, como si hablar le costara. “¿Dudas de que fuera hija de Marcus?”.

Negué con la cabeza. “Pruebas de paternidad para su hijo”.

Frunció el ceño. “¿Estaba embarazada del hijo de Luka?”.

Dean exhaló, aun deslizándose en la pantalla para lograr que se cargara. Desde que habíamos estado abajo en las celdas, se había quedado sin señal. “No”, respondió.

Estaba en la punta de mi lengua exigir saber dónde estaba Giulia. No podía contenerlo, sin importar lo sorprendido que estaba al enterarse de que Cecilia estaba embarazada.

“¿Dónde está Giulia?”, exigí. No perdería tiempo preguntando si lo sabía. Tenía que saberlo.

“Se escapó”.

¡Maldita sea! Aunque me alegraba que hubiera huido de cualquier destino que la esperara en la celda, que hubiera corrido hacia un lugar seguro, temía que esto significara que nunca la volvería a ver. Ahora, más que nunca, cumpliría su deseo de escapar para siempre, como lo había insinuado cuando le informaron sobre la posibilidad de que algún día pudiera ser la esposa de Nickolas.

“¿Por qué...?”.

Giovanni levantó la mano, frunciendo aún más el ceño. “¿Cecilia estaba embarazada? ¿Estando casada con Luka? ¿Antes?”.

Dean asintió, levantando su teléfono más alto. “Sí”.

Me giré, repasando las líneas rápidamente. Los resultados ya estaban. Y en la línea que identificaba al padre de su bebé, apareció un nombre que no esperaba ver.

“¿De quién es?”, preguntó Giovanni, acercándose para ver. Sonaba demasiado atónito, atrapado en la incredulidad, para asimilarlo.

“Rocco Acardi”, leí en la prueba desde el teléfono de Dean.

“¡Acardi!”, rugió Giovanni. Cerró los puños y me lanzó una mirada fulminante.

El padre de Giulia. Él fue quien enamoró a Cecilia mientras estaba comprometida con mi hermano. Él fue quien la dejó embarazada antes de que se casara con Luka.

Recordé las palabras furiosas y apasionadas que Cecilia escupió en su lecho de muerte. Cuando arremetió y gruñó contra Giulia, diciendo que estaría furiosa si el hijo no nacido que llevaba de su aventura con Rocco hubiera sobrevivido.

¿Porque sería un hijo? ¿Para hacerse cargo de la Familia en lugar de cualquier cosa que Giulia pudiera lograr a través del matrimonio?

No tenía sentido. Pero no tendría mucho tiempo para pensarlo.

Giovanni maldijo y se acercó a mí.

“Vete”. Se lamió los labios y sacudió la cabeza, pareciendo más asustado y alarmado. “Vete, Renzo. Debes matarla”.

Retrocedí, estudiándolo. “¿Matar a quién?”.

“Isabella”. Asintió y me agarró la mano. “Debes hacerlo”.

Ya no me gritaba, ya no actuaba como si estuviera molesto conmigo. Ahora, me miraba como si yo fuera su última esperanza.

“Está desquiciada. Está loca”. Sacudió la cabeza, murmurando más maldiciones que no podía seguir. “Ella... ella debe ser detenida antes de que mate a alguien más”.

“¿Qué?”, pregunté, mientras Dean nos miraba a ambos, tan perdido como yo me sentía.

“Ella es...”. Gimió y se pasó la mano por el cabello. “Isabella Acardi. Debe ser detenida. Se ha pasado de la raya. Primero, mi esposa. ¿Luego mi hijo?”.

Entrecerré los ojos. Mi corazón latía cada vez más rápido mientras él seguía desvariando con lo que parecía una cadena de locura. ¿O era realmente una locura? Si estaba diciendo la verdad y realmente creía que la madre de Giulia había matado a Luka...

“Explica”, ordené. “¿De qué demonios estás hablando?”.

Él agarró mi antebrazo de nuevo, como si el contacto físico lo enfatizara. “Está loca. La última vez que un hombre eligió a otra mujer sobre ella, la mató”.

“¿A quién?”. Aunque tenía una sensación horrible de quién estaba hablando.

A él. Y a mi madre.

“No me quedé con ella. Estábamos tonteando antes de que se arreglara mi matrimonio con tu madre. Y a ella no le gustó. Isabella estaba furiosa porque seguí adelante y me casé con tu madre, y se volvió demente cuando la amé. La mató, Renzo”.

La rabia me invadió. “¿Isabella Acardi mató a mi madre?”. Arianna Bernardi no vivió mucho. Solo la tuve en mi vida durante cuatro años, y solo tenía fotos y videos para recordarla, además de los pocos recuerdos que había formado antes de que muriera, supuestamente, en un accidente automovilístico.

“Nunca tuve pruebas”, admitió Gio, sacudiendo la cabeza y bajando la mirada. “Nunca pude probarlo completamente, pero a lo largo de los años, ella me dio pistas”.

“Te atormentaba”, dijo Dean, su mirada llena de furia. “Durante años, el equipo de seguridad lidiaba con sus mensajes burlones y sugerencias de que ella se encargó de la muerte de Arianna”.

Gio asintió, frunciendo el ceño.

“¿Y la dejaste vivir?”, exigí.

“Sentí que la mejor venganza era dejarla vivir sabiendo que, aun con Arianna fuera del camino, no la elegiría. Que preferiría estar contento para siempre con el recuerdo de mi esposa, mi amor, antes que molestarme con Isabella”.

“¿De verdad crees que la madre de Giulia mató a mi madre?”.

Gio suspiró. “Lo creo”.

Dean asintió, aportando su opinión en silencio.

“¿Y sospechas que también mató a Luka?”, pregunté, incapaz de creer este giro. “¿Por qué?”.

“Porque quiere atacarme. A nosotros. A nuestro nombre. De cualquier manera que pueda”. Nuevamente, agarró mi brazo, ahora con ambas manos.

No estaba seguro de si se aferraba a mí para anclarse o si necesitaba enfatizar más sus deseos.

“Debes acabar con ella, Renzo. Debes”.

Debía hacerlo. Porque si Giulia se había escapado y tenía algún plan de volver a casa, donde su madre calculadora y asesina podría estar esperándola, no podía arriesgarme a perderla también a manos de esa psicópata.

“¡Ve!”, ordenó Gio, soltándome con un empujón.

Dean asintió, corriendo conmigo mientras salíamos de la casa apresuradamente hacia la residencia de los Acardi.

Si ella estaba a salvo en algún otro lugar, haría lo que me había propuesto hacer hace mucho tiempo. Desde la recepción de la boda de Luka.

Vengaría la muerte de mi hermano, y después, me escaparía con Giulia.

No quería tener que lidiar con las consecuencias de los errores de mi padre con esa mujer.

Quería contar con mi futuro junto a la hija de mi enemigo.

Porque no estaba seguro de si había algún lugar en esta tierra que pudiera alejarnos lo suficiente de este drama retorcido y sórdido que abarcaba varias generaciones. Y ni Giulia ni yo necesitábamos ese tipo de obstáculo para nuestro amor.

GIULIA

Corrí hasta llegar a la carretera, asombrada de que hubiera podido huir descalza durante tanto tiempo. Cuanto más me alejaba de la mansión Bernardi, más decidida estaba a escapar para siempre.

Iba a regresar a casa y organizar lugares más seguros para mis hermanas. Marianna me ayudaría. A Beatrice y a Lucía les encantaba visitar a un primo lejano, y estaba segura de que podría pedirles que las mantuvieran lejos de mi madre, lejos de este lugar.

No necesitaba toda esta riqueza, pompa y alboroto que venía con ser la hija de una Familia de la Mafia de élite. A mis hermanas menores tampoco les importaba este estilo de vida.

De cualquier manera, no podía confiar en mi madre para mi vida y mi futuro. Tampoco podía confiarle la vida de mis hermanas.

Pero sabía que no estaba sola. Había confiado en el tío Dario, y ahora él se había ido. Francis sería un aliado. Y Renzo siempre tendría mi corazón y mi confianza.

Correré, y cuando sea seguro, le pediré que venga a mí. Para empezar una nueva vida fuera de la Mafia, si él puede elegir eso.

Ahora que era el segundo después de Giovanni, no estaba segura de si podría renunciar a ello. Parecía que no estaba disfrutando del cambio de ser el suplente a ser el próximo líder, el príncipe, pero entendía que el deber se definía de manera diferente para los hombres en nuestro mundo.

Primero, llegar a un lugar seguro. Luego, planear el futuro.

Hice señas para que me llevaran cuando llegué a una carretera más transitada, y me sentí agradecida por haber memorizado el número de mi cuenta para pagar el transporte.

El conductor parecía sospechoso por mi ropa ensangrentada, y aunque escondí el cuchillo del tío Dario bajo el camión, sentía su mirada fija en él. Una y otra vez, miraba por el retrovisor como si yo fuera a atacarlo.

“¿Quieres ir a... eh, al hospital o algo, señorita?”.

Negué con la cabeza.

Cuando nos acercamos a la casa, tragó saliva y se puso más nervioso. “Um. Yo... ¿Puedo, eh, detenerme aquí afuera?”. Miró las puertas y frunció el ceño, sabiendo que era una residencia de la Mafia.

“Está bien. Gracias”. No esperé a que siguiera balbuceando nerviosamente y me bajé del auto.

El guardia en la garita levantó las cejas y se apresuró a abrir la entrada. Le hice un gesto con

la mano, lo que probablemente pareció aún más extraño, pero le hice saber que al menos era capaz de reconocerlo. Como si eso me hiciera parecer menos sospechosa.

Había estado fuera casi dos días. Regresar así no daba buena impresión. No me importaba. Con una profunda determinación para evitar a mi madre y sacar a mis hermanas de aquí, levanté la cabeza y me apresuré a entrar.

“Giulia”.

Reduje un poco la velocidad cuando uno de los mayordomos se acercó. Me ofreció una nota doblada, y tuvo el buen sentido de mantener su expresión completamente neutral. Ni una sola reacción apareció en su rostro, y cuando no mostró ninguna sorpresa ante mi aspecto desaliñado, exhalé con alivio.

Tomando el papel, levanté las cejas hacia él. Había lidiado con el personal desde que mi padre murió, y era un hábito difícil de romper. “¿Está mi madre en casa?”.

Negó con la cabeza. “No. Se fue a una reunión más temprano y aún no ha regresado”.

Reuniones. Apostaría que había ido a hablar con los Romano sobre mi boda con Nickolas. Una ceremonia que no sucedería.

“Gracias. Por favor, organiza un chofer para mis hermanas”.

Asintió y se alejó.

Desdoblé el papel mientras subía rápidamente las escaleras para encontrar a mis hermanas y ordenarles que empacaran rápido. Con lo que dijo el tío Dario, estaba claro que no podíamos quedarnos aquí. No sin tener confianza en nadie.

Giulia,

Esperaré tu llamada para la seguridad. Tan pronto como reubiques a tus hermanas, contáctame y yo iré.

Francis

Suspiré, más tranquila con esta reafirmación. El tío Dario realmente había hecho todo lo que pudo. Había pensado en todo y previsto estos planes para nosotros, y contuve una oleada rápida de lágrimas que quemaban mis ojos.

Lo extrañaría. Aunque había intentado mantenerse distante, siempre había estado ahí en el fondo, ayudando y manteniéndose independiente de la influencia de mi madre.

Ya no tenía mi teléfono celular. Estaba con Renzo en esa villa de vacaciones, a menos que lo hubieran llevado más lejos de mí. Sabía que él estaría buscándome, pero no estaba segura de qué podría haberle dicho Giovanni para mantenerlo alejado de mí.

No podía preocuparme por eso. Con un teléfono de repuesto que guardaba en mi armario, un dispositivo por si acaso, añadí a Renzo a la lista de contactos. Lo llamaría en cuanto pudiera. Quería planear una reunión, pero primero lo primero.

Después de enviar un mensaje a los primos lejanos sobre el alojamiento de mis hermanas, fui a la habitación de Marianna para ordenarle que empacara.

Ya estaba haciéndolo. Beatrice y Lucía la ayudaban a guardar cosas en las maletas.

“¿Sabes lo que haremos?”, pregunté.

Corrieron hacia mí, abrazándome y empeorando la sensibilidad de los dolores donde había sido lanzada al suelo.

“Antes de que el tío Dario se fuera más temprano, dijo que nos acompañarías a un, eh...”. Marianna hizo una mueca.

“A unas ‘vacaciones’”. Beatrice hizo comillas con los dedos, pero al retroceder de nuestro abrazo grupal, notó el enrojecimiento alrededor de mis muñecas. Se llevó la mano a la boca. “¿Qué pasó?”.

Negué con la cabeza. No había tenido tiempo para pensar en lo que le diría. Tampoco era el momento de explicar.

“¿Vamos a ir de vacaciones?”. preguntó Marianna. “¿O...?”.

“Solo empaca y prepárate para irte”.

“¿Tiene algo que ver con la muerte de papá?”, preguntó Lucía.

“¿O con lo... rara que ha estado actuando mamá?”, quiso saber Beatrice.

Suspiré, deseando poder caer al suelo y simplemente evitar el estrés de todas estas preguntas. Marianna era lo suficientemente perceptiva como para notar lo exhausta y desgastada que me veía.

“Ambas cosas, imagino”. Ella llevó a las dos más jóvenes de regreso a la habitación. “De todas maneras, escucharemos a Giulia y seguiremos su guía. Ella siempre sabrá qué hacer”.

¿De verdad? ¿Lo sé? ¿Lo sabré? Su firme confianza en mí me impulsó a erguirme. Después de un firme asentimiento, respiré profundamente y empujé mi momento de debilidad. Era más fuerte que esto. Tarde o temprano, sucumbiría a la montaña rusa mental. Ver a Cecilia morir. Hacer el amor con Renzo. Ser secuestrada. La muerte del tío Dario. El alivio de escapar. Todo ello. Lo estaba conteniendo, avanzando porque no tenía otra opción, pero aún no podía permitirme relajar ese férreo control.

Solo una vez que estuviéramos en un lugar seguro, lejos de aquí, podría permitirme sentir de nuevo.

De vuelta en mi habitación, guardé más ropa en mi maleta más grande. Teníamos que irnos antes de que mamá regresara a la casa, y sin saber dónde estaba teniendo su reunión ni cuánto tiempo estaría fuera de nuestro camino, tenía que pensar rápido. Y apresurarme. Cada vez más rápido. La ropa caía y se enredaba en el cierre de mi maleta. Meter mis zapatos más prácticos en otra bolsa era un intento torpe de empacar. Mi prisa hizo que mi bolso cayera al suelo, y me estremecí. No importaba en absoluto si llevábamos muchos artículos. Solo lo suficiente para arreglárnoslas por un tiempo hasta que pudiéramos estar establecidas en otro lugar.

Ahora que estaba actuando según el plan de irme, de escapar, se sentía tan surrealista. Como si fuera otra persona la que estuviera metiendo mis cosas en las maletas apresuradamente. El momento de actuar sobre mi futuro, de elegir mi camino yo misma... me costaba creer que finalmente había llegado. Que ahora estaba lista para luchar por una vida diferente.

Quería una vida con Renzo, pero no había forma de hacer que eso sucediera.

“¿Y adónde crees que vas?”, preguntó mamá al entrar en mi habitación.

Inspiré aire y lo contuve. Me había sorprendido. Contaba con que ella estuviera fuera por más tiempo, y ese fue mi primer error. Aun así, no estaba aquí perdiendo el tiempo. No estaba ociosa. Sin mirarla, seguí guardando mis cosas en mi maleta.

“Me gustaría viajar con mis hermanas. Antes de ser una mujer casada”.

Ella resopló, entrando con calma en mi habitación. Su paso era lento pero medido, y sentir su mirada sobre mí me ponía nerviosa. Sonaba demasiado fría. Demasiado tranquila y serena, como si tuviera una confianza absoluta en que tenía todo el poder aquí.

“Oh. Ya veo. Te vas de la ciudad con ese hombre y piensas que puedes irte a cualquier lugar, ¿eh?”.

Apreté los dientes, negándome a hacer contacto visual. Si la miraba, vería la ira apenas disimulada que mantenía dentro de mí al escuchar su voz. No quería antagonizarla. El tío Dario no tenía pruebas que ofrecirme cuando afirmaba que mi madre había matado a la madre de Renzo. Pero no las necesitaba. Había crecido sabiendo cuán estratégica y cruel podía ser.

“Aún no soy una mujer casada”, le recordé, “y me gustaría disfrutar el tiempo con mis

hermanas mientras pueda”. Esto parecía la forma más fácil de desviar la conversación. La forma más segura de cerrarle la boca.

“No vas a ir a ninguna parte”. Cerró la maleta de golpe y me empujó el hombro hasta hacerme tambalear. Había dejado el cuchillo del tío Dario en el tocador del baño cuando me cambié.

Maldita sea. Estaba indefensa, y la mirada de locura en sus ojos me asustaba.

“No vas a huir así”. Mostró los dientes mientras levantaba el dedo hacia mí. El dedo temblaba, sacudido por la fuerza de su ira. “No te escaparás, embarazada de Renzo Bernardi”.

Mi mandíbula se cayó abierta.

“Sé que has estado acostándote con él, escapándote con tu amante”.

“Pero no estoy embaraz...”.

“¡Cállate!”, gritó mientras sacaba una pistola de su bolsillo y la apuntaba a mi cara. “¡Cállate, zorra!”.

“Yo...”. Sacudí la cabeza. No podía demostrar que no estaba embarazada en el mismo sentido en que ella podía suponer que lo estaba. No habíamos usado protección, pero, aun así, esta era una acusación loca a la que saltar.

“Me condenaré si mi hija obtiene un Bernardi cuando yo nunca pude”.

Porque tú querías a Giovanni. Mataste a su esposa arreglada porque él la eligió a ella en lugar de a ti.

“No vas a irte y arruinar mis planes jodidamente. Te quedarás aquí”. Me apuntó con la pistola. “Vas a abortar cualquier bebé Bernardi que tengas”. Otro empujón con la pistola. “Y te casarás con Nickolas Romano para que pueda acercarme a su padre”.

Jesús. Estaba trastornada. Escuchar sus planes para mí me llevó al límite. “Oh. Lo tienes todo resuelto, ¿eh?”.

“Sí. Siempre lo tengo resuelto”.

Aún no podía enfrentarme a ella, pero tampoco podía correr hacia un lugar seguro.

Retrásala. Espera a que se canse. Necesitaba más tiempo para reaccionar, para pensar y resolver esta situación. Mi propia madre quería dispararme, pero supongo que, a la luz de toda la violencia y muerte que había causado antes, esto no era nada.

“¿De verdad me dispararías?”. Lo dije como una afirmación en lugar de una pregunta.

Su labio superior se curvó. “Eso depende de ti. Si haces un movimiento para irte, lo haré”.

“Porque, ¿qué es una muerte más, verdad?”. Mordí el interior de mi mejilla, preguntándome si podría lograr que me dejara volver al balcón. Las puertas estaban abiertas. Si me inclinaba sobre la barandilla, ¿podría escapar así, con el riesgo de romperme huesos?

Ella se burló. “¿Una muerte más?”.

“Sí. ¿Qué es una muerte más en tus manos? Mataste a Luka, ¿no?”.

“¡Se suponía que era Cecilia! Pretendía que ella bebiera esa agua con gas”. Su cuello se tensó mientras apretaba los dientes.

Con los ojos desorbitados y furiosa, me miraba mientras volvía hacia el balcón.

“Esa maldita perra se suponía que debía morir, ¿y sabes por qué?”. Gruñó, respirando con dificultad mientras confesaba. “Porque ella estaba esperando el hijo de tu padre. ¡Su hijo!”. La última parte fue un grito. Se me erizó la piel de escucharlo. Así de aterradora sonaba.

“Ella estaba esperando su hijo”, dijo furiosa. “Un heredero, Giulia. Esa perra Romano estaba esperando al hijo, el heredero. El heredero que yo nunca pude darle”.

Era su único trabajo. Con todos los problemas de fertilidad, los abortos espontáneos y, además, solo teniendo hijas. Había fallado épicamente en darle un hijo a papá.

“Todo lo que podía hacer era tratar de gestionar los matrimonios de mis hijas para mi propio beneficio”.

Querías que me casara con Nickolas para que pudieras infiltrarte en su familia también. Para tener el poder de Marcus ahora que papá estaba muerto.

“Pero Cecilia lo arruinó todo. Ella lo estropeó todo. Una vez que diera a luz al bebé bastardo, el hijo que tu padre puso en ella, ella ya sería la esposa de Luka. Ese bebé bastardo sería pasado por un Bernardi, y me maldigo si Giovanni Bernardi alguna vez pone sus manos en la riqueza y el poder de los Acardi”.

Retrocedí, buscando la superficie lisa del balcón. En cualquier momento, ella podría perder la calma. Podría disparar, y a esta distancia, estaría muerta.

“Quería matar a Cecilia”. Mamá explicó como si fuera tonta. “Pero Luka bebió el veneno por accidente. Lo tenía todo planeado. Ella solo estaba bebiendo el agua con gas. Lo deslicé desde el área del servicio, pero ese idiota de Bernardi tuvo que beberlo en su lugar”. Sacudió la cabeza mientras su ojo parpadeaba. “Luego, en su funeral, tu padre trató de irse. Preguntó dónde estaba Cecilia. Quería ir tras ella, estar con ella ahora que accidentalmente había matado a su esposo”.

Entrecerré los ojos, uniendo las piezas del rompecabezas.

“¿Lo hiciste...?”.

Ella sonrió de forma malévola. “Maté a Rocco. Tuve que hacerlo cuando él estaba tratando de joderme y comenzar una nueva familia en otro lugar con su amante. Luego me drogué para desviar cualquier sospecha”.

“Mataste a papá”. Intenté controlar mi respiración en medio de la adrenalina del estrés.

“Lo hice”.

“Pero tú también estabas drogada”.

Ella se rio con desdén. “Para que fuera creíble. Y si te atreves a cruzarme, Giulia, si siquiera piensas en interferir con mis planes, te unirás a esa corta lista de muertes”.

“¿Eso es todo lo que he sido, eh? Solo algo para mover y deshacer para tu beneficio”.

Asintió lentamente, levantando su otra mano para sostener la pistola con firmeza. “Sí. Hasta el final”.

RENZO

Escalé por el enrejado y los soportes de las enredaderas hasta el balcón de Giulia. Se estaba volviendo una costumbre, pero no me importaba. Esta sería la maldita última vez. La próxima vez que quisiera verla, iría directamente hacia ella. No habría necesidad de ser sigiloso y acercarme a escondidas.

Ella nunca volvería aquí. No regresaría a esta casa jamás. No importaba dónde decidiéramos vivir, sería juntos, en una casa de nuestra elección.

Que se jodan Giovanni e Isabella. Fueron sus errores y malas decisiones de hace tiempo los que intentaron mantenernos separados. Y es por su pasado que ahora la gente está siendo asesinada.

Giulia no sería la próxima víctima.

Mientras llegaba al balcón y esperaba para levantarme al borde mismo, a lo largo de la pared exterior de la casa, me mantenía oculto. Una hendidura en el sistema de drenaje fijado a la pared me proporcionaba un lugar para descansar mi pie, y me quedé allí mientras Isabella seguía hablando.

Gritando y despotricando. Cada sílaba de sus arrebatos estaba cargada de desprecio, empapada de ira. No estaba irrumpiendo en una situación segura y tranquila, pero no podía esperar demasiado. Si esa mujer era capaz de matar a mi hermano y a su propio esposo, tenía que sacar a Giulia a salvo ahora, fuera del alcance de Isabella.

Había oído bastante en mi ascenso hasta aquí. Las cortinas se movían y volaban de un lado a otro con la brisa, pero servían como un bloque. A través del material vaporoso, eran visibles formas vagas. Giulia e Isabella eran figuras, enfrentándose, pero no estaban participando en ningún tipo de combate.

El ángulo de uno de sus brazos me asustó. Como si estuviera sosteniendo una pistola y apuntándola a la otra. El tono altanero de Isabella y sus palabras exigentes implicaban que ella era la que estaba amenazando a su hija, y tenía que tener cuidado de no asustarla y arriesgarme a que apretara el gatillo antes de que pudiera empujar a Giulia a un lugar seguro.

“No entiendo”, dijo Giulia.

Aprecié su valentía, hablando alto y claro, pero capté el matiz de miedo en su voz.

“Dormiste con Giovanni hace mucho tiempo. No tiene sentido querer matar a Cecilia ahora”.

Isabella se rio secamente. “¿Querer matarla? Lo hice. Después de que ese maldito idiota de Bernardi bebió su bebida por accidente, lo llevé a cabo y la maté”. Hizo un ruido. “No iba a hacerlo. Después de que todos estuvieran tan alterados por la muerte de Luka, pensé en dejarla

sufrir con su estatus. Marcus podría encargarse de ella. Podría ser una Romano y criar al heredero del nombre Acardi. Pero entonces él simplemente no podía dejarlo ir. Tu padre se preocupaba por ella. Quería saber si estaba bien. Porque la amaba. No a mí. La amaba a ella. La eligió a ella en lugar de a mí”.

“Quizás fue solo un amorío que se hubiera apagado”, argumentó Giulia con suavidad.

Mientras me preparaba para subir al balcón y levantarme sobre el borde, vacilé. Giulia se retiraba hacia el balcón. Cuanto más se acercaban las mujeres, vi cómo ella retrocedía. Su aroma se intensificaba a medida que se posicionaba cerca de mí. Sus manos estaban levantadas en una especie de gesto de tregua, y mantenía sus movimientos firmes y lentos.

Está ganando tiempo. Intentando salir al balcón y escapar. Aunque admiraba su determinación para sobrevivir a todas las adversidades, odiaba la idea de que saltara con el riesgo de lesionarse o de tomar su propia vida. Dudaba que ese fuera el caso, pero mientras ella claramente salía hacia el balcón en el que quería esconderme, tenía que esperar el momento adecuado.

“No. No lo haría, estúpida perra. En el momento en que Cecilia gritó que Luka estaba muerto, Rocco se apresuró a su mesa para protegerla, pensando que podría estar en peligro. Luego, en el funeral de Luka, Nickolas desafió a Rocco con la acusación de que parecía demasiado interesado en su hermana. Toda la noche, preguntó sobre Cecilia y trató de averiguar a dónde se había ido. Rocco la amaba, y me negué a permitir que otra mujer interfiriera con mi hombre nuevamente”.

“¿Como hizo Arianna con Giovanni?”, adivinó Giulia.

“¡Sí!”.

“Pero él estaba arreglado para casarse con ella. Eso no es lo mismo que elegirla”.

“No”. Isabella resopló. “*Aun así*, no me eligió. Ofrecí ser su amante. La maté y dejé entrever que podría ser su reemplazo. Y no me quiso. Solo para un rápido polvo. Un lígüe fácil, como lo que has estado haciendo con Renzo”.

El pie de Giulia se estiró hacia atrás. Estaba justo allí, atravesando las cortinas ondeantes. Su cuerpo permanecía dentro, pero ya casi llegaba al balcón. En cuanto estuviera a mi alcance, saltaría y la empujaría hacia un lado. El elemento sorpresa jugaría a mi favor, y tenía que rezar para que Dean tuviera suerte alcanzando la habitación desde el interior de la casa. Se suponía que estaba infiltrándose para llegar a la puerta desde el pasillo, y me negaba a pensar o preocuparme por qué aún no había aparecido.

“No. Renzo y yo...”.

Isabella se rio. Su risa inmediata era aguda e histérica. “No me digas que se aman. No te atrevas”.

“Sí. Sí lo amo”, admitió Giulia.

Era la primera vez que lo decía, y ni siquiera era para que yo lo escuchara, pero lo había dejado claro. Sentía su afecto cuando hacíamos el amor. Vi el compromiso en sus ojos y escuché cada onza de deseo y desesperación por mí cuando hablaba o gritaba en éxtasis.

Y yo también la amaba. No había tenido la oportunidad de decírselo aún con todo lo que estaba pasando. Nos habíamos chocado tan rápidamente y nuestra conexión se había construido tan de prisa que no habíamos encontrado un momento para tener una conversación de este tipo. Tan pronto como matara a su madre y la asegurara en otro lugar, lo haríamos. No permitiría que pasara otro día sin que ella entendiera que ella y yo estábamos rompiendo la maldición de los problemas de nuestros padres.

“¿Amor?”, se burló Isabella. “Estás loca si piensas que él podría preocuparse por ti en

absoluto”.

“Sí lo hace”. La voz de Giulia se alzó con un poco más de confianza mientras acercaba su otro pie hacia el balcón, midiendo sus pasos y probablemente tratando de evitar parecer que estaba huyendo o retrocediendo demasiado apresuradamente.

“Todos los hombres Bernardi solo se preocupan por sí mismos, follando a quien quieren y haciendo lo que les plazca. Y por eso, Giulia. Por eso esto tenía que pasar ahora. No podía permitir que esa puta lleve el hijo de mi esposo. Ninguna otra mujer le daría a Rocco un hijo, ni siquiera después de su muerte”.

“Está bien. Si eso es lo que has decidido que era necesario, está bien”. Giulia aclaró su garganta. “Pero no tiene nada que ver conmigo”.

“¡Claro que sí! Si sigues follando a Renzo, quedarás embarazada de un bebé Bernardi. Si es que no lo estás ya”.

Eso sonaba como el paraíso, la visión del vientre de Giulia hinchado con mi bebé. Sería un sueño hecho realidad comenzar una familia con ella, y no dejaría de intentarlo y hacer el amor con ella hasta que sucediera. La quería... como mi pareja, como mi esposa, y como la madre de mis hijos. Nunca me había sentido tan convencido de que así debía ser hasta escuchar a esta mujer vil jurar que lo impediría.

“Y ninguna mujer Acardi tendrá a su hijo en manos equivocadas. No permitirás que la influencia de los Acardi se fracture más al tener un bastardo con ese hombre”.

“Entonces no lo haré”, gritó Giulia de vuelta. “¿De acuerdo? No lo haré. Estoy empacando para irme con mis hermanas. Nos iremos y ya no seremos tu carga. Puedes hacer lo que quieras con tu poder, y te dejaré con eso. Ya no quiero tener nada que ver con esta vida”.

“¡Como si lo creyera! Acabas de decir que lo amabas, que él se preocupaba por ti. En el momento en que salgas de aquí e intentes dejar esta vida, él solo te seguirá y se saldrá con la suya”.

“No, yo...”.

“Solo yo tendré el poder, Giulia. Yo. Seré la matriarca de los Acardi. Incluso si arruinas el arreglo para casarte con Nickolas, todo esto seguirá siendo mío. Ahora que Dario se ha ido, ni siquiera tengo que lidiar con sus interferencias”.

“Él está...”. Giulia dio otro paso hacia atrás. Si se movía un poco más, estaría completamente pasada las cortinas ondeantes que la rodeaban suavemente por la brisa. “Está muerto. ¿Lo mataste?”.

Isabella resopló. “No. Pero lo hice creer que estabas cautiva en la finca Bernardi. Los guardias podrían encargarse de su intento de rescatarte. No es difícil disparar a un hombre lento y débil como él”.

“¡Eres una perra!”. Giulia salió de sus cabales. Se descontroló, gritando así.

Se escucharon disparos cuando ella se lanzó de vuelta a su habitación, y supe que ese era mi momento para actuar.

Agarrando con fuerza la barandilla, me impulsé por encima de la barricada. Aterricé bruscamente en el balcón, pero no me di tiempo para levantarme por completo. Saltando hacia las mujeres en la habitación, apunté a Giulia.

Ella estaba en el suelo, siseando y haciendo una mueca de dolor con la mano sobre el brazo superior. La sangre corría sobre su piel, y al verla herida, perdí el control. Cualquier tenue hilo de autocontrol que tuviera se cortó.

Con un rugido gutural, me lancé hacia ella y la empujé de nuevo al suelo, rodando para que mi cuerpo estuviera entre ella y Isabella.

El ataque de Giulia a su madre la había desbalanceado. La había derribado más adentro en la habitación. Jadeando y gruñendo, la Acardi luchaba por levantarse de rodillas, luego ponerse de pie, levantando su arma en el aire y apuntándonos.

“¡No! ¡No harás esto!”, lo gritó mientras su rostro rígido casi se rompía en una mueca. Incluso en su mayor furia, en su momento más loco, parecía demasiado suave e inalterada. Había alterado tanto su rostro que le faltaba la capacidad de mostrarnos verdaderamente una expresión de odio que igualara el gruñido en sus palabras.

Respiraba con dificultad, manteniéndome en posición frente a Giulia mientras ella se echaba hacia atrás, acurrucándose detrás de mí. Ella se inclinó hacia el suelo de la alfombra, haciéndose pequeña mientras yo me preparaba para el impacto.

Isabella mostró los dientes mientras apuntaba la pistola directamente a mi cabeza. La miré, decidido a que viera que nunca me echaría atrás.

En ese momento, todo lo demás se desvaneció.

Iba a morir. Aquí mismo, ahora mismo. Esta perra vengativa deseaba a mi padre y no podía aceptar la derrota. Había asesinado a mi madre y envenenado accidentalmente a mi hermano. Y lo peor de todo, había osado dañar a la mujer que amaba.

No veía nada más que la oscuridad de su mirada maligna. Mi piel se volvió entumecida, y renuncié a la furia de haber perdido mi arma al subir aquí. No escuchaba nada más que el trueno de mi pulso en mis oídos, oscilando de un lado a otro mientras esperaba que llegara mi último momento. Desconectado, con visión en túnel, me concentré en dejar que viera la rabia que siempre sentiría solo por ella.

Que te jodan.

Apareció un agujero oscuro entre sus cejas. Su frente permaneció sin arrugas mientras sus ojos se volvían vacíos, brillantes mientras la muerte se hacía presente.

Parpadeé, dándome cuenta tardíamente de que, mientras asumía que iba a morir, se había disparado un arma. Pero no era la suya. Sus brazos cayeron, y el arma en su mano se inclinó, apuntando al suelo.

El ángulo bajo me salvó. Ella disparó ahora, tal vez como un reflejo involuntario, y me tense ante el ardor de la bala contra mi pierna. El estampido de su arma provocó un disparo de respuesta.

Otro disparo resonó con fuerza.

Su torso se sacudió cuando otra bala se hundió en su pecho, inclinándola hacia atrás.

Otra vez. Otro disparo.

El tercero perforó su corazón, haciendo que su cuerpo se inclinara hacia la izquierda.

Más sonidos atravesaron mi mente, superando el zumbido de los disparos tan cerca de mi cabeza. Salí del trance, escuchando a Giulia respirando con dificultad justo detrás de mí. Ella jadeaba, tomando respiraciones profundas antes de tragar audiblemente. Cuando me giré, sacado del ensueño al ver el arma de Isabella caer al suelo, noté el arma que Giulia había apuntado a su madre. La sostenía firmemente, con el brazo levantado para poder disparar sobre mi hombro a la mujer. Sin embargo, sus dedos temblaban, y mientras miraba, con los ojos abiertos de sorpresa al ver que había matado a su madre, su brazo comenzó a vacilar.

“Giulia”.

Me di la vuelta, sin necesidad de ver a Isabella caer al suelo. Sentí la vibración de su impacto, y mientras me giraba para atrapar a Giulia en mis brazos, finalmente exhalé el aliento que había contenido al mirar la muerte de frente. Sostener su cuerpo tembloroso me tranquilizaba. El pánico se desvanecía. La paz tardaría en llegar después de la tensión de

enfrentar a esa mujer psicótica, pero con Giulia en mis brazos, viva y aferrándose a mí con fuerza, supe que todo estaría bien de nuevo.

“Renzo, yo...”. Ella sollozaba, agitada y cerca de las lágrimas mientras estampaba su boca contra la mía.

Su beso me devolvió a la normalidad, al abrumador calor del amor que me consumía desde adentro hacia afuera.

“Tenía tanto miedo de que ella...”

Ahora silencié sus palabras frenéticas. Besándola de nuevo, me moví para bloquear su vista del cuerpo de la mujer muerta en el suelo.

“Te tengo”. Acaricié su rostro y descansé mi frente contra la suya, mirándola a los ojos mientras nuestras respiraciones se mezclaban entre nuestros labios. “Te tengo”.

Ella asintió, inclinándose para besarme de nuevo. Probé la sal de sus lágrimas, y me zambullí para besarla con más intensidad, necesitando cada pedazo de esta conexión en la que podríamos apoyarnos para recuperar la estabilidad después de la tormenta.

“Y yo te tengo a ti”, susurró ella.

La puerta golpeó contra la pared, y los hombres entraron apresuradamente. Ambos nos giramos al unísono, conteniendo el aliento ante el ruido repentino.

“¿Renzo?”.

Dean tambaleó al entrar, con su arma lista. Su costado derecho estaba ensangrentado, pero se mantenía en pie.

“¿Giulia?”. Un guardia Acardi entró junto a Dean, y el hombre ayudó a mi guardia a mantenerse firme mientras vacilaba en sus pasos.

“Francis”. Giulia levantó su mano. “Estamos aquí. Está hecho”.

Antes de reconocer completamente lo que decía Giulia, el hombre Acardi fijó su atención en Isabella caída, sin vida, en el suelo. Con un asentimiento a sus palabras y un profundo suspiro de alivio, bajó su arma. Luego le hizo una señal a Dean para que bajara la suya. “Te dije que sabía cómo disparar”.

Dean asintió, torciendo el rostro por el dolor. “Lo veo ahora”.

Ver a mi hombre de confianza y a este guardia Acardi no intentando matarse el uno al otro debería haberme alegrado. Mientras permanecía con Giulia, cuidando su brazo herido, me di cuenta de que esta sería la nueva norma.

La rivalidad entre Acardi y Bernardi había terminado. La causa de todo estaba muerta.

Tan pronto como atendiera las heridas de mi novia, celebraría ese hecho con ella. Toda la noche.

GIULIA

“¿Estás seguro de que no estaban en la casa cuando ella entró en mi habitación?”, le pregunté a Francis.

Él asintió, supervisando al médico que me estaba cosiendo los puntos en el brazo. Era solo un raspón, afortunadamente. Cuando mi madre me disparó, no lo hizo con una buena puntería. Me lancé hacia ella, tan furiosa por su desdén hacia el tío Dario que no pude quedarme ahí y esperar más. Ella me había fallado, solo rozando mi brazo con su bala. Tuve suerte. Y nunca lo olvidaré.

Cuanto menos me enfocaba en el ardor de la herida, más propensa era a centrarme en el hecho de que había matado a mi madre. Pero eso no era todo. También había matado al asesino de mi padre. Y al de mi tío. Claro, fue en defensa propia, con ella apuntándome con el arma. Matar o ser asesinada.

Cuando Renzo apareció desde el balcón y me dio cobertura, tenía justo el alcance necesario para agarrar mi bolso que había caído de la cama cuando estaba empacando para conseguir mi arma.

La culpa, si es que había alguna, vendría después. Ahora mismo, tenía que asegurarme de que todo estuviera bien en la casa que nunca volvería a llamar hogar.

“Sí”, respondió Francis, frunciendo el ceño mientras supervisaba al médico que me atendía. Se mantuvo sobre mí, tan vigilante como siempre. “Me fui a seguir a Isabella, sabiendo que Dario te encontraría y te diría que llevaras a tus hermanas. Tenía un mal presentimiento al dejarlas aquí con el personal, así que volví. Las metí en el coche para ir a casa de tu primo antes de subir”.

Exhalé otro largo suspiro de alivio. Si mis hermanas hubieran escuchado esa pelea... O peor aún, si Marianna o una de las dos menores hubiera intentado entrar aquí para salvarme...

“Gracias a Dios están a salvo”.

Él asintió, mirando a los hombres de los Acardi que estaban lidiando con el desastre. El cuerpo de mi madre ya había sido sacado. Casi no me importaba lo que pasara con la habitación. Toda la sangre en la alfombra podría quedarse. No me importaba un comino. La casa entera podría arder y no me importaría, pero luego me sentía mal por desplazar al personal que dependía de sus trabajos aquí.

Especialmente tú. Le ofrecí a Francis una sonrisa débil. “Y tú también”.

Él asintió gravemente. “Lo siento por no haber estado aquí para respaldarte a tiempo”.

Pero no estaba sola. Renzo había venido después de mí, tal como esperaba que lo hiciera.

Lo había salvado, pero él me había puesto en la posición para hacerlo. Terminamos colaborando como un equipo. Socios. Y la única persona que había creado la rivalidad que nos mantenía separados nunca causará problemas de nuevo.

Se acabó. Miré el lugar donde ella había caído, sabiendo que el remordimiento no tenía cabida en mi mente. Estaba contenta. Hice bien en acabar con esto, y algún día lo aceptaría.

“Si estás lista para irte...”, dijo el soldado Bernardi mientras dejaba a los hombres que había supervisado para limpiar la habitación. Tanto soldados Bernardi como Acardi trabajaban juntos aquí.

“Casi”, le dije.

Él parecía más un capo, aunque no lo fuera. Pero apreciaba su diligencia por obedecer las órdenes de Renzo para llevarme a él una vez que estuviera lista.

“Solo cuando ella termine de recibir esos puntos”, argumentó Francis.

Ver a estos dos hombres entrar en la habitación al mismo tiempo mostró cuán rápido estaban cambiando las cosas.

Antes de que Renzo saliera para tratar con sus hombres afuera y luego con Giovanni en casa, quien dijo que lo había enviado aquí para matar a Isabella, me presentó al soldado mayor. Dean. Era el nuevo mano derecha de Renzo, anteriormente asistente de Luka. Había venido como respaldo de Renzo, pero al luchar contra los guardias de los Acardi más leales a la influencia de mi madre aquí, había sido herido. Francis se dio cuenta de que no era el enemigo, solo intentaba evitar que Isabella matara a alguien más. Se habían unido para irrumpir y ayudarnos, pero yo ya había hecho el trabajo.

Isabella Acardi nunca volvería a herir o matar a nadie.

A pesar de la presencia de Francis y Dean aquí, así como de los soldados, sufría una necesidad persistente de ver a Renzo de nuevo. Nuestra reunión había sido violenta y breve. No lo había besado el tiempo suficiente para asegurar a mi corazón que él estaba bien, que podríamos sobrevivir juntos. Aunque entendía que necesitaba apresurarse a ver a su padre y tratar con la noticia de la muerte de mi madre, me daba cuenta de que simplemente me sentía más segura cuando él estaba cerca.

“¿Alguien se ocupará también de su herida?”, pregunté a Dean.

Él asintió. Renzo también había sido herido, con una bala que desvió su trayectoria mientras Isabella moría a causa de mis disparos. No podía haber sido una herida grave, pero me preocupaba de nuevo cómo cojeaba y comprimía el lugar en su muslo al salir.

Se sentía bien estar bajo el cuidado confiable que él ofrecía para respaldar a los hombres de los Acardi aquí, pero lo quería. Necesitaba verlo y convencerme verdaderamente de que estaría bien celebrar la vida de nuevo después de tanta muerte.

En el momento en que el médico asintió y me dio su aprobación de que estaba satisfecho con las suturas, me levanté y seguí a Dean fuera de la casa. Francis prometió venir después. Si no era para guardarme personalmente en la casa de Renzo, entonces para ir a ver a mis hermanas y vigilar por ellas.

No necesitaban huir ahora. Encontraríamos un nuevo hogar y una nueva vida aquí. Mientras tanto, con la muerte de nuestra madre, algo de distancia ayudaría. Iría a darles la noticia una vez que hablara con Renzo.

Sin embargo, hablar no parecía estar en su mente.

Llegué a la residencia de los Bernardi que Renzo reclamó para sí mismo, y en cuanto entré al enorme edificio, supe que, con el tiempo, mi breve estancia en las mazmorras de la finca de su padre sería un recuerdo vago. Permanecer en el pasado no le hacía bien a nadie, como lo

demostraba el odio de mi madre hacia Giovanni. Solo tenía el futuro al que aferrarme.

Renzo debió haber estado pendiente de mi llegada, porque caminó directamente hacia mí. Todavía estaba al teléfono, hablando con Giovanni por lo que parecía. Multitarea, clavó su mirada intensa en mí mientras tomaba mi mano. Una breve inclinación de cabeza hacia Dean fue toda la atención que le dedicó.

Con su mirada abrasadora haciendo que mi piel se calentara mientras me observaba caminar con él, sonreí lentamente.

Me instó a subir con él, casi arrastrándome con su impaciencia.

“¿No estabas herido?”, pregunté, preocupada por su pierna con su prisa por subir.

“¿Y tú no lo estabas?”, respondió mientras apartaba el teléfono.

Sonreí. Ambos habíamos luchado con uñas y dientes para llegar a este momento, y nunca lo olvidaría. Renzo no era mi enemigo. Nunca lo había sido. ¿Cómo podría serlo si encajamos tan bien como socios?

Mientras subíamos, continuaba recorriéndome con la mirada, como si tomara inventario. Su preocupación me conmovió, y juré que me enamoraba aún más de él.

Tan pronto como me condujo a una enorme suite principal con luz tenue, cerró la puerta detrás de él. Me acurruqué a su lado, besándole la mejilla.

“Más tarde”, dijo abruptamente al teléfono. De todos modos, no había estado escuchando. “Gio, yo...”. Con un gruñido, colgó.

“Apuesto a que tienes mucho de qué hablar con él”, dije antes de que se lanzara a darme un beso rápido y apasionado.

“Más tarde”, repitió mientras me levantaba. Se estremeció de inmediato y me volvió a poner en el suelo.

“Estabas herido, ¿recuerdas?”, dije mientras le dejaba guiarme hacia la cama, dándole besos en la cara a medida que pasaba mi mano por su mandíbula.

“Tú también lo estabas”, dijo. “Lo que significa que en lugar de lidiar con estas mangas...”. Tiró de los botones de mi blusa. Estos volaron, haciendo un ruido al caer al suelo.

“Eso fue rápido”, bromeé mientras él desabrochaba el frente de mi sujetador. Nos besamos entre palabras y caricias, quitándonos la ropa mientras él me empujaba hacia el enorme colchón tamaño king.

“Esto será...”, prometió mientras me ayudaba a bajar sus pantalones y calzoncillos. “Rápido”. Me agarró por el trasero y me acercó a su pecho. “Fuerte”.

Sonreí contra sus labios.

“Esta vez será rápido y fuerte. Te necesito”.

Salí de mi falda y bragas mientras él me guiaba de vuelta. “Te necesito ahora”, acordé.

Pasar de matar a mi madre a hacer el amor con mi amante parecía un cambio brusco. Era un torbellino de emociones, pero de alguna manera, anhelaba su toque y la dicha adictiva que podía darme. Después de los horrores y amenazas con los que habíamos lidiado, merecíamos lo contrario.

Amor. Seguridad. Alivio.

“Pero más tarde”, dijo mientras nos acostábamos en la cama juntos, con nuestros labios a un suspiro de distancia, “tengo la intención de tomármelo con calma contigo”.

“¿Ah, sí?”, le desafié, abrazándolo mientras me animaba a rodar con él.

Me recosté debajo de él, deleitándome con el peso firme de su cuerpo que me envolvía. Cada centímetro de su carne dura me calentaba, quemándome con un deseo crudo que me hacía jadear y desesperar porque él me llenara.

“Sí”, gruñó, inclinándose sobre sus rodillas para abrir mis piernas. De nuevo, cuando presionó sobre su miembro herido, se estremeció.

Fruncí el ceño, mirándolo. “No quiero que estés en dolor”.

“Lo estoy”. Nos ajustó de nuevo, guiándome para que me montara sobre él. “Aquí”, aclaró mientras alineaba su erección con mi vagina. Ya estaba empapada. Solo besarlo me excitaba tanto y me dejaba resbaladiza con jugos para recibirlo dentro.

Sonreí ante su gemido mientras me hundía sobre la cabeza de su pene. Escuchar a este hombre admitir que deseaba y anhelaba mi cuerpo hasta el punto de dolor era un pensamiento embriagador. Sin embargo, con cada pulgada gruesa y dura que absorbía dentro de mí, perdía la capacidad de pensar en absoluto.

“Ahora, Giulia”, ordenó. Sus dedos se hundieron en mi cintura mientras me instaba a cabalgar sobre él. Aunque él estaba acostado y yo era la que me movía, todavía me daba instrucciones. Todavía dominaba. Después de tanto tiempo siendo controlada por hombres, debería haberme molestado. En lugar de eso, saboreaba sus demandas. Me empujaban a complacerlo.

Me movía sobre él, permitiendo que mi clítoris recibiera fricción con cada movimiento. Empalada en su pene, dejé que me apretara el trasero y me empujara a montarlo como él quería.

Rápido y fuerte, justo como había advertido.

Mis pechos se movían y temblaban, y el movimiento parecía tan erótico que me acercaba al clímax. Demasiado cerca.

Él bajó la mano para frotar un círculo alrededor de mi clítoris, y eso fue todo lo que necesitaba para destruirme. Me apreté contra él, sintiendo la explosión de mi orgasmo en cada extremo de mis nervios. Venir tan duro y rápido me hizo sentir como si estuviera frita. Lanzada al aire y hundiéndome para flotar, todo a la vez.

Él se sacudió dentro de mí una vez más, inundándome con su semen caliente, y mientras compartíamos las olas de placer, me atrajo hacia abajo hasta que descansé sobre su pecho.

“Vas a ser mi esposa”, dijo mientras recuperábamos el aliento.

Sonreí, con mi mejilla presionada contra su pecho. “¿Lo soy?”.

Continuó frotando mi espalda perezosamente, y cada paso de sus dedos sobre mi piel me hacía erizarme.

“Sí”. Se inclinó para besar la parte superior de mi cabeza.

Levanté mi rostro para acercarme y recibir un beso real. “Te amo, Renzo”.

Nada podría separarnos.

“Yo también te amo. Y voy a hacerte mi esposa”.

Sonreí e incliné la cabeza hacia un lado. “¿Así, nada más?”, bromeé.

Él asintió, sonriendo con esa mueca traviesa. “Sí. Y eso es definitivo”.

No puedo esperar.

Finalmente, estaba donde pertenecía, con él.

RENZO

Dos meses después...

Eché un vistazo a todo el papeleo que Dean había dejado en mi escritorio. Odiaba tratar con trabajos aburridos como este. Las secretarias podían manejar la mayor parte de esto, pero estos documentos eran un asunto personal.

Asegurar la seguridad de las hermanas de Giulia era una tarea grande, y no quería cometer ni un solo error. Marianna, Lucia y Beatrice se mudaron con Giulia y conmigo la semana antes de nuestra boda. Todas las chicas pertenecían aquí con nosotros. Francis también. Dependía de la guardia de los Acardi para ayudar a resolver muchos de los detalles sobre estas hermanas, pero aun así era mucho para revisar.

Con el matrimonio de Giulia conmigo, sus bienes se transfirieron a mí. Pero los fondos de sus hermanas eran un dilema más complicado de resolver. Desde que Isabella había fallecido y Dario también, había algunos parientes en disputa, la mayoría lejanos, que ralentizaban el proceso.

Sería un maldito si alguno de ellos se quedara sin la riqueza de la Familia. Cuando los líderes eran asesinados, todo tipo de personas se lanzaban a tomar lo que pudieran. Pero Giulia me tenía a mí, y sus hermanas nos tenían a nosotros. Aunque el nombre Acardi las había criado en un mundo de odio, gracias a su madre, ahora tendrían el respaldo completo del nombre Bernardi.

Giulia Bernardi se encargaría de su futuro.

Mi esposa. Sonreí, emocionado cada vez que pensaba en ella como mía ahora. Era, total y completamente, mía para siempre. Y el recordatorio de que era mi esposa me ayudaba a lidiar con todo este asunto.

Cuando no estaba aquí ocupado en asegurar el futuro y la riqueza de sus hermanas tras la ruptura de su Familia, me veía obligado a tratar con los Romano. A Nickolas no le importaba mucho que Giulia estuviera casada. Se oponía al matrimonio con ella, en parte porque pensaba que casarse con una hija de la Mafia griega sería mejor. Marcus era difícil de convencer en ese negocio, pero después de que se supieran los planes de Isabella, parecía más feliz de haberla evitado.

Aun así, me veía atrapado lidiando con negocios más de lo que quería. Delegaba constantemente, negándome a micro manejar como lo hacía Luka. Con los nuevos problemas de salud de Giovanni, parecía que estaba condenado a pasar la mayor parte de mi tiempo trabajando en lugar de disfrutar de mi nueva esposa.

Ahora más que nunca, sentía el peso opresivo de ser el hijo mayor. Giovanni no se moría pronto, pero su ralentización era un recordatorio de que algún día estaría al frente de la Familia.

Con Giulia como mi esposa, sin embargo, sabía que era afortunado. Ella era mi compañera, rápida y astuta para dar su opinión sobre los negocios. Nunca sería una mujer a la que pudiera descartar como la madre de mis hijos.

“Si alguna vez tenemos tiempo para empezar con eso”, murmuré para mí mismo. Con nuestro ajuste a fusionar los nombres Acardi y Bernardi con el matrimonio, me preguntaba si estábamos demasiado ocupados para intentar formar una familia. No quería retrasarlo. Teníamos el resto de nuestras vidas, y hacíamos el amor constantemente, aunque fueran momentos robados de pasión.

“¿Qué fue eso?”, preguntó Giulia al entrar en mi oficina. Puso más papeles en el escritorio y se sentó en el borde.

“¿Qué pasó con que todo fuera electrónico?”. Me quejé de los documentos que había traído. Parecían más adendas de los testamentos de sus padres para revisar.

“Las Familias de la Mafia paranoicas respaldan todo en papel”.

Suspiré, inclinándola para que cayera en mi regazo en lugar de sentarse en mi escritorio.

“¿De qué te quejabas?”, preguntó de nuevo.

“Estar demasiado ocupado para hacer lo que quiero contigo”.

Me besó, de manera tierna y dulce. “¿Y qué es eso?”. Se estaba adaptando bien a esta vida conmigo y no era una holgazana en mantenerse ocupada y ayudar con lo que podía. Aun así, nuestra pasión no se había desvanecido.

“Embarazarte”. La besé con más intensidad, disfrutando del gemido sexy que me dio. “Formar una familia”.

Se echó atrás y sonrió ampliamente. “Quería esperar hasta la semana que viene, en tu cumpleaños, para decirte...”.

Mi corazón se aceleró ante su sonrisa juguetona. “¿Qué?”. Coloqué mi mano en su estómago, y ella la cubrió con la suya. Los diamantes del anillo que le di brillaban como rayos de sol.

“Sorpresa”, dijo antes de besarme de nuevo.

“¿Sorpresa?” me burlé. “¿Con qué frecuencia te necesito?”.

Ella se rio suavemente, llenándose de besos mientras nos mirábamos a los ojos.

“Y siempre te necesitaré”, le recordé con un beso más profundo.

Su anuncio me llenó de alegría, tanta que me costaba respirar profundamente. “No puedo esperar a que comience nuestro nuevo futuro”.

Liberados de una antigua rivalidad, nos dirigíamos hacia un brillante comienzo.

Uno de nuestra elección.